



El caminante

Natsume
Sōseki

Traducción de
Yoko Ogihara
Fernando Cordobés

Introducción de
Carlos Rubio

Annotation

El caminante narra la historia de un peculiar y sutil triángulo cuyos vértices conforman Jiro, su hermano Ichiro y la esposa de éste, Nao. Atrapados entre tradición y modernidad, los personajes deambulan por un Japón hambriento de cambio y de progreso que se enfrenta a una metamorfosis demasiado rápida. La angustia vital que atormenta al protagonista, Ichiro, es la de la soledad del hombre inmerso en una sociedad que avanza sin tregua, sin otorgar nunca un respiro. Su mujer, Nao, escoge el camino de la pasividad y del desafío silencioso y frío. Finalmente Jiro, cuyos gestos son imperceptibles susurros de amor velado hacia su cuñada, es testigo del desplome del frágil estado mental de su hermano: «Parecía un pez varado en la arena dando coletazos en su fútil lucha por la vida».

El caminante trasciende fronteras y refleja la angustia del ser humano moderno aislado irremediablemente de su familia y que lucha por desarrollarse plenamente en una sociedad cuyos valores tradicionales se desmoronan para abrir paso al individualismo que comienza a surgir en el nuevo Japón de comienzos del pasado siglo.

-
- [NATSUME SOSEKI](#)
 - [Sinopsis](#)
 - [El caminante](#)
 - [Natsume Sōseki](#)
 -
 - [INTRODUCCIÓN](#)
 -
 - [NOTA AL TEXTO](#)
 -
 - [PERSONAJES PRINCIPALES](#)
 -
 - [EL CAMINANTE](#)
 - [AMIGO](#)
 - [1](#)
 - [2](#)

- [HERMANO](#)
 - [DESPUÉS DEL REGRESO](#)
 - [ANGUSTIA](#)
 - [GLOSARIO DE TÉRMINOS JAPONESES](#)
 -
 - [Notas](#)
 -
-

NATSUME SOSEKI

El caminante

Traducción de Yoko / Cordobés, Fernando Ogihara

Sinopsis

El caminante narra la historia de un peculiar y sutil triángulo cuyos vértices conforman Jiro, su hermano Ichiro y la esposa de éste, Nao. Atrapados entre tradición y modernidad, los personajes deambulan por un Japón hambriento de cambio y de progreso que se enfrenta a una metamorfosis demasiado rápida. La angustia vital que atormenta al protagonista, Ichiro, es la de la soledad del hombre inmerso en una sociedad que avanza sin tregua, sin otorgar nunca un respiro. Su mujer, Nao, escoge el camino de la pasividad y del desafío silencioso y frío. Finalmente Jiro, cuyos gestos son imperceptibles susurros de amor velado hacia su cuñada, es testigo del desplome del frágil estado mental de su hermano: «Parecía un pez varado en la arena dando coletazos en su fútil lucha por la vida».

El caminante trasciende fronteras y refleja la angustia del ser humano moderno aislado irremediablemente de su familia y que lucha por desarrollarse plenamente en una sociedad cuyos valores tradicionales se desmoronan para abrir paso al individualismo que comienza a surgir en el nuevo Japón de comienzos del pasado siglo.

Título Original: ??(*Kojin*)

Traductor: Ogihara, Yoko / Cordobés, Fernando

Autor: Soseki , Natsume

ISBN: 9788493820428

Generado con: QualityEbook v0.72

El caminante

Natsume Sōseki

SI existe una obra en la literatura moderna japonesa capaz de producir en el lector una tensión psicológica tan profunda como para provocar una reflexión sincera sobre sus relaciones familiares y personales, esa novela es *El caminante*. Un hombre atrapado en sus relaciones familiares, que no parece encajar en ninguna parte, alienado y abatido, sumido en una lucha constante para encontrar la manera de obtener algo parecido a la paz interior.

El caminante narra la historia de un peculiar y sutil triángulo cuyos vértices conforman Jiro, su hermano Ichiro y la esposa de este, Nao. Atrapados entre tradición y modernidad, los personajes deambulan por un Japón hambriento de cambio y de progreso que se enfrenta a una metamorfosis demasiado rápida. La angustia vital que atormenta al protagonista, Ichiro, es la de la soledad del hombre inmerso en una sociedad que avanza sin tregua, sin otorgar nunca un respiro. Su mujer, Nao, escoge el camino de la pasividad y del desafío silencioso y frío. Finalmente Jiro, cuyos gestos son imperceptibles susurros de amor velado hacia su cuñada, es testigo del desplome del frágil estado mental de su hermano: «Parecía un pez varado en la arena dando coletazos en su fútil lucha por la vida».

El caminante trasciende fronteras y refleja la angustia del ser humano moderno aislado irremediablemente de su familia y que lucha por desarrollarse plenamente en una sociedad cuyos valores tradicionales se desmoronan para abrir paso al individualismo que comienza a surgir en el nuevo Japón de comienzos del pasado siglo. Título original: 行人 (*Kōjin*)

Natsume Sōseki, 1912

Traducción: Yoko Ogihara y Fernando Cordobés

Introducción: Carlos Rubio

Diseño de portada: Daruma

INTRODUCCIÓN

EL caminante es un nuevo foco de luz sobre el rostro de un autor japonés que ya no es un desconocido entre los lectores de habla española. Esta luz se suma felizmente a las seis o siete que[1] están descubriendo en los últimos años las excelencias de Natsume Soseki, el patriarca de la literatura japonesa moderna.

Soseki, cuyo nombre verdadero era Natsume Kinnosuke, nació en Tokio en 1867, un año antes de la Restauración de Meiji, el movimiento que devolvió al emperador japonés el gobierno del hasta entonces sogunato hereditario de una oligarquía de samuráis. Y murió cuatro años antes que este emperador. El reinado de Meiji (1868-1912) significó en la historia japonesa una era de rápidas transformaciones que llevaron a un país aislado y atrasado a la vorágine de la modernidad[2]. La occidentalización, o sea, la interpretación de la «modernidad» para los japoneses, en la que a marchas forzadas se embarcó Japón cuando Soseki era un niño, tuvo el carácter de un formidable reto percibido como empresa nacional y escuchado con redobles de alarma ante la amenaza del apetito colonialista de las potencias de Europa y América. Este apetito acababa de cobrarse, a las puertas de casa, una presa imponente: la humillada China de la guerra del Opio cuya capital, Pekín, había sido ocupada por franceses y británicos en 1860.

El gigantesco programa de reformas y aprendizajes del Gobierno «ilustrado» de Meiji al principio pretendía limitarse a los ámbitos de la técnica —con atención especial a la militar— y la industria naviera y armamentística, pero muy pronto incluyó aspectos políticos, jurídicos, económicos, administrativos, sociales, educativos y culturales. Es decir, casi todo. Se descubrieron entonces valores y nociones hasta entonces desconocidos para los japoneses: el ideal de los derechos humanos, la libre competencia en el comercio, la moral cristiana y la conciencia individual, la dignidad de la mujer, la libertad política, el progreso de la ciencia, el amor romántico, la ambición personal, la voz neutra del narrador literario, y otros muchos. Al hallazgo sucedió la emulación. Y se incurrió en excesos. Una idea de los mismos la puede dar la sola mención de algunas propuestas: sustituir el sistema de ideogramas chinos por el alfabeto latino; implantar el inglés en las escuelas en lugar del japonés; evangelizar a toda la población;

importar mujeres caucásicas para producir una población más «fuerte»[3]. Tal era el desmedido furor por la occidentemanía del Japón que, como un fragor enloquecido, resonaba en torno al patio donde jugaba el niño Kinnosuke.

Tal furor, en literatura, se manifestó en la profusión de traducciones de lenguas europeas, principalmente, inglesas y francesas. Los escritores sensibles a los cambios se encontraron atados por la necesidad de recurrir a herramientas novedosas para describir una sociedad igualmente nueva. Las técnicas narrativas del viejo *gesaku* —la ficción en prosa anterior a Meiji— simplemente no servían. El férreo esquema neoconfuciano de las divisiones sociales del viejo Japón, donde identidad, estatus social, profesión, domicilio, lenguaje e incluso color de indumentaria, estaban reglamentados, se había desmoronado. Ahora, el Gobierno «ilustrado» de Meiji emprendía esfuerzos constantes por doblegar formas de pensar seculares, permitía que los plebeyos asumieran apellidos y eligieran profesiones y domicilios, formulaba eslóganes para despertar la ambición individual, impulsaba el progreso, decretaba la igualdad social a imitación de las sociedades seculares y democráticas de Europa y América. Así, aunque ni reformas ni decretos actuaran a la par que los cambios en la forma de pensar de la gente, esas iniciativas obraron como continuos estímulos y recordatorios de que había que dejar atrás lo asiático y tradicional, y asumir lo europeo y moderno. Si no se hacía, se corría el riesgo de seguir el ejemplo de la vecina China: ser arrollado y pisado por Occidente. La occidentalización tenía que ser superficial a la fuerza y no por la celeridad en adoptarse, sino porque el ímpetu inicial venía de fuera, no de dentro. Históricamente era inevitable, pero las secuelas formaron al final de la época de Meiji y en los años siguientes, sobre todo tras el aldabonazo en las conciencias del suicidio del general Nogi en 1912, una sensación de vacío, una insatisfacción espiritual profunda. Los protagonistas sosekianos —sin ir más lejos, el de la obra aquí presentada— fueron testigos sufrientes de ese estado: las convulsiones espirituales pagadas por esos cambios galopantes serán materia literaria de muchas obras de Soseki. Para muchos japoneses, la vida de este escritor sigue evocando no solamente aquella era de reformas profundas, sino un debate aún vivo en Japón: modernidad o tradición, Europa o Asia, futuro o pasado.

Un examen del concierto de contradicciones en torno a la vida y obra de este escritor —poemas en chino, haikus, relatos, ensayos, además de

catorce novelas— va a ayudar al lector de *El caminante*, una de las novelas más ambiciosas de Soseki y tal vez la más representativa desde el punto vista temático y artístico, a conocer mejor al autor y, tal vez, a saborear plenamente este texto, presentado por primera vez en español, que inaugura la colección Maestros de la Literatura Japonesa de Satori Ediciones.

La primera contradicción, y tal vez la más evidente, se resume entre, por un lado, el sufrimiento físico y mental que padeció Soseki y, por otro, la gloria del éxito que conoció en vida y en muerte —su imagen circulaba cien años después en los billetes de banco japoneses de 1.000 yenes, un honor que Soseki hubiera rechazado como rechazó otros—. Su vida fue bastante infeliz. Desnudo de esa seguridad afectiva que todo niño reclama por el hecho de nacer, fue hijo no deseado de madres mayores —padre, cincuenta y tres; madre, cuarenta— a los que creyó sus abuelos cuando retornó al hogar tras dos adopciones fracasadas. La tensión emocional entre un hijo y un padre adoptivo será justamente el tema de una de sus obras aún no traducidas, *Michikusa* [Las hierbas del camino]. Sufrió en la adolescencia, además, la muerte sucesiva de su madre y de dos hermanos. Es probable que esos zarandeos en la infancia y las sucesivas pérdidas afectivas contribuyeran a la aparición juvenil de dolorosas úlceras de estómago que acortaron su vida y afectaron la estructura de algunas de sus obras. Es imposible afirmar si Soseki hubiera estado tan preocupado por los temas del aislamiento y pertenencia, que impregnan su obra, de no haber padecido una infancia traumática o, incluso, de no haber vivido en el Japón de Meiji, una cultura obsesionada con cuestiones de pertenencia e identidad. A los veintiún años, recuperó por fin su apellido de Natsume y un año después adoptó el seudónimo literario de Soseki. Las vivencias derivadas de sus tres familias sucesivas y de los dos intentos abortados de deshacerse de él —¡le cambiaron cuatro veces de apellido!— sin duda son responsables del considerable caos de las primeras dos décadas de su vida, de las secuelas psicológicas de las siguientes y del desasimiento espiritual de muchos de los personajes de sus novelas.

En efecto, padeció también desequilibrios mentales que habrían de acosarlo toda la vida: «debilidad nerviosa» los llamaba él. Por si fuera poco, en 1894, a los veintisiete años, vomita sangre. La alarma estaba justificada, pues la tuberculosis se llevaba por entonces a tantas promesas literarias de Japón. Así lo habría de hacer, por ejemplo, con el gran amigo del escritor, el poeta Masaoka Shiki (1867-1902). Soseki buscó consuelo en la poesía, su

amor más fiel, y también en la atmósfera austera de un templo zen de Kamakura donde convaleció varias semanas ese año. Como Sosuke, el héroe de su novela *Mon, la puerta*, no consiguió la iluminación, pero mantuvo un interés activo en el budismo zen el resto de su vida.

La segunda contradicción es, por un lado, su formación de niño y adolescente en los clásicos chinos y, por otro, su decisión, como universitario, de seguir estudios de literatura inglesa y dedicarse a la docencia del inglés. Esta elección habría de llevarlo a Inglaterra como primer estudiante becado en el extranjero por el Gobierno japonés. En su ensayo *Mi individualismo*, del que trataremos más adelante, mencionará la pesada carga que sintió al hacer ese «insostenible viaje»[4]. La generación de Soseki fue la última en recibir en la escuela formación en los clásicos confucianos. Nuestro autor sobresalió de niño en la composición en chino y casi hasta el día de su muerte compuso poesía y prosa en esa lengua con notable distinción. En los cuartetos chinos Soseki no sólo reflejaba reacciones emocionales, sino sus estados vitales e intelectuales. Poseía, además, una formación sólida en la cultura de Edo y en la poesía haiku, todavía llamada *haikai*. Tal vez este arraigado gusto por la literatura china y la japonesa, y no por la lengua inglesa, que ya desde niño le despertó desagrado, pudiera estar detrás de su decisión de dedicarse a la literatura después de que un amigo lo persuadiera de que era más fácil adquirir inmortalidad como literato que como arquitecto. En cuanto a por qué inglés, y no chino ni japonés, quizás su conciencia social o sentido práctico lo llevaran a pensar que, en ese momento de aprendizaje de Occidente, no había necesidad de dedicarse a ninguna de esas dos lenguas orientales. Así, en 1890 se matricula en el Departamento de Literatura Inglesa en la Universidad de Tokio y tres años después se gradúa de la misma, el segundo japonés en hacerlo en ese departamento. Prosigue estudios de posgrado en Literatura Inglesa y se siente atraído por el marcado igualitarismo social que descubre en los ensayos de Stuart Mill y Herbert Spencer, filósofos sin duda del agrado de sus profesores de entonces y que habrían de influir en su obra posterior. En los ensayos publicados por esos años de estudiante graduado, revela ya las preocupaciones por la moral que van a caracterizar su obra creativa posterior y su insatisfacción por la imitación servil de lo occidental. Por ejemplo, a diferencia de muchos japoneses de su tiempo que justificaban su estudio de la literatura occidental en términos del servicio al país, él insistía en que el propósito de la educación «era desarrollar la

habilidad intrínseca de cada uno y cultivar la naturaleza moral de la personas». Deploraba también los excesos de quienes se empeñan en «colocar una cabeza occidental a un cuerpo japonés». Por otro lado, estaba convencido de que las ideas de Occidente disiparían las tinieblas de la ignorancia que había en el pasado y harían surgir las cualidades innatas de la civilización japonesa. Aunque la literatura japonesa no hubiera sido portavoz de las aspiraciones del pueblo llano, afirmaba, su elegancia y nobleza no tenían rival en ninguna de las literaturas de Occidente[5]. Y, para demostrarlo, el joven Soseki aducía el ejemplo del *haikai*.

En la primavera de 1895, Soseki acepta el puesto de profesor de Inglés en la ciudad de Matsuyama, en la isla de Shikoku, una decisión que asombra a sus amigos que no comprenden este exilio voluntario del mundo literario de Tokio. Esta decisión súbita se ha explicado por el deseo de escapar de uno de sus agudos estados depresivos en que estaba sumido en Tokio. Su estancia en Matsuyama como profesor de instituto la aprovechó, de cualquier modo, para escribir pocos años después una novela que sigue deleitando a chicos y grandes en Japón, *Botchan*, donde en clave de humor trata de los conflictos de un profesor de la capital en una ciudad de provincias como Matsuyama.

Un año después, es trasladado a otro instituto de enseñanza media como profesor de Inglés, esta vez aún más lejos de Tokio, en Kumamoto (Kiushu). Allí se casó con Kyoko Nakane, un matrimonio desdichado desde el principio. A Soseki lo atormentaban los accesos de histeria de Kyoko, la cual, por su parte, no desaprovechaba ninguna ocasión para quejarse de los intermitentes trastornos mentales de su marido. Tal vez en parte para huir de esta situación, o de una docencia que empezaba a fatigarlo, decide aprovechar en 1900 el raro privilegio entonces de disfrutar de una beca del Ministerio de Educación para irse dos años a Inglaterra a mejorar sus conocimientos del inglés. Lo exiguo de la beca lo obligó a vivir casi como un extranjero indigente economizando en comida y residencia en Londres a fin de poder adquirir libros sobre literatura inglesa. Pasaba casi todo el tiempo solo en su cuchitril londinense leyendo vorazmente y aprendiendo de novelistas ingleses, como George Meredith. Estudió también latín, francés y alemán, y llenó muchos cuadernos con notas sobre obras literarias europeas. Sin cartas de presentación, ni dinero, ni amigos, ni siquiera ánimo para aventurarse a tomar el transporte público, «pasé los años más infelices de mi vida. Rodeado de caballeros ingleses, vivía en la miseria, como un

perro abandonado en medio de una manada de lobos». A pesar de su desconfianza hacia los ingleses, los que encontró no parecieron exentos de amabilidad: uno de los guardias de la Torre de Londres se desvió de su camino para enseñarle una armadura japonesa; cuando nuestro becario japonés quiso ver el cortejo fúnebre de la reina Victoria que pasaba por la calle y no pudo por su baja estatura, su casero lo dejó que se subiera a sus hombros[6]. Mucho más importante que todo eso y que las condiciones penosas de su vida inglesa, esta decepcionante estancia en Europa, agravada por la primera de sus crisis nerviosas, le sirvió a Soseki para basarse en sus propios juicios literarios y no —como era la costumbre en Japón— en las opiniones de expertos extranjeros. En aquellos días, habría de confesar más tarde, los japoneses creían cualquier cosa que dijera un occidental. Pero él ahora, gracias a su estancia en Europa y a su mente crítica desarrollada por sus lecturas de esos dos años, se había convertido en un «japonés independiente» capaz de discernir lo bueno y lo malo. Abandonó Inglaterra en 1903 resuelto a no volver jamás.

La tercera contradicción de Soseki se refiere a los dos oficios que a partir de su regreso a Japón ocuparán su vida: profesor universitario y escritor de novelas. La contradicción sólo lo es en el contexto de la cultura japonesa de hace cien años. A Soseki nunca le gustó enseñar, pero una de las condiciones de su aceptación de la beca en el extranjero era la de dedicarse a la docencia durante los cuatro años siguientes a su regreso. De hecho, a los tres meses de volver de Londres es nombrado profesor de Literatura Inglesa en la prestigiosa Universidad Imperial de Tokio como sucesor de Lafcadio Hearn. Sus clases eran áridas y analíticas a la inversa de las de su ilustre predecesor cuya elocuencia poética seguía resonando en los oídos de los alumnos japoneses. Permaneció en el mundo académico hasta 1907, cuando fue contratado por el periódico *Asahi Shinbun* con la condición de que publicara novelas por entregas en la sección literaria. Por entonces ya se había labrado un nombre como novelista gracias a títulos como *Yo, el gato*, *Botchan*, *Almohada de hierbas* y *Nowaki* [Viento de otoño]. Desde entonces hasta su muerte se dedicó a la escritura a tiempo completo sin volver jamás a la docencia. En una carta a un amigo en marzo de 1907[7], el año en que dimitió de profesor, admite que no sabe cuánto o cómo va a escribir en el futuro y que una carrera académica le hubiera significado gran prestigio y seguridad. En esta carta da a entender, además, el disgusto que le producía el engreimiento de sus colegas y el menosprecio

que sentía por el prestigio social de ser profesor universitario. Soseki siempre experimentó un arraigado desdén por todo lo que oliera a oficial y para él la Universidad Imperial poseía demasiado claramente el sello de institución oficial. Unos años más tarde, en 1911, rechazó con vehemencia el doctorado *honoris causa* que le concedió el Ministerio de Educación, en parte, por la arrogancia del Gobierno japonés de otorgárselo sin ni siquiera preguntarle antes. Pero después de todo, el motivo central de su abandono de la docencia era su deseo de escribir. Ya era un hombre maduro con años a sus espaldas de preparación y cierta experiencia como escritor de ficción. Sobre el estatus del escritor de ficción algo hay que decir.

El asombro que entre sus conocidos y lectores causó su dimisión de la Universidad Imperial para trabajar en un periódico como escritor de novelas hay que entenderlo a la luz de la baja estima de la ficción que seguía latente en la sociedad japonesa. Esta consideró el gesto de Soseki poco menos que antisocial. Las palabras de Nakamura Keiu asociando la lectura de novelas a «tuberculosos y mujeres» no estaban demasiado lejanas y en Japón la ficción como género distaba mucho de formar parte del canon. Ni la avalancha de traducciones de novelas europeas —más bien, extractos— ni las novelas políticas de la década de los ochenta del siglo XIX, ni las obras pioneras de Tsubouchi Shoyo o Futabatei Shimei en 1886-1889, ni los escauceos románticos del primer Mori Ogai en los noventa, ni la labor entusiasta del círculo *Bungakukai*, ni los relatos de Izumi Kyoka al acabar el siglo habían conseguido borrar los viejos prejuicios confucianos contra un género —la novela realista— que seguía oliendo demasiado a mantequilla, a novedad extranjera, a frivolidad mujeril. Y eso a pesar de la espléndida tradición de los *monogatari* de la época clásica. Sólo cuando el periodo de Meiji llega a su fin, unos cuantos escritores japoneses de estatura, entre ellos el nuestro, estaban ya redefiniendo una nueva ficción con voz propia creando, en cantidad y calidad, una gran época de narrativa japonesa[8]. Va a ser precisamente esta decisión de Soseki uno de los factores determinantes del cambio de estatus de escritor que se va a operar en el seno de la sociedad japonesa. Otro será la seriedad y calidad literaria de su producción siguiente. Detrás habían quedado «obras ligeras» como *Yo, el gato* y *Botchan*. Sus grandes temas están por venir. A pesar de su adiós a la docencia, Soseki no abandonó inmediatamente sus intereses académicos por la literatura como lo demuestra la aparición en 1907 de *Bungakuron* [Un estudio sobre literatura], su obra más ambiciosa sobre

crítica literaria y la primera en su género en el Japón moderno con excepción de la de Tsubouchi, [La esencia de la novela] veinte años] antes.

La cuarta contradicción que pretende ilustrar nuestro retrato de Natsume Soseki no es biográfica como las anteriores, sino puramente literaria. La savia de una tradición literaria japonesa dentro del molde de la literatura extranjera. ¿Contradicción? Sólo aparente, pues, gracias al genio de Soseki, está resuelta en un feliz maridaje que dio como fruto ese delicado lirismo descriptivo, de hondas raíces literarias japonesas, y una profunda capacidad analítica y psicológica, en la mejor tradición de la novela realista europea de fines del siglo XIX. El fruto, crecido en el huerto de una notable independencia creativa, sorprendente en un Japón plagado de los círculos literarios de su tiempo, adoptó la forma de siete u ocho novelas de creciente densidad y hondura. Atrás habían quedado los ejercicios primaverales de las amables *Yo, el gato* y *Botchan*, que le habían granjeado confianza y popularidad. Los productos que Soseki regala a sus lectores a partir de 1907 poseen ese sabor pleno e intenso de los mejores frutos del otoño. Con Soseki la novela japonesa adquiere plena madurez; y en su obra queda plasmada con dolor y sangre —metáforas frecuentes en muchas de sus obras— la experiencia insólita de la conciencia individual de los japoneses modernos. Desde su entrega profesional al oficio de escribir en ese año y hasta su muerte, siete años después, mantendrá un ritmo de producción intenso y constante, una novela por año, como si supiera el poco tiempo que le quedaba de vida. A partir de *Sanshiro* hasta la póstuma *Meian* [Luces y sombras], pasando por las culminantes de *El caminante* y *Kokoro*, presentará con creciente y agónica intensidad sus grandes temas: moralidad contra orden social, identidad del individuo, aislamiento, culpa. Es probable que la tremenda popularidad de sus obras en vida pueda atribuirse al hecho de que todos esos temas, especialmente el de la identidad, eran los que en realidad más inquietaban a la sociedad de Meiji. Una trayectoria seguida al ritmo de un análisis psicológico cada vez más hondo, de un estilo cada vez más depurado. Los personajes de sus últimas obras —como el protagonista de la presente— son actores de un drama librado entre la imposibilidad de seguir al cielo y la de abandonar su egocentrismo, de realizar su confesado lema de «seguir al cielo y abandonar el yo» (*sokuten kyoshi*). La naturaleza del hombre y su destino, y ya no la sociedad, serán los temas dominantes de sus últimas novelas en las cuales se disecciona el egoísmo y la angustia de intelectuales en el contexto de las cambiantes relaciones humanas.

A diferencia de sus contemporáneos naturalistas «a la japonesa», que luchaban por retratar sus vidas con la mayor precisión posible, aunque tal empresa supusiera descender al infierno de los deseos y motivaciones más sórdidas, Soseki siempre apostó por la imaginación y el arte en la literatura. Su única incursión en la creación semiautobiográfica fue la tardía *Michikusa*, ya mencionada. Según su propia confesión, la tarea del novelista consistía en traer orden y una estructura estéticamente agradable al flujo caótico de la vida humana. Los protagonistas masculinos de sus siete últimas novelas se hallan invariablemente inmersos en cuestiones morales, aunque no vivan muy acordes con la moral de su tiempo, y libran una pugna psicológica en un mundo en el cual la ética y los fundamentos morales de la sociedad habían experimentado unos cambios demasiado rápidos. En cambio, las mujeres, lamentablemente, quedan casi siempre a la sombra, un tratamiento también nada infrecuente entre los novelistas de la Inglaterra victoriana.

Las tres obras que siguieron a su abandono de la vida docente fueron tres relatos: *Gubijinso* [La amapola], una historia romántica, *Kofu* [El minero], en forma de monólogo, y *Yume Juya* [Diez noches de sueños], cuyos dos temas dominantes son la muerte y el descubrimiento de la fuente de la propia existencia. En el sueño de la tercera noche, el más terrorífico de todos, un niño ciego montado en los hombros del autor le pide a este que se dirija a cierto lugar donde, exactamente cien años antes, él había asesinado al niño que resulta ser su propio hijo. El niño se erige así, a la vez, en descendiente y ancestro. De las tres, que hoy día se consideran ejercicios experimentales, la tercera sigue ejerciendo un interés absorbente.

De mucho más vuelo son las tres que produce en el periodo de 1908-1910, a ritmo de novela por año, y publicadas siempre por entregas en el periódico *Asahi*. Forman lo que se ha denominado «primera trilogía»: *Sanshiro*, *Y entonces*, y *Mon, la puerta*. Gradualmente asoman en ellas las sombras y preocupaciones que van a caracterizar el tercer periodo de Soseki. Los protagonistas de las tres —Sanshiro, Daisuke y Sosuke— son hermanos del Ichiro que veremos en *El caminante*, hombres íntegros y turbadoramente conscientes de la soledad de vivir en una sociedad cuyos valores se derrumban. En la tercera de las mencionadas, aparece el conocido triángulo de dos hombres que aman a la misma mujer, un conflicto latente en *El caminante* y que, en *Kokoro*, desencadenará la tragedia. Como afirma Kyoko Kurita, el triángulo romántico de los

novelistas de Meiji no implicaba tan sólo el melodrama de relaciones amorosas, sino temas que afectaban a la sociedad, a la identidad social de los personajes en cuestión, e incluso a asuntos de contenido y de forma literarios[9].

Poco después de completar *Mon, la puerta*, Soseki fue hospitalizado aquejado de una aguda úlcera de estómago. Sus dolencias estomacales ya habían quedado esbozadas en el retrato del personaje Kushami, de *Yo, el gato*, también profesor de Inglés. Cuando lo dan de alta en el verano de 1910, marcha a convalecer a los baños termales de Shuzenji, en la península de Izu, un lugar descrito con poca simpatía en la cuarta parte de *El caminante*. La fatiga del viaje le provoca otra crisis que a punto estuvo de costarle la vida. En la larga convalecencia que siguió a Shuzenji, el autor retomó su amada poesía en chino e incluso su afición a la pintura, un periodo relativamente feliz porque lo liberó de forma temporal de su creciente angustia sobre la naturaleza de la modernidad japonesa. Pero el tema continuaba en su mente como lo demuestran las conferencias impartidas en 1911. En una de ellas, titulada «La ilustración del Japón moderno», trató de las perturbaciones causadas en Japón por el apremio de la civilización occidental, un asunto aireado en sus novelas, pero que ahora elucida con más libertad. Afirma en ella que los japoneses han estado tratando de dominar en los últimos cuarenta años todo lo que en Europa se había adquirido a lo largo de cien años. Aunque, como japonés, estaba orgulloso de ese aprendizaje, reconocía que el precio había sido muy elevado: los japoneses sufrían de una suerte de postración nerviosa nacional y, espiritualmente, estaban gimiendo por el esfuerzo[10].

Pero un escritor de raza como él no podía acallar, a pesar de sus dolencias y tener la muerte siempre al lado, como confiesa en su diario, la voz de los personajes que bullían en su mente por cobrar vida. Nace así su sexta novela, *Higan sugi made* [Después del equinoccio], la primera de su segunda trilogía, a la que seguirán la que ahora se presenta en español, *El caminante*, y *Kokoro*, de 1914, su obra maestra y, según propia confesión, su predilecta. Tienen en común estas tres que su crítica social se suaviza. En cambio, se escudriña con inquietante penetración la forma de pensar de unos protagonistas —Sunaga, Ichiro y el *sensei* de *Kokoro*— que son intelectuales ociosos y atormentados.

En una conferencia impartida en noviembre de 1914, tal vez la más famosa de las tres de ese año, «Mi individualismo», expresa comentarios

interesantes para valorar su actitud como escritor y para tener una clave de comprensión de la psicología de los personajes de estas novelas. Hay que aclarar, antes, que este concepto del individualismo, esgrimido por el Gobierno de Meiji como la bandera de la modernidad japonesa, suscitaba no pocas contradicciones en la sociedad japonesa, viéndose en él poco menos que la dinamita que había hecho volar por los aires muchos valores sociales del Japón tradicional. Por eso, Soseki, se apresura a explicar que su individualismo —léase, el de los personajes de sus novelas— no es una amenaza a la nación ni una negación del nacionalismo creciente de Japón de esos años, sino una insistencia en que todas las personas deben ejercer el derecho de seguir sus propias preferencias, siempre y cuando cumplieran con sus deberes como ciudadanos. Era más fácil, y ciertamente implicaba menos sufrimiento, seguir la senda trillada de las opiniones del grupo, pero el individualismo exigía que cada persona decidiera las ventajas o desventajas de los distintos caminos que se le podían ofrecer y que no se limitara a andar por el camino seguro de la colectividad. Rechazaba, por tanto, la preocupación fanática por el bienestar del país profesada por quienes condenaban todo atisbo de disidencia ideológica e indicaba los numerosos ejemplos de engaño perpetuados en nombre del patriotismo[11]. El individualismo de Soseki parecía exigir más que el derecho a ejercer las preferencias personales en materia de pensamiento e ideología: era la justificación de la filosofía de muchos de esos intelectuales atormentados, como el protagonista de nuestra novela, que prefieren vivir al margen de su grupo —la familia o la sociedad— a fin de no verse atrapados en sus gustos y valores.

El individualismo de Soseki no estaba reñido con la generosidad. A pesar de los efluvios misántropos de sus novelas, era un hombre bondadoso. Desde el pedestal del prestigio por su obra y por estar al frente de la columna literaria del *Asahi*, elogiaba las cualidades de cualquier escritor oscuro, llamaba la atención sobre la aparición de nuevos talentos literarios y no escatimaba su consejo a los artistas principiantes. Ya desde 1906, una cohorte fiel de amigos y discípulos —entre ellos un joven genio llamado Ryunosuke Akutagawa— se reunían a los pies del maestro constituyendo lo que vino en llamarse el «círculo de los jueves». Compondrían el grupo de los «nuevos idealistas» de influencia persistente durante las siguientes décadas en el panorama literario japonés.

En este periodo, final de 1914 y comienzos del 1915, Soseki padecía no sólo sus males estomacales de siempre, sino una tensión mental considerable, en gran parte inducida por el violento odio sentido y crecido con el paso de los años hacia su esposa. Algunos escritos de esos meses apuntan incluso a un anhelo de morir. No tiene nada de extraño que, en esa situación extrema, «el maestro Soseki» hallara como «máxima felicidad de su vida» el momento cotidiano de agacharse para realizar la simple evacuación intestinal en el retrete japonés, tal como nos recuerda Junichiro Tanizaki[12]. Escribe por entonces *Garasudo no uchi* [Dentro de mi cristalera], un libro de reflexiones y recuerdos, seguido de *Michikusa* [Las hierbas del camino], donde, por primera vez, se vuelca en la ficción autobiográfica. En esta importante obra expone sin piedad y con ese tono confesional tan singular de la «novela del yo» japonesa, sus mentiras y pretensiones. La crítica japonesa ha celebrado las páginas de esta singular novela como el apogeo del arte y el fruto de los años de dolorosa introspección de Soseki. La infelicidad de su infancia solitaria y de su deprimente matrimonio, su falta de simpatía hacia los demás, o de expresiones de afecto por sus hijos, sus años desdichados como profesor, las razones de su angustia vital son algunas de las hierbas descritas con extraña intensidad del camino de la vida del personaje Kenzo, trasunto del autor.

La última novela de Soseki fue *Meian* [Luces y sombras] en cuya realización lo sorprendió la muerte en diciembre de 1916. Asediado por males durante los meses de esa primera mitad del último año de su vida, en una carta a Nomura Kimi fechada el 2 de mayo afirma que parecía haber nacido para estar enfermo pues siempre, desde su infancia, recuerda haber padecido alguna dolencia. Pero en la misma carta confiesa que pronto podría abandonar el lecho de enfermo y ponerse a escribir un *kudaranai mono* («una cosa aburrida»). Por «una cosa aburrida», en el lenguaje crípticamente modesto de los japoneses, se refería a *Meian*, que, aunque incompleto, es considerado por muchos un monumento literario, digno colofón a su carrera como escritor. La acción de la novela, la más larga de cuantas escribió, cubre los diez días durante los cuales el protagonista, Yoshio Tsuda, permanece en un hospital y convalece en un balneario. El autor explora las mentes de los cinco personajes que se mueven en torno a Tsuda: una exploración tan exhaustiva que, en la palabras del propio autor, el proceso de escribir todas las mañanas unas páginas de esta novela lo

agotaba tanto por hallar tan deprimente ese buceo en la fealdad del alma humana, que veía necesario ponerse por la tarde a purificar el alma propia escribiendo poesía en chino. Mañana y tarde; novela y poesía. Probablemente este contraste entre esa poesía catártica, fielmente cultivada por Soseki toda la vida, y la prosa de sus últimas novelas poblada de personajes atormentados sea el broche inquietante de la serie de contradicciones que jalonaron toda su vida. Acabó esta el 6 de diciembre de 1916, aunque había perdido el conocimiento el 22 de noviembre, el mismo día en que escribió la última frase de su obra inacabada: «Tsuda volvió a su cuarto mientras trataba de explicarse el significado de la sonrisa de su antigua amante». Y tal vez con una sonrisa amarga y el corazón dolido sus lectores siguieron leyendo hasta el 14 de diciembre las entregas de esta novela escrita por un autor ya muerto.

El caminante es una novela en cuatro partes o secciones, cada una de las cuales se subdivide a su vez en capítulos cortos, de una o dos páginas, un recurso habitual en las últimas novelas de Soseki. Sus tres primeras partes se publicaron por entregas en el diario *Asahi* desde el 6 de diciembre de 1912 hasta el 7 de abril de 1913. La cuarta, desde el 16 de septiembre hasta el 15 de noviembre tras un intervalo de cinco meses ocasionado por crisis nerviosas e intensas dolencias estomacales de autor. Cada parte constituye una historia casi independiente, aunque las relaciones entre ellas son mucho más estrechas que las existentes entre las seis secciones que componer *Higan sugi made*, la obra inmediatamente anterior. Para los lectores habituados a la secuencia narrativa de la novela occidental, *El caminante*, con sus cuatro retablos donde no parece suceder nada, da la impresión de carecer de cierto ritmo dinámico. De esta cualidad estática y morosidad narrativa en el relato es responsable tanto la tradición literaria oriental —también sustancial a su cine—, como la circunstancia de haber sido publicada por entregas. Pero la técnica narrativa de Soseki en esta obra es inconfundiblemente moderna y se adscribe a lo que pudiera llamarse oblicuidad en la presentación de los hechos. En el sentido que ahora explicaremos.

Toda la novela está escrita en primera persona, a través de Jiro Nagano, el dueño de los ojos de esa mirada oblicua, un joven soltero de carácter despreocupado, empleado sin historia en un estudio de arquitectos. Solamente la sección cuarta adopta mayoritariamente un formato epistolar, reproducido en esta edición en letra cursiva. La mirada oblicua de Jiro se

extiende, primero, como observador compasivo de la situación de su hermano; luego, como observador crítico con el comportamiento del mismo. La carta final introduce otra mirada igualmente sesgada y de otro personaje distinto. Sin embargo, no se puede decir que Jiro sea el protagonista. Tal papel hay que concedérselo a su hermano, Ichiro, un hombre casado y profesor universitario, cuyas dudas, depresiones y neurosis, de importancia creciente a medida que avanza la obra, lo hermanan con esa familia de hombres ociosos y atormentados a la que ya nos hemos referido.

La primera parte se abre anunciando un viaje de vacaciones que nunca se realiza. Jiro debe reunirse en Osaka con un amigo, Misawa, para realizar tal viaje. Pero el amigo no se presenta a la cita. Jiro aprovecha su estancia en Osaka para visitar a un pariente de su madre, el jovial Okada, viéndose obligado a ocuparse de unos asuntos familiares. El retraso de su amigo Misawa en acudir a Osaka y la hospitalización repentina de este obligan a Jiro a cancelar el viaje de vacaciones y, lo que es más determinante, a cuidar a su amigo mientras está en el hospital. Jiro se entera accidentalmente entonces de que la *geisha* con la cual había intimado Misawa es también una paciente en el mismo hospital. Misawa se había interesado por ella porque le recordaba a una joven demente conocida unos años antes. La historia de estas dos mujeres ocupa una buena parte de esta primera sección.

La segunda, titulada «Hermano», describe un nuevo viaje: el que realiza a Osaka y alrededores la familia de Jiro, compuesta, en esta ocasión, por su madre, su hermano mayor Ichiro y la mujer de este, Nao. Los tres viajan con Jiro a Wakanoura, una ciudad turística, donde el narrador, que siempre es Jiro, observa la frialdad entre Ichiro y Nao. El hermano mayor confiesa a Jiro que no comprende a Nao e incluso insinúa dudas sobre su fidelidad. Ichiro, como un Anselmo japonés salido de *El curioso impertinente* cervantino[13], le pide a Jiro que vaya con ella a la ciudad próxima de Wakayama a fin de probar la virtud de su esposa. Jiro al principio vacila en aceptar la extraña propuesta de su hermano, pero finalmente consiente en llevarse a su cuñada. En Wakayama los sorprende una tormenta que obliga a la pareja a pasar la noche en la misma habitación. En una escena memorable, preñada de lirismo y de apagones de luz, Jiro y Nao, en la oscuridad del dormitorio, conversan amigablemente. Nada más ocurre entre ellos, aunque al lector le puede asaltar legítima mente la pregunta de qué habría ocurrido si Jiro se hubiera insinuado a Nao. Al día

siguiente, regresan los dos y Jiro le da a entender a su intranquilo hermano que no tiene nada por lo que inquietarse a propósito de su esposa.

En la tercera sección Jiro describe la vida cotidiana de su familia, los Nagano, en la casa de Tokio, en la cual también vive su hermano con Nao y una hija pequeña. El tema central sigue siendo el distanciamiento entre Ichiro y Nao, y también el empeoramiento de las relaciones entre los dos hermanos. Hay escenas domésticas reveladoras de las relaciones sociales entre miembros del grupo familiar en Japón y en el grupo se incluyen las personas que vivieron un tiempo bajo el mismo techo, como Okada. Los traductores han recogido acertadamente elementos esclarecedores de esas relaciones, como el uso del tuteo de Jiro a Okada, al que este no puede corresponder. La no reciprocidad en el tratamiento social es un rasgo definitorio de Japón —también del actual— frecuentemente no comprendido por occidentales y pocas veces trasladado en las traducciones modernas. Destaca en esta parte la escena de la tertulia en torno al sociable padre de Jiro, el señor Nagano, cuando cuenta a sus invitados la historia en varios capítulos de la viuda ciega, y abre un debate sobre las relaciones hombre-mujer. Finalmente, Jiro, que se siente cada vez más a disgusto en la casa familiar y ante la presión de su madre que cree que su presencia ejerce una mala influencia en Ichiro abandona el hogar y se va a vivir a una casa de huéspedes. No obstante, Ichiro, cuya neurosis es evidente, sigue aislado del resto de miembros de su familia incluida su esposa Nao.

El título de la cuarta parte, «Angustia», es indicativo de la intensificación del tema principal: el aislamiento depresivo de Ichiro. Sus padres, cada vez más preocupados y por mediación de Jiro, le piden a un amigo y colega de Ichiro llamado señor H que se lo lleve de viaje para ver si así se cura. El amigo acepta el encargo de Jiro que, además, le pide que le dé cuenta del estado de ánimo de su hermano durante el viaje. Los dos amigos viajan por la península de Izu y visitan la ciudad de Shuzenji, al este de la actual provincia de Shizuoka, en cuyo famoso balneario también había convalecido Soseki. Pocos días después, Jiro recibe una extensa carta del señor H en la cual le cuenta el viaje y le describe las conversaciones mantenidas con Ichiro. El señor H comprende entonces el grado de sufrimiento de su amigo, un sufrimiento que a este le hizo exclamar: «Morir, volverme loco o abrazar de lleno la religión. Esas son las tres únicas puertas abiertas para mí». H concluye su carta expresando incredulidad por que Ichiro cambie de actitud hacia su mujer y familia.

Es posible que el retraso de la terminación de la novela por las causas ya comentadas fuera responsable de un final insatisfactorio: ¿hay solución para la neurosis de Ichiro o se debe aceptar el juicio pesimista del señor H?, ¿cuál es el destino de Nao, la esposa infeliz?, ¿se casa Jiro con la atractiva joven que conoció por mediación de su amigo Misawa?, ¿mejorará la relación entre los dos hermanos? La solución que sugiere Soseki al final de la obra, auténticamente oriental, puede resultar insatisfactoria: no parece pasar nada. Tal vez la solución pueda buscarse en las palabras de H a Ichiro cuando le dice que en lugar de afirmar su ego, su individualidad, simplemente se abandone. Nada menos.

Por encima de preguntas sin respuesta, de posibles lecturas y de la morosa secuencia narrativa, hay que destacar como mérito incuestionable de *El caminante* su perfección técnica y el arte de su estructura. Soseki tiene esa rara cualidad de incorporar armoniosamente las situaciones o episodios sin aparente relación, incluso movimientos y gestos de personajes secundarios —«... se alejó moviendo las caderas escondidas bajo el *obi* como si con aquel movimiento demostrase su enfado», la escena divertida de la conversación entre Jiro con la cara cubierta de espuma de afeitar y su hermana pequeña, la vivaracha Oshige—, al cauce de la situación principal, de dotar a todo de función orgánica. Así, la relación imposible entre Ichiro y su esposa está resaltada por la feliz entre Okada y Okane o entre Sano y Osada, dos matrimonios, uno establecido y otro en ciernes, que ilustran la norma de la pareja tradicional. El mismo juego de simetrías se observa con los caracteres. Así, el espíritu poético de Misawa contrasta con el filosófico de Ichiro. Episodios de gran patetismo y de aparente irrelevancia respecto al hilo narrativo, como el de la mujer demente de la primera parte y la viuda ciega de la tercera, resaltan igualmente la relación entre Ichiro y Nao.

El tema central de la novela es el aislamiento. Se expresa en forma de la alienación padecida agudamente por Ichiro con respecto a su esposa y a otros miembros de su familia. Jiro, espectador atento, observa con dolor el sufrimiento de su hermano ya en la segunda parte: «Parecía un pez varado en la arena dando coletazos en su fútil lucha por la vida». Y al final de la tercera parte expresa el camino a la deriva que emprende su hermano: «Comprobaba cómo se sumergía cada vez más en sus libros y cómo se separaba irremediamente de todas las cosas vivas». El remedio a su soledad podría ser la fe religiosa, una de las tres puertas abiertas sugeridas por él mismo. Pero para tener fe hay que creer, e Ichiro no puede, tal como

él mismo afirma en la segunda parte: «Yo no puedo creer. Sólo puedo pensar, pensar y pensar». Su soledad no es la consecuencia de un egoísmo neurótico, ni del aislamiento del intelectual. Asume, por el contrario, una dimensión social. Así, cuando dice el mismo Ichiro: «Es como si en mí reuniese toda la inseguridad de la especie humana, como si la destilase a cada momento». Es posible, asimismo, que la causa de esa soledad sea la inseguridad del hombre en una sociedad de cambios galopantes. Una sociedad a la que critica: «La sociedad japonesa, y es probable que pueda decirse lo mismo de la occidental, funciona de tal manera que sólo permite sobrevivir a los tipos más superficiales y espabilados». Esta afirmación, formulada al final de la era Meiji, ya era válida a mediados de la misma, en la década de los ochenta, como encarna ese personaje entrañable, el Bunzo, protagonista de *Ugikumo* de Futabatei Shimei. Pero Ichiro, este Hamlet japonés, tiene mucho más calado intelectual que Bunzo. Él, como sus hermanos sosekianos de esta segunda trilogía, son «intelectuales de Meiji». Los cambios en la sociedad los representa, en palabras de Ichiro, el progreso incontenible de la ciencia, un valor occidental insólito en la cultura japonesa. Así, cuando afirma:

La inseguridad humana es el resultado del progreso de la ciencia. La ciencia, que jamás se detiene, nunca nos ha dado tregua. De caminar por nuestros propios medios al rikisha, del rikisha al carruaje, del carruaje al tren, del tren al automóvil, de ahí al dirigible, después al aeroplano y así sucesivamente. No importa lo lejos que vayamos, nunca tendremos un respiro ¿Dónde nos llevará todo esto? [...] Es realmente aterrador (cuarta parte, cap. 32).

Es evidente que Soseki compartía la angustia vital de Ichiro. Este sentimiento no estaba en el ambiente ni en factores hereditarios como postulaban los naturalistas, sino en lo más profundo del corazón del hombre pensante de su tiempo. La angustia de Ichiro es mucho más que una pequeña tragedia doméstica. Es el síntoma del mal general de la época en que este personaje vive. Este punto es fundamental para valorar la novela que tiene el lector en sus manos. Tal vez por eso el autor recurre a la exposición oblicua de los hechos: la situación es descrita primero por «Jiro hermano» y «Jiro competidor», de forma alternativa; luego por H, dotando así al relato de una perspectiva suprapersonal. Pero la angustia del protagonista trasciende fronteras y es simbólica de lo que puede experimentar el hombre moderno como resultado de no tener puentes, de

estar aislado irremediabilmente de su familia, de la sociedad, de la cultura. Ichiro, profesor universitario, siempre al borde de la crisis nerviosa, que en mitad de una clase se lleva la mano a la frente para decir a sus alumnos «al parecer, últimamente hay algo que no funciona bien en mi cabeza», con su gesto típico de «sonrisa amarga», es, tal vez entre todos los personajes de sus novelas, el más fiel *alter ego* de Natsume Soseki, también profesor universitario y siempre con su «sonrisa amarga» auestas.

Temas secundarios son las relaciones familiares, el matrimonio, la amistad. Y también el amor vagamente susurrado. ¿Tiene realmente Jiro categoría de rival de su hermano? Formulado más claramente, ¿ama realmente Jiro a Nao, la malmaridada de mejillas pálidas y dedos delicados? Es otra pregunta que podría hacerse el lector y entretenerse en dar razones para afirmarla o negarla. La sombra ingrátida de esa pregunta planea sutilmente en casi todas las referencias que hace Jiro sobre su cuñada y aterriza con brusquedad en el alma de la madre de los dos hermanos, que, buena conoce dora del corazón de sus hijos, se limita a fruncir el ceño. Pero tal atracción Jiro no podía reconocerla, ni siquiera insinuarla. ¿O tal vez sí, con el movimiento involuntario de su rodilla en otra de las escenas memorables? Ocurre durante la visita imprevista que realiza Nao a su cuñado en el modesto cuarto que este ocupa en la casa de huéspedes (capítulos 2-5 de la cuarta parte). A pesar del carácter episódico de la estructura de esta novela, ese encuentro puede ser uno de los momentos climáticos del delicado hilo narrativo de la obra.

El matrimonio está indirectamente en el punto de mira de la crítica de Soseki. Es simbólico que cuando Osada, la criada en el hogar de los Nagano, se está casando, el dolor repentino de estómago de unas de las sacerdotisas encargadas de officiar la ceremonia sintoísta la obligue a retirarse. Tampoco es casualidad que el deterioro de la relación conyugal entre Ichiro y Nao sea el cauce seco del río de la soledad del protagonista. No podía haber cauce más indicado que la relación humana más íntima para ilustrar la imposibilidad del ser humano de estar vitalmente conectado con sus semejantes. El aislamiento de Ichiro lo hace estar agónicamente consciente de que «no hay ningún puente que lleve de un hombre a otro», como se dice en alemán en la versión original para dar más contundencia y, si cabe, «rigor científico» al hecho. La intensidad de las dudas de Ichiro sobre la posibilidad de una verdadera comunicación entre marido y mujer, y la aparente incapacidad de confiar en el amor de quienes lo rodean

confirman la fidelidad con que el autor se retrataba en su criatura. Aunque se ha sugerido que la tensión entre Ichiro y Nao es el reflejo de la existente entre Soseki y Kyoko, su esposa, queda inconclusa la función de Jiro en medio de la pareja, en su papel en una situación a lo Paolo y Francesca, según se insinúa en la obra.

En el mundo desolado, corrupto e irrespirable de la incomunicación que ahoga a Ichiro, hay un personaje que representa justamente lo contrario: Osada, la criada. Esta joven, que parece andar de puntillas en la casa donde trabaja, es ajena al torbellino de los arreglos domésticos, de las dudas e incomunicaciones que la rodean. Es una bocanada de aire puro. Es como si estuviera protegida por una aureola de candor, pureza y seguridad que, para Soseki, podría ser el recuerdo, cada vez más difuso, de otra época, una época dichosa cuando en el mundo había aire limpio y puentes entre las personas. Por eso tal vez, Osada tiene que salir de Tokio en busca de aire fresco, «¡Aire fresco! Porque en toda la extensión de Tokio no hay un solo lugar donde se pueda respirar un poco de aire fresco». Osada tiene que irse de la casa, no sin antes, eso sí, pasar por la habitación de Ichiro y salir de ella con lágrimas en los ojos...

Hablando de personajes femeninos, se le ha reprochado a Soseki la misoginia de sus novelas. Sus mujeres, cuando existen, siempre permanecen en penumbra, criaturas resignada y pasivas cuya silueta lejana sólo sirve para resaltar el dibujo de las contradicciones y luchas espirituales de los hombres. Esta situación puede reflejar la postración de la literatura femenina en Meiji, donde sólo brillan dos luces: Ichiyo Higuchi y, al final del periodo, la poetisa Akiko Yosano, consecuencia a su vez de la situación social de la mujer en su época. O tal vez sea expresión de la desdichada experiencia matrimonial del autor. *El caminante*, de cualquier manera, puede considerarse, en este sentido, excepcional. Es cierto que los cuatro personajes femeninos más «destacados» de esta obra: «la madre», Okane — la esposa del jovial Okada—, Nao y la mencionada Osada pertenecen a esa categoría. Sí, Nao es esencialmente pasiva y acepta los dictados de la tradición, una aceptación que en su caso asume la forma de desafío silencioso. No se atisba en ella una sola iniciativa por acercarse a su marido. Ni siquiera su opinión cuenta para nada cuando se trata de ir con Jiro, los dos solos, a Wakayama. Sufre en silencio el desamor e incluso la violencia de este. Pero formula una emotiva proclama de la posición de la mujer nipona, una posición de cuya pasividad es responsable la consideración

social que la casada tenía en su tiempo. Nao expresa su llamamiento en estos términos:

Si los hombres no estáis contentos, os podéis marchar a otro lugar. Pero, desde luego, las mujeres no podemos. En realidad, no soy mucho mejor que una planta en una maceta: una vez plantada por las manos de mis padres, ya no soy capaz de moverme un solo centímetro a menos que venga alguien a ayudarme. No me queda más remedio que estar me quieta. Estarme quieta hasta que me marchite (cuarta parte, cap. 4).

Jiro, que lo oye, exclama: «Un escalofrío me recorrió el cuerpo ante la inmensa fuerza femenina que había tras su llamamiento». Una proclama extraordinaria en la literatura japonesa de hombres. La mayoría de las mujeres de aquellos tiempos no tuvieron la suerte de tener un portavoz de su situación. La indefensión de la mujer nipona de su época propiciaba agravios que no por cotidianos y desconocidos debían de ser en muchos casos trágicos. Ahí está el caso elocuente de Namiko, la heroína de la obra del mismo nombre de Tokutomi Roka, del año 1900, un *best seller* en el Japón de la época, y que no casualmente publica Satori al lado de *El caminante*. El simple hecho de que Soseki diera voz a la proclama de Nao, lo exculpa de toda mancha misógina. Cuando este personaje realiza afirmaciones del jaez de «como soy mujer, quizás sea un razonamiento demasiado complejo para mí» (tercera parte, cap. 19), está simplemente dando voz a la consideración social que muchos siglos de ideología confuciana —la oficial antes de Meiji— habían imprimido en la mentalidad de la gente.

La obra se abre con un viaje de Jiro a Osaka para realizar otro que no se lleva a cabo, y se acaba con un viaje de Ichiro por Izu. Entremedias, nos recuerda Jiro en la cuarta parte, Ichiro «una vez que se levanta, no se puede quedar sin hacer nada, así que se dedica a caminar». En un sentido más figurado, precisa: «Mi hermano camina por la vida a través de una senda tan precaria como el filo de una navaja y exige a los demás que caminen exactamente por el mismo sitio sin perder nunca el paso». ¿«El caminante» o «los caminantes»? ¿Son todos, tal vez, caminantes en esta obra? ¿O es, más bien, Ichiro el único caminante? Jiro, el que observa las incidencias de ese camino, y las cuenta en el presente de un pasado, es, sin embargo, quien tiene más movilidad: Osaka, Wakayama, Tokio, cambio de casa.

¿De qué camino se trata? ¿El de la vida? ¿Quién es rea mente el «caminante»? Natsume Soseki, con una sonrisa amarga de las suyas,

hubiera podido decir que *El caminante* no es otro que el lector. Quién sabe.

Carlos Rubio

Toledo, 7 de febrero de 2011

NOTA AL TEXTO

LA presente versión española se ha realizado a partir del original japonés de *Kōjin*.

Para la transcripción de los términos japoneses se ha seguido el sistema de romanización Hepburn, según el cual las consonantes siguen la pronunciación inglesa y las vocales la española. Así, la pronunciación del nombre del narrador de la novela, Jiro, sería con una «j» como la del nombre inglés John o el catalán Jordi. Otros términos como «hakama» o «haori» se pronuncian con «h» aspirada. Finalmente, en palabras como «geisha» la «g» es siempre como en «gato».

Se suprimen los diacríticos sobre las vocales largas para descargar el texto de signos ortotipográficos no relevantes en español y así facilitar la lectura.

El significado de todos los términos japoneses se puede consultar en el Glosario al final del texto.

Todas las notas al pie son de los traductores.

PERSONAJES PRINCIPALES

FAMILIA NAGANO

El padre: antiguo funcionario del gobierno ahora jubilado.

La madre: Tsuma.

Ichiro: hijo mayor y profesor universitario.

Jiro: segundo hijo y narrador de la novela. Trabaja como empleado en un estudio de arquitectura.

Oshige: hermana de Ichiro y Jiro.

Nao: esposa de Ichiro.

Yoshie: hija de Ichiro y Nao.

OTROS PERSONAJES

Okada: pariente lejano de la madre que vivió en casa de los Nagano durante su época de estudiante. Actualmente trabaja y reside en Osaka.

Okane: esposa de Okada.

Sano: amigo y compañero de trabajo de Okada.

Osada: vive con la familia Nagano como empleada en las labores domésticas.

Misawa: amigo íntimo de Jiro.

Señor H: amigo íntimo de Ichiro y profesor universitario.

EL CAMINANTE

AMIGO

EN cuanto bajé del tren en la estación de Umeda, cogí un *rikisha*[14] y fui directo a casa de Okada como me había pedido mi madre. Okada era familia lejana suya, pero en qué grado, era algo que desconocía por completo.

Yo tenía mis propias razones para ir a verlo nada más llegar a Osaka. Una semana antes de venir había quedado en encontrarme con un amigo en la ciudad para subir juntos al monte Koya y, en caso de disponer de tiempo suficiente, llegar hasta Nagoya desde Ise[15]. No sabíamos exactamente dónde reunimos y fue en ese momento cuando se me ocurrió darle el nombre y la dirección de Okada.

—En cuanto llegue a Osaka, te llamaré para asegurarme de si has llegado o no —dijo mi amigo antes de partir. Yo no estaba seguro de que Okada tuviera teléfono, por eso le pedí que telegrafiara o enviara una nota. Su idea era ir a Suwa por la línea de Koshu y llegar a Osaka pasando por Kiso. Mi plan era coger la línea de Tokaido directo hasta Kioto y parar allí cuatro o cinco días por unos asuntos. Después seguiría hasta Osaka.

Me quedé en Kioto como había planeado y en cuanto terminé con mis obligaciones, impaciente por contactar con mi amigo, cogí el tren y me fui derecho a casa de Okada nada más salir de la estación de Umeda. Mi prisa estaba motivada por mi propio interés y no tenía nada que ver con el encargo de mi madre. Cuando me dijo que fuera a visitarlo, no se olvidó de meter en mi bolso de viaje una enorme caja de dulces. El motivo de su presente era, por supuesto, ese antiguo sentido de cortesía, pero en su mente también albergaba una razón mucho más prosaica.

Soy de ese tipo de personas incapaces de descifrar relaciones de parentesco como la de mi madre con Okada. No tenía un interés especial por su encargo, ni tampoco expectativa alguna. Sin embargo, sí tenía cierta curiosidad por ver a Okada después de tanto tiempo; lo recordaba como una persona plácida de cara cuadrada que desde siempre cultivaba con mimo su mostacho despoblado y sufría una inevitable pérdida del cabello. Había ido a Tokio en varias ocasiones para resolver algunos asuntos pero, por una razón u otra, nunca llegamos a encontrarnos. No había tenido ocasión

últimamente de ver su cara sonrojada por los efluvios del alcohol. De camino a su casa, conté con los dedos de la mano los cinco o seis años que habían transcurrido desde que se marchó, aunque parecía como si hubiera sido ayer mismo. Cuando traté de visualizarlo, pensé que el pelo por el que tanto se preocupaba bien podía haber desaparecido por completo. La realidad era que a Okada le quedaba muy poco, pero su casa, al menos, estaba mucho más arreglada y nueva de lo que nunca hubiera imaginado.

—¿Ves? —dijo—, es una casa un poco deprimente porque me hicieron un muro demasiado alto al estilo *kamigata*[16] donde no hacía ninguna falta, pero al menos tiene dos plantas. Sube y echa un vistazo.

Yo estaba más impaciente por saber de mi amigo que por conocer la casa. Le pregunté si sabía algo de él. Me miró con extrañeza y dijo:

—No.

LO seguí al piso de arriba. La vista era realmente hermosa, lo suficiente al menos para estar orgulloso de ella. Sin embargo, un sol abrasador entraba a raudales por las ventanas y calentaba la habitación, que no se podía airear al no disponer de galería. Me fijé en un rollo ornamental colgado en la alcoba y arrugado por el calor.

—No ha sido el sol —se apresuró a explicar—, sino el pegamento que une la lámina a la tela. Se pasa el año entero ahí colgado.

Vaya, vaya. Así que ahí estaba el ruiñeñor y su ciruelo en flor, me dieron ganas de decir. Era el rollo que le había regalado mi padre el día de su boda. Nada más dárselo vino orgulloso a mi habitación para mostrármelo. Recuerdo cómo se puso cuando le dije medio en broma:

—Créeme, Okada, este Goshun[17] es falso. Por eso te lo ha regalado.

Mirábamos el rollo recordando aquellos días de antaño y nos reíamos como niños. Sentado en el alféizar de la ventana, Okada se mostraba feliz. Parecía como si nunca fuera a dejar la charla. Me puse cómodo y me quedé en mangas de camisa. Después me tumbé en el suelo y lo escuché hablar sobre la situación de Tengachaya, sobre su futura expansión, sobre la conveniencia o no de tener servicio de trolebús, etc. Escuchaba sin prestar mucha atención a su charla y pensé que había hecho una estupidez al coger un *rikisha* en un lugar por el que pasaba el trolebús. Al final, bajamos de nuevo.

Al poco tiempo volvió la mujer de Okada. Okane-san, como la llamaba todo el mundo, no era especialmente guapa pero era muy blanca y su piel tenía un aspecto muy suave. A cierta distancia incluso podía resultar atractiva. Era hija de un insignificante funcionario que había trabajado para mi padre y, de vez en cuando, venía a nuestra casa por la puerta de atrás con algunos encargos. Okada era por aquella época nuestro *shoshei*[18] y dormía, estudiaba y a veces comía batatas asadas en la habitación contigua a aquella puerta. Así se conocieron, pero lo que nunca llegué a entender es cómo pasaron de esos encuentros al matrimonio. Aunque Okada era pariente lejano de mi madre, en casa se lo trataba como un *shoshei* y por eso las criadas tenían tendencia a sincerarse con él en lugar de hacerlo con

mi hermano mayor. Recuerdo haber escuchado en ocasiones a alguna de las criadas decirle:

—¡Okada-san! Okane-san te manda recuerdos. —Como él no mostraba demasiado interés, pensaba que sólo era una broma del servicio. Al cabo de un tiempo Okada se graduó en el instituto de Comercio y se marchó a trabajar a una compañía de seguros en Osaka en la que mi padre le había conseguido un puesto. Más o menos un año después, Okada vino Tokio por sorpresa y en esa ocasión volvió a Osaka de la mano de Okane-san. Mis padres lo ayudaron a arreglar su matrimonio. Por aquel entonces, yo no estaba en casa, pues iba a subir el monte Fuji y a recorrer el camino de Koshu. Por eso me sorprendió enormemente cuando me enteré de todo el asunto. Al bajar del tren en Gotemba, dio la casualidad de que Okada pasaba en dirección a Tokio para ir a buscar a su prometida.

Okane-san dejó su parasol frente a la celosía y se dirigió a la cocina con un paquete pequeño en los brazos. Parecía un tanto apurada. Tenía la cara roja y un poco sudorosa por haber caminado bajo el sol de aquel día caluroso. Okada le anunció mi visita a viva voz y ella respondió dulcemente desde la otra parte de la casa:

—Ahora mismo voy.

Su voz me recordó inmediatamente a la de la chica que solía coserme el quimono de algodón de Kurume[19] y la ropa interior de franela.

3

El comportamiento de Okane-san era correcto y tranquilo. No había nada en él que denotara su extracción humilde.

—Lo esperábamos desde hace dos o tres días —dijo con una sonrisa que dibujó una encantadora expresión en sus ojos. No me quedó más remedio que rendirme a su elegancia y a su encanto, muy superiores a los de mi propia hermana. Sólo unos minutos de conversación, y me di cuenta de que era lógico que Okada se hubiera tomado la molestia de ir hasta Tokio a buscarla.

Aunque había tratado con ella cinco o seis años antes, cuando aún estaba en plena adolescencia, nunca tuvimos oportunidad de intercambiar unas palabras amistosas. Por tanto, al reencontrarla ahora como la esposa de Okada, no podía comportarme con toda la familiaridad que me habría gustado. Le hablé con rigidez y torpeza, como uno haría con una desconocida de su misma clase social. Okada parecía divertido y

complacido a un tiempo por mi actitud. Sonreía y me miraba de vez en cuando. Es más, miraba a su mujer y sonreía también. Ella estaba tranquila y aparentaba no darse cuenta de nada. Al salir de la habitación, Okada me dio varios golpecitos en la rodilla para llamar mi atención y en voz baja me preguntó socarrón:

—¿A qué vienen tantas formalidades? Ustedes dos se conocen bien desde hace tiempo.

—¡Qué mujer tan fantástica! De haberlo sabido, debería haberme casado yo con ella.

—¡Venga ya! —dijo Okada riendo en voz alta. Luego con un tono más serio añadió—: Pero según parece, usted le habló mal de ella a su madre.

—¿De qué hablas?

—Dijo: «Pobre Okada, tener que llevar a rastras a semejante mujer hasta Osaka. Si hubiera esperado un poco más, habría encontrado algo mejor».

—Eso fue hace mucho tiempo —acerté a decir un tanto confuso. En ese momento comprendí por qué antes miraba a su mujer con tanta complicidad—. Mi madre me soltó una buena reprimenda y me dijo que un inexperto como yo no podía entender nada. «Tu padre y yo hemos arreglado el asunto de Okada a beneficio de ambas partes. Ocúpate de tus propios asuntos y cállate la boca». Eso es, ni más ni menos, lo que me dijo en aquella ocasión. De verdad, fue una reprimenda en toda regla.

Exageré al contarle aquel episodio como si aquello sirviera, de alguna manera, para enmendar mi actitud de entonces. Okada se rio aún más. Cuando su mujer volvió al cuarto de invitados, me sentí incómodo.

—A partir de ahora Jiro-san va a hablar maravillas de ti. Deberías agradecerérselo —observó Okada

Okane-san me sonrió y le dijo a su marido:

—Eso es por las bobadas que estás diciendo.

Antes de cenar, Okada y yo salimos a dar un paseo por la colina cercana ataviados con nuestras *yukatas*[20]. Las casas dispersas y aisladas, rodeadas con sus muros, me recordaron a las afueras de Tokio, más allá de la línea Yamanote[21]. De pronto, me acordé del amigo con el que había quedado en Osaka y me inquieté por no tener noticias suyas.

—¿Por cierto, tienes teléfono? —le pregunté.

—¡Un teléfono en una casa como esta! —contestó. En su cara se dibujó un gesto de sorna.

Era un día de verano y parecía no ir a anochecer nunca. La colina por donde caminábamos seguía inundada de luz, pero los distantes bosques ya se difuminaban en el horizonte y el cielo cambiaba rápidamente de tonalidad. Bajo aquella luz crepuscular miré a Okada:

—Se te ve ahora mucho más alegre de lo que estabas en Tokio. Tienes muy buen aspecto. Eso me alegra...

—¡Vaya! Muchas gracias —dijo Okada. En su respuesta había una nota de alegría.

La cena debía de estar lista, así que decidimos volver. En el camino de vuelta le dije abruptamente:

—Tu mujer y tú parecéis teneros mucho cariño. —Aunque sabía lo que quería decir, debió de tomárselo a broma, pues se limitó a ofrecer una sonrisa como única respuesta. Lo cierto es que tampoco lo negó.

Al cabo de un momento, toda su alegría de disipó. Bajó el tono de voz y se sinceró como si murmurase para sí:

—Llevamos cinco o seis años casados pero todavía no hemos tenido hijos. Eso nos preocupa...

No dije nada. Era de la opinión de que nadie debería casarse sólo por el hecho de tener hijos. Pero desearlos después de contraer matrimonio era un hecho insoslayable.

—Supongo que en cuanto uno se ha establecido, desea tener niños —me aventuré.

—Si eso es lo mejor que a uno le puede pasar o no, es algo que aún no puedo decir. Pero, después de todo, una esposa debe tener un hijo, ¿no cree? Si no es así, no me parece que tenga derecho a ser...

En otras palabras, me di cuenta de que Okada deseaba un hijo porque a sus ojos eso convertiría a su mujer en el verdadero modelo de esposa. Tuve ganas de decirle que en el agitado mundo en que vivíamos, mucha gente que deseaba casarse debía posponerlo por el hecho de no poder permitirse tener hijos, pero Okada continuó como si nada:

—Además, nos sentimos muy solos.

—¿Vosotros dos? Por eso sois tan cariñosos el uno con el otro, ¿no?

—¿Acaso tener hijos disminuye el afecto entre marido y mujer?

Hablamos como si conociéramos algo que estaba más allá de nuestra propia experiencia.

Cuando volvimos a casa, la mesa estaba puesta y convenientemente servida con *sashimi*[22] y una buena sopa. Okane-san se había maquillado discretamente. Nos servía cerveza y de vez en cuando se tomaba la molestia de abanicarme. Cada vez que lo hacía, el aire traía el ligero aroma de su maquillaje. Olía bien, un olor, desde luego, mucho más apetecible que el de la cerveza o el *wasabi*[23].

—¿Bebe siempre tanto en la cena? —le pregunté.

Okane-san sonrió y dijo:

—Es un bebedor insaciable, como puede comprobar.

Lanzó una mirada cargada de intención a su marido.

—No se crea, tampoco me deja beber tanto —replicó él.

Cogió un abanico que estaba a su lado y comenzó a darse aire vigorosamente. De pronto, me acordé del amigo con el que tenía previsto encontrarme.

—¿Señora, no ha llegado un telegrama o una carta para mí de un tal señor Misawa mientras estábamos de paseo?

—Por supuesto que no. No se preocupe. Mi mujer sabe perfectamente cómo hacerse cargo de esas cosas, ¿verdad, Okane? Además, olvídalo ya. ¿Qué más da si viene o no viene ese tal Misawa? —añadió Okada mirando a su mujer—. Jiro-san, ¿acaso no le gusta mi casa? Lo primero es cumplir con su obligación de solucionar aquel asunto lo antes posible.

Lo dijo mientras me servía más cerveza. Estaba ya bastante borracho.

5

Aquella noche me quedé en casa de Okada. Me acomodaron en la habitación de seis tatamis del piso de arriba donde el aire era insoportablemente bochornoso. Abrí los postigos de las ventanas con cautela para no despertar a la pareja que dormía en el piso de abajo. Me tumbé con la cabeza junto a la ventana y en esa posición pude ver el cielo a través de la mosquitera. Levanté el dobladillo rojo de la mosquitera y saqué la cabeza. Las estrellas brillaban en lo alto. Mientras observaba el cielo nocturno, pensaba en el pasado y en el presente del matrimonio Okada. Sentía cierta envidia de su felicidad conyugal y de sus mutuas muestras de afecto. Al mismo tiempo, me incomodaba el silencio de Misawa, pero pensé que no estaría nada mal seguir allí apoltronado cuatro o cinco días más invitado por esa familia feliz hasta que diera señales de vida. La última de mis preocupaciones era «el asunto» al que Okada había hecho referencia.

A la mañana siguiente, me despertó la voz de Okada que llegaba desde el diminuto jardín situado bajo la ventana.

—Oye, Okane. Este dondiego está floreciendo. Ven a echar un vistazo.

Miré el reloj y me tumbé boca abajo. Mientras llegaba hasta mis oídos la respuesta de Okane-san, prendí una cerilla para encenderme un cigarrillo. No llegaba y Okada volvió a llamarla un par de veces:

—¡Oye, Okane! ¡Okane!

Después la escuché como si estuviera muy cerca:

—Mira que eres impaciente. ¿No te das cuenta de que estoy ocupada en la cocina y no tengo tiempo para flores?

Al parecer había salido por la puerta trasera y estaba de pie en el *engawa*[24] del salón.

—Es cierto. Son preciosas. ¿Cómo están los peces de colores?

—Están bien. Nadan, pero hay uno que no tiene buen aspecto...

Di unas caladas al cigarrillo mientras esperaba unas palabras compasivas sobre aquel pobre pez agonizante. Esperé y esperé, pero ella no dijo nada. Tampoco Okada. Apuré el cigarrillo, me levanté y bajé las inclinadas escaleras. Hacía ruido a cada paso.

Desayunamos los tres juntos, y al poco rato Okada tuvo que marcharse a trabajar no sin antes lamentarse por no poder servirme de guía en la ciudad. Le dije que no se preocupara, no pretendía semejante cosa. Lo miré y observé su camisa blanca abotonada hasta el cuello.

—Okane —dijo de pronto como si se le hubiera ocurrido una gran idea—. Si tienes tiempo, ¿por qué no le enseñas la ciudad a Jiro-san?

Okane-san se quedó callada y no respondió a la propuesta de su marido. Tampoco se dirigió a mí.

—No te preocupes —me apresuré a decir—. Iré contigo hasta tu oficina y luego daré una vuelta por ahí.

Cuando estaba en la puerta principal, Okane-san me acercó el paraguas y se limitó a pronunciar:

—Hasta pronto.

Hicimos dos trasbordos de tranvía y, una vez Okada me dejó solo, caminé sin rumbo alrededor del edificio de piedra donde estaba su oficina. Me fijé en dos o tres ocasiones en una corriente de agua, pero no estaba seguro en absoluto de que se tratase siempre del mismo río. Poco a poco el calor se hacía insoportable, así que volví a casa de los Okada. Subí al piso de arriba que ya consideraba mi habitación desde la noche anterior.

Descansaba cuando escuché pasos en la escalera. Me asusté y me vestí a toda prisa. Okane-san se había cambiado el peinado del día anterior por otro recogido en un moño del que salía una cinta rosa visible a través de sus mechones.

6

Okane-san puso frente a mí una bandeja negra con una botella de agua con gas de Hirano y un vaso.

—¿Quiere un poco? —preguntó.

—Gracias —contesté dispuesto a coger la bandeja. Pero ella se adelantó y dijo:

—Por favor, déjeme a mí.

Guardé silencio y observé su mano blanca en la que brillaba un anillo que me había pasado inadvertido la noche anterior.

Al levantar el vaso para beber, Okane-san sacó una postal de su *obi*[25] y dijo sonriendo:

—Llegó justo después de que se marchara. —Reconocí el nombre de Misawa.

—Al fin ha llegado, lo esperaba impaciente... —Sonreí y giré la postal para leerla. En letras capitales había escrito una lacónica frase:

«ES PROBABLE QUE TARDE UN PAR DE DÍAS».

—Parece un telegrama, ¿no cree? —me preguntó.

—¿Por eso sonreía?

—No, no era por eso, pero es un poco...

Se quedó en silencio pero yo quería que sonriera de nuevo.

—¿Qué quiere decir con que es un poco...?

—Pues que es un desperdicio de postal...

En ese momento me contó divertida que su padre era una persona muy metódica. Normalmente despachaba sus asuntos, incluso cuando le escribía a ella, con tarjetas postales como aquella y en ellas garabateaba letras pequeñas como cabezas de mosca, todas apretadas en unas quince líneas. Me olvidé por completo de Misawa y me puse a charlar con Okane-san sentada frente a mí.

—¿No le gustaría tener hijos, señora? Debe de resultarle aburrido estar a cargo de la casa usted sola.

—No está tan mal, no crea. Quizá sea por haber crecido en una casa con tantos hermanos en la que pasábamos muchas estrecheces. No creo que

haya un sufrimiento mayor para unos padres que el provocado por sus propios hijos.

—Pero uno o dos no me parece tan grave. Su marido me ha contado lo mucho que lo desea.

Okane-san se quedó en silencio y miró por la ventana. Giró la cabeza de nuevo pero no me miró. Clavó su vista en la botella de agua de Hirano colocada encima del tatami.

No supe interpretar su gesto y volví a preguntar:

—Me pregunto por qué no puede tener hijos.

Okane-san se sonrojó. Quizás me tomaba demasiada confianza con ella. Acto seguido me arrepentí de haberle provocado malestar con mi indiscreción, pero ya no podía hacer nada por remediarlo y no me quedó más remedio que lamentar el haber perdido la oportunidad de conocer la causa de su sonrojo.

Traté de cambiar de tema para salvar la situación. Le pregunté por «el asunto» de Okada, aunque, en realidad, no tenía especial interés. Enseguida Okane-san recuperó la compostura. No dijo gran cosa, quizás para dejar esa responsabilidad en manos de su marido. Por mi parte, no pregunté mucho más.

7

Aquella misma tarde, Okada mencionó por primera vez formalmente «el asunto». Me senté junto al *engawa* donde estaba más cerca del frescor del rocío de la noche. Okada estuvo todo el tiempo sentado frente a su mujer en el salón y, tan pronto como comenzó nuestra conversación, se levantó y se acercó al *engawa*.

—Es difícil hablar a esa distancia —dijo mientras se agachaba para sentarse sobre el cojín que había colocado junto a mí. Okane-san no se movió.

—Jiro-san, ¿vio la fotografía que les envié hace un tiempo?

Se refería a la fotografía de un hombre joven que trabajaba con él en la misma oficina. Cuando llegó la foto, nos la pasamos y, por supuesto, sin que lo supiera Okada, hicimos todo tipo de comentarios.

—Sí, le eché un vistazo.

—¿Qué dijeron?

—Alguien dijo que tenía una frente prominente.

La observación provocó una risotada de Okane. A mí también me hizo gracia, pues en realidad fui el primero en darme cuenta de su desmesurado tamaño.

—Un comentario así sólo se le puede haber ocurrido a Oshige-san. La verdad es que nadie está a salvo de su páfida lengua.

Estaba muy convencido de la mordacidad de mi hermana. A buen seguro no se había olvidado de una ocasión en la que le dijo que su cara parecía una pieza de *shogi*[26].

—En fin, dejemos que Oshige-san diga lo que quiera. Pero ¿qué le parece a la parte más interesada?

Cuando salí de Tokio, me aseguré de que mi madre informase a Okada de que por parte de Osada no habría ninguna objeción. Le dije que su respuesta no había cambiado. En ese momento, los Okada comenzaron a ofrecerme todo tipo de detalles sobre el candidato, Sano: su personalidad, su carácter, proyectos y todo ese tipo de cuestiones. Al final, dijeron que Sano estaba muy ilusionado ante el éxito obtenido con su propuesta de matrimonio.

Ni por su aspecto, ni por su educación había nada de especial en Osada-san. De hecho, casi lo único que se podía decir de ella es que había resultado una carga para nuestra familia.

—Estoy un tanto inquieta por el hecho de que la otra parte se muestre tan ansiosa. Cuando vayas, por favor, intenta averiguar cuáles son sus intenciones —me encargó mi madre antes de salir de viaje. A pesar de mi somero interés por el futuro de Osada-san, no pude por menos que sospechar que tanta avidez por su persona podía implicar más riesgo que fortuna. Escuché en silencio todo lo que decían los Okada y al final espeté:

—¿Pero a qué viene ese interés por ella? Ni siquiera la conoce.

—El señor Sano es una persona seria y seguro que prefiere como esposa a una persona trabajadora y entregada —dijo Okane-san especulando sobre los intereses de Sano mientras miraba a su marido.

—Así es —añadió Okada mostrando su conformidad. Aparentemente no tenía nada más que añadir.

Al final, Okada y yo acordamos fijar un encuentro con Sano para el día siguiente y después de aquello, volví al cuarto de seis tatamis del piso de arriba. Apoyé la cabeza en la almohada y me pregunté si mi propio matrimonio podría arreglarse con tanta facilidad. Sentí un ligero temor.

Al día siguiente, Okada salió del trabajo a eso de las doce y volvió a casa. Se quitó el traje y se dio un baño rápido en la bañera que estaba en la parte de atrás de la casa. Cuando estuvo listo, preguntó:

—¿Nos vamos?

Okane-san abrió un cajón del armario y sacó el quimono de Okada. Lo cierto es que no presté especial atención a lo que se iba a poner, pero por alguna razón me fijé en cómo su mujer lo ayudaba a vestirse y a ajustarse el *obi*. Los miraba atentamente cuando ella me preguntó:

—Jiro-san, ¿no debería prepararse?

Su pregunta me sacó de mis ensoñaciones. Okada le dijo a su mujer:

—Hoy tú también vienes con nosotros.

Okane-san sujetaba en sus brazos un *haori*[27] de seda y miraba a la cara de su marido. Musitó:

—Es que...

—Por favor, venga con nosotros —le dije mientras subía la escalera.

Una vez me vestí y bajé, la encontré preparada con su quimono y su *obi*.

—¡Qué rapidez!

—Sí, ha sido un cambio sencillo.

—Pero no has cambiado gran cosa —dijo Okada.

—Lo suficiente para ir a ese sitio —replicó su mujer.

Los tres juntos nos aventuramos en el calor sofocante y descendimos la colina hasta la parada del tranvía. De camino, miraba de vez en cuando a Okada y a su mujer sentados frente a mí y me acordaba de la extravagante carta de Misawa. ¿Desde dónde demonios la habría enviado? También pensaba en Sano, con quien habíamos quedado. Cada vez que la cita se me venía a la mente, lo único que se me ocurría pensar era: curioso.

De pronto, Okada se me acercó y me preguntó:

—¿Qué le parece todo esto?

—Bien.

Miró a su mujer y le dijo algo. En su cara había una expresión de orgullo. Okane-san se acercó y preguntó:

—¿No le gustaría establecerse aquí?

—Gracias —contesté sin pensar. En ese momento comprendí lo que Okada quería decir con su abrupta pregunta.

Nos bajamos en la parada de Hamadera. No lo conocía y quedé fascinado mientras caminábamos entre los altos pinos y las dunas de arena. Okada no volvió a preguntarme mi opinión sobre lo que veía. Okane-san caminaba deprisa bajo su parasol.

—¿Habrá llegado ya?

—Puede ser. Quizás nos esté esperando.

Escuchaba su conversación y los seguí hasta que llegamos a la entrada de un enorme restaurante. Me impresionó el tamaño de aquel lugar, pero aún me impresionó más la distancia que todavía debíamos recorrer. Bajamos una escalera y pasamos por un pasillo estrecho.

—Ahora estamos pasando un túnel.

Cuando Okane-san me ofreció esa explicación, no podía ni imaginarme que estábamos de verdad bajo tierra y pensé que bromeaba. Sonreí y seguí adelante.

Sano nos esperaba sentado junto a la puerta de un reservado con una rodilla levantada y el pie apoyado en la pared. Miraba el mar y fumaba, pero al escuchar pasos, se giró hacia nosotros. Fui el primero en intercambiar una mirada con él y me llamó la atención el brillo de las gafas doradas situadas bajo su frente.

9

Sano tenía la frente mucho más pronunciada de lo que parecía en la foto. Puede que, además del tamaño real, la impresión se viera acrecentada por su corte de pelo veraniego. Cuando nos presentaron, inclinó la cabeza respetuosamente y dijo:

—Encantado. Mucho gusto.

A pesar de la formalidad del saludo, bastante corriente por otra parte, hubo algo que me extrañó en aquella situación. Me hizo sentir súbitamente todo el peso de la responsabilidad. Ese peso que nunca antes había sentido hasta ese momento en todo lo relacionado con aquel asunto. Los cuatro conversamos alrededor de la mesa. Okane-san parecía disfrutar de cierta familiaridad con Sano y, de vez en cuando, incluso bromeaba con él.

—Sano-san, según parece su foto ha dado mucho que hablar en Tokio.

—¿En qué sentido? Espero que favorablemente.

—Eso seguro. Pero si no me cree, por qué no le pregunta a él.

Sano se rio y me miró inmediatamente. Sentí que debía decir algo:

—Bueno, tengo que decir que aquí se hacen mejores fotos que en Tokio —dije todo lo serio que pude.

—Vamos, hombre, que no estamos hablando del teatro *joruri*[28] —soltó Okada.

Al ser pariente lejano de mi madre, Okada tenía la costumbre de hablarnos a mí y a mi hermano con cierta deferencia quizás por haber estado bajo nuestra tutela durante tanto tiempo. Era algo de lo que me había dado cuenta los dos últimos días, después de mucho tiempo sin vernos. Pero en ese momento, empezó a tratarme delante de Sano como a un igual, probablemente por mera apariencia, a veces incluso con cierta arrogancia.

Desde nuestro reservado podíamos ver el segundo piso en la otra ala de la casa. En una habitación donde habían quitado las puertas correderas, había un numeroso grupo de jóvenes y uno de ellos bailaba con una toalla colgada en los hombros. Pensamos que era una especie de reunión de colegas de trabajo. De pronto, un chico de unos dieciséis años se asomó a la barandilla y vomitó profusamente. Se acercó a él otro chico un poco mayor dando caladas a su cigarro y con un fuerte acento de Osaka dijo:

—¡Ánimo, hombre! Estoy contigo, no hay nada que temer.

Asistimos al espectáculo con cierta repugnancia, pero al escuchar aquel comentario no pudimos contenernos y soltamos una carcajada.

—Mira, están borrachos como cubas a pesar de ser tan jóvenes... —dijo Okada.

—Más o menos como tú —insinuó su mujer.

—¿Como cuál de los dos? —preguntó Sano.

—Como los dos, vomitando y hablando sin ton ni son —concluyó Okane-san.

Okada parecía divertirse. Yo guardaba silencio. Sano se-guía riendo a carcajadas.

A eso de las cuatro, con el sol todavía en su cenit, salimos del restaurante y nos fuimos a casa. Al separarnos, Sano se quitó el sombrero y se despidió con un «hasta pronto». Los tres juntos salimos del andén. Okada me miró y me preguntó:

¿Qué opinión le merece, Jiro-san? Parece un candidato adecuado.

No pude llevarle la contraria, pero tampoco me mostré entusiasmado. Pensé que los casamenteros, en virtud de su experiencia, mostraban a menudo ese tipo de sentimientos irresponsables.

Me quedé dos o tres días más en casa de los Okada mientras esperaba nuevas noticias de Misawa. Lo cierto es que de ninguna manera me hubieran dejado alojarme en otra parte, así que me dedicaba a recorrer Osaka cuanto podía. La intensa actividad en las calles, debido probablemente a su estrechez, ofrecía una impresión mucho más viva que las de Tokio. Incluso la alineación de las casas me resultaba más armoniosa. Numerosos canales y ríos con abundantes y silenciosos caudales rodeaban la ciudad. No pasaba un día sin descubrir algo fascinante.

En cuanto a Sano, lo vi la noche siguiente después de nuestro encuentro en Hamadera. En esa ocasión vino a visitar a Okada vestido con su *yukata*. Hablamos unas dos horas, pero la conversación no me aportó mucho más que la anterior y fue tan sólo una especie de repetición a pequeña escala. Todo lo que pude averiguar de él fue que se trataba de una persona corriente. Pero me daba cuenta de que por obligación hacia mi madre y el propio Okada, no podía permanecer indiferente durante mucho tiempo más. Finalmente, escribí una carta para informar a mi madre en Tokio sobre mis encuentros con Sano.

Sin nada mejor que decir, comencé explicando que Sano se parecía mucho al de la foto, que aunque bebía sake generosamente, no se ponía rojo y que tomaba lecciones de *gidayu*[29], al igual que hacía padre con las canciones tradicionales. Finalicé la misiva explicando lo bien avenido que estaba el matrimonio Okada y que podía confiar plenamente en su recomendación. Para concluir, dije: «Sano parece el marido perfecto y, en cuanto a Osada-san, es una buena candidata para convertirse en su esposa y ama de casa ejemplar. Por tanto, debería usted dar su consentimiento».

Al finalizar la carta sentí que había cumplido con mi deber. Pero cuando reflexioné y me di cuenta de que con ella podía decidir el futuro de Osada-san, me avergonzó mi frivolidad. La metí en un sobre y antes de enviarla se la di a Okada para que la leyera. Le echó un vistazo por encima y dijo: «Bien». Okane-san ni siquiera llegó a tocarla. Me senté frente a ellos. Miré a uno, después al otro y pregunté:

—¿Os parece bien? Si la mando, el asunto concluirá en lo que a nosotros respecta y el señor Sano habrá adquirido un compromiso formal de matrimonio.

—Está bien. Eso es lo que queríamos —dijo Okada con gesto grave.

Okane-san se limitó a repetir las palabras de su marido. Su mutua reacción de asentimiento me hizo sentir inseguro en lugar de aliviado.

—¿Por qué se preocupa tanto? —preguntó Okada sonriendo y exhalando el humo de su cigarrillo—. Le recuerdo que hasta ahora en todo lo concerniente a este asunto se ha mostrado totalmente indiferente.

—Sin duda. Tienes razón. Pero me parece todo tan fácil que siento un poco de lástima por ambos.

—Al contrario. Ha escrito una carta larga y amable que, sin duda, va a satisfacer a su madre. Después de todo nosotros estábamos de acuerdo desde el principio. ¿De qué otra manera podría haberse desarrollado mejor? ¿No le parece? —dijo Okane-san girándose hacia su marido en busca de su conformidad. Okada, con su gesto, se mostró totalmente de acuerdo.

—Por supuesto, tenéis razón. —No quería discutir con ellos. Cerré el sobre en su presencia y puse un sello de tres céntimos de yen.

11

Quería irme de Osaka tan pronto como enviara la carta. Okada estaba de acuerdo en que no tenía por qué esperar la respuesta de mi madre; sin embargo, me sugirió:

—Tómese su tiempo.

Apreciaba sinceramente sus buenas intenciones, pero me daba cuenta de los inconvenientes que les causaba. Aunque hubiera sido un invitado desconsiderado, tampoco habría podido quedarme allí a mis anchas. Misawa no había vuelto a dar señales de vida desde que envió su críptica postal escrita a modo de telegrama y eso me molestaba. Decidí que subiría yo solo al monte Koya si no tenía noticias suyas en un par de días.

—Bueno, entonces vayamos mañana con Sano a Takarazuka —propuso Okada.

La perspectiva de que Okada tuviera que robar tiempo a su trabajo para ocuparse de mí no me satisfacía en absoluto. A decir verdad, ir a un *onsen*[30] sólo por el placer de pasarlo bien me parecía una afrenta a su mujer. Es cierto que a primera vista resultaba llamativa, pero era más debido a su apariencia que a su actitud. De hecho, era mucho más austera de lo que cabría imaginar de una persona de Tokio. Tenía el presentimiento de que era ahorrativa y comedida incluso a la hora de hacerse cargo del dinero de bolsillo de su marido.

—Una persona que no bebe es una bendición —dijo Okane-san con envidia cuando le hablé de mi abstinencia.

Mi impresión fue que más que molestarse por la bebida en sí, se molestaba por el gasto que ocasionaba. Me di cuenta cuando Okada, borracho y con la cara roja por culpa del sake dijo:

—Jiro-san. Hace mucho tiempo que no lo hacemos. Vamos a practicar un poco de sumo[31]. —Ella pareció divertida. Obviamente, no era la borrachera de su marido lo que la hacía fruncir el ceño.

Rechacé la oferta de ir con Okada a Takarazuka y me dije a mí mismo que a la mañana siguiente cogería yo solo el tranvía para dar una vuelta por la ciudad después de que se marchara al trabajo.

—Bueno —dijo Okada—. Puede ir a ver teatro *bunraku*[32]. Es una buena idea, lo malo es que está cerrado en verano —añadió lamentándose.

A la mañana siguiente salí con Okada. En el tranvía sacó inesperadamente el tema del matrimonio de Osada-san. Confieso que ya lo tenía casi medio olvidado.

—Me cuesta trabajo considerarme su pariente. Más bien me he considerado siempre beneficiario de la generosidad de su padre y de su madre. Les debo a ambos tanto mi actual posición, como mi propia mujer. Siempre he pensado que debía pagar mi deuda de alguna forma. De ahí mi interés en arreglar el asunto de Osada-san. No tengo más intención que esa.

Desde que se había hecho cargo del asunto de Osada-san, una verdadera carga para mi familia, asumí el papel de agradecido representante familiar dada su buena predisposición a ayudarnos a resolver el problema.

—¿No es el deseo de todos disponer de su futuro lo antes posible? —preguntó Okada.

En efecto, ese era el deseo de mis padres. Sin embargo, aquel momento no podía dejar de contemplar a Osada-san y a Sano como a unos completos extraños, tanto si pensaba en ellos juntos o por separado.

—¿Crees que harán buena pareja?

—Por supuesto que sí. Si no, fíjese en mí y en mi mujer. Desde que nos casamos no hemos tenido ni una simple pelea.

—Debéis de ser una pareja excepcional, pero...

—Todos los matrimonios, no importa cuál, son lo mismo. Se lo digo yo.

Con esa afirmación dimos el asunto por zanjado.

Como me temía, al día siguiente tampoco supe nada de Misawa. Me impacientaba y me molestaba esperar tanto tiempo a un amigo tan negligente. Decidí marcharme solo.

—¿Por qué no se queda y espera un par de días más? No pasa nada — propuso Okane-san amablemente. Lo dijo cuando ya estaba a punto de subir la escalera para meter más cosas en la maleta. Su oferta no debió de parecerle suficientemente convincente y, al poco, apareció en la habitación del piso de arriba cuando ya lo tenía todo prácticamente listo.

—¡Oh, vaya! Ya ha guardado sus cosas. Déjeme que le prepare un té. Todavía tiene tiempo. —Corrió escaleras abajo.

Me senté en el suelo con las piernas cruzadas y consulté el horario de trenes. Me di cuenta de que ninguno me convenía y me tumbé para descansar un rato. Sin pretenderlo me acordé de Misawa; recordé una ocasión en la que bajábamos juntos del monte Fuji hacia Subashiriguchi y se resbaló y rompió una botella de cristal colgada de su cadera en la que llevaba agua de Kimmei. Siguió caminando como si nada con la botella rota sujeta a su cinturón. Escuché los pasos de Okane-san subiendo la escalera y me incorporé.

—¡Justo a tiempo! —dijo aliviada. Se sentó frente a mí y me entregó una carta de Misawa que, al parecer, acababa de llegar. La abrí impaciente:

—Al fin ha llegado.

Durante unos instantes fui incapaz de reaccionar. Misawa había llegado hacía tres días a Osaka y se vio obligado a guardar cama hasta que, finalmente, lo ingresaron en el hospital. Dije el nombre del hospital y le pregunté a Okane-san dónde estaba. Lo conocía, pero no pudo decirme mucho más. Cogí la maleta y me dispuse a marcharme.

—¡Es una lástima! —repetía Okane-san sin cesar lamentando la situación de mi amigo.

A pesar de mis protestas, insistió en enviar a una criada para que me llevara la maleta hasta la estación. De camino intenté que la chica se volviera a casa, pero ni se molestó en escucharme. Podía imaginar lo que respondía, por supuesto, pero me resultaba imposible comprenderlo por culpa de aquel endiablado acento de Osaka. Cuando nos separamos le di un yen por su amabilidad y ella dijo educadamente:

—Adiós. Le deseo buena suerte.

Al bajar del tranvía, cogí un *rikisha* que cruzó las vías y se metió a toda prisa por un estrecho callejón. Circulábamos a una velocidad considerable y estuvimos a punto de estrellarnos en varias ocasiones contra varios ciclistas y otros *rikisha* que venían en dirección contraria. Cuando, finalmente, llegamos al hospital, yo estaba muy agitado.

Subí a la tercera planta con mi maleta auestas y miré en varias habitaciones antes de localizar a Misawa. Estaba tumbado en una de ocho tatamis situada al fondo del pasillo y sujetaba una bolsa de hielo contra su pecho.

—¿Qué te pasa? —le pregunté al entrar. Misawa se limitó sonreír sin decir nada.

—Seguro que has comido demasiado —le regañé medio en broma. Me senté junto a su almohada con las piernas cruzadas y me quité la chaqueta.

Misawa me señaló con la mirada un cojín que estaba en la esquina de la habitación. Miré atentamente sus ojos y mejillas, y traté de imaginar la gravedad de su dolencia.

—¿Tienes enfermera?

—Sí. No sé dónde ha ido.

13

Misawa siempre había sufrido del estómago. Vomitaba a menudo y tenía brotes de diarrea. Sus amigos estaban convencidos de que se debía a que no prestaba suficiente atención a su salud, aunque él lo explicaba atribuyéndolo a una herencia de su madre. Se enfrascaba en la lectura de libros sobre patologías de la digestión y empleaba vocablos como *ptosis* o *tonus*. A veces, cuando me aventuraba a aconsejarle, miraba displicente como si fuera a decir: «¿Qué sabrá un ignorante como tú?».

—Dime, ¿qué órgano absorbe el alcohol, el estómago o los intestinos? —solía preguntar con cierto aire de superioridad.

A pesar de todo, cada vez que enfermaba mandaba a buscarme y en esos momentos me daban ganas de reprochárselo y decirle «te lo dije». Pero no fallaba nunca a la hora de visitarlo. En condiciones normales su recuperación era cosa de un par de días, pero otras veces podía tardar una semana o incluso más. Lo cierto es que se tomaba su enfermedad a la ligera, aunque seguramente más en serio que yo.

En aquella ocasión, sin embargo, me quedé sorprendido ante la noticia de su hospitalización y mi sorpresa fue doble al ver aquella bolsa de hielo

sobre su estómago. Pensaba que esas bolsas sólo se aplicaban en la cabeza o en el pecho. Me sentía incómodo al mirarla subiendo y bajando. Cuanto más tiempo pasaba allí junto a él, más incapaz era de ofrecerle palabras de consuelo.

Misawa había mandado a la enfermera a comprar unos helados. Nada más terminar el primer plato, ya insistía para que se dieran prisa en servirle el segundo. Me preocupaba que su ansiedad repercutiera negativamente en su salud y trataba de impedir que comiera nada al margen de las medicinas o de la dieta prescrita por el médico. Sin embargo, todo cuanto lograba era enfadarlo.

—¿Sabes lo fuerte que debe tener uno el estómago para digerir un simple helado? —comencé a reprimirlo seriamente.

No tenía la menor idea. A la enfermera no le parecía mal cuando se lo dije. Por eso salió para preguntar y asegurarse de que no había problema. Al poco, regresó con autorización expresa para que comiera sólo una pequeña cantidad.

Fui al baño y llamé a la enfermera aparte sin que Misawa se diese cuenta. Quería preguntarle por su estado. En su opinión algo no funcionaba bien en su estómago. Le pedí que concretara, pero me contestó que era cuanto sabía, pues la habían enviado de la agencia aquella misma mañana a hacerse cargo del enfermo. No me quedó más remedio que bajar las escaleras y preguntar a un hombre vestido con bata blanca. Ni siquiera le sonaba el nombre de Misawa. Después de revolver en los archivos, me dijo que era un simple caso de inflamación de estómago.

Volví junto a él. La bolsa de hielo seguía sobre su estómago. Me pidió que mirase por la ventana: justo enfrente había dos ventanas y otra más a un lado del edificio. Todas eran de estilo occidental, más altas de lo habitual en las casas tradicionales japonesas. Si el paciente estaba acostado sobre el futón, todo cuanto podía ver era el intenso color del cielo cortado diagonalmente por una porción de cables telegráficos. Puse las manos sobre el alféizar y miré hacia abajo. Lo primero que vi fue una gran nube de humo negro emergiendo de una chimenea a lo lejos. Observaba aquella mancha negra y parecía como si se fuera a tragar un edificio tras otro antes de devorar la ciudad entera.

—¿Puedes ver el río? —me preguntó Misawa.

En efecto, a la izquierda se veía una parte de un gran río.

—¿Y las montañas? —continuó Misawa.

Ya las había visto antes justo enfrente. Allí estaba el paso antiguamente conocido como Kuragari, el paso de la oscuridad, llamado así por estar tan densamente poblado de árboles. Pero últimamente los habían talado todos para despejar el terreno y lo habían transformado en un nuevo paso, el de la luz. En breve comenzarían a circular trenes en dirección a Nara por el túnel horadado en sus entrarías. Misawa contaba todas aquellas cosas que probablemente había escuchado por boca de alguien. Me sentí aliviado. Su enfermedad no parecía motivo de alarma y al final dejé el hospital.

14

No sabía dónde alojarme y pregunté a Misawa por su hotel. Tomé un *rikisha* y me dirigí hacia allí. La enfermera indicó que estaba cerca, pero a mí me pareció muy alejado.

Apenas tenía vestíbulo. Ni tan siquiera una camarera para recibir a los huéspedes. Me alojaron en la misma planta donde se había hospedado Misawa. Desde la ventana se veía un gran río de aspecto frío, pero en la habitación, no sé si debido a la dirección del viento, no entraba ni una ligera brisa. Las luces de la noche encendidas a lo largo de la orilla añadían encanto a la escena, pero la habitación seguía sin refrescarse lo más mínimo.

Misawa decía haber estado en aquella habitación al menos dos o tres días antes de ingresar en el hospital, pero la camarera me explicó que nada más llegar dejó sus cosas y salió para no volver hasta pasadas las diez de la noche. Al parecer lo hizo en compañía de varios amigos. Traté de imaginar quiénes eran sin ser capaz de llegar a ninguna conclusión.

—¿Estaba borracho? —le pregunté a la camarera. No estaba segura, pero sospechaba que sí, pues al poco de regresar vomitó.

Pedí que me colocasen una mosquitera y me dormí rápidamente. Al poco rato se colaron un par de mosquitos por un agujero de la red. Los ahuyenté con un abanico y cuando ya estaba a punto de conciliar de nuevo el sueño, me despertaron unas voces en la habitación de al lado. El inquilino bebía sake con la camarera. Logré escuchar que era sargento de policía o algo parecido. Pegué la oreja contra la pared y al momento vino la camarera para avisarme de que me llamaban por teléfono del hospital. Me levanté sobresaltado.

Al otro lado de la línea escuché la voz de la enfermera de Misawa. Sonaba excitada, como si estuviera alarmada ante el súbito empeoramiento

del paciente. Traté de calmarla y aclarar qué estaba pasando. En realidad no era nada grave, sólo un mensaje de Misawa para que fuera a verlo a la mañana siguiente. Según decía se moría de aburrimiento. Evidentemente su estado de salud no era en absoluto desesperado.

—¿Eso es todo? Le ruego no me moleste más a estas horas con esos ridículos mensajes —solté bruscamente. Pero nada más decirlo, sentí lástima por ella y traté de enmendarme—. Está bien. Iré de todos modos si es eso lo que quiere.

Regresé a mi habitación.

En mi ausencia la camarera se había percatado del agujero de la mosquitera y lo había remendado con aguja e hilo. Los mosquitos atrapados en el interior ya no tenían escapatoria y, tan pronto como me tumbé, se pusieron a zumbear en el espacio que mediaba entre mi frente y la punta de la nariz. A pesar del escándalo me adormilé para despertar sobresaltado poco después por las voces que llegaban desde la habitación contigua. Eran las de un hombre y una mujer. Me extrañé, pues pensaba que en ese lado no había clientes. La mujer repitió dos o tres veces: «¡Entonces, me voy!». Supuse que había venido con su cliente desde una casa de té. Me dormí de nuevo.

Al amanecer me despertó la camarera con el ruido de las contraventanas al abrirse. Una niebla fina y blanquecina cubría la superficie del río. En total sólo había dormido unas pocas horas.

15

Esa misma mañana la bolsa de hielo seguía sobre el estómago de Misawa.

—¿Todavía estás con eso? —le pregunté extrañado. Probablemente, mi sorpresa le causó cierta decepción.

—No se trata de un simple resfriado, sabes —se limitó a contestar.

Me volví hacia la enfermera y le dije:

—Gracias por llamarme anoche. —Tenía la cara pálida e hinchada y su mirada parecía la de uno de esos ciegos retratados en algunos cuadros. Quizás fuera por esa razón por lo que el uniforme blanco le favorecía tan poco. Sin esperar preguntas, se adelantó y explicó que era de Okayama. Al parecer, de niña sufrió daños en su ojo derecho por un envenenamiento de la sangre. Ciertamente: su ojo se veía velado por una delgada nube blanca.

—Si presta demasiadas atenciones a un paciente como este, no dejará de exigirle más y más. No debería hacerle tanto caso —la advertí.

La enfermera sonrió con cierta amargura al escuchar mi broma. De pronto, Misawa dijo:

—¡Eh, más hielo! —y levantó la bolsa. Escuchaba cómo la mujer picaba hielo en el pasillo cuando Misawa dijo de nuevo—: Quizás no lo sepas, pero si no me cuido, esta dolencia puede derivar en úlcera. Por esa razón tengo la bolsa todo el día encima. No vine aquí por recomendación del médico ni del hotel. Lo hice voluntariamente, porque me daba cuenta de que debía hacer algo. Si me he tomado todas estas molestias, no ha sido por capricho.

Mi confianza en los conocimientos médicos de Misawa era más bien escasa. A pesar de ello, no tuve el coraje suficiente de replicarle, pues parecía tomárselo muy en serio, además, no tenía la más mínima idea de qué era aquello llamado úlcera.

Me levanté, me dirigí a la ventana y miré hacia el lejano paso de Kuragari, cuyo suelo parcheado reflejaba la luz cegadora del día. De pronto, sentí unas ganas irrefrenables de ir a Nara.

—Según parece, no vas a poder mantener tu promesa.

—Estoy tratando de recuperarme lo antes posible precisamente para eso.

Misawa era una persona muy terca. Si hubiera tenido que lidiar con su terquedad, me habría quedado atrapado en la sofocante ciudad hasta que se recuperase completamente y su salud le permitiera viajar.

—No creo que puedas librarte de tu bolsa de hielo tan fácilmente.

—Porque me quiero poner bien. Es la única razón.

Al escucharlo, en sus palabras se percibía no sólo terquedad sino también obstinación. Era consciente de su egoísmo y también del mío. Deseaba, por encima de todo, alejarme de él lo antes posible.

—Me dijeron que tenías unos amigos aquí en Osaka.

—Bueno, no debería llamarlos amigos después de emborracharme de esa manera.

Ya había escuchado antes alguno de los nombres que mencionó. Al parecer, todos se dirigían a lugares tan alejados entre sí como Bakan, Moji o Fukuoka. En Nagoya habían decidido coger el mismo tren para ir juntos a Osaka y celebrar aquel encuentro tras una larga separación.

Pensé que lo mejor sería esperar dos o tres días más para comprobar la evolución del paciente y después tomar la decisión oportuna.

16

Me había convertido en el acompañante de Misawa y pasaba la mayor parte de las mañanas y las tardes a su lado en el hospital. Estaba solo y esperaba impaciente mi visita diaria. A pesar de todos mis esfuerzos, nunca me agradeció nada. Incluso si me tomaba la molestia de llevarle flores, parecía enfadarse. Yo leía libros junto a su cama, hablaba con la enfermera y le daba la lata para que se tomara su medicina regularmente. Cuando el sol abrasador de la mañana entraba en la habitación, le echaba una mano a la enfermera para arrastrar su cama hasta la sombra.

Un día conocí al director del hospital, que tenía por costumbre hacer ronda todas las mañanas. Vestía bata negra e iba siempre acompañado de un interno y una enfermera. Era moreno, muy atractivo. Su forma de hablar y comportarse dignificaba aún más su figura. En cuanto aparecía, Misawa le repetía siempre las mismas preguntas, exactamente igual que hubiera hecho alguien sin el más mínimo conocimiento médico del que él tanto alardeaba: «¿Podré viajar sin problemas? ¿Si al final resulta que tengo úlcera, no será peligroso? Y si finalmente me decido, ¿podré venir a recibir tratamiento?». A cada una de sus preguntas, el director respondía con un parco: «Está bien, sí». Me divertía observar a Misawa, normalmente tan petulante cuando se trataba de usar términos médicos, transformado en un ser tímido e insignificante ante el director.

Su enfermedad, en apariencia leve y a pesar de ello preocupante, era un caso extraño y por eso se negaba de plano a informar a su familia. Pregunté al director y me dijo que si no tenía náuseas, no había nada que temer. Sin embargo se extrañaba de que no tuviera más apetito. Yo, por mi parte, no sabía qué más podía hacer.

La primera vez que vi la comida que le servían en una bandeja, sólo tenía tofu[33], algas y un cuenco de sopa con bonito seco. No le permitían comer nada más. No entendía cómo comiendo sólo eso podría recuperarse. Cuando lo veía sorber aquella sopa aguada, sentía una sincera lástima por él.

Si por casualidad salía a comer a un restaurante de tipo occidental, invariablemente me preguntaba: «¿Estaba bueno?». Su expresión me hacía sentir aún más lástima.

—El helado sobre el que discutimos el otro día era precisamente de ese restaurante —comentó entre risas en una ocasión. Me quedaría con él hasta que mostrase algún síntoma de mejoría.

De vuelta al hotel, me debatía en el interior de la sofocante mosquitera y a menudo pensaba escapar al frescor del campo. El inquilino de la habitación contigua que unos días antes se peleaba con una mujer, seguía allí hospedado. Cada noche, cuando estaba a punto de dormirme, volvía invariablemente borracho. En una ocasión se puso a beber sake y a gritar que quería una *geisha*. La camarera trató de aplacarla dándole todo tipo de explicaciones y al final no le quedó más remedio que decirle que se olvidara de ello. En caso de que acudiera la *geisha*, la halagaría, sin duda, pero en cuanto saliese por la puerta, se pondría a maldecir y a insultarlo a sus espaldas. A pesar de las explicaciones, el hombre no quería entrar en razón. Gritó y dijo que estaría encantado con los halagos, y que le daba exactamente lo mismo lo que pudiera decir después de marcharse. En otra ocasión, vino con una *geisha* que comenzó a contarle una historia. Él no hacía más que mofarse de ella y al final se enfureció y le gritó que estaba arruinando su historia. Pequeñas trifulcas como aquella eran las que más me molestaban y me impedían dormir.

Una mañana, aturdido por la falta de sueño, crucé el puente dando tumbos en dirección al hospital, decidido por fin a dejar de ocuparme de mi amigo enfermo. Al llegar, encontré a Misawa medio dormido.

Desde la ventana de su habitación podía ver claramente la calle estrecha que daba al hospital. Justo enfrente había un muro alto y aparentemente bien construido. Mientras lo observaba, alguien salió por una de sus aberturas. Probablemente fuera el propietario del inmueble. Roció diligentemente la calle con una regadera. En el perímetro interior del muro, sobre las tejas, se extendía un denso y verde follaje de lo que parecía un naranjo japonés.

En el hospital había un conserje fregando el suelo con un trapo atado al final de un palo en forma de T. Como no estaba enjuagado, lo único que conseguía era esparcir manchas de jabón por todo el suelo. Los pacientes leves alborotaban mientras se dirigían al baño para su ritual diario de chapoteos y charlas. Escuchaba cómo la enfermera limpiaba animadamente

por aquí y por allá. Tomé prestada una almohada y traté de recuperar un poco de sueño en la habitación vacía contigua a la de Misawa.

El sol de la mañana invadía completamente todo el espacio y tras echar un par de cabezadas, me desperté con la cara sofocada y cubierta de sudor. Okada llamó al hospital. Era la tercera vez que lo hacía. Como de costumbre preguntó: «¿Cómo está el paciente?». También dijo: «me acercaré por allí a visitarlos en un par de días», o «por favor, dígame si puedo hacer algo por usted». Invariablemente se despedía diciendo algo sobre su mujer: «Okane le manda saludos», o «me ha pedido que le diga que venga a visitarnos», o «sus obligaciones en casa la tienen tan ocupada que...».

Aquel día, como siempre, Okada habló por espacio de varios minutos, pero antes de despedirse dejó caer una extraña insinuación:

—En una semana aproximadamente, tampoco puedo ser más preciso, pero pronto, en cualquier caso, tendré preparada una sorpresa para usted.

No supe cómo reaccionar y le pregunté de qué se trataba. Todo lo que dijo fue:

—No se impacienta. Pronto lo sabrá.

Intrigado por el misterio, volví a la habitación de Misawa.

—¿Otra vez el mismo amigo de siempre? —preguntó Misawa.

Aún tenía fresca en la memoria la llamada de Okada, y me resistía a hablarle de mi más que probable marcha de Osaka. Fue Misawa quien sacó el tema inesperadamente:

—Estarás cansado de estar aquí. No tienes que quedarte por mí. Márchate si tienes algo que hacer. —Al fin y al cabo, después de dejar el hospital no le quedaría más remedio que renunciar a la idea de nuestra excursión a la montaña.

—De acuerdo, lo pensaré —le contesté y me quedé un rato en silencio.

La enfermera salió de la habitación sin decir una palabra. Esperé a que se desvaneciese el golpeteo de sus chanclas por el pasillo y le pregunté a Misawa si tenía suficiente dinero. No le había comunicado nada a los suyos sobre su enfermedad y me preocupaba que, siendo su único amigo disponible, si lo dejaba solo, pudiera tener dificultades económicas y emocionales.

—¿Puedes conseguir algo? —me preguntó.

—De momento no puedo contar con nadie —le dije.

—¿Qué hay de ese amigo tuyo? —dijo Misawa.

—Bueno, Okada... —me quedé pensativo.

Misawa se rio:

—Puedo arreglármelas, no te preocupes. Tengo algo aquí.

18

No mencionamos más el tema del dinero. La sola idea de ir a ver a Okada para pedírselo me producía un rechazo total, incluso aunque fuese para un amigo enfermo. Mientras tanto, seguía sin decidirme a marcharme o a quedarme.

La llamada de Okada me inquietó y despertó mi curiosidad. Pensé ir a verlo para averiguar de qué se trataba. Pero pasada aquella noche, mi interés desapareció y me olvidé del asunto.

Continué con mis visitas diarias al hospital. Una mañana, al llegar a eso de las nueve, me encontré el vestíbulo y los pasillos atestados de familiares y conocidos de los enfermos. Subí las escaleras y no pude por menos que asombrarme ante toda aquella gente que se ocupaba de alguien. Me di cuenta del número creciente de enfermos en nuestra sociedad moderna. Fue en la escalera donde vi por casualidad a aquella mujer. La llamo «aquella mujer» porque Misawa la llamaba así. Estaba acurrucada en una silla en la esquina de un pasillo oscuro y apenas mostraba su perfil. Junto a ella había una mujer de mediana edad, alta y con el pelo recién lavado recogido en un moño. Al verla, su figura me atrapó y se me quedó grabada en la retina. La mujer se movió y detrás de ella apareció otra figura. «Aquella mujer» estaba allí acurrucada; era la viva imagen de la entereza. Ni mucho menos podía intuirse en su semblante ni en su gesto un solo signo de sufrimiento, por mínimo que fuera. Era la primera vez que la veía y dudé de que su perfil fuera el de una persona enferma. Estaba tan terriblemente doblada que su pecho casi tocaba su estómago, como si tratase de esconder algo. Un espasmo me recorrió el cuerpo y cuando subí las escaleras, imaginé la perseverancia y el sufrimiento ocultos tras su bello rostro.

Misawa escuchaba los chismorreos de la enfermera sobre un tal A, ayudante del hospital. Se trataba de un joven que tocaba el *shakuhachi*[34] por la noche en sus ratos libres. Era soltero y vivía en un cuarto del hospital en la misma planta de Misawa, al fondo del pasillo. El eco del golpeteo de sus chanclas de día y de noche se había convertido en un sonido familiar, pero desde hacía un par de días no se sabía nada de él. Nos preguntábamos qué le habría pasado.

La enfermera solía reírse de su extraño aspecto cuando iba al baño encogiéndose. También decía haber visto entrar en su habitación de vez en cuando a una enfermera con un barreño y gasas esterilizadas. Con un gesto huraño en el que no se evidenciaba ni interés ni desinterés por el chismorreo, Misawa se limitaba a contestar con unos parcos: «¡Ah!», «Sí».

Me preguntó de nuevo cuánto tiempo pensaba quedarme en Osaka. Desde que había descartado la idea del viaje, solía preguntármelo nada más verme. Era un poco molesto; no era capaz de interpretar si quería que me quedase o que me marchase.

—Puedo irme en cuanto quiera.

—Es lo que quiero que hagas.

Me levanté y miré por la ventana hacia la entrada. Miraba y miraba, pero «aquella mujer» no salía por la puerta.

—¿Qué haces ahí plantado a pleno sol? —preguntó Misawa.

—Mirando.

—¿Mirando qué?

19

Ignoré sus preguntas y continué junto a la ventana. Bajo un tendedero, junto al cual había cinco o seis bonsáis de pino y granado, había una mujer joven con un tocado estilo *shimada*[35] tendiendo la ropa. La observé un momento y de nuevo volví la vista hacia la puerta de entrada del hospital. Esperaba, pero no había ninguna evidencia de que fuera a salir «aquella mujer». No pude soportar más el calor y, finalmente, desistí y me acerqué otra vez a la cama de Misawa.

—¡Mira que eres testarudo! —me reprendió mirándome a la cara—. Cuanto más te lo digo, más insistes en quedarte ahí con toda la cara al sol. Fíjate cómo se te ha puesto de roja.

Para mí no podía haber nadie más testarudo que el propio Misawa y le contesté no sin exagerar:

—Mi testarudez es bastante distinta a la tuya. Si tenía la cara al sol, es por una buena razón. —Al decirlo me resultó imposible mencionar a «aquella mujer».

Poco después Misawa insistió con una sonrisa:

—¿De verdad estabas mirando algo?

Me dispuse a hablarle de la mujer aunque estaba seguro de que no le daría importancia a mi historia, le parecería ridícula y disparatada y sólo

serviría para que se mofase de mí. En caso contrario, le insinuaría que por alguna razón sentía interés especial en «aquella mujer». Me divirtió la idea de provocarle cierto suspense. Sin embargo, su reacción no fue ni mucho menos como había previsto. Pareció impresionado y escuchó atentamente cada palabra que decía. En el fervor del relato, lo alargué tres veces más de lo que me hubiera llevado contarle tal cual. Cuando hice una pausa, Misawa aprovechó para decir:

—Por supuesto, no se tratará de una profesional, ¿no?

Me di cuenta de que a pesar de todos mis esfuerzos y de los detalles que había empleado para describirla y adornar la historia, en ningún momento usé la palabra *geisha*.

—Si es una *geisha*, a lo mejor la conozco.

Me sorprendí. Pensé que me tomaba el pelo, pero sus ojos delataban que hablaba en serio, aunque en la comisura de sus labios se dibujó una leve sonrisa. Me preguntó más detalles; quería saber cómo eran sus ojos y su nariz, pero no pude aclarárselo, pues al subir la escalera apenas tuve tiempo de ver fugazmente su perfil. La única imagen vivida que retenía en la memoria era la de su figura con la espalda doblada, como si fuese la mismísima imagen de la piedad.

—Debe de ser ella. Voy a decirle a la enfermera que pregunte su nombre —dijo Misawa con una sonrisa imperceptible. En su tono no había nada que indicase que me tomaba el pelo. Me impacienté por saber qué tipo de relación existía entre él y «aquella mujer».

—Te lo contaré en cuanto confirme que se trata de *ella*.

En ese momento, entró una enfermera para anunciar la visita del doctor e interrumpió bruscamente nuestra conversación. Para no molestar cuando venía el médico, solía salir al pasillo o subía a la terraza donde estaba el depósito de agua. Sin embargo, aquel día cogí mi sombrero y bajé por la escalera. Tenía la vaga sospecha de que la mujer aún debía estar allí. Cuando llegué a la entrada, me detuve para mirar a mi alrededor. No había pacientes ni en el pasillo ni en la recepción.

Cuando al atardecer se calmó el viento, subí aprisa las serpenteantes escaleras hasta llegar a la habitación de Misawa. Parecía haber terminado la cena y estaba sentado en el futón con las piernas cruzadas y aspecto satisfecho:

—Ya puedo ir sólo al baño y también puedo comer pescado —exclamó orgulloso.

Las tres ventanas de la habitación estaban abiertas de par en par. Como era el tercer piso y no había nada que interrumpiera la vista, el cielo parecía muy cercano y las estrellas brillaban. A cada momento parecían resplandecer más y más. Misawa se abanicaba. Preguntó:

—¿No entrarán murciélagos?

Me fijé en la ropa blanca de la enfermera cuando se acercó a la ventana. Yo estaba más preocupado de «aquella mujer» que de los posibles murciélagos.

—Oye, ¿sabes algo del asunto?

—Sí. Es ella. Justo lo que pensaba.

Su mirada estaba cargada de significado. Por mi parte, dije:

—¿Así que es ella?

Mi voz debió de poner al descubierto mi excitación, pues Misawa empezó a abanicarme. Luego cerró el abanico y señaló con el mango hacia una habitación situada justo en la diagonal.

—Entró en esa habitación después de que te marcharas.

La habitación de Misawa estaba al fondo del pasillo y tenía vista a la calle, mientras que la de ella, en la esquina del mismo corredor, daba a un patio de luces. Como hacía calor, ambas estaban completamente abiertas y habían retirado las puertas correderas. Por esa razón, desde nuestra perspectiva era posible ver una parte de la suya. Sin embargo, lo máximo que se alcanzaba a entrever era la esquina de un futón que parecía un triángulo dibujado en el suelo.

Me quedé mirando aquella esquina sin decir una palabra.

—Tiene una úlcera grave y de vez en cuando vomita sangre —susurró Misawa.

Recordé que Misawa me había contado que había ingresado voluntariamente en el hospital para evitar desarrollar una úlcera. La palabra úlcera no me impresionó en absoluto en aquella ocasión, pero ahora me parecía algo terrible, como si tras ella se escondiese la mismísima muerte.

Un poco más tarde escuchamos el ruido de unas arcadas que llegaban desde allí.

—Lo ves, está vomitando. —Misawa frunció el ceño. En la puerta apareció una enfermera con un pequeño cuenco metálico. Se puso las zapatillas, nos miró y se marchó.

—¿Hay alguna posibilidad de que se recupere?

Recordé el perfil de aquella hermosa joven tal como la había visto por la mañana, sentada y doblada completamente sobre sí misma.

—No estoy seguro, pero si vomita tanto... —dijo Misawa.

En su rostro había más preocupación que lástima.

—¿De verdad la conoces?

—Por supuesto que sí —respondió con seriedad.

—Pero es la primera vez que vienes a Osaka —dije para sonsacarle.

—En efecto, es la primera vez y es precisamente cuando la he conocido. A decir verdad, fue ella la que me habló de este hospital. Cuando ingresé, me preocupaba que también ella pudiera hacerlo, pero no me pareció probable hasta que esta mañana la mencionaste. Me siento responsable de su enfermedad...

21

Al parecer, nada más llegar a Osaka, Misawa y sus amigos habían ido a la casa de té donde la conocieron. Misawa ya arrastraba problemas con su estómago debido al tiempo caluroso. Con la excusa de la reunión, los amigos acabaron por emborracharlo como si la fiesta se celebrase en su honor. Él no quería aguar la fiesta a nadie y apuraba una copa tras otra obedeciendo a su destino. Todo el tiempo sintió una fuerte molestia en la boca del estómago. Por momentos, hubo de tragar saliva con verdadero sufrimiento. «Aquella mujer» estaba sentada frente a él y hablaba con un fuerte acento de Osaka. Al verlo sufrir de aquella manera, le preguntó si quería alguna medicina. Le ofreció cinco o seis píldoras que él cogió en la palma de su mano. Se las tragó todas de una vez. Al devolverle el frasco, se dio cuenta de que ella también ponía unas cuantas píldoras en su mano blanca y se las tragaba una detrás de otra.

Misawa se percató de su aspecto lánguido y le preguntó si se sentía bien. La mujer sonrió tristemente y se quejó de inapetencia debido al calor. Le explicó que últimamente era incapaz hasta de tomar un cuenco de arroz y todo cuanto podía ingerir era un poco de hielo para refrescarse. Pero cuando empezaba, sentía unas ganas irrefrenables de tomar cada vez más y más. Misawa le aseguró que probablemente se tratase de una indigestión y la aconsejó ir a un especialista. La mujer dijo que ya se lo habían recomendado varias personas y que le gustaría ver a un buen médico. Pero el trabajo la tenía ocupada y no le resultaba fácil encontrar el momento. No

quiso decir nada más. Fue entonces cuando le dio el nombre del hospital y de su director.

—Debería ingresar, la verdad. Lo cierto es que me siento raro — Misawa lo dijo medio en broma medio en serio. La mujer desaprobó su tono jocoso y frunció el ceño levemente.

—Bueno, olvidemos eso y bebamos. Ya habrá tiempo de pensar en enfermedades —dijo Misawa apurando el trago. La mujer le llenó de nuevo el vaso.

—¿Por qué no bebes tú también? Quizás no puedas comer arroz, pero seguro que puedes beber sake. —Se acercó a ella y se lo ofreció. La mujer lo aceptó obedientemente, pero al final no le quedó más remedio que rechazar la bebida. Continuó allí sentada sin moverse.

—¡Venga, ánimo! Bebe un poco de sake y seguro que así matas esos parásitos. Ya verás como pronto vuelves a comer arroz sin problemas. ¡Bebe un poco!

Borracho sin remedio y hablando con brusquedad, Misawa la obligó a beber una y otra vez a pesar de que su propio estómago se retorció con violentos retortijones.

La historia de Misawa me estremeció. ¿Qué necesidad tenía de maltratar su cuerpo con tanta crueldad? Peor aún: si él quería torturarse sin sentido, ¿qué necesidad tenía de provocar también el padecimiento de aquella pobre mujer?

—Sólo Dios sabe por qué. En realidad, ella no sabía nada sobre mi dolencia y yo tampoco era consciente de su verdadero sufrimiento. Por supuesto, los que nos acompañaba tampoco estaban al tanto del asunto. Pero eso no es todo. No teníamos ni idea de lo que nos estaba pasando. Estaba furioso por mis dolores y trataba de aplacar mi estómago a base de alcohol. Quizás a ella le sucedió algo parecido.

«Aquella mujer» estaba tumbada de tal manera que resultaba imposible ver su cara aunque uno pasase al lado de su habitación. La enfermera me dijo que si me asomaba un poco, podría verla, pero yo no tenía valor de hacerlo.

Quizás fuera debido al calor, pero su enfermera pasaba la mayor parte del tiempo apoyada en una columna mirando hacia fuera. Era muy guapa. Misawa a menudo se enfadaba y se quejaba de su actitud que le parecía un

insulto. Su propia enfermera no hablaba muy bien de aquella belleza. Contaba todo tipo de chismorreos; que si no se preocupaba en absoluto de sus pacientes, que no era amable con nadie y se pasaba el día entero soñando con su novio de Kioto y con sus cartas de amor, y otras lindezas por el estilo. Para ilustrar su negligencia, nos contó que en una ocasión se había quedado dormida olvidándose por completo de cambiarle la cuña a su paciente.

Incluso para nosotros era evidente que la bella enfermera no se tomaba sus responsabilidades muy en serio. Misawa decía a menudo con cara agria:

—Deberían sustituirla. Me da lástima de esa pobre mujer.

Aun así, cuando se apoyaba en la columna medio adornada, él la observaba desde su habitación.

La enfermera de Misawa traía a menudo noticias sobre el estado de salud de «aquella mujer». Parecía que su estómago no aceptaba ni leche, ni sopa, ni ningún tipo de líquido. Ni siquiera era capaz de tolerar la medicina y cuando la obligaban a tomarla, la vomitaba acto seguido.

—¿Vomita sangre? —preguntaba Misawa. Cada vez que escuchaba su pregunta, me sentía enfermar.

Aunque recibía muchas visitas, de su habitación apenas llegaba el sonido de voces alegres o de ánimo, como sucedía en las de los otros pacientes. Apoltronado, observaba entrar y salir mujeres con tocados de estilo *shimada* o *ichogaeshi*. Algunas vestían llamativos quimonos, pero en general lo hacían con discreción y trataban de pasar inadvertidas. Hubo una que al entrar exclamó:

—¡Oh, Dios mío, querida! —pero aquello sólo ocurrió una vez. La mujer había dejado su parasol apoyado en una esquina del pasillo y nada más entrar en la habitación, todo se sumió en el silencio, como si hubiera desaparecido.

—¿La has visitado? —pregunté a Misawa.

—No —contestó—. Pero estoy preparando algo más que una simple visita.

—Entonces, ¿ella todavía no sabe que estás aquí?

—No, a menos que se lo haya dicho la enfermera. Cuando la ingresaron y la vi, me sorprendí mucho; ella no se dio cuenta. Probablemente no sabe que estoy aquí.

Misawa contó que uno de sus clientes habituales estaba ingresado en la segunda planta y le había escrito un poemilla: «Tú por tu estómago, yo por

mis intestinos, ambos sufrimos por el sake». Al dejar el hospital, la visitó ataviado con su *hakama*[36] y Misawa puso cara como si pensara: «¡menudo idiota!».

—Debería dejarla en paz y no incomodarla. Al menos, entrar y salir de la habitación sin hacer ruido —dijo Misawa.

—Parece muy silencioso —dije.

—Eso es porque la enferma no quiere hablar. —Y añadió—: Un mal síntoma.

23

Resultó que Misawa sabía más de «aquella mujer» de lo que yo imaginaba y en cuanto iba al hospital, lo primero que hacía era hablarme de ella. Al parecer, en mi ausencia se dedicaba a recopilar información sobre su vida privada que después me transmitía presentándola como si se tratara de su propia amiga. Incluso parecía sentir cierto orgullo al hacerlo.

Según Misawa, «aquella mujer» era una *geisha* muy conocida con una posición destacada en la casa, casi como si fuera la propia hija de la propietaria. A pesar de su fragilidad, se dedicaba en cuerpo y alma a su oficio y, aunque no se encontraba bien, nunca abandonaba sus responsabilidades. Cuando en ocasiones se veía obligada a guardar cama, se impacientaba por volver al trabajo lo antes posible.

—La mujer que está con ella es su ayudante desde hace mucho tiempo en la casa de *geishas*. En realidad, tiene más poder del que cabría suponer en alguien de su posición, pues lleva mucho tiempo allí. De hecho, no se comporta como ayudante sino como una especie de tía o algo así. Parece la única capaz de lograr que la paciente se tome la medicina y que no se comporte egoístamente. Sólo la escucha a ella.

Misawa atribuía la información a su enfermera y, según él, se limitaba a repetirla tal cual. Sin embargo, yo empezaba tener dudas sobre la veracidad de todo aquello. Cuando salió para ir al lavabo, le pregunté directamente a ella:

—Bueno, eso es lo que él dice, pero ¿no cree que va a su habitación a hablar con ella cuando yo no estoy?

—¡Por Dios, no! —respondió la enfermera con gesto serio. Me explicó que «aquella mujer» no estaba en condiciones de contar nada a nadie por muchas visitas que recibiese. También me dio la desagradable noticia de que cada día su estado empeoraba. Las náuseas no desaparecían y ya no era

posible alimentarla de forma convencional. El día anterior probaron a hacerlo mediante un enema, pero incluso así no lo lograron. Estaba tan débil que sus intestinos eran incapaces de absorber una simple sopa de leche con huevo.

La enfermera insinuó que no era posible que nadie pudiera tener una conversación sobre nada con una paciente en su estado. En eso tenía razón, pensé. Me olvidé de Misawa y comparé mentalmente la imagen de una *geisha* vestida con su tradicional quimono de gala, con la de la pobre mujer que yacía en la habitación de al lado aquejada por una virulenta enfermedad.

Gracias a su belleza y talento, en la casa de *geishas* siempre la habían tratado como a una hija predilecta. Pero ahora que ya no podía ofrecer sus encantos, me preguntaba si seguirían prestándole tantas atenciones. Si la enfermedad le hacía perder atractivo, no había esperanza para ella y, quizás, no hallaría el motivo para continuar luchando contra su terrible dolencia. Sus padres, seguramente gente de condición humilde, la habían enviado a aquella casa y con toda probabilidad no podrían permitirse hacerse cargo de nuevo de ella.

Pensé en todas esas cosas. Cuando Misawa volvió del baño, le pregunté:

—¿Sabes algo de sus padres? ¿Crees que están al tanto de la situación?

24

Misawa dijo que había visto a su madre en una ocasión. «Solo de espaldas», aclaró.

Justo como había imaginado, su madre no tenía buen aspecto a pesar del evidente esfuerzo que hizo por adecentarse para ir a visitar a su hija al hospital. Cuando venía, entraba con sigilo; y al salir, bajaba las escaleras a toda prisa para desaparecer sin hacerse notar.

—Supongo que cualquier madre en su situación se comportaría de igual modo —dijo Misawa.

La mayor parte de las visitas que recibía eran de mujeres; la mayoría, jóvenes. Es más, casi todas eran muy hermosas, pues, al contrario que las mujeres comentes, dependían de sus encantos para ganarse la vida. Entre tanta belleza, su madre tenía un aspecto sobrio y ajado. Imaginé su silueta de espaldas, pobre y vieja. Sentí lástima por ella.

—Siendo su madre, supongo que tendrá muchas ganas de estar junto a su hija en una situación así. No debe de ser agradable ver cómo una extraña le da órdenes, mientras a ella la trata como a una desconocida. Sólo eso ya me parece un agravio.

—Madre o no, no puede hacer nada en este momento. Es probable que no tenga tiempo para ocuparse de su hija y, aunque lo tuviera, seguro que no dispone de los medios suficientes para pagar las facturas de su tratamiento.

Me sentí abatido y perturbado por el hecho de que una mujer de profesión tan alegre y con una vida tan glamurosa como la suya, tuviera que sufrir más de lo normal por el hecho de estar enferma.

—¿Tendrá un protector, no?

Evidentemente, Misawa no tenía ni idea del asunto. Al escuchar mi pregunta, se quedó callado sin soltar palabra. La enfermera, su fuente de información en todo lo referido a la mujer, tampoco pudo aclarar gran cosa.

El cuerpo frágil de la *geisha* aguantaba a pesar del calor. Hablábamos de ello como si fuera un milagro, pero por miedo a llevar nuestra esperanza demasiado lejos, no nos atrevíamos ni siquiera a echar una mirada furtiva desde el exterior de la habitación. Todo lo que hacíamos era imaginar lo exhausta que estaría. Incluso después de escuchar los detalles sobre el inútil tratamiento con enema que le estaban aplicando, a Misawa le resultaba imposible imaginársela de otra manera que no fuera vestida como una elegante *geisha*. Yo sólo podía recordar aquella cara cetrina del día de su ingreso en el hospital, pero aunque hablásemos de ella como si fuera un caso sin esperanza, ninguno de los dos contemplábamos la posibilidad de que muriera.

En ese tiempo ingresaron en el hospital a todo tipo de pacientes y dieron el alta a otros muchos. Una tarde se llevaron en camilla a una mujer de la misma edad que estaba en la segunda planta. Podía morir en cualquier momento y, a pesar de todo, la llevaron de vuelta al campo junto a su madre, quien estuvo a su lado en todo momento. En una ocasión le dijo a la enfermera de Misawa que no podían permitirse desembolsar más de los veinte yenes que les había costado el hielo necesario para el tratamiento.

Miraba desde la ventana alejarse a los camilleros en dirección al campo. No los podía ver claramente en la oscuridad, pero sus linternas se mecían de un lado a otro. Como la ventana era alta y la calle estrecha, parecía como si caminaran silenciosamente por el fondo de un valle.

Cuando doblaron la esquina más alejada y desaparecieron, Misawa se dio la vuelta y dijo:

—Espero que al menos resista hasta llegar a casa.

25

Una mujer se veía obligada a dejar el hospital miserablemente y un hombre, aparentemente sin demasiadas preocupaciones, cargaba con un niño a la espalda y se dedicaba a merodear por los pasillos, a subir a la azotea e incluso a invadir las habitaciones de otros pacientes.

—Pensaré que un hospital es un centro recreativo.

—En cualquier caso, ¿cuál de los dos es el paciente?

Era divertido y desconcertante a un tiempo. Por la enfermera supimos que quien cargaba con la criatura era en realidad su tío. Cuando lo trajo al hospital, el niño apenas era piel y huesos, pero ahora ya estaba lustroso y regordete gracias a sus cuidados. Al parecer, el hombre tenía una fábrica de medias y pocas preocupaciones por el dinero.

Había otro extraño paciente ingresado en una habitación dos puertas más allá de la de Misawa. Iba libremente de acá para allá arrastrando su maleta como si fuera una persona sana. Incluso pasaba la noche fuera de vez en cuando. Cuando regresaba, se desnudaba completamente y se dedicaba a disfrutar de la comida del hospital. En una ocasión llegó a decir, como si fuera la cosa más normal del mundo, que había pasado la noche anterior en Kobe.

Una pareja de Gifu había ido a Kioto a peregrinar al templo Hanganji. En su camino de regreso debían pasar por Osaka, así que aprovecharon para ingresar en el hospital y ya no se movieron de allí. En su alcoba habían colgado una pintura en rollo de Amida[37] coronada con una aureola. Se los veía relajados y jugaban al *go*[38]. Si le preguntaban a la mujer, respondía simplemente que había traído a su marido al hospital porque la primavera pasada, mientras comía un pastel de arroz, había vomitado una taza y media de sangre.

La enfermera de la *geisha* seguía apoyándose contra el pilar, de la puerta y se sujetaba las rodillas con ambos brazos. La de Misawa la criticaba abiertamente y decía que la muy fresca estaba tan orgullosa de su belleza, que se ponía allí sólo para que la contemplasen.

—No puede ser —salí en su defensa. Lo cierto es que era evidente que desde el principio *geisha* y enfermera se habían tratado con suma

indiferencia.

—Es el típico caso de dos mujeres hermosas que se odian instintivamente a causa de los celos —ofrecí a modo de explicación.

Misawa no estuvo de acuerdo con mi observación y aseguró que la indiferencia se debía al hecho de que en Osaka las enfermeras eran muy altaneras y no se dignaban a mirar a las *geishas*. Por supuesto, no querían tener ningún trato contra ellas. A pesar de ello, Misawa no tenía nada personal contra ella, como tampoco lo tenía yo. Por su parte, la poco agraciada enfermera de Misawa se limitó a decir:

—Bueno, bueno. Una cara bonita siempre tiene mucho que ganar y poco que perder.

Fue un comentario tan elocuente que los dos nos echamos a reír a carcajadas.

En aquel ambiente Misawa recuperaba poco a poco su salud y su interés por la *geisha* crecía proporcional mente cada día. Digo interés, pues la actitud de Misawa no era la de alguien enamorado, ni tampoco la de una amabilidad inmaculada. No encuentro una palabra que se ajuste mejor a su situación que interés.

La primera vez que la vi junto la recepción del hospital atrajo tanto como le había atraído a Misawa. Pero desde el momento en que él reveló su relación con ella, se estableció una especie de estatus de prioridad y desde entonces, cada vez que la mencionábamos, él asumía cierta superioridad. Admito que al principio mi interés por ella crecía sin parar. Pero en cuanto Misawa me hizo notar mi posición secundaria respecto a él, mi interés decayó.

Si mi interés aumentaba, el suyo lo hacía el doble, y si disminuía el suyo, el mío crecía sin límite. Tan parco en palabras y seco como era, en el fondo de su corazón albergaba sentimientos puros. Era una persona capaz de desplegar una inmediata e intensa pasión por cualquier cosa que le interesara. Me preguntaba por qué motivo no la visitaba ahora que ya se había recuperado lo suficiente como para pasear. Al contrario de lo que me sucedía a mí, él no era tímido en absoluto. Desde luego, era muy propio de su temperamento visitar a una *geisha* enferma a la que sólo había visto una vez en su vida para animarla en su convalecencia. Se lo sugerí y le dije:

—Si tan preocupado estás, ¿por qué no vas a verla? Seguro que le das una alegría.

—Sí, sí. Me gustaría ir pero... —dijo a modo de excusa.

Me pareció una reacción inusual en él y me extrañó. No podía imaginarme la verdadera razón, pero confieso que esperaba que sólo se tratase de que no quería visitarla.

Un día le pedí prestado a la enfermera de la *geisha* un libro de adivinaciones con el que solía entretenerse. Por alguna razón, cruzábamos unas palabras de vez en cuando, si bien nuestra relación no iba más allá de esas breves charlas sobre el tiempo mantenidas cuando ella se sentaba a descansar junto a la puerta y me miraba al pasar por allí. En cualquier caso, la bella enfermera me prestó ese libro llamado algo así como «Carta del Horóscopo» y me entretenía con él en la habitación de Misawa. Todo lo que había que hacer era coger unas fichas con la misma forma que las del *go*, pintadas en rojo o en negro por ambas caras y colocarlas sobre un tablero con los ojos cerrados. Después se contaban ambas y con el resultado se buscaban los números en la «Carta»: en la columna horizontal, el de las rojas; y en la vertical, el de las negras. En la intersección de ambas había un símbolo que, al buscarlo en el libro, arrojaba luz sobre el oráculo y explicaba su significado.

Con los ojos cerrados coloqué una a una las fichas sobre el tablero y la enfermera, después de contar rojas y negras, interpretó mi fortuna que auguraba algo así como: «Si ese amor llega a consumarse, la desgracia te acompañará sin remedio». No había terminado de leer la premonición cuando Misawa y la enfermera se echaron a reír.

—Debería decir mejor «ten cuidado con lo que haces» —dijo Misawa. No dejaba pasar la oportunidad de soltar una pulla cada vez que me veía saludar a la enfermera de la *geisha*.

—Yo te digo que eres más bien tú quien debe tener cuidado —me revolví. Inmediatamente cambió el gesto y preguntó con seriedad:

—¿Por qué?

Me quedé en silencio. Seguirle la corriente a alguien tan testarudo como Misawa habría significado demasiadas complicaciones. Seguía preguntándome la razón por la que no iba a visitarla. También temía que, con una naturaleza tan variable como la suya, pudiera sufrir un inesperado cambio de humor a pesar de lo que hubiera sentido antes y también de las intenciones que tuviera. Al menos, ya había recuperado fuerzas suficientes

para bajar las escaleras por sus propios medios e ir al baño a lavarse todas las mañanas.

—Dime, ¿no crees que ya es momento de dejar el hospital? —me aventuré a preguntarle.

Si su vacilación se debía a la deuda contraída, iría a ver a Okada para pedirle dinero prestado y así le ahorraría a Misawa el tiempo y los problemas que le supondría pedirselo a su familia. Pero Misawa no reaccionó a mi pregunta y se limitó a preguntarme otra vez cuándo me iba a marchar de Osaka.

27

Tan sólo dos días antes Okane-san había venido inesperadamente a verme desde Tengachaya. Fue así como me enteré de lo que Okada había insinuado por teléfono. Se cumplía su predicción de que en una semana iba a darme una sorpresa. La enfermedad de Misawa, la hermosa cara de la enfermera, aquella joven *geisha* cuya voz y figura no podía ni oír ni ver, su vida debatiéndose en un estrecho futón; no eran las únicas razones que me retenían en Osaka. Si tuviera que expresar mi situación alentado por palabras poéticas, diría que esperaba en ese infecto hotel en el que me alojaba a que se cumpliera una predicción.

—Lo más razonable parece quedarme un poco más. Tengo varias razones para hacerlo —le dije a Misawa tranquilamente. Pareció desilusionado.

—Eso significa que no podremos ir juntos al mar a descansar.

Ciertamente Misawa era un tipo extraño. Si trataba de ser amable con él, me rechazaba; si me retiraba, parecía quererme agarrar de las mangas y sujetarme con fuerza. Sus cambios de humor eran impredecibles y nuestra amistad era una continua sucesión de oscilaciones.

—¿De verdad querías ir al mar conmigo? —pregunté para aclarar el asunto.

—No diría que no —contestó como si ya oliese el mar. En ese momento tuve la impresión de que en su pensamiento no estaba ni la *geisha* ni su enfermera, sino exclusivamente su amigo: yo.

Aquella tarde me despedí de Misawa de buen humor antes de volver al hotel. Pero en el camino de regreso recordé las situaciones desagradables que habían precedido a ese día. Si le decía que dejara el hospital, él me respondía preguntándome cuánto tiempo más me iba a quedar en Osaka.

Esa era sólo la capa superficial de nuestra conversación, pero tanto Misawa como yo saboreábamos su extraño y amargo significado.

Aunque mi interés por la *geisha* había disminuido, no quería marcharme y que Misawa y ella empezasen a intimar. Es más, aunque Misawa no mostrase ningún interés por la bella enfermera, observé que lo inquietaba mi trato con ella. Quizás fuese una lucha secreta de la que no éramos conscientes, un conflicto compuesto de egoísmo y celos inherente a todos nosotros. Un choque de intereses incapaz de evolucionar hacia la armonía o hacia la discordia. En resumen, una lucha de sexos, aunque ninguno de los dos fuera capaz de asumirlo con franqueza.

Caminaba y me avergonzaba de mi propia bajeza. También odiaba la cobardía de Misawa. Pero sabía que, para unas criaturas tan desdichadas como nosotros, era imposible erradicar esas miserias por mucho que durase nuestra amistad. Me sentí triste y desamparado.

Al día siguiente, nada más llegar al hospital declaré:

—No te voy a decir que dejes el hospital nunca más.

Lo dije como si fuera una penitencia. Misawa respondió:

—Yo tampoco puedo seguir aquí apalancado por más tiempo. Te he hecho caso y al fin me he decidido a irme.

Esa misma mañana el director le había dado el alta.

—Al parecer no es muy recomendable que me mueva mucho, así que me marché directamente a Tokio en el coche cama.

Me quedé anonadado por lo repentino de su decisión.

28

—¿A qué viene esa decisión de dejar el hospital tan repentinamente?

No pude por menos que preguntárselo. Antes de responder, Misawa me miró directamente a la cara. Sentí como si en ese instante fuera capaz de leer mis pensamientos más secretos.

—Por nada en particular. Simplemente me parece que es el momento oportuno —se limitó a contestar.

Me quedé callado sin remedio y permanecimos sentados, uno frente a otro, más taciturnos que de costumbre. Su enfermera ya se había marchado y la habitación tenía un aspecto desolado. Sentado con las piernas cruzadas, cambió de pronto de posición y se tumbó sobre la espalda. Miró hacia la ventana. Un cielo inusual e intensamente azul, inundado por el calor del sol deslumbrante, lo cubría todo.

—Dime —comenzó—. Ese amigo tuyo del que hablas a menudo, ¿tiene dinero?

Evidentemente, no sabía nada sobre la situación financiera de los Okada, pero cuando pensaba en la frugal Okane-san, cualquier mención a la palabra dinero me hacía temblar. Sin embargo, el día anterior ya había pensado en esa posibilidad, pues el hecho de que Misawa dejara el hospital podía implicar algunos gastos.

—Parece una persona ahorradora. Supongo que algo tendrá.

—Pídele prestado para mí. ¿Lo harás? No me hace falta mucho.

Pensé que lo necesitaba para hacer frente a la factura del hospital y le pregunté cuánto le faltaba. Pero la realidad era muy distinta de lo que yo imaginaba.

—Tengo suficiente para el hospital y para el tren de vuelta a Tokio. Si sólo fuera eso, no te molestaría.

Misawa no nadaba precisamente en la abundancia, pero el hecho de ser hijo único le daba un margen del que yo no disponía. Tenía, además, un dinero extra de su familia para unos encargos en Kioto que no había tocado, pues antes de ir se había desviado con sus amigos a Osaka.

—¿Lo quieres sólo por si acaso?

—No —respondió cortante.

—Entonces, ¿para qué es? —Lo presionaba para obtener una explicación.

—Mira, sea lo que sea es asunto mío. Lo único que quiero es que me lo consigas.

Otra vez la misma historia. Me enfadé de verdad, pues me trataba como a un extraño. Estaba tan ofendido que me quedé en silencio.

—No te enfades, por favor —dijo—. No intento ocultar nada. Simplemente no quería que tuvieras nada que ver con este asunto, por eso pensé que era mejor no decírtelo.

Seguí callado. Misawa, aún tumbado de espaldas me miró.

—Esta bien, en ese caso te lo contaré: todavía no he ido a verla y tampoco creo que ella lo esté esperando, la verdad. No tengo ninguna obligación al respecto y, sin embargo, me siento culpable de que su enfermedad haya llegado hasta ese punto crítico. Todo este tiempo he pensado que debía verla, al menos una vez más, sin importar quién de los dos dejase el hospital en primer lugar. No es por la simple visita o por un acto de cortesía, es para disculparme por los problemas que le he causado.

Pero no puedo presentarme con las manos vacías y por eso te he pedido ayuda. Si te causa demasiadas molestias, déjalo. No te preocupes. Me las arreglaré como pueda. Le pediré el dinero a mi familia.

Obligado por las circunstancias, no me quedó más remedio que hablar con Okada. Le dije a Misawa que esperase antes de enviar el telegrama a su casa y salí del hospital. La oficina de Okada estaba situada justo en la dirección opuesta al hospital y no alcanzaba a verla desde la ventana, pero en realidad estaba muy cerca. Fui deprisa hasta allí y sentí cómo el sudor mojaba mi espalda.

Cuando me vio, Okada exclamó, como si no nos hubiéramos visto desde hacía una eternidad:

—¡Cuánto tiempo! ¿Dónde andaba? —Volvió a repetir una vez más la ristra de formalidades y saludos que solía decir al teléfono.

Okada siempre me había tratado de usted, pero nunca con tanta ceremonia. Recordé una ocasión en la que le había pedido un dinero y traté de sacar valor de aquel recuerdo para afrontar la situación. Okada no se imaginaba nada y dijo a viva voz:

—¿Qué tal mi predicción, Jiro-san? Creo que se cumplirá en una semana...

Saqué el asunto que me había llevado hasta allí con cierta osadía. Parecía sorprendido, y tras escucharme atentamente, dijo:

—De acuerdo. Esa suma no es problema. Puedo ocuparme de ello.

Naturalmente, no llevaba tanto dinero encima y me preguntó:

—¿Mañana le viene bien?

—Si fuera posible, preferiría hoy mismo —lo presioné. Parecía perplejo.

—Bueno, entonces no queda más remedio. Escribiré una nota para Okane-san. Tendrá que ir a casa a entregársela. ¿No le importa, verdad?

Odiaba la idea de tener que tratar con ella directamente sobre este asunto, pero parecía inevitable. Me fui a Tengachaya con la nota de Okada guardada en el bolsillo. Al escuchar mi voz, Okane-san salió corriendo y dijo sorprendida:

—¡Dios mío, con el calor que hace! Entre, por favor.

Repetió su invitación dos o tres veces, pero yo le dije a modo de excusa:

—No se preocupe, es que tengo prisa —y le entregué la carta de Okada. Sin moverse de donde estaba, la abrió.

—Siento mucho que haya tenido que venir hasta aquí. Ahora mismo lo acompaño.

Desapareció en el interior y escuché el ruido del cajón del aparador.

Fuimos juntos hasta la última parada del tranvía y allí nos separamos. Okane-san abrió su parasol y dijo:

—Hasta ahora, entonces.

Cogí un *rikisha* y volví de prisa al hospital. Me lavé la cara y me refresqué un poco con la toalla. Después hablé un rato con Misawa. Al poco tiempo Okane-san me llamó desde la recepción. Sacó la libreta del banco del *obi* de su quimono y me dio el dinero.

—Cuéntelo, por favor —me pidió. Lo conté y le di las gracias.

—Está bien. Siento haberla molestado con este calor.

Al parecer se había apresurado mucho y su frente estaba perlada con gotas de sudor.

—¿Quiere subir un momento para refrescarse?

—No, muchas gracias. Tengo prisa.

—Dele recuerdos al enfermo de mi parte. Me alegro de que salga pronto. Hemos estado muy preocupados todo este tiempo y mi marido preguntaba a menudo por su estado.

Okane-san se despidió con una serie de cumplidos. Abrió su parasol de color crema y se marchó.

30

Con el dinero en la mano, subí las escaleras a toda prisa hasta el tercer piso. Misawa no parecía tan relajado como de costumbre. Al verme, apagó el cigarrillo recién encendido en el cenicero y cogió el dinero sin dar siquiera las gracias. Le recordé la suma total de dinero que le entregaba y le pregunté si estaba bien. Con todo, se limitó a soltar un parco «sí».

Miró hacia la habitación de la *geisha*. A esas horas del día no había rastro de visita. Su habitación, normalmente silenciosa, parecía desolada. La bella enfermera estaba apoyada contra la columna como era su costumbre. Leía un libro de obstetricia.

—Me pregunto si estará dormida.

Misawa buscaba la oportunidad propicia de entrar en la habitación, pero temía interrumpir su descanso.

—Es posible —contesté.

Un poco después Misawa dijo en voz baja:

—Quizás deberíamos preguntarle a la enfermera cuándo es el mejor momento.

Hasta entonces él nunca había hablado con ella, así que la responsabilidad recayó sobre mí.

La enfermera me miró con una expresión entre extrañada y divertida. Sin decir palabra se dio medio vuelta y entró en la habitación. No habían pasado ni dos minutos cuando salió con una amplia sonrisa dibujada en su cara. Dijo que la enferma podía recibirlo en ese momento, pues se sentía mejor. Misawa se levantó sin decir nada. No nos miró a ninguno de los dos y desapareció en el interior de la habitación. Me quedé sentado observando cómo su espalda se desvanecía. Una vez desapareció, no pude apartar la vista de allí. La enfermera parecía indiferente. Me miró con una sonrisa desdeñosa y volvió a abrir el libro apoyado sobre sus rodillas.

La habitación seguía tan silenciosa como antes. No se escuchaban voces. De vez en cuando la enfermera alzaba la vista y me miraba, pero no hacía el más mínimo gesto. Al momento volvía a enfrascarse en la lectura. Al atardecer solía disfrutar con los chirridos relajantes de las chicharras que llegaban hasta el tercer piso. Curiosamente, ese día no las oí en ningún momento. En realidad, mientras esperaba allí sentado reinaba un mayor silencio que a medianoche. Tanta calma me inquietaba y cada vez estaba más impaciente por el regreso de Misawa.

Al fin salió, y al pasar por el umbral de la puerta, sonrió. Le dijo a la enfermera:

—Disculpe. Mucho trabajo, ¿no? —Volvió a la habitación, se quitó las zapatillas y dijo—: Ya está hecho.

—¿Cómo ha ido? —pregunté.

—Ya está hecho. Ahora ya me puedo ir —repitió.

No dijo nada más. No obtuve más información por su parte. Pensé que lo mejor sería preparar las cosas para desalojar la habitación lo antes posible y empecé a poner un poco de orden. Misawa ni se molestó en decir que lo dejara.

Salimos del hospital y cogimos sendos *rikisha*. El conductor que tiraba del de Misawa salió en primer lugar. Era un tipo veloz. De hecho, iba tan

rápido que le grité para que bajase un poco la marcha. Misawa se dio la vuelta e hizo un gesto con la mano como si quisiera decir «tranquilo, estoy bien». Cuando llegué al hotel, Misawa estaba apoyado con las manos en el alféizar de la ventana y miraba fluir la corriente del río.

—¿Qué pasa, estás bien? —le pregunté.

No se dio la vuelta y contestó con un simple «sí». Después añadió:

—Me había olvidado completamente de este lugar hasta que he visto el río.

Seguía hipnotizado por la fuerte corriente. Le dejé con sus ensoñaciones y me senté en un cojín. Me impacientaba y saqué mi paquete de Shikishima. Encendí un cigarrillo. Cuando ya me había fumado un tercio, Misawa se dio la vuelta y se sentó frente a mí.

—Parece que fue ayer cuando ingresé, pero ha pasado bastante tiempo —dijo antes de empezar a contar con los dedos.

—No olvidarás tan fácilmente la vista desde esa tercera planta —le dije mirándolo a la cara.

—Desde luego, ha sido una experiencia totalmente inesperada. Quizás haya sido la fatalidad —dijo devolviéndome la mirada.

Dio una palmada para llamar a la camarera y pedirle que le reservara una plaza en el tren de la noche. Sacó el reloj y calculó el tiempo que le sobraría después de la cena. No estábamos muy habituados a las formalidades, así que nos tumbamos a descansar un rato.

—¿Crees que se recuperará?

—Bueno, podría ser...

Nuestra conversación sobre la *geisha* se interrumpió bruscamente cuando apareció la camarera con el cuenco de fruta que le había pedido. Me la comí tumbado como estaba mientras Misawa observaba el movimiento de mi boca. Con un tono enfermizo dijo:

—Me gustaría comer un poco a mí también.

Desde hacía unos días le notaba un tanto cabizbajo. Le dije:

—No te preocupes. Come lo que quieras.

Por suerte ya se había olvidado del día en que le intenté prohibir el helado. Miró hacia otro lado con una sonrisa amarga.

—No gracias. No quiero forzarme aunque me gusta mucho. Estoy seguro de que no me sentaría bien. No quiero sufrir como ella.

Al parecer, llevaba tiempo pensando en «aquella mujer».

—¿Se acordaba de ti?

—Por supuesto. Al fin y al cabo nos conocíamos desde hacía poco y encima fui yo quien la obligó a beber sake.

—¿No estaba resentida?

Misawa miraba hacia otro lado cuando hablaba, pero al escuchar mi pregunta, se giró y me miró de frente. Me di cuenta de su cambio de humor. Yo también puse cara seria. A pesar de todo, seguí sin averiguar qué clase de conversación había tenido con la mujer.

—Es probable que muera. Si es así, ya nunca más nos veremos. Y en caso de que se recupere, tampoco nos veremos nunca más. Este encuentro y separación han sido muy extraños. Lo digo aun a riesgo de parecer exagerado. Pero es así como lo siento. Cuando le conté mi plan de volver a Tokio, se limitó a sonreír y dijo: «Adiós». Me temo que esta noche en el tren soñaré con su triste sonrisa.

32

Eso fue todo lo que dijo Misawa. Aparentemente, antes de que llegara el momento de soñar, ya pensaba en su triste sonrisa. Yo sabía que Misawa era un sentimental, pero me extrañó tanta fascinación por una mujer con la que apenas tenía relación. Estaba ansioso por conocer los detalles de su despedida e intenté sonsacarle algo sin resultado alguno. Me dejó con la miel en los labios sin aclarar nada. Se comportaba como haría alguien temeroso de compartir una mitad por miedo a quedarse sin la suya.

—¿Nos vamos ya? El tren nocturno suele ir muy lleno —dije al fin.

—Todavía es pronto —respondió mostrando el reloj. Aún faltaban dos horas para la salida. Decidí que nunca más volvería a preguntar sobre «aquella mujer» e intenté no hacer más referencias al hospital. Comencé a hablar de cosas triviales. Él respondía con desinterés, como si fuera un desconocido pero, de alguna forma, se lo notaba fuera de sí, con el ánimo sombrío. Continuaba sentado en el mismo sitio sin moverse. Cuando la conversación decayó, se limitó a mirar de nuevo el río.

—Aún sigues impresionado —me atreví a decirle.

El comentario lo pilló por sorpresa y me lanzó una mirada penetrante cuyo significado ya era perfectamente capaz de interpretar: «qué persona tan vulgar» parecía querer decir. Sin embargo, en esta ocasión el asunto iba por otro derrotero.

—Sí, lo estoy. He pensado mucho tiempo si debía contarte esto o no.

Me contó una historia extraña, más aún por cuanto no tenía relación directa con aquella mujer. Al parecer, cinco o seis años antes el padre de Misawa había ayudado a la hija de un amigo suyo a concertar su matrimonio con el hijo de una familia conocida. La chica tuvo mala suerte y aproximadamente un año después, tuvo que dejar a su marido en circunstancias difíciles. Por si fuera poco, no pudo volver con los suyos debido a una serie de complicadas razones. Por haber sido el padre el encargado de unir a la pareja, no le quedó más remedio que hacerse cargo de ella durante un tiempo y fue así como Misawa se acostumbró a llamarla *musume-san*[39].

—Es probable que estuviera demasiado preocupada. En cualquier caso, no estaba del todo en sus cabales. Si ocurrió cuando empezó a vivir con nosotros o antes, es algo que no sabría decir. Pero no fue hasta después de instalarse en nuestra casa cuando nos dimos cuenta. Sin duda se comportaba así desde el principio, pero a primera vista no había forma de saberlo. Estaba siempre callada, con aspecto deprimido. Pero *musume-san*... —Misawa vaciló—. Bueno, puede resultar gracioso, pero cada vez que salía de casa me seguía hasta la puerta, no importa lo silencioso que tratase de ser. Invariablemente me seguía y me decía: «Vuelve pronto, por favor. ¿Lo harás?». Yo siempre le respondía: «Sí, volveré pronto. Pórtate bien hasta entonces», y ella se inclinaba haciendo una reverencia. Si no le decía nada, no dejaba de repetir: «Por favor, vuelve pronto. ¿Lo harás?». Para mí resultaba una situación muy embarazosa ante mi familia y, a pesar de ello, cada vez que salía trataba de volver lo antes posible. Incluso adquirí el hábito de ir a verla a mi regreso para decirle: «¡Lo ves! Ya estoy en casa».

Misawa se detuvo y miró el reloj:

—¿Todavía tenemos algo de tiempo, no?

Temía que Misawa interrumpiese su historia sobre *musume-san*, pero por fortuna disponíamos del tiempo suficiente para concluir sin prisas.

—Cuando confirmamos que no estaba en su sano juicio, no hubo mayor problema. Pero, como ya te he dicho, antes de saberlo me sentía muy incómodo por su descaro. Mi padre y mi madre torcían el gesto y los sirvientes cuchicheaban entre ellos. La situación no podía continuar así mucho tiempo. En una ocasión me siguió hasta la puerta y estuve a punto de reprenderla seriamente. Miré hacia atrás dos o tres veces, pero en el

momento en que nuestras miradas se cruzaron, fui incapaz de enfadarme. No podía ser cruel con aquella pobre criatura. Era una chica de tez blanca, con una hermosa cara enmarcada por unas cejas negras y unos ojos de enormes pupilas casi siempre embelesados, perdidos en alguna parte. En ellos era posible leer la insinuación de una profunda pena. Miraba atrás para regañarla y allí estaba ella, arrodillada frente a la puerta, con sus grandes ojos negros clavados en mí como si quisieran expresar su inmensa soledad. La miraba y sentía como si me dijera: «¡Por favor, ayúdame a soportar esta soledad en este mundo solitario!». Sus ojos, sus grandes ojos parecían implorar.

—¿Estaba enamorada de ti? —no pude reprimir la pregunta.

—En cuanto a eso, sólo puedo decir que estaba enferma, por lo tanto, nadie podría decir si era verdadero amor o enfermedad —se adelantó Misawa.

—¿No le llaman ninfomanía a esa enfermedad? —Misawa pareció disgustado.

—Una ninfómana es una mujer que se arrima a cualquier hombre. Ella no era así en absoluto. Todo lo que hacía era acompañarme hasta la puerta y pedirme que volviera pronto.

—Entiendo —dije a modo de evasiva.

—En cuanto a si su actitud era resultado de su enfermedad o no, yo prefiero pensar que en realidad me quería. Prefiero verlo así —dijo Misawa mirándome directamente a la cara. En su gesto se dibujó tensión—. Pero la realidad era bien distinta. Por lo visto, su marido era un vividor, un tipo muy sociable, quién sabe. Nada más casarse, adquirió el hábito de salir todos los días y volver tarde a casa y aquello la torturaba sin piedad. Ella lo soportaba sin una sola queja, pero la experiencia la dejó marcada incluso después del divorcio. Cuando la enfermedad mostraba sus primeros síntomas lo único que decía era lo que le hubiera gustado decirle a su marido... Yo no quería creerlo. De hecho, insisto en creer que no era cierto.

—¿Tanto le gustabas? —le pregunté de nuevo.

—Sí. Vino a... cuando más se agravaba su enfermedad.

—¿Qué le sucedió?

—Murió después de ingresar en el hospital.

Me quedé mudo.

—Cuando insistías para que dejara el hospital lo antes posible, caí en la cuenta de que pronto será el tercer aniversario de su muerte. Eso fue

razón suficiente para volver a casa.

Por fin Misawa desveló la razón que lo había llevado a tomar la decisión de dejar el hospital. Yo, por mi parte, seguía sumido en el silencio.

—¡Ah! Me he olvidado de decirte lo más importante —exclamó.

—¿El qué? —me apresuré a preguntar.

—A decir verdad, la cara de aquella mujer tenía un asombroso parecido con la suya. ¿Lo entiendes ahora?

Tomamos dos *rikisha* y nos dirigimos a la estación de Umeda, que a esa hora estaba atestada de pasajeros esperando el expreso de la noche. Cruzamos el puente hacia el otro lado y allí esperamos el tren con destino a Tokio. Tras diez minutos de charla intrascendente, llegó el tren.

—Bueno, espero verte pronto de nuevo.

Lo agarré con fuerza en memoria de las dos mujeres y un instante después se desvaneció en la oscuridad entre el tumulto provocado por la partida del tren.

HERMANO

1

Al día siguiente de despedir a Misawa volví a la estación a recoger a mi madre, a mi hermano mayor y a mi cuñada. Desde el primer momento, fue Okada quien se encargó de organizar esta extraña visita, que me resultaba casi inconcebible, y llevarla a buen término. Le gustaba mucho enredarse en ese tipo de complicaciones y luego se jactaba del éxito obtenido. De hecho, fue él mismo quien había llamado unos días antes para anunciar que tenía preparada una sorpresa. Cuando finalmente Okane-san telefoneó al hotel para decirme de qué se trataba me quedé perplejo.

—¿Para qué vienen? —pregunté.

Antes de dejar Tokio, me había enterado de que iban a expropiar un terreno propiedad de mi madre en las afueras de la ciudad para construir una nueva línea de tranvía.

—Con el dinero que te van a dar —le había sugerido— podrás ir este verano de viaje con todo el mundo.

Nos reímos y contestó:

—Ya está Jiro-san con sus ocurrencias.

Hacía tiempo que madre quería visitar Kioto y Osaka en cuanto tuviera oportunidad y la invitación de Okada fue la excusa perfecta para decidirse. Yo, por mi parte, me preguntaba cuál era el verdadero motivo de aquella invitación.

—Ninguna en especial. Estoy segura de que lo único que pretende es enseñarles la ciudad para agradecerles su amabilidad en el pasado. Además, deben tratar sobre el asunto.

Con el «asunto», Okane-san se refería a la boda de Osada-san. Sin embargo, no podía creer que vinieran todos hasta Osaka sólo por Osada-san, por mucho que fuera la preferida de mi madre.

Yo me estaba quedando sin dinero y, encima, le había pedido a Okada un préstamo para Misawa. Aparte de otras consideraciones, la visita familiar me ofrecería la oportunidad de mejorar sustancialmente mi delicada situación financiera. Se me ocurrió entonces que la buena

predisposición de Okada a la hora de prestarme el dinero había estado motivada porque sabía que vendrían pronto.

Fui a la estación con el matrimonio Okada. Mientras esperábamos la llegada del tren, él me preguntó:

—¿Qué le parece, Jiro-san, sorprendido?

No le contesté. Conocía de sobra su afición por ese tipo de preguntas. Fue Okane-san quien le replicó:

—Estás muy engreído últimamente, ¿no te parece? Jiro-san estará aburrido de tanto escucharte. —Su observación sonaba a disculpa.

Se giró hacia mí y preguntó para confirmar:

—¿No es cierto?

En sus encantadoras maneras había una insinuación de coquetería y eso provocó que mi respuesta sonara completamente fuera de lugar. Simuló no darse cuenta y continuó hablando con Okada.

—La señora habrá cambiado mucho. Hace mucho tiempo que no la veo.

—La tía sigue siendo la misma de siempre.

Okada llamaba tía a mi madre y Okane-san se refería a ella como señora, una manera mucho más formal. La diferencia de trato me chocaba. Sonreí y dije:

—Cuando pasas mucho tiempo con ella, llega un momento en el que te preguntas si realmente está envejeciendo.

El tren llegó puntual. Okada dio el nombre del hotel donde había reservado habitación para los tres y ordenó a los *rikisha* que se dirigieran hacia el sur. Agarrado fuertemente al veloz *rikisha*, me maravillaba de la capacidad de Okada para sorprender a todo el mundo. Recordé la época en que vivía en Tokio y logró llevarse a su novia a Osaka. Aquella jugada se me antojaba ahora como una de sus más deslumbrantes proezas.

El hotel donde se alojaba mi familia no era muy grande, pero sí más refinado que cualquiera de los que yo hubiera podido ofrecerles. Las habitaciones tenían ventilador eléctrico y estaban decoradas con escritorio chino, lámpara y otras comodidades. Mi hermano escribió un telegrama a Tokio para informar de su llegada y se lo entregó a la camarera. Okada sacó de su chaqueta unas tarjetas postales que quería enviar y, después de

escribir una a mi padre, otra a mi hermana Oshige, y una última a Osada-san, nos las pasó para que escribiéramos unas palabras.

En la de Osada-san escribí «Felicidades». Mi madre, por su parte, escribió: «Cuida de tu enfermedad». Me sorprendí:

—¿Está enferma?

—Me pareció buena idea que viniera con nosotros, pero cuando todo estaba preparado empezó a quejarse del estómago. Se sentía muy mal.

—Nada serio. Ya puede comer gachas —interrumpió mi cuñada mientras dejaba de escribir en la tarjeta dirigida a padre. Okada le sugirió:

—Para una persona como el tío, sería mejor un poema.

—¿Pretendes que escriba un poema? ¡Imposible! —respondió ella.

En la de mi hermana, sin embargo, Okada escribió respetuosamente y con caracteres diminutos: «Echo de menos su lengua afilada».

—Parece que todavía sigues enfadado por lo que te dijo de la pieza de ajedrez —bromeó mi hermano.

Acabamos con las tarjetas y charlamos un rato. Los Okada se dispusieron a marcharse a pesar de las protestas de mi madre y hermano, pero prometieron volver pronto.

—Okane-san se ha convertido en una buena esposa, ¿no os parece?

—Me cuesta trabajo reconocerla. Ha cambiado mucho desde la época en que venía a trabajar a casa.

En los comentarios de madre y hermano sobre Okane-san, se vislumbraba una imperceptible melancolía por los cambios que ellos mismos habían experimentado en ese) tiempo.

—Madre, muy pronto Osada-san será como ella —interrumpí.

—Cierto —dijo mi madre. Probablemente estuviera pensando en Oshige, para quien todavía no habían encontrado un pretendiente adecuado.

Mi hermano echó un vistazo alrededor y después dijo:

—Me han dicho que no te has podido mover de aquí por culpa de la enfermedad de Misawa.

—Así es. Me he metido en un buen lío y al final no he ido a ninguna parte.

Mi hermano y yo solíamos hablarnos con una cierta reserva. Probablemente fuera por la diferencia de edad, pero quizás también porque nuestro anticuado padre había educado a su hijo mayor para que asumiese el papel de la suprema autoridad. De hecho, había ocasiones en las que incluso mi madre me llamaba añadiendo el sufijo de cortesía *san*[40], por lo

que no resultaba extraño que se dirigiera siempre a su hijo mayor como Ichiro-san.

Estábamos tan enfrascados en la conversación que olvidamos cambiarnos de *yukata*. Al cabo de un rato, Ichiro se levantó y se puso una muy almidonada. Me preguntó:

—¿Y tú qué?

Mi cuñada me acercó una y preguntó:

—¿Dónde está tu habitación?

Madre había salido a tomar el aire y, apoyada en la barandilla, observaba con cara de molestia un muro muy alto.

—La habitación no está mal, pero es un poco sombría. ¿La tuya también es así?

Me acerqué a su lado y miré hacia abajo, hacia el patio oblongo con forma de tabla de planchar cubierto de finos tallos de bambú. También había una linterna de hierro oxidada sobre una piedra. Acababan de regar.

—Es un hotel pequeño pero está bien cuidado. Lo único malo es que no se ve el río como desde el mío.

—¿Dónde está el río? —preguntó.

Los tres dijeron que iban a pedir que los cambiaran de habitación por una desde la que se pudiese ver. Les expliqué dónde estaba aproximadamente el hotel en el que me alojaba y dije que iría a recoger mis cosas y a pagar la cuenta para reunirme más tarde con ellos.

3

Después de pagar, volví. La cena se alargaba más de lo normal. Su mesa aún estaba sin recoger y seguían allí sentados entretenidos y jugueteando con los palillos. Les sugerí salir a dar un paseo, pero madre se excusó diciendo que estaba cansada y a Ichiro mi propuesta pareció causarle más molestia que interés. Sólo mi cuñada se mostró de acuerdo, pero madre la desanimó:

—Es mejor que no salgas esta noche.

Ichiro se tumbó y comenzó a hablar. Parecía como si conociera Osaka de toda la vida aunque, en realidad, sólo le sonaban vagamente algunos nombres como los de los templos de Tenno, Nakanoshima y Sennichimae. A la hora de la verdad, habría sido incapaz de situar ninguno de ellos en el mapa.

Al parecer sólo guardaba memoria de ciertas imágenes fragmentadas, como las de las enormes piedras del muro del castillo de la ciudad, una visita vertiginosa que hizo a la torre del templo de Tenno y otros detalles de ese tipo. La más interesante para mí fue la del hotel donde, al parecer, se había alojado una noche hacía ya largo tiempo:

—Estaba en la esquina de una calle estrecha. Desde la verja podía ver un sauce. Era una zona tranquila de casas pequeñas pegadas las unas a las otras. Desde la ventana disfrutaba de una vista pintoresca en la que había un puente muy largo. Recuerdo el sonido agradable de los carruajes cruzando por el puente y eso, a pesar de que el hotel era poco acogedor y sucio...

—¿En qué zona de Osaka estaba? —le preguntó su mujer. Ichiro no supo responder, ni siquiera dar detalle de en qué dirección u orientación se encontraba. Eso era típico de él; recordaba hasta el más mínimo detalle de una situación concreta, pero se olvidaba por completo de los nombres de los lugares y de las fechas. No parecía inquietarlo en absoluto.

—¿De qué te sirve tanto detalle si ni siquiera sabes dónde está? —volvió a insistir mi cuñada. A menudo, Ichiro y ella chocaban. Si él estaba de buen humor, la cosa no pasaba a mayores pero, en caso contrario, se llegaban a crear situaciones desagradables.

—Qué más da dónde estuviera el hotel. Sigue con tu historia, anda —interrumpió madre acostumbrada a lidiar en situaciones así.

—No creo que eso tenga mucho interés, madre. Ni para ti ni para O-Nao —dijo. Después siguió contando—: Jiro, lo más divertido que me sucedió mientras estaba allí alojado en la segunda planta fue... —No me quedó más remedio que asumir la responsabilidad de escuchar su historia.

—¿Qué pasó?

—Aquella noche me desperté después de dar un par de cabezadas. La luna resplandecía en la oscuridad e iluminaba el sauce. Lo miraba mientras seguía tumbado. De pronto, escuché un grito justo debajo. Como era de noche y todo estaba en silencio, me pareció particularmente estridente. Me levanté aprisa y me asomé a la barandilla. Bajo el sauce había tres nombres desnudos que rivalizaban por ver quién podía levantar más alto una de esas piedras utilizadas para prensar nabos. Cada vez que lograban levantarla por encima de la cabeza gritaban pletóricos de satisfacción. Los tres estaban absortos con sus proezas, pero ninguno decía una sola palabra. Me extrañó ver aquellas sombras silenciosas moviéndose bajo la luz de la luna. Después, uno empezó a girar un palo estrecho y fino como una palanca...

—Parece la atmósfera de *Suikoden*[41].

—Incluso algo irreal. Cuando lo recuerdo parece que fue un sueño.

A Ichiro le gustaba contar anécdotas. Normalmente, se escapaban por completo a la comprensión de mi madre y de su mujer; sólo padre y yo éramos capaces de apreciarlas.

—Fue lo único entretenido que vi en Osaka en aquella ocasión, aunque, la verdad, no me acordaba ya de que había sucedido aquí.

Recordé la estrecha y pulcra calle bajo la ventana de la tercera planta del hospital en el que había estado ingresado Misawa. Me preguntaba si aquellos hombres hercúleos no serían chicos de ese mismo barrio.

Fieles a su promesa, el matrimonio Okada vino a visitarnos aquella misma noche.

4

Okada trajo consigo de casa un plan de visita muy elaborado y preparado minuciosamente. Se lo enseñó a madre y a Ichiro. Era tan detallado que ambos se quedaron boquiabiertos y sólo acertaron a exclamar «¡Vaya!».

—¿De cuántos días disponen aproximadamente? Dependiendo de ello, el plan puede variar. Al contrario que en Tokio, aquí hay muchos lugares para visitar en cuanto uno se aleja de la ciudad. —En las palabras de Okada se intuía un cierto descontento y al mismo tiempo un destello de orgullo.

—Pareces estar muy orgulloso de Osaka —Okane-san reprendió con una sonrisa a su circunspecto marido.

—En absoluto, no estoy orgulloso pero... —Okada se puso tan serio ante el reproche de su mujer, que nos resultó cómico y no pudimos por menos que echarnos a reír.

—Okada-san, en cinco o seis años se ha adaptado usted completamente al estilo *kamigata*[42], ¿no? —dijo mi madre bromeando.

—Bueno, al menos no ha perdido el acento de Tokio —dijo Ichiro.

—¡Vaya! Otro áspero tókíota con el que lidiar. Parece que allí todos tienen la lengua muy afilada —contestó Okada mirando directamente a mi hermano.

—¡Y no te olvides que encima es el hermano mayor de Oshige! —dije a Okada sin poder contenerme.

—Okane, ¡échame una mano! —suplicó al fin Okada. Dobló el mapa desplegado frente a mi madre y se lo guardó en la manga del kimono—.

¡Qué pérdida de tiempo! Tanto trabajo para nada —Okada fingió enfadarse.

Cuando terminó la broma, madre sacó el tema de Sano como había imaginado que haría. Le expresó cariñosamente a Okada su gratitud, en unos términos muy precisos e inequívocos. Okada, por su parte, con toda la formalidad de que era capaz contestó:

—Faltaría más.

Me pareció que los dos exageraban. Okada le dijo que, aprovechando su estancia en la ciudad, deberían conocer a Sano y se dispuso a organizar el encuentro. A Ichiro le debió de parecer que era el momento oportuno de unirse a la conversación y apuró su cigarrillo de varias caladas. Me habría gustado que la convaleciente Osada-san hubiera asistido a la escena para decir si estaba agradecida o disgustada. En ese preciso instante, recordé la historia del desgraciado matrimonio de aquella hermosa chica demente que me había contado Misawa.

Mi cuñada y Okane-san no se conocían mucho, pero las dos eran jóvenes y hablaban animadamente entre ellas desde hacía un buen rato, aunque sin perder los reparos propios de dos desconocidas. Mi cuñada tenía un carácter taciturno y Okane-san justo lo contrario. Si una decía una palabra, la otra diez. Hablasen de lo que hablasen, era siempre Okane-san la que sacaba un nuevo tema de conversación. Al final, tocaron el tema de los hijos y en esa ocasión fue Nao quien llevó la voz cantante. Le contó el día a día de su única hija y, aunque Okane-san pretendía mostrar interés ante el tedioso relato que se veía obligada a escuchar, a mí me daba la sensación de que no le interesaba en absoluto. De hecho, sólo pareció prestar atención en un momento concreto, cuando preguntó:

—¿Puede quedarse ella sola en casa? Es admirable.

—¡Ah, bueno! Es que está muy unida a Oshige. Por eso —contestó Nao.

5

Me sorprendió enterarme de que madre, Ichiro y Nao apenas iban a quedarse unos días. Su intención era volver a Tokio en una semana, después de haber visitado Osaka y algún otro lugar.

—Deberían quedarse más tiempo después de un viaje tan largo —protestó Okada. No va a ser nada fácil que se repita una oportunidad como esta. Es demasiado esfuerzo.

Sin embargo, le pareció bien. No podía permitirse el lujo de coger tantos días libres para acompañar a mi madre durante su estancia. Ella, por su parte, se preocupaba de los que se habían quedado en Tokio. Eran tres extraños compañeros de viaje. Lo lógico habría sido que vinieran a pasar unos días de descanso en algún lugar de vacaciones mi padre y mi madre, o mi hermano y su mujer. Si el objetivo fundamental del viaje era arreglar las cuestiones relacionadas con el matrimonio de Osada-san, ciertamente podían haber venido mis padres con ella tan pronto se hubiera recuperado de su enfermedad para dejarlo todo resuelto. Debía de haber alguna otra razón en su visita que yo no alcanzaba a comprender. Desde el primer momento no entendí por qué las cosas se desarrollaban de esa manera. Parecía como si madre se guardase algo y lo mismo sucedía con Ichiro y Nao.

El esperado encuentro con Sano se desarrolló sin mayores inconvenientes. Se lo agradecieron a Okada y no hicieron más mención al asunto una vez se marcharon. Todo estaba decidido y daba la impresión de que no quedaba margen para objeciones. Acordaron celebrar la boda a finales de año, tan pronto como Sano pudiera ir a Tokio.

—Es tan extraño —dije a Ichiro—. Todo esto se desarrolla sin remedio y la persona más interesada parece al margen de lo que sucede o se decide.

—Por supuesto que está al tanto —replicó Ichiro.

—Y no podría estar más contenta —garantizó madre por su parte. No dije nada más, pero al cabo de un rato añadí:

—Bueno, supongo que no hay una sola mujer japonesa que pueda llevar un asunto de estas características por sí misma.

Hermano guardó silencio. Nao me lanzó una extraña mirada.

—No sólo las mujeres. Ni siquiera los hombres deberían hacerse cargo por sí mismos ni dejarse llevar por el capricho —me reprochó madre.

—Bueno, quizás deba de ser así —dijo Ichiro. Posiblemente fue el tono frío que empleó al decirlo lo que provocó un gesto de desagrado en mi madre y mi cuñada. Ambas guardaron silencio. Al poco rato madre añadió:

—En cualquier caso, me alegro mucho de que el asunto de Osada esté acordado. Ya sólo queda Oshige.

—Todo es gracias a nuestro padre —repuso Ichiro. Madre no percibió el tono de ironía en sus palabras.

—Es cierto. Todo gracias a tu padre. Igual que con Okada, al que le va muy bien, por cierto.

Mi pobre madre pareció satisfecha. Parecía dar por hecho que nuestro padre seguía manteniendo sus influencias intactas. Ichiro se daba cuenta de que nuestro padre, prácticamente jubilado, difícilmente mantenía la mitad de las que había tenido en sus mejores tiempos.

Estaba de acuerdo con mi hermano en este punto y, a pesar de ello, sentía como si toda mi familia engañase a Sano. Visto desde otra perspectiva, daba la impresión de que Sano tenía lo que merecía.

El encuentro terminó y todos quedaron satisfechos. Ichiro insistió en marcharse lo antes posible de Osaka. Se quejaba sin cesar del calor bochornoso que, según él, le afectaba los nervios. Una vez más, volvía a estar de acuerdo con él.

6

Hacía un calor tremendo y en el hotel resultaba particularmente insoportable. El jardín del patio era muy pequeño y el muro muy alto. No entraba el sol, pero tampoco la brisa. A ratos era como estar sentado en un húmedo salón de té rodeado de fuego por los cuatro costados. Una noche que olvidé apagar el ventilador, madre me regañó:

—¡No seas tonto, vas a coger frío!

Al igual que Ichiro, pensaba que debíamos irnos de Osaka cuanto antes y me pareció que Arima, un lugar fresco y tranquilo, le sentaría bien a sus nervios. No conocía el famoso *onsen*, pero le conté una historia sobre el lugar que había escuchado en una ocasión. Un conductor de *rikisha* subía penosamente una pendiente muy inclinada y se ayudaba con un perro enganchado al coche. Hacía tanto calor que el perro quiso beber agua de un arroyo de montaña, pero el conductor se enfadó y le pegó con una vara de bambú forzándolo a que siguiera tirando con mucho esfuerzo.

—No me gustaría montar en semejante vehículo. Me da mucha pena del pobre animal —dijo madre frunciendo el ceño.

—¿Por qué razón no lo dejaba beber agua? ¿Acaso iba a retrasarlo? —preguntó Ichiro.

—Según dicen, si un perro bebe en mitad de un esfuerzo, se agota y después ya no sirve para nada —contesté.

—Pero ¿por qué? —preguntó Nao extrañada. No supe qué contestar.

Al final no fuimos a Arima, pero no creo que la historia del perro tuviera mucho que ver a la hora de tomar la decisión. En su lugar, Ichiro propuso que fuéramos a Wakanoura. Era un lugar precioso que yo siempre

había querido conocer. A nuestra madre también la sedujo la idea, pues había escuchado aquel nombre desde su infancia. Sólo Nao parecía indiferente.

Ichiro era un erudito y una persona de principios. Por si fuera poco, también era un buen hombre con sentimientos puros como los de un poeta. Sin embargo, como primogénito se comportaba de forma un tanto egoísta, pues, en mi opinión, se había criado con más atenciones de las normales. Si estaba de buen humor, era una persona encantadora tanto conmigo como con madre o con su mujer. Pero si se ponía de mal humor, torcía el gesto y no volvía a decir palabra en varios días. Ahora, si tenía que tratar con desconocidos, su personalidad se transformaba por completo y nunca perdía oportunidad de mostrarse como un auténtico caballero. Sus amigos estaban convencidos de que era una persona gentil de espíritu afable. Cuando nuestros padres lo escuchaban, se sorprendían sin dejar por ello de mostrar cierto orgullo. Al fin y al cabo, se trataba de su propio hijo. Si escuchaba esos halagos cuando estaba enfadado con él, me daban ganas de soltar un par de verdades a todos los que tenían aquella imagen tan idealizada.

Mi madre enseguida se mostró de acuerdo con el viaje a Wakanoura, pues conocía bien el temperamento de Ichiro. Durante mucho tiempo había alimentado su ego y el resultado que no le quedaba más remedio que plegarse ante su terquedad.

Fui a darme un baño y me encontré a Nao de pie frente al lavabo completamente absorta.

—¿Cómo va todo? ¿Ichiro está de buen humor?

—Como siempre —se limitó a decir. En los hoyuelos de sus mejillas se dibujaron unos trazos de melancolía.

Antes de irme, quería saldar mi deuda con Okada. Probablemente no le habría importado que le devolviera el dinero del préstamo antes de regresar a Tokio, pero me pareció mejor idea dejarlo zanjado lo antes posible. Esperé el momento oportuno, y cuando estuvimos a solas le pedí el dinero a madre.

Ella quería mucho a Ichiro y lo trataba con indulgencia. Con él se mostraba reservada, quizás por ser su primer hijo, quizás por su difícil carácter. Era muy renuente si se trataba de reprocharle algo o darle algún tipo de consejo. En cuanto a mí, me seguía tratando como a un niño y me regañaba sin descanso: «Jiro, no seas tan irracional», solía decir. Pero por

esa misma razón me mimaba mucho más que a él. Recuerdo haberle pedido dinero en varias ocasiones sin que él se enterase. No era raro tampoco que cogiera un quimono de mi padre para adaptarlo a mi talla sin que él lo echase en falta. Esa actitud tan solícita no le gustaba nada a Ichiro. Se ponía de muy mal humor por ese tipo de nimiedades y con ello lo único que lograba era oscurecer el ambiente, normalmente agradable, de nuestra casa. A menudo, madre fruncía el ceño y susurraba: «Otra vez Ichiro y sus ataques de ira».

En esas ocasiones, me alegraba por la confianza que madre depositaba en mí y le decía con aire despreocupado: «Bueno, él es así. Déjalo en paz».

Con el tiempo me di cuenta de que su comportamiento no se debía exclusivamente al mal carácter, sino también a un cierto sentido de justicia. Detestaba cualquier intriga que tuviese lugar a sus espaldas, y por esa razón me reprimía a la hora de aventurar críticas frívolas contra él. Sin embargo, había muchos asuntos en los que era imposible obtener su consentimiento. Por eso, invariablemente, me veía obligado a buscar la complicidad de madre.

Cuando le conté la historia del préstamo, se sorprendió:

—No llego a entender cómo es posible que Misawa-san se gaste el dinero en una mujer como esa. Es absurdo —dijo.

—Se sintió obligado a hacerlo —expliqué.

—No entiendo ese tipo de obligaciones. Si tanto lo sentía, podía haber ido a visitarla de todos modos, pero con las manos vacías. Y si eso le parecía mal, con llevarle unos dulces hubiera bastado. ¿No te parece?

Me quedé callado un rato.

—Incluso en el caso de que se sintiera obligado a hacerlo* no entiendo por qué razón tuviste que pedir dinero a alguien como Okada.

—Bueno, entonces olvídalo —me limité a decir. Me levanté y me dirigí hacia las escaleras. Ichiro se estaba dando un baño y a su mujer le estaban arreglando el pelo. En la habitación sólo estaba madre. Me llamó de nuevo:

—Espera un momento. No he dicho que no fuera a ayudarte.

En sus palabras había un tono de indefensión como si quisiera decir «ya tengo suficiente con tu hermano, ¿por qué insistes en torturarme?». Volví a entrar pero me sentía tan mal que apenas podía levantar la vista. Torpemente, como un niño, cogí el dinero de su mano. Con su habitual tono de voz bajo me advirtió:

—No digas nada a Ichiro.

Me sentí abrumado por un inexplicable malestar.

8

A la mañana siguiente teníamos previsto salir hacia Wakayama. Debíamos volver a Osaka de todas formas y pensé que podría devolverle el dinero a Okada en ese momento. Pero mi impaciencia me inquietaba y la idea de tener el dinero guardado en el bolsillo todo ese tiempo no dejaba de rondarme la cabeza. Pensé que lo mejor sería dárselo esa misma noche, cuando viniera al hotel sin que nadie se diese cuenta.

Ichiro salió del baño. Llevaba puesta la *yukata* pero no se la había atado con el *obi*. Se acercó a la barandilla y tendió la toalla mojada.

—Siento haberte hecho esperar.

—¿Quieres bañarte tú ahora, madre? —le ofrecí.

—Tú primero —respondió ella. Se fijó en el cuello y en el Pecho de mi hermano y dijo—: Tienes buen aspecto. Parece que has ganado algo de peso.

Ichiro siempre había sido muy delgado. Todos en la familia atribuíamos su delgadez a los nervios y no dejábamos pasar oportunidad de decirle que engordase un poco. Mi madre, por supuesto, era quien más se preocupaba. En cuanto a él, odiaba su delgadez como si fuera un castigo y se veía incapaz de engordar un solo gramo.

Al escucharla, sentí lástima de que se viera obligada a consolar a su propio hijo con un cumplido tan forzado. Levanté mi cuerpo, mucho más fornido que el de Ichiro y dije:

—Entonces voy yo, disculpa.

Bajé las escaleras y me introduje en la pequeña habitación contigua al baño. Nao había terminado ya de arreglarse el pelo y se daba los últimos retoques en la nuca ayudándose de dos espejos.

—¿Ya has terminado?

—Sí. ¿Dónde vas?

—A darme un baño. ¿Te importa si paso antes?

—Claro que no.

Me metí en la bañera y me pregunté por qué motivo se estaría arreglando el moño precisamente en ese momento. La llamé:

—¡Cuñada!

—Sí, ¿qué pasa?

—Siento mucho que tengas que sufrir tantas molestias] con este calor.

—¿Porqué?

—¿Por qué? No se si ese peinado tan extravagante resultara del gusto de Ichiro.

—Quién sabe.

Escuché con claridad el sonido de sus pasos al subir la escalera.

Mientras un ayudante me frotaba la espalda, yo veía justo enfrente de mí en el patio, tras el pasillo, una aralia. Escuché unos pasos que se aproximaban desde la entrada y vi pasar a Okada vestido con una camisa blanca de cuello cerrado.

—¡Eh! —grité.

—¡Anda!, se está bañando. Está oscuro y no lo había visto —dijo Okada asomándose al interior del baño.

—Tengo que hablar contigo —dije súbitamente.

—¿Hablar, de qué?

—Entra, por favor.

Okada puso cara de extrañeza, como si pensara «estará bromeando».

—¿No ha llegado Okane?

—No —le contesté.

—¿Qué tal todos?

—Están todos aquí —respondí. Puso cara de sorpresa y continuó:

—¿No han ido hoy a ninguna parte?

—Hemos salido, pero ya hemos vuelto.

—Yo volvía a casa del trabajo. ¡Vaya calor que hace!, ¿verdad? Supongo que será mejor que suba primero a saludar. Disculpe.

Subió directamente a la segunda planta sin interesarse más por lo que tenía que decirle. Al poco rato salí de la bañera.

Okada bebió mucho esa noche. Repetía sin cesar lo mucho que lamentaba no poder acompañarnos hasta Wakanoura como había planeado en un principio. Por lo visto, su compañero de trabajo estaba de baja y no podía ausentarse.

—Esta será nuestra última noche juntos. Únase a nosotros un rato y tome algo —le había ofrecido madre. Por desgracia, nadie en la familia toleraba bien el alcohol, por lo que nuestra compañía no le sirvió de mucho.

Nos excusamos y cenamos sin él. Okada, sin embargo, parecía encantado allí solo tomando sake.

Tenía un carácter jovial y cuando bebía, se alegraba aún más. No le importaba si lo escuchaban o no; él decía lo que le venía en gana, e incluso de vez en cuando, se interrumpía a sí mismo con una sonora carcajada. Parecía inmensamente satisfecho recitando estadísticas que ilustraban la mejoría de la ciudad de Osaka durante los últimos veinte años. Similar placer le causaban los que auguraban una mejoría diez veces superior en los años venideros.

—Olvídate de Osaka. ¿Cómo te van a ti las cosas? —preguntó Ichiro con cierta ironía. Okada se rio y se puso las manos sobre una cabeza un tanto rala:

—Mi vida actualmente..., si lo digo así suena muy pretencioso. Lo cierto es que vivo desahogadamente y todo se lo debo al tío y a la tía. Eso no lo olvidaré nunca, por muy borracho que esté y por muchas bobadas que diga.

Okada expresó su agradecimiento a nuestra madre allí sentada junto a él, y a nuestro padre ausente en Tokio. Cuanto más bebía, más se repetía y volvía, una y otra vez, a agradecerse de distinta forma. Al final, le dio por decir que quería invitar a padre a comer el famoso bonito del restaurante Nadaman. Aquello me trajo a la memoria una noche de Año Nuevo en la que Okada, cuando todavía vivía con nosotros como *shoshei*, se emborrachó a costa de los demás, y después de volver a casa dando tumbos durante todo el camino, se postró ante mi padre y le ofreció como obsequio del mar del Norte una pata roja de cangrejo de nueve centímetros. Padre se enfadó y le dijo:

—¿Qué diablos es esa especie de pisapapeles laqueado en rojo? No lo quiero para nada. ¡Llévatelo de una vez!

Parecía que Okada iba a seguir bebiendo sin parar y no se marcharía nunca. Su conversación, tan animada al principio, fue decayendo en interés. Nao bostezaba parapetada tras su abanico. Al final, tuve que sacarlo a rastras para dar un paseo al fresco de la noche. Me saqué el dinero del bolsillo y se lo di. Al recibirlo, dio la impresión de tener la cabeza perfectamente despejada sin rastro de borrachera.

—No hacía falta que me lo diera en este momento, aunque seguro que Okane se alegrará. Muchas gracias —dijo y se lo guardó en el bolsillo.

La calle estaba tranquila. Sin darme cuenta miré al cielo. Las estrellas brillaban en una atmósfera particularmente turbia que parecía amenazar cambio de tiempo. De pronto, Okada dijo:

—Ichiro-san siempre ha sido una persona difícil. —Su comentario me recordó una ocasión en la que jugaba al *go* con mi hermano. Le recliné un movimiento incorrecto y sin mediar palabra me tiró una pieza a la cabeza.

—Ya entonces tenía la cabeza muy dura. Pero parece que últimamente está de mejor humor, ¿no le parece? —me preguntó.

Me limité a darle una respuesta ambigua.

—Ha pasado mucho tiempo desde que se casó, pero seguro que le da muchos quebraderos de cabeza a su mujer.

Tampoco le contesté. Nos separamos al llegar a la esquina de la calle. Al despedirme me limité a decir:

—Dale recuerdos de mi parte a Okane-san. —Me di media vuelta y me marché.

10

Cogimos el tren de la mañana y comimos en el estrecho vagón restaurante.

—Lo mejor de ese sitio es que sólo trabajan camareras y las hay muy guapas, vestidas con sus blancos delantales. Debería comer allí —me había recomendado Okada el día antes de despedirnos. Intrigado, me fijé detenidamente en todas y cada una de las mujeres que transportaban platos de acá para allá y servían refrescos. Sin embargo, no vi ninguna que me resultase especialmente atractiva.

Madre y Nao miraban con curiosidad por la ventana y parecían disfrutar mucho del paisaje. La vista era todo un cambio para nosotros, recién salidos de Osaka. Cuando el tren se deslizó por la costa fue el momento oportuno de apreciar el contraste entre el verde de los pinos y el azul oscuro de un océano en todo su esplendor. Aportaba un poco de frescor a nuestros ojos cargados por el hollín de la máquina del tren. Incluso la visión de las tejas de las casas, visibles de cuando en cuando entre los árboles, resultaba extraña para gente llegada de Tokio.

—Fíjate qué curioso. Pensaba que era un templo, pero no. Jiro, ¿será la casa de un campesino? —preguntó mi madre señalando con su dedo índice un tejado considerablemente grande.

Estaba sentado junto a Ichiro y al verlo tan ensimismado, me pregunté si estaría de nuevo de ese humor intratable. No sabía si animarlo dándole conversación o ignorarlo por completo. En realidad, su actitud era siempre parecida y resultaba difícil descubrir si estaba enfadado o pensaba en algo profundo y complicado. Al final, me decidí a hablarle cuando vi el gesto de preocupación de nuestra madre, a pesar de la animada charla que mantenía con Nao.

—Por cierto, me contaron una historia interesante —le dije.

—¿Cuál? —preguntó en un tono cortante, justo como esperaba. Me pilló completamente preparado y continué sin mayor preocupación.

—Se trata de una historia que me contó Misawa hace poco...

Le conté la historia de la chica divorciada al poco de casarse que padecía una enfermedad mental y que vivió un tiempo en casa de Misawa. Le expliqué cómo cada vez que salía de casa le pedía que volviera pronto. Me detuve en ese punto del relato e Ichiro, de pronto interesado, dijo:

—Yo también había oído esa historia y también que Misawa besó su frente fría cuando la chica murió.

Me quedé anonadado.

—¿De verdad, la besó? Misawa no me dijo nada de eso. ¿La besó delante de la gente?

—No lo sé. Quiero decir, no sé si había gente alrededor o no.

—En cualquier caso, no parece probable que Misawa se quedase solo junto al cadáver. Pero ¿la besó cuando estaba solo?

—Te digo que no lo sé.

Me quedé pensativo.

—¿Cómo te enteraste de esa historia?

—Me la contó H.

H era un compañero suyo que a su vez había sido maestro de Misawa. Misawa le tenía mucho respeto y habían llegado a intimar bastante, pero no logré entender por qué se lo contó y por qué después H se lo contó a su vez a mi hermano.

—¿Por qué no me habías dicho nada hasta ahora? —pregunté.

Con gesto amargo se limitó a contestar:

—Porque no tenía ninguna necesidad de hacerlo.

Seguía preguntándome cómo podría sacarle algo más de información, cuando el tren llegó a su destino.

Cuando salimos de la estación, el tranvía ya estaba a punto de partir. Ichiro y yo, con las bolsas de mano bien agarradas, ayudamos a las dos mujeres a subir a toda prisa. En realidad éramos los cuatro únicos pasajeros y aún tardó un rato en arrancar.

—Está claro que es un tranvía de los lentos —dijo condescendiente.

—Quizás deberíamos haber traído con nosotros todo nuestro equipaje —dijo madre preocupada mientras miraba hacia la estación. Pronto empezaron a subir otros pasajeros; uno de ellos parecía un *shoshei* con sus libros atados con una cuerda y otro, con aspecto de comerciante, se abanicaba para aliviar el calor. Tomaron asiento y el conductor, finalmente, accionó la manivela de arranque.

Pasamos por una calle estrecha y desierta flanqueada por muros de adobe que parecían marcar el límite exterior de la ciudad. Dos o tres paradas más adelante vimos un foso que rodeaba una gran muralla de piedra. El foso estaba tapizado de loto y las flores que cubrían completamente la superficie del agua nos llamaron poderosamente la atención.

—Así que este es el antiguo castillo —dijo madre sinceramente impresionada. Una tía suya había servido en esa antigua casa señorial perteneciente a la familia Kishu. Recordé aquel título nobiliario de origen feudal que tantas veces había escuchado en mi infancia: Kishu.

Pasamos a través de la ciudad de Wakayama y recorrimos un trecho de campo hasta que el tranvía llegó a Wakanoura. Siempre eficaz, Okada, se había tomado la molestia de reservar habitaciones en el mejor hotel de la ciudad, pero resultó que estaba prácticamente lleno y los cuartos con mejores vistas, ocupados. Decidimos coger un *rikisha* en dirección a la playa para preguntar en otro. Nos enseñaron una habitación en la tercera planta con vistas al mar.

Era grande y espaciosa y estaba orientada al suroeste. El edificio tenía cierta semejanza con el de algunos hostales respetables de Tokio, pero su dignidad, ciertamente, no era comparable con la de los de Osaka. La segunda planta era un espacio enorme sin divisiones interiores que se usaba para grandes grupos. Su vacía inmensidad y la superficie ondulada de los futones baratos esparcidos por todas partes, ofrecían un aspecto desolador. Ichiro observaba en silencio las hojas de bambú dibujadas en un biombo de seis piezas colocado para separar el espacio en dos. Gracias a la educación

de nuestro padre, mi hermano tenía buen ojo para ese tipo de objetos. Se giró y dijo:

—¡Eh!, Jiro.

Íbamos a darnos un baño y llevábamos las toallas en la mano. Caminaba unos pasos por detrás suyo cuando se detuvo a mirarlo. Estaba convencido de que haría algún comentario.

—Sí —contesté.

—Esa historia de Misawa de la que hablamos en el tren, ¿qué te parece? —Su pregunta me cogió por sorpresa. No me la esperaba después de la contestación que me dio al preguntarle la razón por la que nunca me lo había contado.

—¿Te refieres a la historia del beso a la mujer muerta?

—No, me refiero a cuando ella lo seguía hasta la puerta de casa y le decía que volviera pronto.

—Para mí ambas son interesantes, pero la del beso me parece más bella, más pura.

Habíamos descendido casi hasta la mitad de la escalera cuando se paró de golpe y dijo:

—Puede que desde un punto de vista estrictamente poético sea así. Es cierto que ambas son interesantes. Pero no me refiero a eso. Yo lo veo desde una perspectiva mucho más realista.

12

No entendía lo que pretendía decir y no le quedó más remedio que seguirme mientras continué bajando las escaleras sin decir nada. Al llegar a la puerta del baño me di la vuelta y le pregunté:

—¿Qué quieres decir exactamente con una perspectiva más realista?

—En dos palabras —se apresuró a explicar—, esa pobre mujer se preocupaba verdaderamente por Misawa como él piensa, o por culpa de su enfermedad le decía cosas que en realidad hubiera querido decirle a su marido, ¿tú qué crees?

Era la misma pregunta que yo mismo me hice al escuchar la historia por primera vez. Pero ya entonces me di cuenta de que no había una respuesta clara, así que lo dejé por imposible. En ese momento seguía sin tener una opinión formada al respecto.

—Es algo que se me escapa.

—¿De verdad?

Ichiro estaba allí de pie y no daba muestras de querer entrar en el baño. Yo también me demoré en desvestirme. Eché un vistazo al oscuro interior, más pequeño y antiguo de lo que me había imaginado. Después me volví hacia él.

—¿Tú tienes alguna idea?

—Yo creo que le gustaba Misawa.

—¿Porqué?

—Da igual la razón. Es como yo lo veo.

Nos metimos en la bañera sin aclarar el asunto. Cuando salimos para dejar el turno a las mujeres, el sol del atardecer inundaba la habitación y la superficie del mar brillaba como hierro fundido. Nos cambiamos a la habitación de al lado para protegernos del sol y, tan pronto como nos sentamos el uno frente al otro, Ichiro volvió a sacar el tema.

—No puedo verlo de otra manera...

—Ya. —Le respondí indiferente.

—En general, hay muchas cosas de las que la gente corriente no es capaz de hablar por mucho que quiera, ya sea por un cierto sentido de la decencia o por sus obligaciones.

—Estoy seguro de eso.

—Pero si enloqueces, y supongo que un médico se reiría de mí si me escuchase hablar con tanta ligereza de las enfermedades mentales, todas las inhibiciones desaparecen. ¿No crees?

—Puede ser. Me imagino que habrá enfermos a los que les sucede.

—Supongamos que la mujer era una enferma de ese tipo. Si fuera así, todo sentido de la corrección se habría desvanecido y podría hablar libremente sin preocuparse por las consecuencias de lo que dijera. Visto desde esa perspectiva, lo que le decía a Misawa era mucho más sincero y genuino que las habituales y vacías formalidades.

Su razonamiento me impresionó:

—Muy interesante. —Le aplaudí. Pareció molesto.

—Interesante o no, Jiro, no es una frivolidad. ¿De verdad crees que mi razonamiento es acertado?

—Bueno... —balbuceé.

—Vaya. ¿Entonces nunca podremos saber cómo es realmente una mujer a menos que la volvamos loca? —dijo con un profundo suspiro.

Bajo el hotel había un canal de considerable tamaño. No lograba entender cómo se conectaba con el mar, pero todas las tardes aparecían de la nada un par de botes de pesca y se deslizaban lentamente a través de él.

Caminamos unos doscientos metros por su orilla izquierda y después giramos otra vez a la izquierda hacia unos campos de arroz. Más allá, los cultivos daban paso a una colina cubierta por pinos. Se escuchaba el rugido de las olas al romper contra las rocas y la misma espuma blanca elevándose hacia el cielo que habíamos visto antes desde la tercera planta del hotel. Llegamos a la orilla del mar. La mayor parte de las olas estallaban en mil pedazos al chocar contra un espigón situado un poco más lejos. Pero de vez en cuando llegaba una especialmente grande que lograba saltar la barrera de contención e inundaba su parte trasera.

Miramos el espectáculo fascinados durante un buen rato y después continuamos la marcha en mitad del fragor de la marea. Madre y yo hablábamos distendidamente. Suponíamos que aquellas eran las famosas olas de Katao. Ichiro y su mujer caminaban unos cuarenta metros por delante vestidos con sus *yukatas*. Él empuñaba en su mano un bastón fino y ella ceñía su cintura con un *obi* de lino de dibujos dorados. Entre ambos habría unos dos metros de separación. Madre los miraba de vez en cuando con gesto inquieto. Estaba tan nerviosa que dejaba al descubierto su preocupación por la pareja. Traté de evitar por todos los medios una conversación seria sobre ellos y fingí no darme cuenta de nada mientras andaba deliberadamente despacio. Trataba de aparentar calma y decía cosas sin sentido para divertirla. Al final, como de costumbre, dijo:

—Jiro, si todo el mundo pudiera vivir como tú, me imagino que nadie tendría ningún motivo de preocupación.

Un poco más tarde, como si ya no aguantase más, volvió a hablar:

—Míralos, Jiro.

—¿Qué quieres decir?

—Realmente no sé qué hacer —dijo observando sus espaldas.

Pensé que al menos debía aparentar que comprendía el significado de su inquietud:

—¿Ha pasado algo que haya disgustado a Ichiro?

—Es tan raro que no sé qué decirte. Al fin y al cabo ella es su mujer y por muy raro que sea, debería intentar cambiar su humor. Míralos. Parecen dos extraños que caminan en la misma dirección. Sin embargo, por muy

raro que sea tu hermano, no creo que le pida a su mujer que ni siquiera se le acerque.

En aquella pareja que caminaba en silencio en la distancia, madre sólo encontraba una culpable, y esa era Nao. Debo decir que, de alguna manera, yo estaba de acuerdo con ella. Supongo que era una reacción natural para cualquier observador de aquel matrimonio.

—Le estará dando vueltas a algo. Quizás por eso ella está tan callada —dije a modo de explicación.

14

—Es posible que Ichiro esté pensando en algo, pero Nao es una mujer tan indiferente, que cómo va a querer hablar con ella. Fíjate, parece que camina separada de él a propósito.

Madre se sentía muy próxima a Ichiro. Quizás por eso, cuando contemplaba la espalda de Nao al caminar, se convencía de que era la de una persona fría y distante. No dije nada y me limité a seguir con nuestro paseo mientras trataba de analizar el carácter de mi cuñada de la manera más objetiva posible. Las críticas de nuestra madre tenían una base real, pero se me antojaba demasiado parcial e indulgente con Ichiro y demasiado severa con ella.

Me daba cuenta de que no era una mujer cariñosa, pero sí ese tipo de persona que si recibe afecto, es capaz de corresponderlo. Aunque no poseía una simpatía natural, si uno tenía el suficiente tacto, podía llegar a descubrir en ella cierto encanto. Era cierto que después de casarse, a menudo mostraba una frialdad un tanto ofensiva pero, a pesar de ello, nunca pensé que fuera una persona tan insensible o cruel como podía parecer a simple vista.

Por desgracia, Ichiro tenía un carácter parecido al de su mujer y eso los convertía en seres profundamente incompatibles. Su naturaleza era un calco y esperaban el uno del otro precisamente aquello que eran incapaces de dar.

Si mi hermano estaba de buen humor, ella se mostraba cantadora. No tenía más que domar su irascible carácter para sacar lo mejor de ella. Por tanto, la misma crítica que madre aplicaba a su aparente apatía, se le podía aplicar también a Ichiro.

Paseaba junto a madre y pensaba en la pareja que caminaba delante de nosotros, pero no tenía ninguna intención de inquietarla aún más con complicados razonamientos.

—Es extraño —dijo mi madre poco después—. Nao no es ciertamente una persona encantadora, pero siempre se ha comportado muy bien con tu padre y conmigo. Y especialmente contigo, ¿verdad, Jiro?

Tenía toda la razón. Aunque era impaciente por naturaleza, hablaba alto y a veces me comportaba con descaro, me daba perfecta cuenta de que nunca había discutido con Nao. De vez en cuando, incluso, hablábamos sin tantas reservas como hacíamos cada uno de nosotros con Ichiro.

—Sí, conmigo también —dije—. Visto así, es cierto que resulta un poco extraño.

—Precisamente por eso. Me da la sensación de que Nao sólo se comporta así con Ichiro.

—No lo creo.

Yo no pensaba tanto en ello como hacía madre y no tenía motivos para sospechas. Aunque albergase ciertas dudas, no podía comprender la causa real de todo aquello,

—Pero él es sin duda la persona más importante de la familia para ella.

—Por eso te digo que no lo entiendo.

De pronto me di cuenta de lo absurdo que resultaba criticar a Nao a sus espaldas y, además, hacerlo en un lugar tan hermoso como aquel.

—En cuanto tenga oportunidad, le preguntaré. No tienes por qué preocuparte tanto —dije a madre mientras saltaba sobre el espigón donde morían las olas. Los llamé con todas mis fuerzas—: ¡Eh, vosotros!

Se dieron la vuelta sorprendidos y en ese mismo instante la espuma del mar rompiente me salpicó y me empapó completamente los pies. Madre me regañó. Volvimos al hotel. En el camino de vuelta el bramido de las olas retumbaba en mis oídos.

15

Aquella noche dormí junto a madre bajo una mosquitera blanca tejida con un lino más fino de lo normal que dejaba pasar el viento y permitía sentir el fresco de la noche.

—Es una buena mosquitera. ¿Por qué no compramos una igual? —le pregunté.

—Parece buena pero no es tan cara. La nuestra es de lino blanco, de mejor calidad. Esta es más ligera y está hecha de una sola pieza, por eso parece tan delicada.

Madre era una persona chapada a la antigua y apreciaba más su mosquitera por la única razón de que estaba tejida en Iwakuni.

—La nuestra es mejor, sin duda. Impide que cojas frío por la noche —concluyó. Al cabo de un rato entró una camarera y cerró las puertas que daban a la galería. La mosquitera dejó de mecerse al viento.

—De repente hace mucho calor, ¿no te parece? —suspiré.

—Es cierto —dijo aparentemente indiferente al calor. Sin embargo, podía escuchar con claridad el ruido de su abanico.

Cuando dejó de hablar, cerré los ojos. En la habitación contigua, al otro lado de las puertas correderas, dormían Ichiro y Nao. Hacía rato que estaban en silencio. Su habitación parecía aún más en calma que la nuestra. No tenía con quien hablar. Mantuve los ojos cerrados pero fui incapaz de conciliar el sueño. El calor bochornoso se me hacía más insoportable debido al silencio. Al final, me levanté del futón con cuidado de no despertarla y me deslicé fuera de la mosquitera. Intenté salir a la galería. Abrí con sigilo las puertas. Madre no estaba dormida como yo imaginaba. Dijo:

—¿Dónde vas, Jiro?

—Hace demasiado bochorno. Voy a refrescarme un poco a la galería.

—De acuerdo.

Su voz sonaba clara y serena. Era evidente que tampoco podía dormir.

—¿No puedes dormir?

—No. Estoy muy incómoda. Será porque no estoy acostumbrada a esta cama.

Me coloqué el *obi* alrededor de la *yukata*, guardé en la solapa un paquete de Shikishima y una caja de cerillas y salí a la galería donde había un par de sillas cubiertas con fundas blancas. Acerqué una y me senté.

—No hagas ruido, no vayas a despertar a tu hermano —me advirtió madre.

Fumaba en silencio y observaba aquel paisaje como de ensueño. Era una noche sin luna y todo estaba desdibujado ofreciendo un aspecto aterrador. Las copas de los pinos que había visto a mediodía flanqueando el espigón en toda su longitud a derecha e izquierda, se erguían en la oscuridad aún más negras y descarnadas. Bajo ellas se apreciaba la espuma blanca de las olas golpeando incesantemente contra las rocas.

—¿No crees que deberías entrar? Vas a resfriarte —dijo madre desde el interior.

Me incorporé y la invité a que disfrutara conmigo de la escena nocturna, pero ignoró la invitación y al final regresé dócilmente bajo la mosquitera. Apoyé la cabeza en la almohada.

Durante todo ese tiempo la habitación de mi hermano estuvo en calma. Después de volver a la cama me pareció incluso que lo estaba más. Sólo las olas continuaron con su sinfonía durante toda la noche.

16

A la mañana siguiente cuando me senté a la mesa a desayunar, me di cuenta de que todos habíamos pasado una mala noche. La falta de sueño afectaba a nuestra conversación. Me sentía incómodo.

—Parece que el besugo al vapor de la cena me sentó mal —dije con mala cara antes de levantarme.

Me acerqué a la barandilla y vi un letrero que anunciaba «El primer teleférico de Oriente». Al contrario de los ascensores normales, aquel estaba diseñado para subir a la gente hasta la cima de la montaña. El letrero estaba completamente fuera de lugar y era lo único que estropeaba la vista, pero me llamó la atención porque ni siquiera había uno así en Asakusa.

Ya habían subido dos o tres madrugadores. Ichiro, que ya había terminado su desayuno, se sentó detrás de mí sin que me diese cuenta y empezó a jugar con un palillo mientras tras observaba las cabinas de acero subiendo y bajando.

Dime Jiro, ¿te apetece subir? —sugirió con la misma cara de ilusión de un niño—. ¿No te parece divertido? —continuó con una actitud infantil impropia de él. No me parecía mala idea, aunque no estaba muy seguro de dónde nos llevaría.

—Me pregunto dónde nos dejará.

—Eso qué más da. ¡Venga vamos!

Daba por hecho que nuestra madre y Nao también vendrían. Estaba a punto de llamarlas cuando Ichiro me detuvo.

—Tú y yo solos. —En ese momento aparecieron las dos mujeres y nos preguntaron dónde íbamos—. Vamos a subir en el teleférico. Es demasiado arriesgado para las mujeres. Madre, es mejor que Nao y tú no vengáis. Déjanos que probemos primero nosotros.

Madre miró las cabinas de acero suspendidas en el vacío y puso gesto de preocupación.

—Nao, ¿qué quieres hacer tú? —Mi cuñada sonrió como era su costumbre con esa sonrisa suya que marcaba sus hoyuelos.

—Como usted quiera.

Por su forma de decirlo, se podía interpretar obediencia, indiferencia o fastidio. Sentí lástima por Ichiro. Era el tipo de actitud que menos le convenía.

Salimos del hotel vestidos con nuestras *yukatas* y fuimos directos al teleférico. Las cabinas tendrían unos dos metros cuadrados. Tan pronto como nos acomodamos los seis pasajeros que cabíamos dentro, arrancó. No era posible sacar la cabeza a través de los barrotes, así que no había más remedio que contentarse y mirar tras ellos. Era un poco decepcionante.

—Parece una cárcel —suspiró Ichiro.

—Desde luego —respondí.

—Así es la vida.

Ichiro tenía por costumbre zanjar cualquier asunto con ese tipo de sentencias. «Sí», me limité a contestar a pesar de no comprender exactamente lo que quería decir. Las cabinas-prisión se acercaron a la cima de una pequeña montaña rocosa. El verdor ralo de los pinos adheridos a la ladera de la montaña, rompía un poco la monotonía del paisaje y refrescaba un tanto el ambiente del verano. En la diminuta plataforma de tierra donde terminaba el teleférico, había un puesto de té. Tenían un mono y estuvimos un rato jugando con él y dándole de comer unos cacahuetes.

—¿No habrá por aquí un sitio dónde podamos charlar? —preguntó Ichiro mientras echaba un vistazo alrededor buscando un lugar tranquilo en el que pudiéramos mantener una conversación sin interrupciones.

17

Gracias a la considerable altura del lugar, disfrutábamos de una amplia vista. Se veía el famoso templo de Kimii en el fondo de una garganta densamente arbolada y al pie de la colina, una ensenada con agua refulgente. Parecía la orilla de un lago, de color similar al del mar. Un hombre que estaba a mi lado señaló un pino mustio famoso por un *joruri*[43]. Fiel a su nombre, el pino desplegaba sus ramas sobre un acantilado.

Ichiro preguntó a la mujer del puesto de té si había por allí cerca un lugar tranquilo donde conversar, pero no pareció entender bien la pregunta y fuimos incapaces de comprender respuesta. La mujer hablaba en el dialecto local y remataba las frases con un giro indescifrable.

—¿Vamos, entonces, al templo de Gongen? —preguntó Ichiro.

—Es un lugar pintoresco. Me parece una buena idea.

Iniciamos el descenso. Sin poder tomar un *rikisha* y sin una triste sombrilla, protegidos únicamente con nuestros sombreros de paja, enfilamos a lo largo de un camino de arena abrasadora. Por algún motivo, aquella mañana no tenía verdaderas ganas de coger el teleférico e ir de visita al templo con Ichiro. Cuando tenía que enfrentarme a él cara a cara, normalmente me sentía muy torpe y justo ese día estaba particularmente inquieto. Mi inquietud comenzó en el momento en que dijo: «Tú y yo solos».

Teníamos la frente cubierta de sudor. La cena del día anterior me había sentado realmente mal y el sol inmisericorde me golpeaba la cabeza obligándome a caminar aturdido y en silencio, atento sólo al irritante sonido de las gastadas *geta*[44] que habíamos tomado prestadas del hotel.

—¿Qué te pasa, Jiro? —La voz de Ichiro me cogió completamente por sorpresa.

—Me siento un poco raro.

De nuevo en silencio seguimos caminando. Finalmente, llegamos a la entrada del templo. Al ver la estrecha escalera de piedra, me consternó su altura y sentí que no podría subirla de ninguna de las maneras. Mi hermano se quitó las *geta* y se puso unas sandalias de paja que había allí dispuestas para entrar en el recinto. Subió unos diez escalones. Al darse cuenta de que no lo seguía, me inquirió:

—¿Qué pasa, no vienes?

Indefenso, pagué a la anciana encargada del alquiler de las sandalias una pequeña cantidad y subí como pude. A mitad de camino no me quedó más remedio que pararme a descansar y aliviar el peso de mi cuerpo apoyando las manos en los muslos. Miré hacia arriba y vi a Ichiro en lo alto esperando impaciente junto a la puerta del templo.

—Mira el aspecto que tienes, arrastrándote como un borracho.

Me daba igual lo que dijera. Me quité el sombrero de paja, lo tiré al suelo y me desnudé hasta la cintura. No tenía abanico con que refrescarme y no me quedó más remedio que secarme el sudor del pecho con un pañuelo. Esperaba escuchar un burlón «vamos, Jiro». Pero en ese momento no me importaba nada. Me quedé allí parado, secándome el sudor con el pañuelo murmurando sin cesar:

—¡Qué calor!

Ichiro bajó y se sentó junto a mí. Detrás de nosotros crecía bambú joven y se extendía hacia abajo, hasta el límite del muro de piedra con sus hileras rotas únicamente por los llamativos troncos marrones de las camelias, dispersos por todas partes.

—Bueno, este parece un lugar tranquilo. Supongo que aquí podremos hablar largo y tendido —dijo Ichiro mirando alrededor.

18

—Jiro, tengo que hablar contigo de algo.

—¿De qué se trata?

Vaciló un momento. En realidad no quería oírlo y tampoco lo apremié para que continuara.

—Hace fresco, ¿verdad?

—Sí, es un lugar fresco —contestó.

Aquel sombrío lugar estaba protegido del sol y permitía el paso del aire. Me sequé completamente con el pañuelo y me puse de nuevo la *yukata*. Tras la puerta de entrada al templo había un pequeño santuario. Todo el conjunto parecía muy antiguo y estaba rematado por una cabeza de león esculpida en una madera medio descolorida. Pasé bajo la puerta y me dirigí al santuario.

—Aquí se está todavía mejor. ¿Por qué no vienes? —dije.

No respondió y continué caminando sin rumbo fijo frente al santuario. Me fijé en un árbol de hoja perenne que tamizaba los rayos del sol abrasador. Ichiro se acercó hasta allí con gesto descontento.

—Oye, ¿no te he dicho que tengo que hablar contigo?

No me quedó más remedio que sentarme en la escalera frente al santuario. Él se sentó a mi lado.

—¿De qué se trata?

—Para ser sincero se trata de Nao —dijo, en apariencia muy consciente de lo delicado del asunto. La sola mención del nombre de Nao me estremeció. Estaba al tanto de su relación por lo que me contaba nuestra madre. Incluso le había prometido hablar con Nao en cuanto tuviera oportunidad y hacerlo después con Ichiro. Sin embargo, me preocupaba la posibilidad de que él se me adelantara. Mi incomodidad de aquella mañana cuando me había pedido que nos fuésemos los dos solos, estaba alimentada, sin duda, por aquel temor.

—¿Qué pasa con Nao? —pregunté de mala gana.

—¿No estará enamorada de ti?

Una pregunta abrupta y, a decir verdad, indigna de él.

—¿Por qué dices eso?

—No me preguntes por qué y no te enfades porque yo lo haga de una forma tan cruda. No tengo ninguna prueba para sostener mi sospecha. No he visto ninguna carta ni tampoco os he sorprendido en un beso furtivo. A decir verdad, como marido suyo no le podría preguntar nada semejante a nadie excepto a ti y, precisamente, como eres tú, puedo tragarme la autoestima y me atrevo a mencionar algo tan delicado. Por eso me gustaría que me dieras una respuesta clara.

—Pero se trata de mi cuñada, mi pariente, una mujer casada y, por si fuera poco, casada con mi propio hermano —contesté sin saber qué más decir.

—Sí, por supuesto. Cualquiera respondería así en aras de la formalidad y la corrección. Es lógico que tú digas lo mismo. Tu reacción es suficiente para avergonzarme, pero, Jiro, yo sé que has heredado la honestidad de nuestro padre. Además, has demostrado que la franqueza es uno de tus principios más firmes. Por eso te hago esa pregunta. Ya conozco de antemano tu respuesta formal sin necesidad de preguntar nada. Lo que quiero que me digas es qué piensas sinceramente. Me gustaría saber qué sientes en lo más profundo de tu corazón.

19

—¿Te parece factible que sienta algo así? —contesté mirando la puerta del templo en lugar de mirarlo a él. Durante un instante no escuché su respuesta, pero de pronto su voz aguda y estridente llegó de nuevo a mis oídos.

—Escucha, Jiro, ¿cómo puedes ser tan frívolo? ¿Acaso no somos hermanos? —Su respuesta me confundió. Le miré a la cara. Estaba pálido. Quizás se debía a que un árbol proyectaba su sombra sobre nosotros.

—Por supuesto que somos hermanos. Lo que te acabo de decir no es algo vacío sin sentido. Te lo he dicho simplemente porque es la verdad.

Yo era tan irritable y temperamental como mi sensible hermano y en condiciones normales nunca le habría respondido así. Me arrojé una nueva pregunta:

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Entonces, ¿por qué te sonrojas?

Probablemente me sonrojé. Su cara estaba pálida y yo sentía cómo las mejillas se me encendían sin remedio. No supe qué responderle.

Por alguna oscura razón se levantó de golpe. Se cruzó de brazos y empezó a moverse frente a mí a derecha e izquierda. Lo observaba con preocupación. Mantenía la mirada fija en el suelo. Cruzó por delante dos o tres veces. Al pasar la tercera vez, se giró y dijo:

—Jiro.

—Sí.

—Soy tu hermano mayor y siento mucho haberte dicho esas niñerías sin sentido. —Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué quieres decir?

—Se supone que soy una persona más instruida que tú. Hasta hoy me tenía por alguien más culto de lo habitual. Sin embargo, he empezado a decir bobadas como haría un niño. Estoy verdaderamente avergonzado de mi actitud. Por favor, te pido que no me desprecies.

—¿Qué quieres decir? —repetí de nuevo la misma y simple pregunta.

—No me preguntes eso. ¡Qué idiota soy! —Me tendió la mano. La cogí enseguida y noté que estaba tan tría como la mía—. Sólo por haberte sonrojado, he dudado de tu palabra. ¡Qué insulto! Por favor, te ruego que me perdones.

Sabía que Ichiro tenía un carácter tan inestable como el de las mujeres, tan impredecible como el tiempo. Sin embargo, era un rasgo peculiar suyo y eso, a veces, lo hacía parecer un niño inocente o un poeta tocado por la más impecable de las purezas. Lo admiraba y al tiempo no podía evitar pensar en él como en alguien demasiado maleable.

—Hermano, no sé qué te pasa. Yo creo que ya está bien de tonterías por hoy. Volvamos al hotel —dijo con su mano todavía entre las mías.

20

Pero de pronto Ichiro soltó su mano, se levantó y se me quedó mirando, inmóvil.

—¿Puede leer alguien la mente de otra persona? —preguntó.

En ese momento me tocaba a mí mirarle fijamente.

—¿Quieres decir que no entiendes mi mente? —El tono de mi respuesta fue más firme que el de su pregunta.

—No, no. Tu mente la entiendo bien —dijo sin vacilar.

—Entonces, ¿no te basta con eso?

—No me refiero a la tuya. Me refiero a la mente de una mujer.

En su respuesta había una brusquedad inusitada; una fiereza que me extrañó.

—Sea la de un hombre o la de una mujer... —dije. Antes de que pudiera terminar la frase me interrumpió.

—Tienes suerte. Quizás no has estudiado el tema.

—Lo dices porque no soy profesor de universidad como tú.

—No digas bobadas —proclamó en voz alta—. No estoy hablando de algo académico e incomprensible. Te pregunto si alguna vez has tratado de descifrar la mente de otra persona, de alguien que está a tu lado, alguien que, supuestamente, debería ser la persona más querida para ti.

Entendí sin ningún género de dudas lo que pretendía decir con eso de «la persona más querida».

—¿No crees que le estás dando demasiadas vueltas a las cosas, movido quizás por un exceso de conocimiento? Me da la sensación de que si no pensases tanto, te iría bastante mejor.

—Es la otra parte la que deliberadamente me obliga a pensar así. Se aprovecha de mi forma de ser y no me permite relajarme ni un momento.

Llegados a ese punto de la conversación, me sentí obligado a consolarlo. Sentía lástima por él. Era mucho más inteligente que yo y, a pesar de ello, se enredaba en asuntos tan pulposos como ese. Ambos sabíamos de su irritabilidad, pero nunca se había comportado de una manera tan demencial. Estaba completamente perdido.

—¿Conoces a un hombre llamado Meredith? —me preguntó.

—Sólo de nombre.

—¿Has leído su correspondencia?

—¿Qué si la he leído? Ni siquiera la he visto.

—Claro, supongo que no. —Se sentó de nuevo a mi lado. Me acordé del paquete de Shikishima y de la caja de cerillas. Encendí un cigarro, se lo pasé y se lo fumó mecánicamente.

—En una de sus cartas decía: «Envidio a aquellos satisfechos con la apariencia de una mujer. También envidio a los que están contentos con su carne. Yo soy del tipo que no podría estar satisfecho hasta atrapar su alma o su corazón, si es que tienen algo que se pueda llamar así. Por esa razón no puedo implicarme en historias de amor».

—Entonces, ¿se dedicó a estudiar el alma femenina durante toda su vida?

—Eso no lo sé. En cualquier caso, no tiene importancia. Pero, Jiro, una cosa es cierta: yo estoy casado con una mujer cuya alma, corazón, o como quiera que llamemos al espíritu, no he logrado atrapar.

21

En su cara se dibujaba una profunda angustia. Yo lo respetaba mucho y por eso sentí una gran inquietud rayana al miedo.

—Hermano —dije tratando de fingir calma.

—¿Qué?

Me levanté. Di dos o tres pasos delante de él como había hecho él mismo un poco antes, aunque por una razón completamente distinta. No me hacía caso. Miraba al suelo con los dedos de las manos escondidos en su larga y crecida cabellera. Su pelo era muy brillante. Pasaba frente a él y me llamaban la atención aquellos finos dedos de los que brotaban mechones de pelo negro. Siempre me habían parecido muy delicados, angulosos, como si fueran la viva representación de sus nervios.

Lo llamé de nuevo y al fin levantó la cabeza como si soportase un gran peso.

—Puede que sea una imprudencia decirte una cosa así, pero no creo que nadie pueda llegar a leer la mente de otra persona por mucho que haya estudiado o investigado. Tú tienes más estudios que yo y supongo que ya te habrás dado cuenta. Puede haber una comprensión tácita entre padres e hijos, entre hermanos; pero al fin y al cabo estamos separados los unos de los otros. No podemos hacer nada al respecto.

—Se puede estudiar la mente de otra persona, pero nunca podremos llegar a fundirnos con ella. Al menos eso sí lo sé.

Ichiro hablaba con desdén y languidez. Cuando terminó, con su mismo argumento continué:

—¿No es la religión la que puede trascender esa distancia, esa separación entre los seres? No estoy muy versado al respecto, pero tú eres una persona que conoce y piensa mucho...

—Sólo por pensar no se puede llegar a la fe. La religión no es para razonar, es para creer —dijo exasperándose—. Yo no puedo creer. Sólo puedo pensar, pensar y pensar. Eso es todo. Jiro, por favor, ayúdame a creer. —Hablaban como una persona culta y educada, pero actuaba como un crío

de dieciocho años. Verle en ese estado me entristecía. Parecía un pez varado en la arena, dando coletazos en su fútil lucha por la vida.

Era la primera vez que mi hermano se mostraba así ante mí. Normalmente, en el día a día, actuaba con cierta superioridad. En ese momento estaba triste y tenía miedo. De confinar así, acabaría por perder el juicio.

—Bueno, yo he pensado de vez en cuando en eso...

—No me interesa lo que pienses. La razón por la que he venido hoy aquí contigo es porque tengo que pedirte un favor. Escúchame.

—¿De qué se trata?

El asunto se complicaba cada vez más y aun así no lográbamos encararlo. En el intervalo aparecieron tres o cuatro visitantes calzados con las mismas sandalias y empezaron a trepar por las escaleras de piedra. Nada más verlos, Ichiro se levantó a toda prisa.

—Vámonos, Jiro. —Bajó las escaleras y lo seguí.

22

Volvimos sobre nuestros pasos. Cuando salimos por la mañana no me sentía bien y me dolía la cabeza, pero el regreso fue aún peor, quizás debido al calor. Nos habíamos olvidado el reloj en el hotel.

—¿Qué hora será? —preguntó Ichiro.

—Pues... —dije mirando el sol resplandeciente—. No creo que aún sean las doce.

Nuestra intención era deshacer el camino, pero nos desorientamos y terminamos por llegar a una playa inundada por un intenso olor a mar junto a un humilde pueblo de pescadores. Había algunas tiendas dispersas y una antigua sala de espera de una compañía naviera coronada por una bandera deshilachada por los golpes de viento.

—Evidentemente, nos hemos equivocado de camino.

Ichiro caminaba sin levantar la vista del suelo, inmerso en sus pensamientos. Había conchas por todas partes y el ruido al pisarlas añadía una nota de color que rompía la monotonía de nuestro caminar. Se detuvo, miró alrededor y dijo:

—¿No habíamos pasado ya por aquí esta mañana?

—Me temo que no.

—¿En serio?

Retomamos la marcha. Él seguía con la mirada clavada en el suelo. Me preocupaba que nuestra equivocación retrasase el regreso al hotel.

—En cualquier caso es un lugar pequeño. Por mucho que nos equivoquemos, no llegaremos muy tarde —dijo Ichiro. Se puso a andar con brío. Al verlo de espaldas, me vino a la memoria una antigua expresión: Deja que tus piernas te lleven. Me sentí aliviado por caminar diez pasos detrás de él.

Estaba mentalizado para escuchar su petición de un momento a otro y, sin embargo, no parecía dispuesto a soltar más que pocos monosílabos y limitarse a caminar a toda prisa. Era inquietante pero, por otra parte, lo agradecía.

Al llegar al hotel, madre y Nao estaban sentadas una frente a la otra todavía vestidas con sus *yukatas*. Habían colgado sus quimonos de seda de Akashi[45] sobre la barandilla. Al vernos, nuestra madre exclamó sorprendida:

—¡Dios mío! Sí que habéis ido lejos.

—Y vosotras, ¿no habéis salido? —pregunté mirando los quimonos extendidos sobre la barandilla.

—Claro que sí —respondió Nao.

—¿Dónde?

—¿Dónde crees?

El tono familiar de Nao al dirigirse a mí en presencia de Ichiro me hacía sentir culpable. Probablemente lo interpretaría como una muestra evidente de complicidad. En lo más profundo de mí ser compartí sus temores. Pero ella parecía completamente ajena a todo. No sabría decir si por frialdad, por indiferencia, desafío o tan sólo por puro sentido común.

Habían ido de visita al templo Kimii. Madre le explicó a Ichiro que al pasar frente al templo de Tamatsushima, se tomaba un tranvía que llevaba justo hasta allí.

—La escalera de piedra era tan empinada que sólo al verla casi me mareo. Subir me parecía imposible, pero gracias a Nao lo conseguí y pude realizar mis ofrendas. Lo malo es que he empapado el quimono de sudor...

—¿En serio? —decía Ichiro de vez en cuando en un tono ausente.

Aquel día no ocurrió nada más digno de mención. Pasamos la tarde jugando a las cartas. Cada uno debía pasar turno al siguiente jugador y

entregarle cuatro cartas colocadas boca abajo para que formase parejas. Una vez formadas, debía dejarlas en el suelo. Por eliminación gradual, quien dejaba el as de espadas era quien perdía y así sucesivamente. Era un juego simple y muy popular en los lugares de veraneo.

Si nos salían espadas, madre y yo poníamos una cara tan elocuente que todo el mundo se daba cuenta inmediatamente. Ichiro a veces se reía con amargura. La más indiferente era Nao. Fingía no darle importancia al hecho de que le tocasen espadas o no. Su carácter le daba una evidente ventaja sobre los demás, pero lo que más me admiraba era ver cómo Ichiro se había tranquilizado después de nuestra conversación de la mañana.

Por la noche tampoco pude dormir bien. De hecho, fue aún peor que la anterior. En los sordos intervalos del incesante rugir de las olas, pegaba el oído a la habitación de al lado donde dormían Ichiro y Nao. Todo parecía tranquilo y en silencio como en la noche anterior. No me atreví a salir a la galería por temor a despertar a madre y sus sospechas.

A la mañana siguiente las llevé al teleférico y le dimos cacahuets al mono del puesto de té, como habíamos hecho Ichiro y yo el día anterior. Venía con nosotros una camarera del hotel acostumbrada a tratar con esos animales y sabía bien cómo sujetarlos en brazos y hacerlos chillar. Fue muy divertido. Madre estaba sentada en el pequeño salón de té y preguntaba por una montaña pelada y marrón llamada Shin-Wakanoura. Nao pedía insistentemente un telescopio.

—No estamos en Shiba, en el templo de Atago —le recordé.

—Pero seguro que al menos tienen uno —insistía.

Ichiro y yo fuimos por la tarde al templo de Kimii. Con el pretexto de que las dos mujeres ya lo habían visitado el día anterior, nos fuimos solos. En realidad fue una excusa de Ichiro para tener la oportunidad de pedirme su favor. Subimos aquella escalera tan temida por nuestra madre. Arriba del todo había una explanada con un banco donde sentarse a disfrutar de la magnífica vista. La sala principal del templo y la pagoda parecían más antiguas que las del resto de templos budistas de la zona. El *shimenawa*[46] que pendía de la puerta principal, tenía un aspecto más sereno que de costumbre. Nos sentamos en el banco. Nada interrumpía la vista.

—Es precioso —dije.

Justo debajo, los reflejos del mar acorazado de plata brillaban como la tripa de una sardina. Estaba completamente inundado por el sol resplandeciente de la tarde que nos calentaba las mejillas. Cerca del mar

había un lago de forma irregular con la superficie lisa como un espejo. Ichiro seguía callado y apoyaba la barbilla en el bastón. De pronto me miró y dijo con decisión:

—Tengo que pedirte un favor.

—Sí, por supuesto. Para eso he venido hasta aquí. Habla con calma, haré por ti cuanto esté en mi mano.

—Jiro, se trata de un tema delicado.

—Aun así.

—Confío en ti y te lo voy a decir, pero no te asustes.

Al prevenirme tanto, logró justamente asustarme incluso antes de pedir nada. El carácter de Ichiro era muy variable, pero sabía que una vez empezaba con algo ya no había quien le parase hasta lograr su objetivo.

24

—No te asustes, Jiro —volvió a repetir. Me miró desdeñoso al comprobar que ya estaba bastante asustado. Visto así, me pareció muy distinto del Ichiro del día anterior en el templo de Gongen. Estaba claro que en esa ocasión iba a enfrentarse a mí.

—Jiro, confío en ti. Tus palabras demuestran tu inocencia y con respecto a eso no me equivoco, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—Para ser sincero contigo, quiero que pongas a prueba el honor de Nao.

Al escuchar «pongas a prueba el honor de Nao» me aterroricé de verdad. Ya me había prevenido en un par de ocasiones, pero en ese momento estaba boquiabierto, noqueado.

—¿Por qué pones esa cara?

Me sentí aún peor al imaginar mi aspecto. Nuestros papeles habían cambiado por completo respecto a nuestra última charla. No sé bien cómo pude recobrar el ánimo.

—¡Poner a prueba el honor de mi cuñada! No debería hacer semejante cosa.

—¿Por qué?

—Porque es ridículo.

—¿Qué es ridículo?

—Bueno, quizás no lo sea, pero no hay ninguna necesidad de hacerlo.

—Por supuesto que es necesario. Por eso te lo pido.

Guardé silencio. No había nadie a nuestro alrededor y todo estaba en calma. Estábamos completamente solos. Me incomodé.

—Me pides que pruebe su honor, pero cómo.

—Vete con ella a Wakayama y pasad juntos la noche.

—Es absurdo —dije para zanjar el asunto. Los dos guardamos silencio. El sol poniente dejaba caer sus debilitados y persistentes rayos sobre el horizonte del mar.

—¿No quieres hacerlo?

—Si fuera otra cosa podría considerarlo, pero algo así, nunca —dije tajante.

—Entonces, no te lo pediré más. Pero tu negativa mantendrá viva mi sospecha durante toda mi vida.

—Espero que no.

—Entonces, haz lo que te pido, por favor.

Me quedé cabizbajo. En condiciones normales ya me habría dado un golpe al verme tan abatido. Esperé pacientemente con la cabeza agachada uno de sus arrebatos de cólera, un puñetazo, una bofetada en la mejilla; también tenía la esperanza de que se calmase. Conocía mejor que nadie el carácter de Ichiro y estaba prevenido de sobra ante sus reacciones.

Esperé durante mucho rato a recibir sus golpes. No sucedió nada. Guardaba un silencio tan sepulcral e inesperado que no me quedó más remedio que mirarlo. Estaba pálido y no daba muestras de ir a moverse.

25

Un poco después dijo muy excitado:

—Jiro, yo te creo, pero desconfío de Nao y lamentablemente el objeto de mi sospecha eres tú. Es una desgracia para ti, pero para mí quizás sea una suerte. Estoy tratando de aclarar este asunto y creo en todo cuanto me dices. Además, puedo hablarte sin tapujos y por eso te pido que me hagas este favor. ¿Comprendes?

En ese momento me di cuenta del sentido oculto de sus palabras. Sospechaba que había algún tipo de relación sexual entre Nao y yo. ¿No era irracional insistir tanto?

—Hermano —le dije con voz firme sin preocuparme de cómo pudiera interpretar mi tono— esto me plantea un problema ético muy, muy serio.

—Es cierto. —Su contestación fue fría. Me extrañó e hizo crecer mis propias sospechas.

—Preferiría no verme obligado a hacer algo tan cruel, incluso si eres tú quien me lo pide.

—Es ella quien se comporta cruelmente conmigo.

No quería ni imaginarme por qué decía semejante cosa.

—Déjame que te lo diga una vez más. Debo rechazar lo que me pides sin ningún género de duda. Después de todo, debo pensar en mi propia integridad. No puedes obligarme a que haga algo así en contra de mi voluntad.

—¿Integridad?

—Por supuesto. Se trata de una cuestión de integridad. Entre otras muchas cosas, no me gusta poner a prueba a otra persona para satisfacer la petición de alguien. Es más, yo no soy un detective...

—Jiro, no te estoy pidiendo que actúes de forma vulgar con ella. Lo único que te pido es que vayáis juntos a alguna parte y te comportes como hermano mío y como su cuñado, que durmáis juntos una noche. Eso no tiene nada que ver con tu integridad.

—Hermano, ¿sospechas de mí, verdad? Por eso me pides algo tan irracional.

—No. Precisamente porque te creo es por lo que te lo pido.

—Dices eso, pero en el fondo de tu corazón sospechas de mí.

—No digas sandeces.

En nuestra conversación repetimos los mismos argumentos una y mil veces. Poco a poco nos íbamos calentando y el tono de nuestras palabras subía. Pero de pronto nos calmamos como si nos hubiera bajado la fiebre. En el momento de máxima tensión llegué a pensar que mi hermano sufría algún tipo de enfermedad mental. Cuando se le pasó el arrebató y se calmó, volvió a parecerme una persona completamente normal. Al final dije:

—A decir verdad, también yo he pensado en este asunto durante mucho tiempo y tenía ganas de aclararlo con Nao tan pronto como tuviera oportunidad. Si eso es todo lo que quieres, no veo por qué no hacerlo. Pronto volveremos a Tokio.

—Entonces, hazlo mañana. Id a las doce a visitar Wakayama y volved antes del anochecer. Así no habrá ningún problema.

Por alguna razón el plan seguía sin convencerme. Quería hacerlo a mi manera, después de volver a Tokio y encontrar el momento oportuno. Pero me había negado una y otra vez desde el principio, así que en ese momento

ya no me quedó más remedio que aceptar la propuesta. Iría con Nao a Wakayama.

26

Al despertarnos a la mañana siguiente el cielo estaba salpicado de nubes. El viento era muy fuerte y traía hasta nosotros el tempestuoso estallido de las olas rompiendo contra la costa. Desde la barandilla veíamos la espuma blanca inundándolo todo. Ninguno de nosotros tenía la más mínima intención de ir a la playa.

Pasado el mediodía, el tiempo se calmó y entre las nubes se colaron algunos rayos de sol. Cuatro o cinco barcos de pesca enfilaban ya la entrada del canal, mucho antes de lo habitual.

—¡Qué aspecto tan amenazador! Parece que se prepara una buena tormenta —dijo madre mientras observaba aquel cielo tan distinto de lo habitual. Ichiro se levantó de repente y se acercó a la terraza.

—Está bien. No parece nada serio. Te lo garantizo, madre. Salgamos a dar un paseo. Ya he pedido los *rikisha*.

Madre me miró sin decir palabra y luego dijo:

—De acuerdo, pero ya que todos nos vamos, ¿por qué no ir juntos?

Sin lugar a dudas, yo también prefería esa posibilidad. Deseaba acompañarla y olvidarme de la visita a Wakayama.

—Podemos ir juntos a ver el desfiladero de la montaña —dije levantándome de la silla. Ichiro me lanzó una mirada asesina y dejó meridianamente claro que no me quedaba más remedio que cumplir mi promesa.

—¡Ah! Me acabo de acordar de la promesa que le hice a Nao —dije fingiendo inocencia. Fue entonces madre quien me dedicó una mirada amarga.

—¡Olvídate de Wakayama!

Los miré a ambos y dudé qué hacer. Atrapado como estaba, no sabía cómo actuar. Nao, como de costumbre, permanecía al margen sin decir una palabra. Fue Ichiro quien se dirigió a ella:

—Nao, ¿no es cierto que Jiro iba a llevarte a Wakayama?

—Sí —se limitó a responder.

Ni siquiera contestó cuando madre replicó:

—No vayáis hoy.

Me volví hacia ella y le pregunté:

—¿Qué hacemos?

—Lo que quieras.

Bajé a buscar algo y madre me siguió. Parecía muy agitada.

—¿De verdad vas a ir a Wakayama con Nao?

—Sí, Ichiro ya está al tanto.

—Eso parece. A pesar de todo me preocupa. No vayas, te lo ruego. —

En su expresión se intuía una gran inquietud, pero era imposible decir si se debía a Ichiro o a Nao.

—¿Porqué?

—¿Cómo que por qué? No me parece apropiado que vayáis los dos solos.

—Quieres decir que no te parece bien por Ichiro —repliqué rotundamente.

—No sólo por tu hermano, sino...

—¿También por mí y por ella?

Lancé la pregunta con toda la crudeza de la que fui capaz y madre se quedó inmóvil incapaz de articular palabra. Me sorprendió descubrir en su expresión lo que me pareció una sombra de sospecha.

27

Siempre había estado convencido del amor y la confianza de mi madre. Por eso su expresión me hizo sentir repentina mente inseguro.

—Si es así, no iré. No fue idea mía, créeme. La razón es la insistencia de Ichiro. Yo estoy de acuerdo en no ir si a ti no te parece lo correcto. Pero ¿por qué no vas tú a hablar con él y se lo dices? Yo ya le he dado mi palabra.

Me quedé allí torpemente parado, incapaz de reunir el valor necesario para separarme de su lado. Al principio pareció confundida, pero tras recobrar la compostura, dijo:

—Está bien. Quédate aquí mientras yo hablo con tu hermano. Mucho me temo que si vienes, el asunto se complicará aún más.

Me fijé en su figura de espaldas cuando se retiraba y me di cuenta de que el asunto se había complicado tanto, que ya no tenía ninguna gana de llevar a Nao a Wakayama. En el caso de no tener más remedio que hacerlo, cumpliría sin duda mi objetivo. Esperaba que todo se resolviera según el deseo de madre. Estaba inquieto y caminaba de arriba abajo por la habitación.

Al poco rato bajó Ichiro desde la tercera planta. Nada más ver su cara supe que no me quedaba más remedio que ir.

—Jiro, no puedes romper tu promesa en este momento. ¡Compórtate como un hombre, no seas chico!

En las ocasiones en que me llamaba «chico» me sentía profundamente alarmado y alerta ante las dificultades que estaban por llegar.

—Por supuesto. Iré a pesar de que madre ha dicho que no.

En ese preciso instante apareció con un semblante aún más grave. Se puso a mi lado y dijo:

—Jiro, olvida lo que te dije antes. Ichiro me ha contado lo que le prometiste en el templo Kimii. Mejor cumple tu promesa.

—Lo haré —contesté y di el asunto por zanjado.

Ichiro y nuestra madre cogieron los *rikisha* que los esperaban desde hacía un rato a la puerta del hotel. Desaparecieron lentamente envueltos en el traqueteo de las ruedas.

—Nos vamos nosotros también —le dije a Nao sin mucha convicción —. ¿Tienes valor para hacerlo?

—¿Y tú?

—Yo sí, por supuesto.

—Pues si tú lo tienes, yo también.

Me levanté y me cambié de kimono. Nao me ayudó a ponerme la chaqueta. Medio en broma dijo:

—Parece que hoy precisamente no es valor lo que te sobra.

Tenía razón. Todo mi coraje se había esfumado.

Caminamos hasta la parada del tranvía. Por desgracia, al tomar un atajo, sus delicadas *geta* y sus *tabi*[47] blancos se hundían a cada paso en la arena.

—Es difícil andar por aquí, ¿verdad?

—Sí. —Sujetaba el parasol en la mano y se volvió para ver sus huellas. Al hundir mis zapatos rojos en la arena, pensaba dónde cumpliría mi misión. Andar y pensar al mismo tiempo resultaba difícil, quizás por eso nuestra conversación no fluía con naturalidad.

—Hoy estás muy callado. ¡Qué extraño! —dijo finalmente.

En el tranvía me senté a su lado. Me daba cuenta de la dificultad que entrañaba mi misión. Quizás por eso no podía hablar con naturalidad.

—¿Por qué estás hoy tan callado? —me preguntó por segunda vez desde que habíamos salido del hotel. Parecía empeñada en hablar conmigo.

—¿Le has preguntado eso a Ichiro alguna vez? —Pregunté con gesto serio y al mirarme, se giró y miró por la ventana. Al cabo de un rato dijo:

—Bonito paisaje.

El paisaje era ciertamente hermoso. Pero también me admiraba que ella se empeñase en contemplarlo tanto. Volví a repetirle la misma pregunta.

—¿Por qué me haces una pregunta tan tonta? —contestó sin prestarme mayor atención. El tranvía seguía su camino y, antes de llegar a la siguiente parada, volví a repetirle otra vez la pregunta.

—¡Qué pesado eres! —se quejó—. ¿Por qué me preguntas eso? Después de todo, estamos casados. Seguramente se lo he preguntado alguna vez. ¿Qué importancia tiene?

—Ninguna. Sólo quería decirte que hagas un esfuerzo por tener unas palabras amables con él de vez en cuando.

Sus pálidas mejillas se sonrojaron tan levemente que en realidad quizás se debiera al parpadeo de los farolillos que iluminaban el interior del vagón. No pensé mucho más en el posible significado de su sonrojo.

Al llegar a Wakayama y bajar del tranvía, me di cuenta de que era la primera vez que visitaba la ciudad. Al hacerlo con Nao, no quedaba más remedio que ver algunos de los lugares más famosos, aunque fuera someramente.

—No habías estado nunca aquí y a pesar de eso me has traído. Eres una persona muy ligera, si me permites decírtelo.

Miraba a mi alrededor con inquietud y me sentí un tanto avergonzado.

—Podemos coger un *rikisha* y que nos lleve donde le parezca más conveniente, o quizás podemos ir hacia el castillo.

—Está bien. —Miraba al cielo lejano y no me prestaba atención.

Estaba cubierto como en la costa. Las masas veteadas de nubes sobre nuestras cabezas le daban a la atmósfera un aspecto más pesado y bochornoso que el de los rayos de sol directos. Una parte del cielo se oscurecía y presagiaba lluvia en cualquier momento. Los nubarrones negros clareaban ligeramente y brillaban amenazadores sobre Wakanoura, de donde habíamos salido. Hacia aquel lugar de aspecto siniestro miraba Nao con el ceño fruncido:

—¿Crees que lloverá?

Lo haría con toda probabilidad y pensé que lo mejor sería coger un *rikisha* cuanto antes para ver lo máximo posible. Le dije al conductor que nos llevara a todos los lugares interesantes. No sabía si me había entendido o no, pero echó a correr sin ton ni son, primero por una calle estrecha, luego alrededor de un foso cubierto de flores de loto, para pasar más tarde de nuevo por calles estrechas. En el recorrido no vimos nada digno de mención y me di cuenta de que de continuar así no podríamos hablar de nada. Le dije al hombre que nos llevara a algún lugar tranquilo donde pudiéramos charlar tranquilamente.

29

El conductor echó a correr de nuevo. Me admiró su súbita reacción. Pasamos de nuevo por una calle estrecha, para salir de pronto frente a una gran puerta. Antes de decirle que se detuviera, se paró frente a ella sin dejarnos más opción. Una camarera joven bien vestida salió a recibirnos. No nos quedó más remedio que entrar.

—No pensaba venir a un lugar como este —dije a modo de excusa.

—¿Por qué no? Es una casa de té muy hermosa. Me gusta. —Por su forma de decirlo parecía haber previsto ya que acabaríamos en un lugar así.

Efectivamente, la habitación donde nos instalamos estaba muy limpia y bien amueblada, como ella misma observó.

—Al menos tiene mejor aspecto que esos restaurantes baratos de Tokio —dije fijándome en la calidad de las vigas de madera y en la pintura en rollo que colgaba del *tokonoma*[48]. Nao se dirigió a la ventana y echó un vistazo al patio. Bajo un ciruelo viejo había un racimo de orquídeas aferradas a su tronco parchado de musgo.

La camarera vino con sendas *yukatas* y nos ofreció un baño. Yo no quería perder el tiempo con baños, preocupado de que se nos hiciera de noche. Tenía la esperanza de resolver el asunto lo antes posible y volver con la luz del día.

—¿Te apetece bañarte? —le pregunté.

Tenía su respuesta preparada. Había recibido instrucciones precisas de Ichiro para volver antes del anochecer. Sacó su reloj del *obi* y miró la hora.

—Todavía es pronto, Jiro. Tenemos tiempo de sobra de darnos un baño.

Ella pensaba que la oscuridad reinante se debía exclusivamente al mal tiempo, no a que se estuviera haciendo tarde. En efecto, turbias nubes cada

vez más bajas cubrían el cielo y creaban una atmósfera que no coincidía con la hora del reloj. Me preocupaba la inminente lluvia y pensé que lo mejor sería volver después de que escampara.

—Entonces, ¿nos bañamos?

Así lo hicimos. Al salir, aún era temprano pero la cena ya estaba servida. No quería tomar sake. No era un gran bebedor y me limité a la sopa y a un poco de *sashimi*. La presencia de la camarera me molestaba. Le dije que la llamaría en caso necesario.

No sabía si abordar directamente el asunto o dejar que la conversación fluyera y sacarlo a colación en el momento oportuno. Las dos opciones me parecían adecuadas e inoportunas al mismo tiempo. Con el cuenco de sopa entre las manos miré hacia el patio.

—¿En qué estás pensando? —preguntó.

—Parece que va a llover.

—Ya. ¿Tanto te preocupa el tiempo? ¡Qué impropio de ti!

—No, no. Por supuesto que no me preocupo. Pero si hay tormenta será un fastidio.

Tan pronto como terminé de decirlo, empezaron a caer las primeras gotas de lluvia. En la sala de la parte de arriba, justo enfrente, pude ver dos o tres personas vestidas con sus *haori*. Probablemente fuera una fiesta. Escuché el sonido de un *shamisen*[49] templado por una *geisha*.

Esa mañana al salir del hotel estaba muy nervioso y, ciertamente, en aquel momento lo estaba aún más. Temía no ser capaz de reunir el valor suficiente para afrontar la conversación. Me arrepentí de haber aceptado un encargo tan complicado precisamente en un día como aquel.

30

Nao no podía intuir mis sentimientos. Ponía cara de extrañeza y me reprochaba mi tonta preocupación por la lluvia.

—¿Por qué te preocupas tanto por un simple chaparrón? Al fin y al cabo, si llueve refrescará y el tiempo será más agradable.

—El problema es que no sé cuándo va a parar y le prometí a Ichiro que volveríamos hoy.

—¡Vaya un problema! Si no podemos mantener la promesa, no será culpa nuestra sino del tiempo.

—Pero tengo una responsabilidad hacia mi hermano.

—Si es así, nos vamos ahora mismo.

Se levantó con determinación. Llegaron todos los invitados a la habitación de enfrente y se escuchó nítidamente el sonido del *shamisen* a través de la lluvia. Encendieron las luces. Estaba a punto de levantarme acuciado por la resolución de Nao, cuando me di cuenta de que no habíamos hablado ni una sola palabra del asunto que nos había llevado hasta allí. Si volvíamos tarde, me sentiría mal ante mi madre y mi hermano, pero hacerlo sin tan siquiera haber tratado el tema, sería inexcusable. Incluso para mí.

—Nao, no parece que vaya a dejar de llover. Además, tengo algo importante que decirte.

Miraba al cielo y giré la cabeza para mirarla. En realidad, ninguno de los dos tenía verdadera intención de regresar a pesar de estar listos para salir. Nao estaba alerta, preparada para reaccionar ante mi próximo movimiento. Asomé de nuevo la cabeza por encima de la barandilla para echar un vistazo. La perspectiva era muy limitada. Todo quedaba oculto por la estructura de dos habitaciones con corredor del piso superior, justo frente a nosotros. No resultaba fácil adivinar cómo iba a evolucionar la tormenta, pero una cosa era cierta, los árboles del patio cada vez se agitaban con mayor violencia. Me molestaba más la furia del vendaval que la lluvia o el aspecto amenazador del cielo.

—Realmente te comportas de una forma extraña. Hace un minuto decías que debíamos volver y ahora que estoy lista, me dices que no.

—Tampoco has tenido que preparar gran cosa, sólo te has levantado.

Nao sonrió y examinó las mangas y los bajos de su quimono como si fuera la primera vez que los veía. Se sentó de nuevo frente a mí. Yo la observaba y también sonreía.

—¿Qué es eso tan importante que me tienes que decir? Me pierdo si se trata de cosas difíciles. Si es muy complicado, prefiero escuchar el *shamisen*.

La lluvia parecía no conformarse con caer sobre el tejado y los aleros del edificio y, empujada por el viento, golpeaba por todas partes sin orden ni concierto. El sonido del *shamisen* llegaba a nosotros a intervalos caprichosos.

—Si tienes algo que decirme, ¿por qué no lo dices ya de una vez?

—No me presiones, por favor. No es tan sencillo.

Me apremiaba y no sabía cómo abordarlo ni cómo hablar con ella. Sonrió:

—¿Cuántos años tienes?

—No me tomes el pelo. Es un asunto muy serio. Te lo aseguro.

—Bueno, pues dímelo ya de una vez.

Cada vez me disgustaba más la idea de tener que asumir un aire solemne para darle un consejo. Es más, allí sentado con ella enfrente, en su ineludible presencia, tenía la sensación de que se divertía al verme tan incómodo. A pesar de todo, no podía evitar sentir su complicidad.

31

—¿Cuántos años tienes tú? —le pregunté abruptamente.

—Aunque te parezca mayor, soy más joven, mucho más joven que tú.

No tenía ninguna intención de ponerme a comparar edades.

—¿Cuánto tiempo llevas casada con Ichiro?

—Pues veamos... —dijo despreocupadamente—. No suelo acordarme de ese tipo de cosas. A veces me olvido incluso de mi propia edad.

Esa ignorancia fingida era muy típica de ella. Interpreté su falta de naturalidad como una suerte de coqueteo, justo lo que más hubiera disgustado a mi circunspecto hermano Ichiro.

—Ya veo, hasta tu propia edad te da igual —le dije en tono irónico. Pero al darme cuenta de lo frívolo del comentario, me sentí muy mal por reaccionar tan injustamente. Justo como habría hecho Ichiro—. Bueno, si no te importa saber tu edad haz lo que quieras, pero al menos podrías ser un poco más considerada con mi hermano.

—¿De verdad crees que soy poco considerada con él? A pesar de lo que parezca, hago cuanto puedo. Y no sólo por él, también por ti, ¿no crees, Jiro?

Estuve a punto de decirle que no se preocupara tanto por mí y que lo hiciera más por su propio marido. Pero al mirarla a los ojos, me di cuenta de que era un tonto demasiado sentimental. Comprendí que frente a ella era incapaz de hacer nada genuino y sincero por Ichiro. No es que me faltaran las palabras. Podría haber hablado en su nombre sin dificultad. Sin embargo, dijera lo que dijera, lo haría en mi propio beneficio, no en el suyo. Yo no era la persona adecuada para desempeñar una misión tan delicada como aquella. Me arrepentí una vez más de haber aceptado su encargo.

—Te has quedado callado de repente —dijo Nao como si hubiera tocado mi punto débil.

—Te pido por Ichiro y no me haces ningún caso. Por eso me callo. — Lo dije deliberadamente para ocultar mi propia vergüenza. Ella sonrió tristemente.

—Es imposible, Jiro-san. Soy tan tonta que a veces no me doy cuenta de las cosas. Quizás por eso todo el mundo tiene la impresión de que soy fría e indiferente. Pero yo creo que hago todo lo que puedo por él... Soy una tonta. Últimamente me siento tan vacía.

—No te desanimes, ¿por qué no tratas de ser un poco más positiva?

—¡Ser más positiva! Dime cómo, por favor. ¿Debo decir cosas agradables? No me gustan los halagos y a tu hermano tampoco.

—Supongo que nadie puede estar satisfecho escuchando sólo halagos. Pero quizás si te esforzases un poco, le harías feliz y creo que tú también lo serías...

—Déjalo ya. No hace falta que digas nada más. —Antes de acabar la frase, las lágrimas saltaron de sus ojos—. Estoy segura de que una persona tan necia como yo no le gusta nada a tu hermano. Pero estoy contenta de ser como soy. Eso debería bastarme. Hasta ahora no me he quejado a nadie de él. Podrías darte cuenta de eso al menos...

Los sollozos interrumpían sus palabras y los fragmentos entrecortados de lo que decía me quemaban con una intensidad insoportable.

32

Un conocido mío con más experiencia de la vida me dijo en una ocasión que en las lágrimas de las mujeres no hay diamantes verdaderos, casi siempre son imitaciones. Sin embargo, para mí sólo era una teoría abstracta. Si miraba los ojos de Nao inundados de lágrimas, un inexperto como yo no podía por menos que sentir lástima por ella. En otras circunstancias habría cogido su mano y la habría consolado.

—Todo el mundo sabe que mi hermano es una persona difícil. No debe de resultar sencillo aguantarlo. Pero ante todo es un hombre recto, quizás demasiado, y honesto, muy honesto. Es altruista y un hombre respetable, créeme...

—No tienes que decírmelo, conozco de sobra el carácter de tu hermano. Después de todo, soy su mujer.

Volvió a romper en llanto. Me daba mucha lástima, especialmente cuando me fijé en que el pañuelo con el que se enjugaba las lágrimas estaba arrugado y húmedo. Sentía unas ganas irresistibles de consolarla, de secar

sus ojos y mejillas con mi propio pañuelo, pero algo en mi interior me impedía hacerlo.

—Dime sinceramente, ¿quieres a Ichiro? Sí o no. Sólo entonces me di cuenta de que las palabras salían de mi boca de forma natural, como si sustituyeran el acto de secarle las mejillas. Se asomó entre el pañuelo y las lágrimas. Me miró:

—Jiro-san.

—Sí. —Mi lacónica respuesta salió de mi boca sin resistencia, como pequeños fragmentos de hierro atraídos por la fuerza irresistible de un imán.

—¿Por qué razón me preguntas eso? ¿Tú crees que yo amo a otro hombre aparte de tu hermano?

—No, no es eso lo que quiero decir, pero...

—¿No te estoy diciendo todo el rato que mi indiferencia se debe a mi propia estupidez?

—No deberías alardear tanto de eso que llamas «estupidez». Nadie en la familia, créeme, nadie, habla mal de ti.

—Nadie necesita decirme que soy tonta para darme cuenta yo sola. Pero de vez en cuando me alaban por mi amabilidad. Al menos, no debo de ser tan mala.

Me acordé de un cojín bordado y decorado con flores y libélulas que me había regalado en una ocasión y de cómo se lo agradecí sinceramente.

—¡Oh, vaya! Todavía lo tienes. Era bonito, ¿verdad?

—Sí, precioso y lo guardo con mucho cariño.

De pronto, me di cuenta de que las notas del *shamisen* se habían desvanecido y en su lugar sólo se escuchaba la voz ronca de algún invitado, borracho como una cuba, que se resistía a marcharse. Me asusté al pensar que se había hecho muy tarde. Saqué el reloj del bolsillo y vi a una camarera que venía caminando sobre las piedras del jardín del patio.

Nos informó de que Wakanoura había quedado aislada por una gran tormenta, las líneas de teléfono cortadas y los tranvías interrumpidos por la caída de numerosos árboles sobre las vías.

Pensé en mi madre y en Ichiro, y sentí una gran inquietud al imaginar el hotel expuesto a la violencia del viento y de las olas.

—Tenemos problemas —le dije a Nao, que no parecía especialmente alarmada. Sus mejillas, habitualmente pálidas, estaban mucho más lívidas

que de costumbre. No quería que la camarera viera el rastro de su llanto y giró la cabeza exageradamente para ocultarla de la luz que se colaba en la habitación desde la entrada.

—¿No hay forma de volver a Wakanoura? —preguntó Nao.

Era difícil saber si se dirigía a la camarera o a mí, pero me pareció muy oportuno; también yo insistí:

—¿No podemos ir en *rikisha*?

La camarera explicó lo peligroso que sería, pero no dijo no rotundamente. Nos aconsejó quedarnos en Wakayama al menos por esa noche. Tenía un aspecto serio que demostraba sincera preocupación por nuestra seguridad y comprendí que no nos quedaba más remedio que quedarnos. Mi ansiedad no dejaba de aumentar.

Entre el rompeolas y el hotel donde estábamos alojados mediaba una distancia de unos quinientos o seiscientos metros. Pensé que incluso en el caso de que las olas lograsen saltar el dique, no llegarían nunca hasta la habitación de la tercera planta. Cosa bien distinta sería si llegase un *tsunami*.

—Dígame: ¿alguna vez ha llegado un *tsunami* hasta los hoteles de la costa? —pregunté a la camarera con verdadera preocupación. Me aseguró que no, pero contó que en dos o tres ocasiones las olas habían saltado el dique de contención y habían inundado la planta baja de alguno de ellos—. Debe de ser un verdadero quebradero de cabeza para quienes viven en esas casas que se inundan —dije.

La camarera aseguró que lo peor que podía pasar era que el agua arrastrase las casas, pero aun así nunca llegarían hasta el mar. Estaba demasiado nervioso para reírme ante su ocurrencia.

—¡Como si el hecho de que el agua las arrastre de aquí para allá no fuera ya suficientemente grave! Pero, imagínese por un momento que las arrastra hasta el mar, ¡qué desastre!

La camarera se rio y no dijo nada. Nao ya había recobrado la compostura y no se escondía de la luz. Le pregunté:

—Cuñada, ¿tú que piensas? ¿Qué hacemos?

—¿Qué hacemos? Soy una mujer, no sé qué decirte. Si dices que volvamos, volveré contigo a pesar del riesgo.

—Realmente me gustaría volver, pero es un fastidio. ¿Crees que deberíamos pasar aquí la noche?

—Si tú te quedas, yo me quedaré también. Una mujer sola no puede volver a Wakanoura con esta oscuridad.

La camarera nos miraba alternativamente. En su expresión se leían equivocadas suposiciones.

—¿Está segura de que ni siquiera podemos llamar por teléfono? — insistí.

—Sí, señor. —Su respuesta me desanimó y rehusé intentarlo yo mismo.

—No podemos hacer nada por ellos. Lo mejor es que nos quedemos aquí —le dije a Nao.

—De acuerdo. —Su respuesta fue sencilla y tranquila, como de costumbre.

—¿Podemos al menos coger unos *rikisha* en la ciudad? —pregunté de nuevo a la camarera.

34

Nos dispusimos a marcharnos al hotel que nos habían recomendado en la casa de té y bajamos hasta el vestíbulo. La luz deslumbrante de la sala y la linterna del *rikisha*, en marcado contraste con la lluvia que golpeaba por todas partes y con el bramido del viento, parecían faros en medio de la tempestad. Nao escondió su llamativa figura bajo la capota negra del *rikisha*. Yo la seguí y me instalé bajo el grasiento toldo de la parte delantera.

Bajo aquella tela no tenía posibilidad de mirar alrededor para ver por mí mismo los desastres provocados por la tormenta. Pensaba sin cesar en la posibilidad de un *tsunami*; nunca había visto uno con mis propios ojos. Es más, cavilaba tristemente sobre el destino que me había forzado a llevar a cabo el encargo de Ichiro a pesar de mi rechazo inicial y de aquel tiempo tan perverso. La cabeza me daba vueltas y era incapaz de relajarme en mitad de aquel salvaje y tempestuoso caos.

Poco después el *rikisha* llegó a la puerta del hotel. Recuerdo vagamente que descendimos una cortina que daba acceso a un *doma*[50]. Era largo y estrecho y no se veía un alma, ni siquiera en la recepción. Finalmente apareció una camarera. La escena resultó de lo más deprimente, justo después del ocaso.

Nos quedamos allí plantados en silencio. Por alguna razón no tenía ganas de hablar con Nao. Ella parecía tranquila con su parasol de seda apoyado en el suelo.

La habitación que nos mostró la camarera era antigua. Frente al *engawa* había una persiana ciega de bambú. Los pilares de madera estaban ennegrecidos por el paso del tiempo y en el techo se apreciaban manchas de hollín. Nao colgó el parasol en el perchero de la habitación contigua y dijo:

—Gracias a ese edificio de enfrente y a las paredes enyesadas, aquí no nos molestará el ruido del viento. En el *rikisha* era insoportable. Se podía sentir perfectamente su presión sobre la capota. Creí que saldríamos volando en cualquier momento.

Estaba tan fuera de mí que no podía prestar atención a sus observaciones, pero no tenía el valor de reconocerlo abiertamente. Por eso me limité a responder:

—Sí, desde luego era un viento insoportable.

—En Wakanoura será aún peor —dijo.

La sola mención a Wakanoura hizo que mi corazón latiese a toda velocidad.

—¿Crees que también estará cortado aquí el teléfono? —pregunté a Nao. Sin esperar su respuesta, fui directo al que había cerca del baño.

Busqué el número en la guía y llamé. Tuve la impresión de escuchar por unos instantes unas palabras al otro lado de la línea. Cuando quise preguntar cómo estaban allí las cosas, la comunicación se cortó completamente. Mis repetidos intentos por retomar la comunicación fueron vanos. Al final, desistí y volví a la habitación.

Nao estaba sentada sobre un cojín y preparaba té. Cuando escuchó mis pasos, se giró hacia mí y preguntó:

—¿Funcionaba, has logrado hablar?

Tras escuchar los detalles de mi intento fallido, sentenció:

—Es lo que imaginaba. No tiene sentido intentar llamar esta noche. A juzgar por el ruido del viento probablemente hayan caído todas las líneas.

En ese preciso instante chocaron dos ráfagas opuestas y con un gemido atroz se elevaron de nuevo al cielo.

Escuchábamos el bramido de las ráfagas de viento, cuando entró la camarera para mostrarnos el camino del baño y preguntar si queríamos cenar. Yo no tenía apetito. Le pregunté a Nao:

—¿Qué hacemos?

—Me da igual, pero ya que vamos a pasar aquí la noche, veamos al menos qué tienen.

La camarera salió y la luz se fue de pronto. La habitación, ya de por sí sombría por las columnas negras y el ennegrecido techo, se sumió en la oscuridad total. Sentí el aroma de Nao muy cerca.

—¿Estás asustada?

—Sí —respondió desde un lugar incierto en las tinieblas. En su voz no había rastro de miedo. Tampoco fingía no tenerlo. Sentados en la opacidad del cuarto, inmóviles y sin decir palabra, sentíamos el rugido de la tormenta retumbando con toda su violencia en nuestros oídos. No escuchábamos la lluvia, pero el viento ululaba impunemente sobre los tejados, golpeaba los muros y los postes de la luz. La habitación parecía un sótano, rodeada de edificios altos y sólidos, encajonada por un patio enfrentado a una galería. El cuadro ofrecía un aire de seguridad. Desde la inescrutable y amenazante lobreguez llegaba un ruido fiero, insoportable.

—Pronto acabará todo. Ten paciencia. Seguro que la camarera nos trae en seguida un candil —dije con la esperanza de descubrir por su voz dónde se ocultaba. No respondió. Me incómodo pensar que aquella oscuridad podía llegar incluso a sepultar la voz de una mujer. Dudé por un momento de su presencia y al final la llamé. Nada rompió el silencio. Traté de imaginar su figura sentada frente a mí, justo donde la había visto por última vez antes de la repentina noche. La llamé una vez más.

—Sí —respondió con tono de fastidio.

—¿Estás ahí?

—Claro que estoy aquí. ¿Te has olvidado ya de que soy un ser humano? Si no lo crees, acércate y tócame con tus propias manos.

Sentí el impulso de acercarme hasta ella tanteando a través del espacio velado, pero no tuve valor de hacerlo. Acto seguido, escuché la fricción de su *obi* justo donde suponía que estaba sentada.

—¿Estás haciendo algo? —pregunté.

—Sí.

—¿Qué?

—Me estoy quitando el *obi*. Pensaba cambiarme y ponerme la *yukata* que nos trajo la camarera hace un rato.

Escuché la caricia del *obi* deslizarse en las sombras. La camarera se acercó por la galería con un candil anticuado y lo colocó sobre una mesa junto al *tokonoma*. La llama temblaba a izquierda y derecha e iluminaba

tenuemente columnas y techo. Sentía como si mi triste ansiedad se fuera a desbordar irremediablemente en aquel tambaleante resplandor. La pintura en rollo que colgaba del *tokonoma* y el ikebana[51] situado a sus pies, se me antojaban particularmente tétricos a la trémula luz de la vela. Cogí una toalla y me marché al baño iluminando mi camino con un extravagante farol metálico.

36

Me eché agua por la espalda con un cubo prácticamente invisible en aquella penumbra. Al salir, intenté telefonar de nuevo, pero no parecía que la línea estuviese restablecida.

Cuando volví a la habitación, Nao se marchó al baño y no tardó en regresar:

—Está demasiado oscuro y lúgubre. Además, el cubo y la bañera son muy antiguos y no me apetecía quedarme más tiempo.

Rellenaba los datos de registro del hotel bajo la luz de la vela mientras la camarera esperaba respetuosamente sentada frente a mí.

—¿Qué pongo aquí, cuñada? —le pregunté.

—Lo que quieras —se limitó a contestar mientras sacaba de su bolsito unos arreglos de algodón para su peinado. Se colocó frente al espejo, de espaldas a mí y empezó a arreglarse apropiándose de la escasa luz.

Resignado, escribí nuestra dirección de Tokio. Junto a su nombre indiqué «mujer de Ichiro»; y junto al mío, «hermano de Ichiro».

Antes de la cena, volvió la luz y desde la cocina llegó un grito de alegría. La camarera nos pidió disculpas por no tener pescado fresco a causa de la tormenta. A pesar de todo, la mesa desplegaba platos variados y apetecibles.

—Al fin podemos respirar de nuevo —dijo Nao. Inmediatamente después, la luz se fue de nuevo y me quedé paralizado con los palillos a mitad de camino entre el plato y la boca.

—¡Maldición!

La camarera llamó a su compañera para que nos trajera de nuevo el candil. En ese breve intervalo que disfrutamos de luz eléctrica, comprobé fascinado que Nao había dispuesto del tiempo suficiente para maquillarse sutilmente. Sin luz, su cara se sumergía de nuevo en las profundidades de la noche.

—¿Cuándo te has maquillado?

—No me preguntes eso precisamente cuando todo está oscuro. ¿Cuándo te has dado cuenta?

La camarera se rio en la oscuridad como si alabase mi perspicacia.

—¿Te has traído maquillaje para una ocasión como esta? Realmente eres una persona meticulosa —dije.

—No es maquillaje, sólo una crema.

Me divertía bromear con ella a ciegas a pesar de la presencia de la camarera. Vino otra más con un par de velas y cuando las encendió la habitación tembló y se balanceó. Nao y yo mirábamos la llama con el ceño fruncido. Sentimos algo que sólo puede definirse como incómoda tristeza.

Nos preparamos para dormir. Al salir del baño, me había asomado a la ventana para mirar el cielo y comprobé que la tormenta parecía tomarse un respiro, aunque probablemente se formaba de nuevo en algún lugar no muy lejano. Imaginé un cielo violento, inundado de rayos golpeando unos contra otros y desprendiendo sus dardos negros que rugían monstruosamente en un mundo lucífugo. Me aterroricé ante aquella visión.

La camarera entró para preparar los futones y colocó fuera de la mosquitera una pequeña lámpara de aceite. Su luz era tan parca y miserable que hubiera sido mejor permanecer ciegos. Prendí una cerilla y fumé.

37

No podía dormir. Me levanté y encendí otro cigarrillo. Pensamientos sin orden ni concierto se agolpaban en tal tumulto en mi cabeza, que al final fui incapaz de discernir cuál de todos ellos constituía mi principal preocupación. Me olvidé incluso de que fumaba y prendía una cerilla tras otra para volver encender el cigarro medio abandonado y cada vez con peor sabor.

La imagen anterior de un cielo amenazante ululaba violenta en mi imaginación. El hotel de tres plantas en el que se alojaban mi madre e Ichiro, se me aparecía aplastado por la fuerza de las olas. No había terminado con mis siniestros presagios, cuando recordé con preocupación que Nao dormía allí mismo. ¿Cómo justificaría esa noche que íbamos a pasar juntos a pesar de la obligación impuesta por la tormenta? ¿Cómo restablecer el más que previsible sombrío ánimo de Ichiro? Al mismo tiempo, sentía una gran alegría por vivir aquella aventura inesperada con Nao, por compartir con ella la misma habitación. La alegría me hizo olvidar el viento, la lluvia, los *tsunamis*, olvidé a mi madre y a Ichiro. Después la

felicidad se mudó en terror. Más que terror, augurio de un terror aún por venir. El presagio de una profecía materializada en una tormenta que se llevaba por delante árboles, tejados, muros, que incluso podía despedazar a aquel incauto que fumaba cigarrillos sin sabor bajo la débil luz de un triste candil de aceite.

Los pensamientos me torturaban cuando Nao, hasta ese momento tranquila y silenciosa, se dio la vuelta y lanzó un bostezo perfectamente audible.

—¿Aún no duermes? —pregunté entre la niebla del tabaco.

—No puedo con el ruido del viento.

—Yo tampoco. Al parecer se ha ido la luz porque se han caído dos postes aquí cerca.

—Sí, la camarera dijo algo de eso.

—Me pregunto cómo estarán mi madre e Ichiro.

—Yo estaba pensando lo mismo. No creo que el mar llegue tan lejos y en el caso de que lo hiciera, sólo se llevaría por delante aquella frágil casa de paja junto a los pinos del rompeolas. Si llega un *tsunami* y lo arrasa todo, me lamentaría de no haber estado yo también allí.

—¿Por qué dices eso?

—Porque me gustaría ver una escena así de pavorosa.

—¡No digas! —dije para cortarla. Pero ella continuó muy en serio:

—Es verdad, Jiro-san. Si tengo que morir, no me gustaría hacerlo colgada del cuello. Me gustaría sucumbir de repente, arrastrada por el agua o fulminada por un rayo.

Era la primera vez en mi vida que escuchaba una idea tan romántica a una persona que no leía novelas. Pensé que lo decía llevada por sus nervios.

—Es la forma de morir que se describe en algunos libros.

—No sé si es cosa de libros o de teatro, pero yo lo siento así sinceramente. Si crees que miento, vayamos ahora mismo a Wakanoura y arrojémonos juntos al mar, que nos arrastren las olas, lo que sea.

—Estás muy inquieta esta noche —dije para tratar de calmarla.

—Sabes perfectamente que estoy mucho más tranquila que tú. La mayoría de los hombres os comportáis como unos cobardes en situaciones difíciles.

Por primera vez en mi vida me di cuenta de que no sabía nada de las mujeres. Nao era de esa clase ingobernable; no importaba lo que uno hiciera o dejara de hacer. Si avanzabas, ella retrocedía; y si no hacías nada, ella se movía primero. Sacaba fuerza de donde uno menos lo esperaba y, a veces, daba miedo. Si uno se enfrentaba a ella, simplemente desaparecía. Cada vez que hablábamos, tenía la sensación de que me manejaba a su antojo y eso, lo reconozco, me producía un inmenso placer.

Tras un día entero juntos desplegaba una tremenda determinación. Arrastrada por las olas, fulminada por un rayo o lo que fuera: prefería morir de una forma extraordinaria, sublime. Desde siempre, especialmente desde que vinimos juntos a Wakayama, me sentí inquieto a su lado a pesar de mi evidente superioridad física. Una inquietud acompañada de un sentimiento de intimidad.

Nao no parecía muy familiarizada con novelas o poesía y tenía verdadera curiosidad por saber de dónde le venía esa idea suya de dejarse arrastrar por el mar.

—Creo que esta noche es la primera vez que te escucho mencionar la muerte.

—Puede que sea la primera vez, pero no pasa un sólo día sin que piense en ella. Si crees que miento, llévame a Wakanoura. Me arrojaré al océano y moriré.

Desgarraba oírla decir esas cosas entre el ruido de la tormenta y la débil luz de la lámpara. Normalmente era una persona tranquila. No daba muestras de turbación; apenas hablaba y sus mejillas lucían siempre pálidas. Sin embargo, en sus ojos a veces brillaba una luz que alumbraba algo intenso, inexplicable.

—Te noto rara esta noche. ¿Te inquieta algo?

No pude ver sus lágrimas. Tampoco escuché ningún sollozo, pero temía que estuviera a punto de romper a llorar. Miré dentro de la mosquitera iluminada por la luz mortecina. Allí estaba, tumbada sobre el futón rojo, cubierta hasta los hombros con un fino edredón blanco. Observé su figura expuesta a media luz. Giró la almohada y me miró directamente.

—Puedes seguir hablando de mis nervios todo el tiempo que quieras, pero estoy mucho más calmada que tú, porque yo siempre estoy lista.

Me quedé mudo. Saqué otro cigarrillo y me limité a mirar el humo que salía de la boca y de la nariz. De cuando en cuando, mis ojos inquietos

miraban al interior de la mosquitera y la veía allí tumbada y tranquila, como siempre. Pasó un rato y pensé que ya se habría dormido.

—Jiro-san —dijo de pronto.

—Sí —respondí.

—¿Qué estás haciendo ahí? —Fumar. No puedo dormir.

—Duérmete. No es buena idea que pases toda la noche en vela.

—De acuerdo.

Levanté la mosquitera y me tumbé sobre el futón.

39

Al día siguiente nos despertamos bajo un cielo radiante, todo lo contrario del día anterior.

—Hace muy bueno, ¿verdad? —pregunté.

—Sí, es cierto.

No habíamos dormido bien y ninguno de los dos teníamos la sensación de estar del todo despejados. El cielo estaba tan azul que parecía como si hubiésemos emergido de una pesadilla.

Durante el desayuno me fijé en la luz que se filtraba por las rendijas y aprecié el cambio de atmósfera. Nao, sentada enfrente de mí, se me antojaba una mujer nueva, completamente distinta a la de la noche anterior. En sus ojos no había rastro de romanticismo. Sólo en sus pesados párpados por la falta de sueño se intuía una languidez, demasiada para resistir la claridad de la mañana. Sus mejillas estaban pálidas, como de costumbre.

Terminamos el desayuno y nos apresuramos a dejar el hotel. Nos advirtieron de que el servicio de tranvía no se había restablecido y decidimos alquilar dos *rikisha*. En la mirada de uno de los conductores aprecié claramente que nos tomaba por marido y mujer. Subimos cada uno a nuestro coche y cuando el mío se disponía a partir en primer lugar, como hubiera sido de recibo en caso de matrimonio, lo detuve y le dije:

—Vaya detrás de ella.

El conductor pareció entender, hizo una señal a su compañero y le espetó:

—¡Eh! La mujer primero.

Al pasar junto a mí, Nao mostró sus hoyuelos tan familiares y exclamó:

—Con tu permiso.

—Adelante, por favor —contesté fingiendo naturalidad. En el fondo estaba muy turbado por aquel «la mujer primero» proferido por el conductor. Nao no parecía preocuparse por nada y tras pasar a mi lado, abrió su parasol con bordados ámbar. Vista desde atrás, parecía fresca y despejada. Parecía tranquila a pesar de que se hubieran referido a ella como «la mujer».

La miraba de espaldas y pensé en su carácter. En general, me sentía capacitado para comprender algunos rasgos de su naturaleza, pero cuando escuché la realidad de su propia boca, fue como si me adentrara en un laberinto sin salida.

¿Realmente todas las mujeres son así de misteriosas e incomprensibles para los hombres? Me lo preguntaba una y otra vez, pero me faltaba la experiencia necesaria para hallar la respuesta. Al mismo tiempo me convencía de que aquel misterio era algo peculiar de Nao, difícil de encontrar en otra mujer. Mucho antes de comprender su verdadera esencia, el cielo se despejó por completo. Continuaba mirando su espalda y me sentí como un idiota.

Caí en la cuenta de que una vez volviésemos al hotel no me quedaría más remedio que hablarle y rendir cuentas a Ichiro y no sabría qué decir. Por mucho que quisiera explicarle, no tendría coraje suficiente para afrontar semejante conversación. Incluso en el caso de que lograra exprimir hasta la última palabra, mi única conclusión sería incapaz de despejar el misterio total. ¿No era exactamente eso mismo lo que le había sucedido a él al tratar de indagar en su ser? ¿No había sido su frustración por no lograrlo lo que lo había empujado a encargarme esa ardua tarea? Si, como Ichiro, me convertía en juguete del destino mis nervios sufrirían con toda seguridad mucho más que los suyos. Por vez primera sentí miedo.

Al llegar al hotel, no encontramos a madre ni a Ichiro en la galería de la habitación de la tercera planta.

Ichiro yacía tumbado de espaldas en la habitación contigua de la tercera planta protegida del sol. Su pelo brillante caía sobre la almohada. No dormía. En realidad, estaba alerta con sus ojos rojos fijos en el techo. En cuanto escuchó nuestros pasos, clavó sus ojos en nosotros. Lo conocía lo suficiente como para anticiparme a su mirada fulminante. A pesar de todo, cuando entré por la puerta, sus ojos penetrantes y de un rojo que delataba

falta de sueño me sobrecogieron. Busqué a madre como de costumbre con la esperanza de aliviar la tensión, pero no la veía por ninguna parte, ni en la habitación ni en la galería.

Nao se sentó junto a Ichiro y lo saludó:

—Ya estoy de vuelta.

No contestó. Nao no se movía. Pensé que debía romper el hielo de la situación:

—Nos han dicho que habéis soportado una tormenta terrible esta pasada noche.

—Sí. Ha soplado un viento huracanado.

—Y las olas, ¿han saltado el dique e inundado el pinar? —preguntó Nao.

Ichiro la miró a la cara y respondió lentamente:

—No. La cosa no ha llegado a tanto. No ha provocado ningún destrozo en el edificio.

—Entonces, podríamos haber vuelto si lo hubiésemos intentado —dijo Nao mirándome. Me giré hacia Ichiro en lugar de hacia ella.

—No, de ninguna manera. En primer lugar, no había tranvías.

—Supongo que no. Desde ayer por la tarde el mar estaba muy violento.

—¿No ha temblado el hotel por la noche? —preguntó Nao.

En esta ocasión Ichiro le respondió enseguida:

—Sí tembló. De hecho lo hizo con tal fuerza que nuestra madre se puso tan nerviosa que se bajó a la planta de abajo.

No me sentí aliviado hasta que al final y a pesar de su mirada penetrante, comprobé que en su actitud no había ferocidad. Me impacientaba. Él, con un carácter mucho más proclive a padecer ataques de furia en situaciones como esa, se mostraba mucho más templado.

Madre regresó pronto de su visita al templo de Tamatsushima. Pareció contenta al verme de vuelta.

—Me alegro mucho de que hayáis vuelto tan pronto. No puedes imaginarte lo asustada que estaba ayer por la noche. Cada vez que crujían las columnas de la habitación, todo se balanceaba a izquierda y derecha y, por si fuera poco, estaba el ruido de las olas. Cada vez que me acuerdo, me estremezco.

Madre parecía sinceramente aterrorizada por la tormenta de la noche anterior, especialmente por el ruido de las olas golpeando contra el dique.

—Ya estoy harta de Wakanoura y harta del mar. No quiero ver nada más. Sólo quiero volver a Tokio lo antes posible —dijo frunciendo el ceño. Ichiro arrugó sus mejillas descarnadas y sonrió con un punto de amargura.

—¿Dónde habéis pasado la noche?

Le di el nombre del hotel en Wakayama.

—¿Estaba bien?

—Lo mires por donde lo mires, no. En absoluto. Era oscuro y sombrío, ¿verdad, Nao?

En ese momento Ichiro clavó unos ojos fulminantes en los de su mujer. Ella me miró y dijo:

—Parecía una casa encantada.

Esa misma tarde me encontré con Nao en la planta de abajo y le pregunté:

—¿Está enfadado Ichiro?

—No sabría decirte. No sé qué le ronda por la cabeza —contestó antes de subir con una sonrisa melancólica.

41

Madre, acobardada por la tormenta, quería regresar lo antes posible y todos estuvimos de acuerdo en acortar la estancia y marcharnos en cuanto tuviésemos oportunidad.

—Por muy bonito que resulte este lugar durante un par de días, al final se hace aburrido, ¿no os parece?

Mi hermano estuvo de acuerdo con nuestra madre. Más tarde, ella me llamó aparte y me preguntó:

—Jiro, hijo, ¿qué vas a hacer?

Me preguntaba si Ichiro le habría contado todo en mi ausencia, pero a juzgar por su actitud no me parecía estar al corriente.

—¿Está enfadado porque no volvimos anoche? —le pregunté. Se quedó callada por un instante.

—Anoche no tuvimos oportunidad de hablar mucho por el ruido del viento y de las olas, pero... —Parecía no querer decir más.

—Madre, no pienses que hay algo entre Nao y yo a pesar de...

Madre me miraba atentamente y me cortó de golpe agitando su mano:

—Nada de eso y mucho menos por mi parte.

Por su inequívoca mirada no había duda al respecto. Aun así, resultaba imposible saber lo que pensaba. Hacía ya tiempo había aprendido que mis

padres y yo, su hijo, éramos capaces de decirnos mentiras a cara descubierta. De hecho, me había resignado y convencido de que nadie en el mundo era capaz de decir la verdad en todas las circunstancias.

—Supongo que debería hablar con él como acordamos. No hay nada de que preocuparse. No te inquietes, te lo ruego.

—Está bien. Jiro. Quizás deberías hacerlo lo antes posible.

Decidimos que tomaríamos el tren nocturno para Tokio al día siguiente. Nos quedaban muchos sitios por ver cerca de Osaka, pero ni mi madre ni Ichiro tenían ganas ya de más visitas turísticas. Ninguno de los dos quería perder más tiempo en Osaka esperando el tren diurno y preferían coger el expreso de la noche. No nos quedaba más remedio que marcharnos de Wakayama a la mañana siguiente. Madre me pidió que le enviara un telegrama a los Okada.

—No hace falta que envíe otro a Sano, ¿verdad? —pregunté mirándoles a Ichiro y a ella.

—No creo —respondió él—. Envíaselo a Okada y olvídate de Sano. En cualquier caso, estoy seguro de que si se entera, vendrá a vernos.

Tenía el formulario del telegrama en la mano y me acordé de las cejas pobladas de Sano enmarcadas por sus gafas de montura dorada y de su insistencia en casarse con Osada-san.

—De acuerdo, entonces olvidémonos del señor Cejas Pobladas —dije.

Mi comentario les hizo reír a todos. Desde la primera vez que le vi, me impresionaron sus cejas y, al parecer, a los demás tampoco se les pasó por alto tanta abundancia.

—Desde luego mucho más pobladas de lo que parecía en la foto —señaló Nao con gesto serio.

La broma sirvió para aliviar la tensión y olvidarnos un poco de todo, pero yo seguía preguntándome cuándo tendría oportunidad de hablar con Ichiro sobre su mujer. De vez en cuando lo miraba furtivamente, pero parecía despreocupado, justo lo contrario de lo que me esperaba.

Al cabo de un rato, Ichiro me llamó aparte a la habitación contigua. Parecía haber recuperado su habitual carácter, que de acuerdo con su mujer era puro formalismo. Con voz calmada dijo:

—Jiro, me gustaría hablar contigo. ¿Podrías venir a la otra habitación?

—Por supuesto —respondí obedientemente. Me levanté y al hacerlo, miré a Nao. Fue un gesto fortuito, completamente inconsciente pero que quizás pudo interpretarse como una muestra de arrogancia. En el momento en que nuestras miradas se cruzaron, Nao sonrió y dejó ver sus hoyuelos. A ojos de los demás, aquella mirada tenía un brillo especial. Miré hacia atrás, hacia la habitación donde madre doblaba su *yukata* y me quedé petrificado. Sus ojos indicaban claramente que nos había estado observando. Con el corazón helado por su sospecha entré en la otra habitación.

Según el antiguo calendario, eran los días del *bon*[52], una época en la que el mar solía estar picado. Quizás fuera esa la razón de que no hubiera turistas alojados en el hotel, ni gente en la playa pasando el día. En el espacioso edificio de tres plantas, la mayor parte de las habitaciones estaban libres y por eso podíamos disponer de ellas con total libertad.

Ichiro había ordenado a la camarera que la arreglase. Había dos cojines de lino con un delicado cenicero situado entre ambos y un par de abanicos para aliviarnos del calor. Me senté frente a él y no supe qué decir. Me quedé en silencio. Tampoco él parecía muy predispuesto a iniciar la conversación. En situaciones así, normalmente era Ichiro quien tomaba la delantera. Encendí un cigarrillo.

Con mi comportamiento no trataba de provocarlo abiertamente pero sí impacientarlo. No entiendo cómo pude ser tan intrépido. Posiblemente actuaba como Nao. Después me arrepentí profundamente de haber actuado así, pero ya era irrevocable, irreparable.

Guardé silencio y continué dando caladas al cigarrillo. Finalmente dijo:

—Jiro, ¿has logrado entender algo del carácter de Nao?

—No, nada.

Su pregunta había sido tan directa que, involuntariamente, contesté igual. Después me di cuenta de lo somero de mi respuesta, pero ya era demasiado tarde. Ninguno de los dos dijo nada más. El silencio me resultaba insoportable y debía ser aún peor para él.

—Jiro, soy tu hermano y nunca hubiera esperado de ti una respuesta tan fría e indiferente.

Hablaba en voz baja, temblorosa. Se controlaba a duras penas. Evidentemente, evitaba gritar por consideración hacia nuestra madre, hacia el hotel, hacia mí y hacia el propio problema que nos ocupaba.

—¿Tú crees que puedes dar por zanjado el asunto con una respuesta tan inconsistente como esa? ¡No seas infantil!

—No, no era esa mi intención —fue todo lo que alcancé a decir. De pronto, me transformé de nuevo en su gentil y respetuoso hermano.

43

—Si no es esa tu intención, ¿por qué razón no me dices algo más? —preguntó Ichiro con gesto de molestia mientras observaba el dibujo del abanico.

A salvo de sus ojos fulminantes, lo miré a hurtadillas. Dicho así, puede dar la sensación que lo despreciaba, pero no se trata de eso. En su gesto, en su actitud, había algo pueril, poco ajustado a un hombre de su edad. Ahora ya tengo la capacidad suficiente para apreciar la sencillez y honestidad de su carácter, pero entonces era demasiado inmaduro para darme cuenta. Incluso en casos así, me guiaba un espíritu frío y calculador, y pensaba que si era listo, podría pillarlo desprevenido y tomar cierta ventaja por pequeña que fuera.

Lo observé un rato y se me ocurrió lo fácil que resultaría manipularlo. Él estaba fuera de sí, impaciente; trataba de controlarse por todos los medios, completamente en tensión, con esa misma tensión de los globos que en cualquier momento pueden explotar o salir despedidos en la dirección que menos se espera.

Fue en ese instante cuando comprendí que ahí residía la verdadera razón de por qué Ichiro no se hacía con Nao. Pensé también que esa ingeniosa estrategia era, al fin y al cabo, la mejor forma de asegurar su propia existencia. Hasta ese momento sólo me había enfrentado a él directamente y, teniendo en cuenta mi timidez, mi inseguridad e incluso el temor que me provocaba, siempre me había sentido en inferioridad de condiciones. Pero mi experiencia con Nao del día anterior había tenido el inesperado efecto de permitirme verlo desde otro ángulo y, por tanto, tomarlo un poco más a la ligera. No recuerdo que ella me hubiese enseñado en ningún momento cómo enfrentarme a él. Sin embargo, nunca me había sentido tan valiente en su presencia. Lo podía mirar con cierta frialdad mientras él seguía entretenido con el dibujo del abanico.

De repente, levantó la cabeza.

—Jiro, dime algo. —Su voz me golpeó los oídos y me hizo volver a la realidad.

—Estaba a punto de hacerlo, pero el asunto es tan complicado que estoy perdido. Hermano, no es algo frecuente. Debo pedirte que tengas paciencia y que seas tolerante. Por favor, no seas tan estricto. En ese caso, sólo conseguiré que las palabras se me atasquen en la garganta.

Ichiro era lo suficientemente sensible como para darse cuenta de lo que le decía.

—Tienes razón. Lo siento. Tú eres impaciente y yo me enfado con demasiada facilidad, por eso siempre complico las cosas. ¿Cuándo crees que podremos hablar con calma? Por lo que a mí respecta, este momento es tan bueno como cualquier otro.

—Te ruego que esperes hasta que volvamos a Tokio. No falta mucho, mañana mismo por la noche cogeremos el tren. Así tendré tiempo para pensar y exponerte mis opiniones con tranquilidad.

—Está bien —contestó más calmado. Parecía como si su confianza en mí hubiera aplacado su mal carácter.

—Así lo haremos —concluí antes de levantarme. Él asintió con la cabeza, pero antes de salir por el umbral de la puerta, me llamó de nuevo:

—Jiro. Esperaré pacientemente a escuchar todos los detalles en Tokio, pero, por favor, dame ahora tu opinión en dos palabras.

—¿Te refieres a ella?

—Por supuesto.

—No hay ninguna razón para dudar de su integridad.

Su expresión cambió pero no dijo nada. Salí de la habitación.

Tuve miedo de que, dadas las circunstancias, me hubiera dado un golpe o me hubiera insultado. Lo había subestimado al levantarme precipitadamente de mi sitio y dejarlo allí en ese estado. Lo subestimaba más de lo normal. Estaba dispuesto incluso a defender a Nao por la fuerza en caso necesario. Sentía simpatía por ella; no por su supuesta inocencia. Empezaba a despreciar a Ichiro y lo cierto es que, cuando me levanté, lo hice en actitud beligerante.

Al volver a la habitación, madre ya había terminado de doblar su *yukata* y se afanaba guardando cosas en la maleta. No parecía muy concentrada en lo que hacía pues, nada más escuchar mis pasos, se giró hacia mí.

—¿Y tu hermano?

—Ahora viene.

—¿Ya habéis hablado de todo?

—De todo no. No ha sido una conversación tan seria —dije con cara de fastidio.

Empezó a sacar y meter de nuevo cosas en la maleta. Me avergonzaba en su presencia y no me atrevía a mirar directamente a Nao que estaba allí echándole una mano. En sus labios tristes y jóvenes se dibujó una sonrisa fría, casi imperceptible.

—¿Ya estáis haciendo la maleta? ¿No es un poco pronto?

—Bueno, una vez que te marchas, cuanto antes te prepares, mejor.

—Es cierto —dijo Nao anticipándose a lo que yo pudiera decir.

—Entonces, dejadme al menos que las cierre. Es un trabajo de hombres.

Al contrario de Ichiro, yo estaba acostumbrado a ese tipo de trabajos reservados normalmente a conductores y mozos. Se me daban bien. Cuando eché la cuerda por encima de la maleta para atarla, Nao se levantó y se fue a la habitación donde estaba su marido. Sin poder evitarlo, la seguí con la mirada hasta que desapareció.

—Jiro, ¿qué tal estaba tu hermano? —preguntó mi madre bajando la voz.

—Como siempre. No hay por qué preocuparse; te lo aseguro —dije bruscamente mientras apretaba la cuerda con la pierna derecha.

—Hay algo de lo que me gustaría hablar contigo. Pero mejor esperemos a volver a Tokio.

—Sí, esperemos.

Le había contestado sin prestar demasiada atención, pero traté de imaginar qué era aquello tan importante de lo que quería hablarme.

Un poco más tarde vinieron Ichiro y Nao. Fingía despreocupación hablando con madre, aunque no podía obviar su presencia. Madre pareció aliviada al verlos por fin juntos. De alguna forma, yo también sentí lo mismo. Luchaba tratando de cerrar las maletas y el sudor me caía profusamente por la cara y por la espalda. Me recogí las mangas de la *yukata* y las utilicé para limpiarme el sudor.

—Mira cómo suda. ¿Por qué no lo abanicas un poco? —dijo mi hermano a Nao. Ella se levantó despacio y me abanicó.

—No te preocupes, ya termino —dije. Al poco rato todo estuvo listo para nuestra partida.

DESPUÉS DEL REGRESO

1

Volví de Wakayama preocupado por el futuro del matrimonio de Ichiro. Sucedió justo como esperaba; tras aquella noche tormentosa aprecié en él señales evidentes de su confusión mental y por esa razón traté de quitarme de en medio. Pero los síntomas desaparecieron después de que Nao hablase con él. Su repentino cambio de humor me sorprendió y, de nuevo, admiré la habilidad de mi cuñada para aplacar a Ichiro, cuyos nervios siempre estaban a flor de piel. Mi alegría fue especialmente intensa al ver la expresión de alivio y tranquilidad de nuestra madre.

Cuando salimos de Wakanoura, Ichiro estaba de buen humor y así continuó todo el trayecto hasta llegar a Osaka. Incluso bromeó con el matrimonio Okada, que se había acercado a la estación a despedirnos antes de continuar viaje a Tokio:

—Dime Okada, ¿tienes algún mensaje para Oshige?

Okada puso cara de no entender.

—¿Cómo, sólo para Oshige-san?

—Exacto, para tu vieja enemiga Oshige.

Okada captó finalmente la ironía y su mujer y él soltaron una carcajada. Como había predicho madre, Sano también se había acercado a la estación y, para nuestra sorpresa, se echó a reír sin ningún reparo.

No había tenido oportunidad de preguntarle a Nao cómo había logrado mejorar el humor de Ichiro ni tampoco tuve ocasión de hacerlo después. Pensé que estaba bendecida con un don maravilloso que la ayudaba a soportarlo y sospeché que hacía uso de él, no sólo dependiendo del momento o de la ocasión, sino de su antojo y capricho.

El tren estaba tan lleno como de costumbre. A pesar de ello, conseguimos un compartimiento muy apropiado y debidamente acomodado con cuatro camas. Ichiro y yo, hombres jóvenes y fuertes, dejamos las dos camas de abajo para las mujeres y ocupamos las literas de arriba. Nao dormiría justo debajo de mí.

Me adormecí con el traqueteo del tren circulando en plena noche pero no podía dejar de pensar en ella. Me divertía hacerlo y al tiempo me producía una sensación desagradable. Era como si una serpiente viscosa se enrollase en mi cuerpo.

Al otro lado del abismo del compartimiento, mi hermano dormía a pierna suelta. Parecía descansar más mental que físicamente. Al mirarlo, sentí como si la serpiente se le enroscase desde la cabeza hasta la punta de los pies. En mi imaginación, aquella criatura dúctil se calentaba de vez en cuando y después se enfriaba. Apretaba y aflojaba alternativamente a su presa. Ichiro parecía cambiar de color de acuerdo con sus variaciones de temperatura y flexión.

Tumbado en la litera e inducido en parte por mi imaginación y en parte por el sueño, asociaba la serpiente con Nao. La voz del revisor anunciando la llegada a Nagoya me despertó. Nada más detenerse el tren, escuché el sonido de la lluvia. Sentí humedad en los calcetines y me levanté. Cerré la ventana oculta tras la cortina y pregunté a los demás si las suyas estaban también abiertas. Sólo Nao respondió afirmativamente. La lluvia entraba y la mojaba. Bajé de la litera y la cerré.

2

—Llueve mucho, ¿no te parece? —me preguntó.

—Sí.

La lluvia lo salpicaba todo. Descorrí las cortinas a un lado y escuché cómo madre se daba media vuelta y preguntaba:

—¿Dónde estamos, Jiro?

—En Nagoya.

Miré por la ventana golpeada por el viento y eché un vistazo a la estación desierta. Aún se escuchaba a lo lejos el grito de «Nagoya, Nagoya» y el eco de unos pasos resonaba como si tuviera vida propia.

—Jiro, por favor. Cierra también mi ventana.

—¿No lo está? Acabo de preguntar. Parecías profundamente dormida.

Después de cerrar la de Nao me dirigí a la suya. Descorrí la cortina y tanteé. Me sorprendí al comprobar que estaba completamente cerrada.

—Madre, no te preocupes. Por aquí es imposible que entre nada, fíjate —le dije mientras daba unos golpecitos en el cristal.

—¿No entraba agua?

—Por supuesto que no.

Sonrió.

—No tengo ni idea de cuándo ha empezado a llover —dijo a modo de excusa—. Gracias, Jiro. Vuelve a la cama, debe de ser tardísimo.

El reloj marcaba las doce pasadas. Volví a mi litera sin hacer ruido. El silencio se instaló en todo el compartimiento. Tan pronto como madre había empezado a hablar, Nao se había callado y en cuanto subí a la litera, volvió a dormirse. Ichiro fue el único que no dijo nada. Dormía plácidamente, pero su profundo sueño siguió despertando mis dudas hasta tiempo después.

Él mismo decía de vez en cuando que era un neurótico y que a menudo sufría ataques de insomnio. Se quejaba a toda la familia, pero nunca antes había mencionado nada sobre su profundo sueño. Poco después de salir de Nagoya pudo verse el monte Fuji a la luz de la luna; las nubes dejaron de descargar y se rompieron. A pesar del interés general que suscitaba el paisaje, Ichiro seguía confortablemente dormido sin preocuparse nada por cuanto sucedía a su alrededor.

El restaurante del tren abrió pronto. Cuando la mayoría de los pasajeros hubo terminado de desayunar, me levanté hambriento y me encaminé junto a mi madre a través del estrecho pasillo para ir a llenar un poco el estómago. Antes de salir, le dijo a Nao:

—Despierta a Ichiro y venid a comer algo. Os esperamos allí.

—De acuerdo. Ahora mismo vamos —respondió con su triste y familiar sonrisa.

Pedimos al revisor que se encargase de la limpieza y entramos en el restaurante aún abarrotado. La gente salía y entraba sin parar. Ofrecí té y fruta a madre y en ese momento aparecieron los dos. No había sitio a nuestro lado y se sentaron el uno frente al otro cerca de la entrada. Hablaban, reían y miraban por la ventana como haría cualquier otro matrimonio. Madre los miraba de vez en cuando con cierta satisfacción. Así continuamos el viaje hasta Tokio.

3

Al volver a casa, las cosas siguieron como siempre. Osada-san se afanaba en sus obligaciones diarias con las mangas de su quimono recogidas con una cinta. A la mañana siguiente de nuestro regreso, me fijé en ella cuando lavaba con el pelo recogido en una toalla. Recordé esa imagen de persona serena que siempre había tenido de ella.

Yoshie era la única hija de Ichiro y Nao. En nuestra ausencia Oshige se había hecho cargo de ella. Era una niña dócil y estaba muy unida a Nao y a mi madre. A pesar de ello, cuando era necesario podía quedarse con Oshige sin mayor problema, pues no daba mucho que hacer. Yo pensaba que su docilidad se debía a la herencia del carácter de su madre. Quizás también, porque Oshige tenía muy buena mano con ella.

—Oshige, ¿cómo puede hacerse cargo de Yoshie una persona como tú? Bueno, será porque eres mujer —le había dicho nuestro padre en una ocasión fingiendo sorpresa. Ella se limitó a torcer el gesto y a quejarse a nuestra madre:

—¡Qué padre más cruel!

Madre me lo había contado en el tren.

Más o menos dos días después de nuestro regreso le pregunté:

—Me he enterado de que estás enfadada por lo que te dijo padre.

—Sí —se limitó a contestar mientras cambiaba el agua del jarrón del despacho de padre y limpiaba con un trapo.

—¿Aún sigues enfadada?

—¿Enfadada? Ya lo he olvidado... Bonitas flores, ¿verdad? ¿Cómo se llamarán?

—Pero, Oshige. No te lo dijo para que te enfadases, sino como un cumplido. Lo que quiso decir es que eres una mujer de gran corazón y muy amable. No deberías enfadarte por eso.

—Me da igual lo que quisiera decir o no.

Cogió el jarrón con las dos manos y se fue hacia la habitación de padre moviendo sus caderas ocultas bajo el *obi*, como si con aquel vaivén mostrase su enfado.

Nada más volver, Yoshie volvió bajo la tutela de Nao y de madre. Ambas se la disputaban. Yo no dejaba de admirarme al comprobar lo unida que estaba a Nao, una mujer aparentemente tan fría. Era una niña de ojos negros, pelo brillante y, al igual que su madre, con unas mejillas más pálidas de lo normal. Seguía a la distante Nao allá donde fuese y para su madre eso era un motivo de satisfacción, algo que hacía notar a todos los miembros de la familia como si se tratase de una de las glorias de Japón. Una actitud que para mí no sólo era una demostración de orgullo ante su marido, sino también una especie de cruel venganza. Una persona estudiosa como él, encerrado siempre en su despacho entre libros y pensamientos, no era capaz de mostrar con su cariño la verdadera profundidad del amor por

su hija. Naturalmente, eso lo irritaba. Más aún por ser una persona impulsiva. No dejaba pasar una sola ocasión de hacer gala de sus arrebatos, aunque fuera cuando estábamos sentados a la mesa. Oshige, más que ningún otro miembro de la familia, lo encontraba intolerable:

—Yoshie-san, ¿eres la niñita de mamá? ¿Por qué no vas también con tu padre? —llegó a preguntarle intencionadamente en una ocasión.

—Es que... —respondió ella.

—Es que, ¿qué? —insistió.

—Es que tengo miedo —se atrevió a contestar en voz baja. La sincera respuesta de la niña tuvo el efecto de exasperar todavía más a Oshige, su tía.

—¿Qué has dicho? ¿Miedo? ¿Miedo de quién?

Ese intercambio de preguntas y respuestas se repetía a menudo y se extendía por espacio de cinco o diez minutos. Normalmente, Nao, con su sonrisa tan característica, permanecía imperturbable. Al final padre y madre trataban de mediar en la situación y le pedían a la niña que fuera a coger algo de fruta o algún pastelito que su padre tenía reservado para ella:

—Está bien, está bien. Ve y coge lo que te da tu padre.

Aun así, Oshige seguía sin estar satisfecha. Continuaba con el gesto torcido y no se molestaba por ocultárselo a nadie. Ichiro se retiraba a su despacho como era su costumbre, solo y en silencio.

Aquel año, padre aprendió a cultivar por primera vez dondiego y dedicaba horas a cuidar con mimo las variedades más extrañas. Pero eran plantas muy corrientes que brotaban espontáneamente por todas partes y, por tanto, resultaba complicado distinguir unas de otras. Nadie en la familia les prestaba demasiada atención. Lo que más nos impresionaba era el entusiasmo de padre, su fervor por madrugar tanto, sus macetas perfectamente alineadas y la arena limpia y fina que utilizaba. También, por qué no, las formas retorcidas de las hojas y las flores.

Las colocaba en el *engawa* y se dedicaba a dar todo tipo de explicaciones a quien tuviera la desgracia de dejarse caer por allí.

—Sí, sí. Es muy interesante. —Incluso Ichiro, habitualmente tan sincero, se veía obligado a ofrecer un cumplido de vez en cuando.

Padre ocupaba dos habitaciones contiguas situadas al fondo de la casa y separadas del resto. En el *engawa*, protegido con persianas de bambú,

siempre había macetas de dondiego. Nos llamaba para que fuésemos a contemplar su obra. Yo me deshacía en elogios y trataba de ser más expresivo que Ichiro y ofrecerle consuelo. Pero tan pronto como me marchaba y me ponía a salvo de su alcance, irremediablemente decía:

—¡Qué pesadez tener que estar contemplando todo el santo día esos malditos dondiegos! Me molestan sus extravagancias.

A padre le gustaba hacer comentarios sobre una gran variedad de cosas y dárseles de hombre cultivado. Disponía de mucho tiempo libre. No desperdiciaba una sola ocasión de tocar el timbre y llamar a cualquiera de nosotros para someternos a uno de sus temidos discursos. Si le tocaba el turno a Oshige, me imploraba para que fuera yo en su lugar, pues aseguraba que hablaba de cosas imposibles de entender para ella.

Al regresar de Osaka, sin embargo, me di cuenta de que ya no se tomaba tanto interés en las plantas aunque seguían en plena floración.

—¿Qué ha pasado con el dondiego? —le pregunté.

Sonrió amargamente y dijo:

—Sinceramente, el dondiego no se me da muy bien. No los plantaré más el año que viene.

Pensé que aquellas flores y hojas extrañas y retorcidas que él mostraba con tanto orgullo serían juzgadas por un experto como simples errores de la naturaleza. La ocurrencia me hizo soltar una carcajada involuntaria cuando estaba en el salón. Oshige y Osada-san salieron en defensa de padre.

—Eso no es cierto. El cuidado de las flores requiere mucho trabajo. Sencillamente, se le ha agotado la paciencia. Todo el mundo coincide en que nadie lo habría hecho mejor que él.

Madre y Nao me miraron y se rieron de mí como si quisieran dejarme en ridículo por exhibir tan alegremente mi ignorancia. Incluso la pequeña Yoshie, que estaba junto a ellas, se rio imitándolas.

Pasaban los días y cada vez dedicábamos más tiempo a nimiedades de ese tipo. Eso ayudaba a no prestar tanta atención a la relación entre Ichiro y Nao. A pesar de mi promesa, intuía que ya no sería necesario tener la tan temida conversación con él. Tampoco madre mencionó nada sobre la que ella y yo debíamos tener una vez de vuelta en Tokio. Finalmente, Ichiro, ansioso por desvelar el verdadero carácter de su mujer, se calmó. De hecho, cada día hablaba menos conmigo y con nuestros padres. A pesar del intenso calor, se encerraba en su despacho y allí se enfrascaba con verdadero entusiasmo en algo misterioso.

—¿Está trabajando? —pregunté a Nao en una ocasión.

—Sí, al parecer se prepara para el curso del próximo año —contestó.

Deseé que sus estudios lo mantuvieran ocupado el máximo tiempo posible y que toda su atención se centrara en el trabajo. Nao, por su parte, seguía meciéndose de aquí para allá como una triste hierba de otoño. De vez en cuando sonreía y mostraba sus hoyuelos.

5

El verano pasó. Las estrellas en el cielo nocturno brillaban cada vez con luz más intensa. Las hojas de la paulonia, mecidas sin descanso por la brisa de la mañana y de la tarde, evocaban tenues escalofríos. Cuando llegó el otoño, me sentí renacer. Ichiro tenía una mente más dotada para la poesía que la mía y en una ocasión aseguró que cuando miraba el cielo transparente del otoño, sentía el verdadero placer de vivir. Después de decirlo se quedó ensimismado, con la mirada clavada en el cielo profundo y azul sobre su cabeza.

—Ichiro, al fin ha llegado la estación por la que merece la pena vivir —dije en una ocasión que le vi sentado frente al balcón de su despacho.

Dormitaba en una silla de mimbre y se limitó a responder:

—Todavía no siento el verdadero otoño. Tiene que pasar más tiempo.

Cogió el libro apoyado sobre sus rodillas. Faltaba poco para la cena. Mi intención era salir de allí, pero me detuvo y preguntó:

—¿Yoshie está abajo?

—Creo que sí. Estaba en el patio hace un momento.

Abrí la ventana orientada al norte y miré hacia abajo. Había un columpio que se había hecho expresamente para ella, pero no estaba allí. Me preguntaba dónde estaría cuando, de pronto, escuché un chillido agudo que llegaba desde el baño.

—¡Ah! Parece que se está bañando.

—¿Está con Nao o con madre?

Puse toda mi atención y entre las risas de Yoshie escuché la voz de Nao, sorprendentemente profunda para ser de mujer.

—Está con su madre —dije.

—Parece que se lo están pasando en grande, ¿no crees?

Lo miré involuntariamente, pero escondía su cara tras el abultado^[a] volumen y no pude ver su expresión. Sin embargo, por su tono de voz podía interpretar perfectamente lo que quería decir.

Transcurridos unos instantes, dije:

—Lo que pasa es que no sabes cómo hacerte con los niños.

Su cara continuaba oculta tras el libro. Lo retiró de golpe y dijo:

—No se trata sólo de los niños.

Guardé silencio y lo miré fijamente a los ojos.

—Al parecer no tengo dotes suficientes para hacerme con mis propios padres y, lo que es peor aún, no tengo ni idea de cómo manejar a mi propia mujer. He pasado muchos años dedicado al estudio y, hasta ahora, no he tenido tiempo de dedicarme a aprender ese tipo de cosas. De hecho, Jiro, al parecer es imprescindible tener esas habilidades para llevar una vida medianamente feliz.

—Pero si eres capaz de dar buenas clases, ¿no te parece suficiente como compensación?

Dependiendo del cariz que tomase la conversación estaba decidido a batirme en retirada o quedarme. Pero Ichiro no mostraba ningún signo de querer dejar así las cosas.

—No he nacido exclusivamente para dar clases. Precisamente por la necesidad que tengo de hacerlo y de leer libros, creo que me pierdo la parte más importante de la vida: disfrutar de un sentimiento humano de una forma puramente humana. Aunque quizás sea la otra parte la que no me permite ese goce.

Detrás de sus palabras se escondían reproches y amargura. Tendría que haber dicho algo pero me sentí completamente perdido. Me asustaba la posibilidad de que en el curso de la conversación acabásemos por remover el asunto de Nao. Aun a riesgo de resultar cobarde, me desvié con un comentario para evitar tocar el tema:

—Piensas demasiado y por eso hablas así. Te propongo que aprovechemos este magnífico tiempo y vayamos de excursión el próximo domingo. ¿Qué te parece?

—¡Hum! —se limitó a decir expresando un melancólico consentimiento.

En la cara de Ichiro, desde su ancha frente hasta sus mejillas hundidas, se dibujaba una sombra de soledad y tristeza.

—Jiro, siempre he sido amante de la naturaleza. Quizás sea precisamente mi incapacidad para relacionarme con los demás, lo que me

obliga a volverme hacia ella.

Sentí lástima por él y traté de rebatir su idea, pero mis argumentos no parecieron convencerlo. Al final, no me quedó más remedio que decir:

—Es la tendencia de toda nuestra familia. En lo que respecta a mí, lo sabes perfectamente, por no hablar de padre. Incluso a Oshige, por extraño que parezca, le gustan las flores y los árboles. Ya me la he encontrado en varias ocasiones admirada frente a los cuadros de *sansui*[53].

Trataba de hacer todo lo posible para consolarlo cuando Osada-san subió las escaleras para avisar de que la cena estaba lista.

—Últimamente se te ve feliz, Osada-san. Siempre estás sonriendo —le dije.

Nada más volver de Osaka, Osada-san se encerraba en la calurosa habitación del servicio y raramente salía de allí. Todos nos reímos mucho al descubrir que su tímido comportamiento era debido al «enhorabuena» que le había escrito en la postal que le enviamos desde Osaka. Por esa razón me evitaba deliberadamente. En las raras ocasiones en las que me cruzaba con ella, no dejaba pasar la oportunidad de decirle algo.

—¿Por qué estás tan feliz, Osada-san? —le pregunté de nuevo medio en broma. Arrodillada y con las manos apoyadas en el suelo, se sonrojó hasta las orejas.

Ichiro también le habló desde su silla de mimbre:

—El mejor momento en la vida de una mujer es cuando se sonroja al hablar de matrimonio. Cuando te cases te darás cuenta de que el matrimonio no es motivo de sonrojos ni vergüenzas. Sucede más bien lo contrario. Es más probable que pierdas la dignidad por culpa de la persona con la que te casas, que si te quedas soltera. Hay que pagar un alto precio. Ten cuidado.

Estaba meridianamente claro que Osada-san no entendía nada de lo que decía Ichiro. Estaba confundida y no sabía qué contestar. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Mi hermano se dio cuenta y se apresuró a rectificar:

—Osada-san, siento mucho haber expresado mis innecesarias opiniones. Era una broma. Mejor debería habérselo dicho a alguien osado como Jiro y no a una persona tan encantadora como tú. Ha sido un error y espero que me perdones. Bueno, ¿tenemos algo rico para cenar? Vamos, Jiro.

En cuanto Ichiro se puso en pie, Osada-san salió corriendo escalera abajo. A punto de salir de la habitación, se giró hacia mí y dijo:

—Jiro, aún no hemos hablado sobre el asunto del otro día. He estado ocupado con mis clases y mis estudios, pero estoy impaciente por escuchar lo que tienes que decir. Siento el retraso, pero voy a buscar un hueco para que podamos hablar.

Me hubiera gustado hacerme el tonto, pero no fui capaz de reunir el valor necesario y le dije honestamente:

—Ha pasado tanto tiempo que todo está ya como la cerveza sin espuma y no me va a resultar fácil hablar de ello. Pero si insistes, por supuesto que no me importa contarte lo que quieras. Pero ¿no te parece que haríamos mejor en olvidarlo y en lugar de eso salir y disfrutar de una hermosa excursión, ahora que estamos en la estación en la que tú mismo dices que la vida vale la pena?

—Bueno, una larga excursión estaría bien, pero...

Entramos en el comedor donde estaba servida la cena. Allí estaba Nao con Yoshie sentada a su lado.

7

Durante la cena mis padres también sacaron el tema de la boda de Osada-san. Madre dijo que había comprado una tela de seda blanca para estamparle el emblema de la familia. Osada-san servía y, de pronto, dejó la bandeja negra lacada sobre la olla del arroz y se marchó. La miré y no pude evitar reírme. Ichiro, por su parte, puso cara de amargura.

—Jiro, no seas tan desconsiderado y no te rías de ella. Deberías tener más cuidado con una chica tan inocente.

—Jiro, eres un entrometido —dijo padre con un tono entre divertido y reprobatorio.

Sólo madre puso expresión de extrañeza cuando Ichiro dijo:

—Cada vez que se cruza con ella, Jiro aprovecha para felicitarla, para desearle lo mejor, mucha felicidad, cualquier cosa que se le ocurra, por eso se avergüenza tanto. Hace un momento cuando estábamos arriba, logró sonrojarla y al final salió corriendo. Es evidente que Osada-san tiene una naturaleza completamente distinta a la de Nao. Deberíamos tratarla con mucho cuidado.

Madre captó el sentido de lo que quería decir y sonrió con amargura. Nao ya había terminado su cena y me dedicó una especie de guiño. Como bien había dicho padre un momento antes, yo era un entrometido. A pesar de mi habitual arrojo, en ese momento no tuve la más mínima intención de

contestar a la señal de Nao. Se levantó sin decir palabra y tras salir por la puerta, llamó a Yoshie con un gesto de la mano. La niña se levantó inmediatamente.

—¿Te levantas de la mesa sin comer el postre? —preguntó Oshige. Yoshie se detuvo, confusa, sin saber qué hacer.

—¿No vienes, Yoshie? —preguntó Nao con naturalidad mientras salía al pasillo. Tan pronto como desapareció de la vista, Yoshie se decidió y salió corriendo detrás de su madre.

Oshige la siguió con una mirada de evidente desaprobación. Mis padres tenían la vista fija en sus respectivos platos y ambos guardaban silencio con gesto riguroso. Oshige miró a Ichiro, quien, tras su ceño fruncido, fijaba su mirada perdida en algún lugar impreciso.

—¿Me puedes dar su flan, si no te importa? —le dijo a Ichiro. Sin mediar palabra, empujó el plato hacia ella. Se lo comió como si no le diera importancia, pero a mí me dio la impresión de que lo hacía sin ganas, ocultando su enfado.

Al poco rato Ichiro se levantó de la mesa y volvió a su despacho. Agucé el oído para escuchar sus pasos por la escalera. Cerró la puerta y todo quedó en silencio.

Después del regreso a Tokio, tuve oportunidad de asistir a muchas escenas parecidas. Padre parecía darse cuenta de todo, pero era madre quien más se preocupaba. Sus gestos y su actitud mostraban claramente su ardiente deseo de casar lo antes posible a Oshige para evitar con ello cualquier conflicto. Oshige comprendía lo que había detrás de la actitud de Nao y no lo toleraba bien. Madre también quería encontrarme una mujer y quitarme del medio, pues me consideraba una carga innecesaria para el matrimonio de Ichiro. Pero en el complejo mundo de los humanos, las cosas no funcionaban según sus deseos. Yo vivía mi vida indolente de siempre y Oshige sentía cada vez mayor hostilidad hacia Nao, como si se estuviera convirtiendo en su enemiga. Extrañamente quería mucho a Yoshie, pero limitaba sus muestras de afecto a los momentos en los que Nao no estaba presente. Lo mismo le sucedía a la pequeña. En cuanto a Ichiro, las arrugas de su frente de hombre de estudios se hacían más y más profundas. Cada vez se sumergía más en sus libros y sus pensamientos.

Justo al contrario de lo que madre esperaba, fue Osada-san, la que menos atención había recibido en la familia, la primera que adquirió compromiso matrimonial. Mis padres consideraban su obligación casarla antes o después y por esa razón estaban muy agradecidos por la ayuda de Okada. No encontraban nada que reprocharse al respecto. Su matrimonio se había convertido en un asunto de la familia. Oshige hablaba a menudo de ello con Osada-san y ella, aparentemente liberada de su timidez, le preguntaba todo tipo de detalles sin excluir los concernientes a su futuro.

Un día, después de volver a casa y darme un baño, Oshige me preguntó a bocajarro, con su habitual estilo:

—Jiro, ¿qué tipo de persona es Sano-san?

Era la segunda o tercera vez que me lo preguntaba desde que había vuelto de Osaka.

—¿A qué viene eso ahora? Me parece que estás siendo muy indiscreta.

Oshige, con su tendencia natural al malhumor, me miró sin decir palabra. Yo estaba sentado con las piernas cruzadas y escribía una carta a Misawa. Me detuve un momento:

—No te enfades otra vez, Oshige. Como ya te he dicho, Sano-san es una persona de frente despejada y gafas doradas. ¿No te parece que eso ya lo dice todo? Es lo mismo de siempre, no ha cambiado nada por mucho que me preguntes.

—Que tiene frente despejada y gafas doradas ya lo puedo ver yo en las fotografías sin necesidad de que me lo repitas. Tengo ojos en la cara.

Su tono no era precisamente conciliador. En silencio aparté a un lado la carta y la pluma.

—¿Qué es lo que quieres saber? Dime.

—¿Qué has descubierto realmente de él?

A fuerza de costumbre y familiaridad, debido a su carácter impetuoso e infantil, Oshige tenía tendencia a tratarme de igual a igual cuando discutíamos.

—¿Sobre él? —pregunté.

—Sí, sobre su carácter.

Procuraba no tomarla demasiado en serio, pero cuando me tenía que enfrentar a preguntas tan arduas, normalmente no sabía cómo esquivarlas. A pesar de todo, encendí un cigarrillo con toda la parsimonia de la que fui capaz para tratar de molestarla.

—¿Cómo puedes ser tan desagradable, especialmente teniendo en cuenta lo importante que es todo esto para Osada-san?

—¿Acaso Okada no es garantía suficiente para ti?

—Y tú, ¿acaso confías en una persona con esa cara de pieza de *shogi*?

—Bueno, aunque tenga cara de lo que sea...

—No estoy hablando de su aspecto. Lo que quiero decir es que es una persona básicamente frívola.

Su comentario me molestó y tuvo el efecto de impacientarme. No quería seguir discutiendo con ella.

—No te preocupes tanto por Osada-san. Lo mejor que puedes hacer es preocuparte de casarte tú lo antes posible. Deberías darte cuenta del alivio que supondría para padre y madre. Olvídate de ella, cástate y crea tu propio hogar. Así al menos se sentirán felices de tener una hija que cumple con sus obligaciones.

Oshige rompió a llorar como había previsto. Cada vez que discutíamos acababa llorando; y si no lo hacía, me sentía defraudado, falto de algo. Seguí fumando completamente indiferente a sus lloriqueos.

—En ese caso, también tú deberías casarte pronto, independizarte y hacerte un hombre de provecho. Eso les haría aún más felices. Curiosamente, siempre te pones de parte de Nao...

—Y curiosamente tú siempre tienes que llevarle la contraria.

—Por supuesto que sí. Soy la hermana de Ichiro.

Después de escribir la carta a Misawa, tenía intención de afeitarme y bañarme. Estaba aburrido de escuchar las quejas de Oshige y de discutir con ella. Le dije:

—¿No te importa traerme un cuenco de agua caliente del baño?

Al parecer, un cuenco de agua caliente era la última cosa en el mundo por la que ella se molestaría. Seguía allí sentada rumiando su enfado y los problemas de su vida, diez veces más importantes que el que le suponía molestarse en traerme el cuenco. Al final terminé por ignorarla y le pedí a una de las criadas que me lo trajera. Coloqué un espejo de viaje sobre la mesa, la navaja con empuñadura de marfil a su lado. De una forma deliberadamente cómica, empecé a inflar y desinflar los mofletes humedecidos con el agua caliente.

Con toda la parsimonia de la que fui capaz, comencé a extenderme la espuma en la cara con la brocha de afeitar. Oshige, sentada a mi lado, me observaba desde hacía un rato. Al final rompió a llorar y a lanzar patéticos gemidos. Conocía muy bien su carácter y sabía perfectamente que ese momento llegaría antes o después. Inflé aún más las mejillas y comencé a eliminar la espuma blanca con la navaja. Mi actitud debía de resultarle humillante. Cada vez gritaba con más fuerza. Al final, dijo con voz aguda:

—¡Hermano!

Me irritaban sus ataques de rabia, pero su voz aguda me pilló desprevenido:

—¿Qué quieres?

—¿Por qué te burlas de mí? Al fin y al cabo soy tu hermana y aunque te pongas siempre de parte de Nao, ella no es más que una extraña.

Dejé la navaja y miré a Oshige con la cara enjabonada.

—Oshige, realmente no sabes lo que dices. No tienes que recordarme que eres mi hermana y que Nao viene de otra familia. Lo sé perfectamente.

—Sólo te lo recuerdo. No te corresponde a ti decirme que me case pronto. ¿Por qué no te casas tú con alguien como tu querida Nao?

Me dieron ganas de darle una bofetada, pero temía la reacción que ello provocaría en el resto de la casa.

—Bueno, en ese caso, ¿por qué no buscas tú a alguien tan estudioso y aplicado como nuestro hermano?

En cuanto escuchó mi respuesta, se puso furiosa y pareció querer lanzarse contra mí. Por suerte su rabia se disolvió en lágrimas y empezó a decir entre gimoteos que todo el mundo la despreciaba por no haberse casado antes que Osada-san. Al final, me dijo que era un bárbaro sin compasión alguna y que no tenía la más mínima idea de lo que significaba la consideración hacia una hermana. Si hubiera querido, podría haberle respondido lindezas semejantes, pero me armé de paciencia y guardé silencio. A pesar de su enfado, no se movió de mi lado. Siguió hablando y no se contentó con seguir soltando todo tipo de despropósitos, sino que los adornó con todos los detalles de los que su imaginación era capaz. Su tema favorito era la complicidad entre Nao y yo. No dejaba pasar la oportunidad de lanzar pullas e insinuaciones con la peor de las intenciones. Eso era lo peor de todo. En ese momento sentí de corazón que no me importaría en absoluto encontrar a una mujer cualquiera con tal de casarme antes que Oshige y perderla de vista y que siguiera ella sola con sus ridículas charlas

sobre el matrimonio, sobre el amor entre hombre y mujer, o sobre lo que le diera la gana. Me di cuenta de que esa opción favorecería el plan de mi madre para quitarme de en medio cuanto antes como posible solución al problema de Ichiro y su mujer.

Todavía recuerdo la cara enfurruñada de Oshige, inundada en lágrimas como si le hubiera caído un chaparrón encima. Seguro que ella tampoco podría olvidar nunca mi grotesco aspecto, como si me hubiera caído en una bañera llena de espuma.

10

Consecuencia quizás de la profunda simpatía que sentía por nuestro estudioso y solitario hermano, a Oshige le desagradaba profundamente nuestra cuñada.

—¿Qué será de nosotros cuando madre ya no esté? Lo siento de veras por él —dijo en una ocasión, incapaz de ocultar sus verdaderos sentimientos. Eso fue, por supuesto, mucho tiempo antes de nuestra discusión. En aquella ocasión decidí ignorarla y me limité a advertirle:

—Una persona sensible e inteligente como Ichiro no tiene ninguna necesidad de nadie como tú metiendo sus narices en todos los asuntos familiares. Cállate y límitate a observar. Además, nuestros padres todavía están vivos.

Me había dado cuenta en ese momento de que Oshige y Nao, con caracteres tan incompatibles como el agua y el fuego, nunca serían capaces de vivir en paz.

—Madre, tenemos que casar a Oshige lo antes posible —me atreví a aconsejarla en un momento determinado. No me preguntó por qué lo decía, pero en su gesto se leía comprensión.

—No tienes que recordármelo. Tu padre y yo estamos muy preocupados y no sólo por Oshige. No puedes imaginar las dificultades que tenemos para encontrarte una esposa. Pero, en fin, es cosa del destino como bien sabes... —Me lanzó una mirada severa. No logré comprender lo que pretendía decir. Me limité a asentir y me retiré como un niño obediente.

Oshige se enfadaba por cualquier cosa con suma facilidad, pero tenía un carácter sincero y franco. Quizás por esa razón nuestro padre la apreciaba más que madre. Exactamente lo mismo le sucedía a Ichiro.

Cuando se empezó a tratar el asunto del matrimonio de Osada-san, mi padre dijo:

—Sería más adecuado casar a Oshige en primer lugar, aunque sólo sea por una cuestión de orden.

Ichiro estaba de acuerdo. Madre señaló que, a pesar de lo extraño de la petición de mano, no podían dejar pasar la oportunidad de casar al menos a una de las dos. Ichiro, una persona cabal, se dio cuenta de lo conveniente que resultaba aquello desde un punto de vista práctico y pronto estuvo conforme con madre. Hubo ciertas dificultades para convencer a padre, pero al final siempre se mostraba conciliador si se trataba de aceptar la opinión de su hijo mayor.

Para Oshige, que permaneció callada sin decir nada, todo aquello debió de resultar muy desagradable. Por la impaciencia con la que se afanaba con Osada-san en todo lo relacionado con su matrimonio, estaba claro que no albergaba ningún rencor hacia ella, a pesar de que se casase antes.

Daba la sensación de que Oshige no quería estar cerca de Nao. Vivía en casa de nuestros padres y ellos le permitían comportarse como una niña pequeña; no podía soportar la mirada fría y desdeñosa de Nao.

En una ocasión en la que estaba muy alterada entró en la habitación de Nao para pedirle una revista femenina. Fue entonces cuando vio que Nao cosía el quimono de la boda de Osada-san.

—Mira, Oshige-san, es de Osada-san. ¿Es bonito, verdad? Tú también deberías casarte pronto con alguien como Sano-san —dijo mientras daba la vuelta al quimono para mostrárselo. Oshige se tomó el comentario y la actitud de Nao como una verdadera afrenta. Fue como si le dijera: «Encuentra pronto alguien con quien casarte y cósete tú misma el quimono». También lo interpretó como una indirecta cargada de sarcasmo: «¿Hasta cuándo vas a aprovecharte de tu posición para molestarme?». Lo último que la molestó especialmente, fue la sugerencia de que se casase con alguien como Sano-san.

A Oshige le faltó el tiempo para ir llorando a la habitación de padre a quejarse, pero a él, esas cuitas de mujeres, debieron parecerle demasiado complicadas. Al día siguiente, sin decir a Nao nada ni exigirle que se disculpase, se llevó de compras a su hija a los grandes almacenes Mitsukoshi.

Dos o tres días más tarde padre recibió la visita de unos conocidos. Era una persona muy sociable y, por exigencias de su profesión, siempre había tenido contactos con gente de distintos círculos. Incluso después de dejar su puesto en la Administración, en casa seguía habiendo un tráfico incesante de amigos suyos, que iban a verlo ya fuera por inercia o por la fuerza de la costumbre. Lo cierto es que entre los que venían más a menudo no había ni uno solo famoso o con influencias. Uno de los dos que fueron aquel día había sido miembro de la Cámara de Nobles; el otro, interventor de una empresa.

Los dos, al igual que padre, eran devotos admiradores del teatro *noh*[54] y cada vez que se reunían, aprovechaban para recitar algunas obras. Oshige había tomado lecciones de *taiko*[55] y padre solía pedirle que se hiciera cargo del acompañamiento musical. Todavía recuerdo la cara de engreída que se le ponía en aquellas ocasiones.

—Oshige —le dije una vez—, tu forma de tocar el *taiko* no está mal, pero pones una cara horrenda. Haz caso de mi consejo y no lo toques durante una buena temporada después de casarte. No importa lo fanático que tu maridito pueda ser de las canciones tradicionales, seguro que si te ve darte esos aires, se disgustará profundamente.

Por casualidad, Osada-san escuchó mis impertinencias y dijo:

—¿Qué cosas tan horribles dice?

Me di cuenta de que había ido demasiado lejos. Sin embargo, Oshige, habitualmente tan iracunda, pareció completamente ajena:

—Querido hermano, precisamente por esa razón mi cara resulta aún más interesante. Toco de una forma horrible, lo sé y no hay nada que odie más en este mundo que tocar con padre y sus amigos —dijo con total franqueza.

Es cierto, probablemente siempre le había prestado más atención a su aspecto que a su forma de tocar.

Aproximadamente una hora y media después de que hubieran llegado los invitados, comenzó, como estaba previsto, la recitación de la obra. Antes de que llamasen a Oshige, fui un rato a hacerle compañía a la habitación donde se entretenía en limpiar parte de la vajilla.

—¿No te han llamado hoy para que toques? —le pregunté con sorna. Me miró de forma extraña, con expresión vacía, como si no estuviera allí.

—Tengo que preparar la mesa para la cena. Les he dicho que estaba muy ocupada.

Sabía perfectamente que madre acabaría por regañarme si seguía con mis bromas mientras la cocina y la sala de estar estaban en total desorden. Decidí volver a mi habitación.

Más tarde, al regresar de mi paseo de después de la cena, madre me detuvo cuando estaba a punto de retirarme de nuevo.

—Jiro, me alegro mucho de que hayas llegado justo a tiempo. ¿Por qué no vas a escuchar recitar a tu padre?

Crecí escuchando aquellos *utai*, esas viejas canciones ancestrales del *noh*. Escuchar una más no me suponía un sacrificio especial.

—¿Con qué obra están hoy? —pregunté. Al contrario que yo, madre no tenía ningún interés en el *utai*.

—No tengo ni idea. Vete ya, te están esperando.

Comprendí que no podía entretenerme más y cuando estaba a punto de alcanzar la parte interior de la casa, vi a Oshige asomada al balcón.

—¡Eh!... —dije involuntariamente a pesar de su gesto para que cerrase la boca—. ¿Qué haces ahí en ese sitio tan oscuro?

—Da igual —contestó. Su respuesta no me satisfizo y esperé—. Me han pedido varias veces que vaya y al final le he tenido que decir a madre que no me siento bien.

—¿Qué te pasa hoy? ¿Por qué estás tan tímida?

—Porque estoy cansada de tocar. Me parece una bobada. Además, la parte con la que están ahora es tan difícil que no creo que pueda hacerlo.

—¡Vaya, vaya! Incluso una chica como tú, al final es capaz de mostrar cierta modestia. Eso está muy bien —le dije antes de entrar.

12

En la habitación interior los invitados estaban sentados frente al *tokonoma*. Tenían aspecto refinado y sus finas cabezas rapadas armonizaban bien con el tríptico de Tanyu[56] que colgaba tras ellos. Vestían *hakama* y ambos se habían quitado el *haori*. Sólo padre estaba sin la *hakama*, pero seguía con el *haori* puesto.

Cuando todos estuvimos dispuestos, me incliné ante los invitados y dije a modo de saludo:

—Me permitirían disfrutar de su...

—Por supuesto que sí. Es usted bienvenido —contestaron al unísono tocándose la cabeza con las manos, como si se avergonzasen por mi cumplido. Padre preguntó dónde estaba Oshige.

—Parece que tiene un fuerte dolor de cabeza. Me ha pedido que la excusara por no venir ella misma a presentar sus disculpas.

Padre miró a sus invitados y dijo:

—¡Oshige no se siente bien! Me resulta tan increíble como si me dijeran que el diablo está enfermo de cólera. —Luego se dirigió a mí de nuevo e insistió—: Hace poco tu madre dijo algo sobre un dolor de estómago. ¿En qué quedamos, le duele el estómago o la cabeza?

«¡Vaya metedura de pata!», pensé y me apresuré a decir a modo de explicación:

—Supongo que ambos. A menudo si duele una cosa, duele la otra. En cualquier caso, no parece nada serio. No hay motivo de preocupación. Estoy seguro de que pronto se pondrá bien.

Los invitados, en un gesto de simpatía, dijeron:

—En cualquier caso se sentirá muy mal. ¿Podemos comenzar ya?

Ichiro y Nao completaban la audiencia y ya estaban formalmente sentados el uno junto al otro. Con gesto solemne me dispuse a acomodarme junto a Nao. Al sentarme le pregunté:

—¿De qué se trata?

No conocía ni apreciaba especialmente aquel arte y se limitó a contestar sin más explicaciones:

—Han dicho que se trata de *Kagekiyo*[57].

Uno de los invitados, de cara rubicunda y muy corpulento, era el encargado de representar el papel principal; el otro, el antiguo miembro de la Cámara de Nobles, sentado junto a él, lo secundaba. Padre, como anfitrión, estaba a cargo de representar tanto el papel de la chica como el de su sirvienta, dos papeles menores. Yo tenía buen oído para el *utai* y nada más comenzar estaba ansioso por ver qué tipo de *Kagekiyo* iban a representar. Ichiro, por su parte, parecía pensativo y con la mirada ausente mientras escuchaba las voces irreales de aquella época desvanecida. Mucho me temía que a oídos de Nao, incluso la parte esencial del *shomon*[58], debía de parecerse más al rugido de bestias salvajes que a voces humanas.

Durante un tiempo esta obra de *noh* titulada *Kagekiyo* despertó mi interés. En una o dos ocasiones, incluso había llorado cuando en su intenso parlamento, el ciego *Kagekiyo* muestra su patético y heroico ánimo. También al ver la devoción de su hija quien, en busca de su padre, emprende el viaje hasta Hyuga.

Pero eso me sucedía cuando los papeles estaban competentemente representados por actores profesionales. En esa ocasión no sentí nada, ni me inspiró lo más mínimo aquella obra acompañada de las titubeantes notas de los instrumentos.

Tan pronto como acabó la heroica historia de Kagekiyo me sentí incómodo. No sabía qué decir. Nao, tan parca en palabras como era, dijo:

—Ciertamente, muy valeroso.

—Desde luego que sí —me apresuré a añadir.

Fue Ichiro, de quien no esperábamos ninguna opinión, el que se volvió hacia la cara rubicunda del invitado y dijo:

—Ha habido un pasaje: «como verdadero guerrero de Heike[59] debo recitar la historia de...» que me ha gustado especialmente.

Ichiro era una persona honesta por naturaleza y consideraba parte indisociable de su integridad intelectual no mentir nunca. No había razón para dudar de su comentario. Por desgracia, poco tenía que ver con la representación. Más bien con la calidad lírica del texto. Por esa razón, no tuvo mucho efecto en los invitados.

Padre estaba acostumbrado a ese tipo de situaciones y sabía bien cómo manejarse. En primer lugar, alabó la interpretación de sus amigos y después añadió:

—Sí, esa parte también la he disfrutado mucho. Eso me recuerda un curioso incidente. Algo parecido a ese pasaje, pero adaptado a un drama popular por así decirlo, y con Kagekiyo transformado en mujer. Una situación mucho más fascinante que la del *utai*. Sucedió realmente, ¿lo sabíais?

13

Tan sociable como era, padre tenía en memoria tal cantidad de historias que sabía perfectamente cómo hacer las delicias de sus invitados en el momento oportuno mientras celebraban su encuentro tomando sake. A pesar de vivir juntos, aquella fue la primera vez que había escuchado esa anécdota sobre una Kagekiyo femenina. Era todo oídos. Lo miraba sin parpadear.

—Esto pasó hace poco y, creedme, sucedió realmente. Por eso os lo cuento. La cosa empezó hace tiempo, bueno, seguro que no hace tanto como la era Gempei[60], más o menos unos veinticinco años atrás. Debo decir que en aquella época yo era un modesto servidor público...

Con su introducción hizo reír a todo el mundo y después fue directo al grano. Al parecer uno de sus amigos, o al menos alguien mucho más joven que él, se había visto implicado en una suerte de historia de amor. Como es natural, padre se refirió a esa persona sin decir su nombre. Yo estaba muy acostumbrado a la gente que venía a casa y recordaba bien caras y nombres. A pesar de ello, era incapaz de imaginar a quién hacía referencia aquella historia. Imaginé que padre ya no tenía relación con aquella persona.

El asunto había comenzado cuando el hombre tendría alrededor de veinte años, justo después de entrar en la universidad o cuando cursaba su segundo curso. En este punto no fue demasiado preciso, pues según él no era relevante.

—Era una buena persona. Es cierto que hay muchos tipos de buenas personas pero él, sin duda, lo era. Todavía lo sigue siendo, así que imaginadlo de joven.

Tras la somera descripción, pasó a contar las desafortunadas circunstancias en las que el hombre se había visto envuelto con la criada de la casa.

—Hasta entonces lo habían criado entre algodones, por decirlo así. Era totalmente inocente en lo que se refería a la relación entre un hombre y una mujer. De hecho, le resultaba imposible siquiera imaginarse amado por una mujer. Pero de pronto, como caído del cielo, se obró el milagro para su completa sorpresa.

Los invitados fruncieron el ceño y asintieron con gravedad. A mí todo aquello me resultaba muy divertido y me di cuenta de que en el gesto triste de Ichiro también se dibujaba una sonrisa.

—Lo más raro de todo es que el hombre fuera tan pasivo mientras que la chica, muy al contrario, se mostraba tan activa. Cuando le pregunté cómo se había dado cuenta del interés que despertaba en ella, se puso muy serio y me dio todo tipo de explicaciones. Pero algo que aún recuerdo, quizás porque me pareció de lo más extravagante, es que en una ocasión en que comía unas galletas de arroz, ella le había dicho que quería una y sin darle tiempo a reaccionar, se la había arrancado de las manos y se la había metido en la boca.

Padre lo contaba de tal forma, que el énfasis lo ponía en la diversión y se guardaba para más adelante la parte más seria. A todos nos resultó graciosa la anécdota y nos echamos a reír como si hubiera concluido. Sus invitados reían como si hubieran estado practicando el arte de la risa en

alguna parte. De todos, el único que permanecía medianamente grave era Ichiro. Al final, en un tono poco acorde con la broma preguntó:

—Bueno, ¿qué pasó al final, se casaron felizmente?

—No, eso es lo que os iba a contar. Como he dicho hace un momento, es ahí dónde la historia empieza a parecerse a la de Kagekiyo. Hasta ahora sólo era el preámbulo —añadió padre triunfante.

14

Padre continuó con su relato. Según él, aquella relación fugaz entre el hombre y la mujer fue como el sueño de una noche de verano. Pero cuando sellaron su promesa de amor, su amigo pareció declarar firmemente su intención de tomarla como esposa. Sin lugar a dudas fue una exigencia de la mujer. Él, a pesar de su declaración de amor espontánea, de su arranque emocional sincero, sabía perfectamente que era casi imposible llevarlo a buen término.

—Ambos eran de la misma edad. Él un estudiante que dependía de sus padres y con un largo camino por recorrer; ella, una modesta criada cuyas expectativas pasaban por servir el resto de su vida. La promesa de amor, por muy firme que fuera, tardaría años en materializarse y en todo ese tiempo podría ocurrir todo tipo de acontecimientos. La mujer se daba cuenta y por eso le dijo: «Cuando termines tus estudios, tendrás veinticinco o veintiséis años y yo más o menos la misma edad. ¿Crees que eso te resultará satisfactorio?».

Al llegar a este punto del relato, padre se interrumpió de golpe para rellenar la delgada pipa de plata que había junto a sus rodillas. Cuando hubo exhalado la primera bocanada de humo blanco por sus orificios nasales, yo estaba tan impaciente que no pude resistirme a apremiarlo:

—¿Y qué dijo él?

Dio unos golpecitos a la pipa contra su mano para extraer la ceniza.

—Estaba seguro de que me lo preguntarías. Es interesante, ¿no crees, Jiro? —me miró y continuó—. Déjame que te diga que en este mundo hay todo tipo de gente.

—Ya, ¿y? —me limité a contestar.

—Yo mismo le hice esa misma pregunta a mi amigo. «¡Qué inocente era!», me dijo: «Sabía perfectamente mi edad y también la suya, pero nunca me había preguntado cuántos años tendría ella cuando yo me graduase.

Nunca me preocupó demasiado lo que depararía el futuro. Nunca tuve en cuenta que ella tendría cincuenta años al mismo tiempo que yo».

—¡Qué candidez! —dijo Ichiro admirado. Los invitados, que hasta ese momento habían guardado silencio asintieron.

—Sí, una candidez absoluta.

—Efectivamente, la gente joven puede llegar a cegarse.

—En algo menos de una semana, mi amigo empezó a sentir la inquietud del arrepentimiento. La chica actuaba con toda tranquilidad, como siempre, pero él estaba horrorizado ante la enormidad del problema. Era tan cobarde como inocente. Al final, en un arrebato de honestidad, le propuso fervorosamente que anulasen su promesa de matrimonio y por lo que entendí, se disculpó torpemente: «Te pido perdón», le dijo. Ella, aunque de su misma edad, era una mujer y al escuchar sus disculpas infantiles, debió de pensar que era un chico tierno, pero también rematadamente idiota.

Padre se rio con ganas. Los invitados hicieron lo propio. Sólo Ichiro permaneció con gesto de extrañeza. No era posible decir si se divertía con la historia o, al contrario, la encontraba deprimente. A su modo de ver, asuntos como aquel implicaban graves problemas existenciales. Por esa razón, la manera de afrontar la historia por nuestro padre debió de resultarle odiosamente frívola.

Poco después la mujer, siempre según padre, dejó su trabajo en la casa por las buenas. El joven estuvo muy perturbado los meses que siguieron a su marcha y parecía no querer recuperarse, como si su mente se hubiera quedado bloqueada en un determinado punto. En una ocasión ella volvió de visita por el barrio y él apenas fue capaz de articular palabra ya hubiera gente delante o no. Sucedió a la hora de la comida y ella lo esperó como solía hacer. Él no fue capaz de salir de su mutismo, como si se enfrentara con una extraña.

Desde entonces, la muchacha no volvió a cruzar nunca más el umbral de la puerta de aquella casa y él, poco tiempo después, se olvidó por completo de su existencia. Se graduó, formó una familia y no tuvo más contacto con ella durante unos veinte años. Hasta hace poco.

—Puedo contar ahora esta historia como una anécdota más o menos divertida, pero lo cierto es que el destino es una cosa terrible —continuó padre.

Yo por mi parte estaba tan absorto con el relato, que apenas podía quitarle los ojos de encima. Resumiendo, las cosas sucedieron aproximadamente así: Unos veinte años después, cuando la había olvidado por completo, se encontraron de nuevo guiados, seguramente, por la imprevisible mano del destino. Sucedió en una fría tarde en el centro de Tokio, en concreto en el barrio de Yurakuza, en un concierto promocionado por no sé qué asociación para la promoción de la música. Apenas cinco minutos después de tomar asiento junto a su esposa y su hija en la parte posterior de la sala, entró una mujer guiada de la mano por una joven. Al parecer habían reservado sus localidades por teléfono, pues se dirigieron directamente a los asientos contiguos en los que un cartel anunciaba «reservados». Por extraño que parezca, el hombre y la mujer acabaron sentados por pura casualidad el uno junto al otro. Más extraño aún, fue algo que él jamás hubiera imaginado: la mujer estaba ciega. No había expresión en su cara. Era totalmente ajena a su presencia y se limitaba a escuchar embelesada la música que llegaba del escenario.

Al ver su cara se asustó, como si la memoria de veinte años atrás hubiera regresado de golpe. Después se sintió atrapado por un sentimiento de indefensión cuando se dio cuenta poco a poco de que la realidad no se correspondía en absoluto con la antigua imagen que conservaba de ella, la de aquella chica de profundos ojos negros que lo miraban fijamente.

Hasta pasadas las diez en punto, totalmente ajeno y desinteresado por lo que sucedía en el escenario, estuvo literalmente petrificado en su asiento. Durante todo ese tiempo trató de desenmarañar como pudo los hilos negros que el destino había tejido entre ellos desde su separación. La mujer no miraba nada. No se dio cuenta de la proximidad de su antiguo amante. Sólo una arruga pensativa situada entre sus oscuras cejas revelaba quizás que gracias a la música que escuchaban, como llegada de un pasado inevitablemente apagado, todavía era capaz de recordar algo de su juventud.

Su encuentro fue tan repentino como su separación. Después de dejar la sala, siguió atrapado por su recuerdo. Lo impresionó especialmente su ceguera y decidió descubrir su causa.

—Al ser tan persistente y honesto, mi amigo descubrió finalmente el motivo. Me lo contó en una ocasión, pero era una historia tan complicada que la he olvidado por completo. Parece ser que la siguiente vez que fue a Yurakuza, tuvo oportunidad de hablar con el acomodador. Hacerlo le acarreó bastantes problemas.

—¿Dónde vive ella? —pregunté ansioso por obtener hechos y datos que confirmaran una sospecha.

—Eso es confidencial y así debe seguir siendo. Su nombre, su dirección; nuestro acuerdo fue que nunca revelaría esa información. Mi amigo me pidió que fuera a verla a su casa. El motivo real que tuviera para pedírmelo es algo que desconozco. Parecía sentir la imperiosa necesidad de hacerle una visita de cortesía. Tan educado como era, se extendió infinitamente en oscuros razonamientos. En una palabra, esperaba reunir pasado y presente para que su mente tuviera la posibilidad de encontrar la paz. Parecía sinceramente preocupado por descubrir la causa de su ceguera, pero en ese momento no se atrevía a ir él mismo a visitarla. No tenía intención de revivir la antigua llama de su amor y, además, tenía muy en consideración a su mujer e hijos. Lo preocupaba el hecho de que al separarse muchos años antes, él le había dicho: «Puesto que trato de seguir adelante con mis estudios, no puedo casarme contigo, al menos hasta que tenga treinta y cinco o treinta y seis años. Por esa razón, me gustaría que anulásemos nuestro compromiso». Finalmente, se casó apenas terminar la universidad. Supongo que eso torturaba su conciencia y por ese motivo acordamos que yo iría a verla.

—¡Oh, menuda tontería! —dijo Nao.

—Sí, pero por muy tontería que fuese, no me quedaba otra que ir —contestó padre.

Ni los invitados ni yo, tan entretenidos y divertidos como estábamos, pudimos contener la risa.

16

Había algo extrañamente jocoso en mi padre. Unos decían que era un hombre recto y otros aseguraban que era un guasón.

—Ese es el gran misterio de cómo padre ha vivido su vida. Y esa parece ser la forma en la que funciona realmente el mundo. Los que se esmeran por tener una educación formal y adecuada, en tener sus propias ideas, nunca son apreciados por la sociedad. Sólo se los menosprecia.

Mi hermano se confió con esas palabras en una ocasión conmigo, sin aclarar si sus observaciones tenían que tomarse como una queja, como un sarcasmo, una insinuación o como hechos constatables. Mi carácter era más parecido al de padre que el suyo y en aquel momento yo era todavía demasiado joven para comprender claramente lo que realmente decía.

A mi modo de ver, fue probablemente la curiosidad innata lo que había llevado a padre a aceptar de tan buen grado aquel delicado encargo. Acordaron que iría a visitar a la mujer ciega en su casa. Cuando se dirigía hacia allí, su amigo le entregó una caja con dulces y un billete de cien yenes, todo debidamente envuelto y encintado. Después llamó un *rikisha* para que llevara a padre.

Aunque pequeña, la casa estaba limpia y resultaba acogedora. Al fondo del *engawa* había una pila de granito para lavarse y, sobre ella, unas toallas nuevas de Mitsukoshi que se secaban al viento. En la casa no vivía mucha gente. Reinaba un silencio sepulcral.

Cuando se encontró por primera vez con la mujer ciega en la soleada habitación de invitados, decorada un poco a la antigua pero con mucho gusto, padre se quedó sin palabras.

—Puede parecer ridículo que a un conversador nato como yo le resulte difícil encontrar las palabras adecuadas, pero lo cierto es que no sabía qué decir al enfrentarme a aquella mujer —confesó.

Llegó el momento de revelar el nombre de la persona a la que representaba. Colocó el presente delante de ella, que con sus manos tanteó el paquete. Dijo cortésmente:

—Es muy amable de su parte.

Pero nada más palpar el sobre con el dinero, lo cogió y preguntó muy aturdida, como si quisiera asegurarse:

—¿Qué es esto?

Padre era un hombre de temperamento alegre y se rio:

—Eso también es parte del regalo. Acéptelo, se lo ruego.

Pero la mujer, con los lazos de la cinta que lo envolvía aún entre los dedos, preguntó de nuevo:

—¿Es posible que sea dinero?

—Sí. Es sólo un detalle del señor X. Le ruego que lo acepte, por favor.

En ese momento la mujer dejó caer el sobre al suelo y dirigió sus ojos velados hacia mi padre.

—Viuda como soy, he sido la esposa de un hombre respetable. Mis hijos son fuertes y gozan de buena salud. No importa lo que hubiera entre nosotros en el pasado, si acepto el dinero, seré indigna de mi difunto esposo gracias al cual vivo confortablemente. Le ruego que se lo devuelva. —Al terminar de decirlo, rompió a llorar.

—Quizá podáis imaginar lo profundamente afectado que me dejó todo aquello —dijo padre mirando a su alrededor. Todos los semblantes eran serios. A mí también me pareció que aquella situación debió de haberle resultado dura, incluso a pesar de ser un avezado hombre de mundo, acostumbrado a lidiar en situaciones difíciles.

—Anonadado como estaba, pensé que Kagekiyo, de haber sido mujer, sin duda se habría parecido a ella. Estaba realmente impresionado. ¿Por qué diablos pensaría yo eso?... Que la actitud de la mujer era...

Padre se tomó una pausa para reflexionar.

—A mí me parece que ambos eran muy resueltos —dijo el invitado de cara rubicunda, sentado justo en la diagonal opuesta a mí, con expresión de estar descifrando un asunto realmente complejo.

—Sí, por supuesto. En su determinación —asintió padre.

Pensé que la historia había concluido y dije a modo de conclusión:

—Desde luego es una historia interesante.

Padre añadió:

—¡Ah! Todavía no. Hay algo más y es muy ilustrativo, especialmente para una persona joven como Jiro.

17

Descorazonado ante la inesperada muestra de dignidad de la mujer, padre se sintió obligado a marcharse. Sin embargo, por vez primera ella se giró hacia él y con una expresión dulce y femenina le rogó que se quedara. Le preguntó cuándo y dónde exactamente la había visto el señor X. Padre le respondió con franqueza y le contó lo sucedido en Yurakuza.

—Según tengo entendido, estuvo sentado justo a su lado. Aunque usted no se dio cuenta, él la reconoció nada más verla, pero no le pareció oportuno dirigirse a usted en presencia de su mujer y de su hija, y no le quedó más remedio que marcharse.

Aquella fue la primera vez que mi padre vio brotar lágrimas de unos ojos ciegos, entonces le preguntó:

—Le ruego me disculpe por preguntárselo, pero ¿sus problemas con la vista vienen de lejos?

—Habrán pasado unos seis años desde que la perdí. Sí, fue aproximadamente un año después de morir mi marido. Al contrario de quienes nacen ciegos, para mí fue una época muy dura.

Padre no supo ofrecerle palabras adecuadas de consuelo. Ella le explicó que su marido había sido una especie de contratista y, aunque en vida había sido un gran derrochador, le había dejado una herencia desahogada. Gracias a ello la mujer vivía bien y era independiente a pesar de la ceguera. Tenía un hijo y una hija de los que estaba muy orgullosa. Su hijo, que evidentemente no había recibido educación superior, tenía un puesto en cierta empresa de Ginza y cobraba un sueldo suficiente como para permitirle vivir por sus propios medios. Su hija, siguiendo la costumbre urbana, se empleaba en el estudio del canto y del *shamisen*. Al considerar su vida, pensaba que no había nada ya que la vinculase a su antiguo amante, excepto aquel incidente atrapado en la bruma de un pasado lejano.

Cuando padre le habló del encuentro en Yurakuza, la mujer dijo con ojos vidriosos:

—Créame. No hay nada más desdichado que perder la vista. ¿No le parece? —Su confesión le llegó al alma—. ¿A qué se dedica actualmente el señor X? —le preguntó como si tratase de crear una imagen de él en el vacío.

Le habló de la carrera del señor X, de su graduación y añadió:

—Es una persona de renombre y no está jubilado como yo, por cierto.

—Seguro que se casó con una buena mujer, ¿no es así? —preguntó amablemente haciendo caso omiso del comentario anterior de mi padre.

—Sí, en efecto. Ya tiene cuatro hijos.

—¡Vaya! ¿Y cuántos años tiene el mayor?

—Déjeme que piense... Quizás tenga ahora trece o catorce. Es una chica preciosa.

La mujer comenzó a contar con los dedos en silencio. Padre se sobresaltó al verla y se dio cuenta del error irreparable que había cometido al darle más detalles de los estrictamente necesarios.

Sin embargo, poco después la mujer añadió:

—¡Qué bien! —y esbozó una sonrisa melancólica.

Fue su sonrisa lo que más profundamente afectó a padre; más de lo que lo hubieran logrado unas lágrimas o un arrebato de cólera. Al final, le ofreció la dirección de su amigo y le dijo:

—Por favor, vaya a visitarlo con su hija. Será un hermoso reencuentro. Tiene una casa bonita y agradable. Ha sido él quien me ha pedido que le dijera que podría recibirla cualquier tarde.

—No sería adecuado para gente de nuestra condición visitar una casa como la suya —contestó mientras fruncía el ceño. Se tomó un momento para reflexionar y dijo con resolución y seriedad—: No, no debo ir. No me queda más remedio que declinar su invitación. Pero hay una cosa que me gustaría pedirle. No volveremos a encontrarnos nunca más y por eso le pido amablemente que me lo diga. Espero que así, al menos, podamos despedirnos de buen grado.

18

Al escucharla, padre se inquietó ante la petición.

—Su ceguera jugaba a mi favor. Al menos no podía ver lo confuso que estaba —dijo.

—Como podrá entender sin ningún género de duda, desde que perdí la vista todo se ha vuelto oscuro en mi vida. Incluso el sol, la cosa más brillante de este mundo, es algo de lo que ya no puedo disfrutar. Si quiero salir un rato a dar un paseo, no puedo hacerlo sin importunar a mi hija. Preguntarme por qué razón el destino me castiga con una enfermedad incurable, mientras hay tanta gente mucho mayor que yo perfectamente sana, me hace sentir profundamente infeliz. Estos ojos ciegos no me provocan dolor; lo que sí es muy doloroso es saber que, aunque estén completamente abiertos, les resulta imposible sondear las intenciones de otras personas.

—Por supuesto, tiene razón —se limitó a añadir padre sin comprender exactamente qué quería decir. Era la primera vez que se encontraba en una situación semejante. Al escuchar su respuesta tan vaga e imprecisa, ella lo urgió para que mostrara más comprensión por lo que decía:

—¿No cree?

—Sí. Supongo que se pueden dar casos así —contestó.

—Si eso es todo lo que tiene que decir, ¿qué sentido tiene que se haya tomado la molestia de venir, por mucho que él se lo haya pedido? —preguntó la mujer. Su pregunta tuvo el efecto de colocarlo entre la espada y la pared.

En ese momento, me fijé por casualidad en la expresión de Ichiro y en el contraste entre sus ojos nerviosos y atentos, y los labios de su mujer, alrededor de los cuales se dibujaba un imperceptible gesto de desdén. Me recordó esa extraña tensión entre ellos que existía desde hacía tanto tiempo. También fui consciente de mi odiosa implicación en esa tensión. Me

invadió una cierta incomodidad. Me preguntaba cuál era la verdadera razón de que padre hubiera escogido esa historia en concreto, al margen de su intención de entretener a sus invitados. Pero ya era demasiado tarde. Indiferente a mis preocupaciones, continuó con el relato.

—Estaba muy perdido y confesé con franqueza: «He venido hasta aquí a petición suya. Si me marchó sin satisfacer el propósito principal de mi visita, para él será muy lamentable, por no mencionarla a usted. Por favor, le ruego me hable con total libertad. En caso contrario me resultará difícil saber exactamente qué decirle a mi regreso».

Ella dijo con determinación:

—Está bien. Al parecer usted es muy próximo al señor X, especialmente si tengo en cuenta todas las molestias que se ha tomado para venir hasta aquí —dijo antes de abrirle su corazón a padre.

Tan sólo una semana después de su promesa de matrimonio, el señor X había decidido romperla. ¿Fue esa decisión resultado de un cambio de circunstancias, o es que él había descubierto de pronto algo en ella que lo disgustaba? Por encima de cualquier otra cosa, ella quería saber cuál había sido la verdadera razón de aquel inesperado cambio. Lo devoraba la curiosidad y recibió de muy buen grado la oportunidad de desvelar finalmente aquel misterio enterrado en lo más profundo de su corazón desde hacía veinte años. Para ella resultaba mucho más dolorosa la sospecha de haber fracasado a la hora de conquistar el corazón de su prometido que la pérdida de su preciada vista, o vivir considerada por los demás una discapacitada.

En ese instante, Ichiro interrumpió:

—¿Y qué respuesta le diste? —En su cara había más compasión que curiosidad.

—Bueno, no me quedó más remedio que decirle: «Le Puedo asegurar que no hubo nada frívolo en su actitud». —Padre dirigió a Ichiro su artificiosa contestación.

—¿Y quedó ella satisfecha con esa respuesta? —volvió a preguntar Ichiro mostrando cierta ansiedad. Su tenaz insistencia rayaba la obsesión. No sé si padre lo notó o no, pero se limitó a contestar con toda la calma de la que fue capaz.

—Al principio no pareció muy satisfecha. Es cierto que mi respuesta no fue muy consistente. No podía responderle directamente. Mi amigo era un ingenuo redomado y estaba muy confuso, pero al menos un hecho era cierto: nada más tener relaciones con ella se había sentido abrumado por lo que había hecho.

Mi hermano miró a nuestro padre con aparente disgusto. Se acarició extrañamente las mejillas.

—Aunque me cuesta trabajo mencionar este tipo de cosas en vuestra presencia —comenzó a decir Ichiro. Yo me preguntaba qué iba a decir y me preparé para darle la vuelta en caso necesario y no molestar con nuestras cuitas personales a nuestros invitados. Continuó—. A mí me parece que un hombre ama más apasionadamente a una mujer hasta el momento en que satisface sus deseos. Una vez consigue lo que quiere, el amor disminuye gradualmente. La mujer, al contrario, después de establecer relaciones, cada vez ama más. A la vista de las teorías evolucionistas, y también de los hechos reales de la vida, yo creo que ese es precisamente el caso. Por tanto, ¿no podríamos concluir, según ese principio, que el hombre simplemente perdió interés en la mujer y por eso rompió su compromiso?

—¡Qué teoría tan extraña! Es la primera vez en mi vida que escucho una cosa semejante, aunque claro, como soy mujer quizás sea un razonamiento demasiado complejo para mí. Sí, verdaderamente es interesante.

La reacción de Nao incomodó a Ichiro. Pensé que lo mejor era reaccionar para tratar de ocultarlo a ojos de los invitados. Sin embargo, antes de que pudiera decir nada, padre habló de nuevo.

—De acuerdo. Teóricamente lo puedes explicar de muchas formas. Es posible que a él dejara de gustarle realmente pero, a mi modo de ver, lo que le sucedió a mi amigo es que estaba confuso, perdido. Además, ya fuera un cobarde, un ser impulsivo e ingenuo, fuera lo que fuera, bien podría haber cancelado el compromiso sin que ella hubiera dejado de gustarle.

Padre permaneció imperturbable mientras exponía su teoría. Uno de los invitados, sentado con su libreto de canciones tradicionales frente al *tokonoma*, se dirigió a él y apuntó:

—En cualquier caso, yo me atrevería a decir que las mujeres son muy tenaces. Imagínese lo que significa albergar en el corazón sentimientos así durante veinte años. Para mí, ella se comportó de una manera muy honesta. Si le hubiera dicho eso, seguramente la habría tranquilizado y alegrado.

—Eso es tener tacto en las relaciones. Si las cosas pudieran conducirse de ese modo, estoy seguro de que resultaría de lo más conveniente para las dos partes.

Cuando el otro invitado se disponía a exponer su parecer, padre lo interrumpió:

—Bien, gracias —y se rascó la cabeza nervioso—. Como ya he dicho, al principio no era capaz de despejar sus dudas, por lo que yo también estaba consternado. Pero a base de adornar la historia y maquillarla con todo tipo de detalles logré convencerla. Fue un duro trabajo. —Parecía orgulloso de sí mismo.

Poco después los invitados envolvieron sus libretos en un *furoshiki*[61] y salieron por la puerta humedecida por el rocío. Los demás continuamos hablando, pero Ichiro se retiró cabizbajo a su despacho. Escuché atentamente cada uno de sus pesados pasos subiendo la escalera y el ruido de la puerta al cerrarse de golpe.

20

Pasaron dos o tres semanas y el otoño avanzó implacablemente. El profundo rojo de los amarantos cautivaba mi vista cada vez que miraba al jardín. Ichiro tomaba un *rikisha* todos los días para ir a la universidad y al volver a casa, se encerraba con sus estudios. Incluso nosotros, los miembros de su propia familia, no teníamos muchas oportunidades de verlo. Si sucedía algo, nos veíamos obligados a subir las escaleras y llamar a la puerta de su estudio. Allí estaba siempre, examinando minuciosamente pesados tomos o escribiendo con pluma estilográfica y con su diminuta letra tan característica. Algunas veces nos sorprendía encontrarlo encorvado sobre la mesa con las manos apoyadas en las mejillas y mirando al vacío.

Parecía pensar con todo su cuerpo y su alma. Como era profesor, a menudo se sumergía en profundas reflexiones. Quienes abrían su puerta y lo encontraban en ese estado, apenas le daban el recado, salían disparados de allí sin esperar respuesta. Invariablemente sentían un escalofrío que les recorría el cuerpo. Incluso madre, la más cercana a él de todos nosotros, no mostraba ningún entusiasmo si se trataba de entrar en su estudio.

—Jiro, ¿todos los profesores se comportan de esa forma tan extraña? —Al escuchar aquella pregunta me sentí extrañamente feliz de no ser profesor. Sonreí y respondí con evasivas.

—Bueno... —Madre adoptó un gesto serio y añadió—: Jiro, me temo que sin ti esta casa parecería desierta. Pero supongo que será mejor que encuentres pronto una buena chica y forméis un hogar.

Era evidente lo que quería decir: sólo cuando me marchase para formar mi propia familia, Ichiro se mostraría un poco más cercano y cariñoso. Me preguntaba si él compartiría también esa opinión. Lo cierto es que ya tenía edad y posición con ingresos suficientes como para mantener un hogar por mí mismo. Incluso a mí, una persona despreocupada, esa idea se me pasaba a menudo por la cabeza.

—Por supuesto —le dije a madre—. Dejar esta casa no representa ningún problema. Si me lo pide, me marcharé mañana mismo. Pero en cuanto a lo de una mujer, no es como encontrar un cachorro abandonado en plena calle. No creo que resulte muy adecuado para mí andar por ahí como si estuviera buscando algo. —Tenía la certeza de que madre me iba a interrumpir y a decir «por supuesto que no...»; por esa razón me adelanté—. Madre, si no le importa, me gustaría hablar con usted sobre cómo van las cosas entre Ichiro y Nao. Al margen de otras circunstancias, parece como si el hecho de que yo la conociera antes de casarse, le cause a usted preocupaciones innecesarias. Lo siento mucho. Pero no es esa la raíz del problema. La culpa es estrictamente de Ichiro. Actúa como si pensara que está por encima de los demás. Por eso lo deja todo en manos de otros. Por muy importantes que sean sus estudios, por muy importantes que sean sus clases, debería ocuparse de la mujer con la que tendrá que pasar el resto de su vida. Estoy seguro de que tendrá sus razones para comportarse así. Quizás se deba a su profesión, pero eso es algo que los demás, ajenos a su mundo, difícilmente podemos comprender.

Mientras enumeraba todas esas razones, en sus ojos vis4 lumbre la sombra de una luz que parecía una lágrima. Me asusté y me callé. Quizás fui demasiado rudo, quizás demasiado indiscreto. En cualquier caso, era yo más que ningún otro el que llamaba a su puerta para hablar con Ichiro. Esa misma puerta que todos rehuían por respeto o por simple miedo. Cada vez que entraba en su estudio, me sentía incómodo, pero unos minutos después de hacerlo se comportaba tan cariñoso conmigo como hacían los demás. Yo valoraba mi capacidad y técnica para lograr cambiar su humor y si entraba allí más que los demás, muchas veces era sólo para satisfacer mi vanidad. Era en esos momentos triunfales cuando realmente conseguía atraparme, como si me hubieran agarrado las fauces de la muerte, por así decirlo.

Entré un día en su estudio y no recuerdo claramente de lo que hablamos, pero sí que me sometió a una lección en toda regla sobre el billar, dados sus amplios conocimientos sobre el tema. Quizás me mostró la ilustración de un trofeo de cobre de la época de Luis XIV, quién sabe. Lo que había aprendido perfectamente era que, una vez dentro de su estudio, lo mejor era escucharlo obedientemente exponer sus conocimientos recién adquiridos sobre materias tan diversas como el billar o cualquier otra cosa. Tan hablador como era, yo mismo desplegaba a menudo mis conocimientos y me extendía en campos del saber distintos al de Ichiro, utilizando términos y palabras como «renacimiento» o «gótico» y al hacerlo adoptaba un gesto de complicidad. Ichiro, la mayor parte de las veces, solía hablar de materias eruditas y al poco tiempo abandonaba completamente su estudio. En aquella ocasión concreta, después de haberme iluminado con sus conocimientos sobre el trofeo de cobre, sacó a colación una de sus teorías predilectas sobre la herencia y la evolución.

Yo no tenía gran cosa que decir y me limité a escuchar en silencio. Inesperadamente dijo:

—Jiro, tú eres hijo de tu padre.

—Sí —le contesté en tono áspero.

—Entre nosotros, ¿no crees que hay algo frívolo en él?

Hacía ya tiempo que me había dado cuenta de la frivolidad de nuestro progenitor, pero en esa ocasión, al decirlo él, su comentario me incomodó y no supe exactamente qué responder.

—Es posible, pero supongo que no tiene nada que ver con lo que tú llamas hereditario o temperamento. A mí me parece que le resulta inevitable comportarse de esa manera debido a las presiones que la sociedad japonesa actual ejerce sobre los individuos. Esa realidad no nos permite actuar de distinta forma. El mundo está lleno de gente mucho más frívola que padre. Quizás no te hayas dado cuenta de eso, tan ocupado como estás siempre con tus estudios y con tus clases.

—Lo sé perfectamente. La sociedad japonesa actual, y es probable que pueda decirse lo mismo de la occidental, funciona de tal manera que sólo permite sobrevivir a los tipos más superficiales y espabilados —sentenció. Guardó silencio durante un rato y después alzó sus ojos lánguidos—. Sin embargo, Jiro, siento decir que en el caso de padre, se trata de un rasgo

innato. No importa en qué tipo de sociedad viva, para él resultaría muy complicado comportarse de otra forma.

Esa era la actitud normal de Ichiro. Demasiado altivo y, sin embargo, demasiado ignorante a pesar de sus estudios. No sólo lo tratábamos como a un bicho raro en familia, sino que, cada vez, él mismo se alejaba más de sus padres. Era un hecho triste e insoslayable. No pude evitar dejar caer la cabeza y mirar al suelo.

—Jiro, tú te comportas igual que padre. No veo ningún rastro de sinceridad en ti.

Yo tenía la misma tendencia instintiva a perder los estribos que él, pero en esa ocasión, tras escuchar sus palabras, no sentí resentimiento alguno.

—Puedes considerarme un frívolo si eso te parece bien. Pero que lo hagas con nuestro padre, me parece llevar las cosas muy lejos. Estás demasiado solo y encerrado en tus estudios como para permitirte el lujo de hacer ese tipo de observaciones.

—¿Quieres que te ponga un ejemplo?

Los ojos de Ichiro me atravesaron y no me quedó más remedio que cerrar la boca.

—¿Te acuerdas de la historia de la mujer ciega que nos contó el otro día cuando vinieron sus amigos a recitar y cantar? Nuestro padre fue a ver a aquella mujer como simple emisario. Después nos contó la historia y pasó por alto, con unas simples palabras, el asunto que tantas preocupaciones le había causado a la mujer durante veinte años. Al escucharlo, sentí una gran lástima en lo más profundo de mi ser. No por compasión hacia la mujer, al fin y al cabo no la conozco, sino por la lástima que me produce tener un padre tan frívolo como el nuestro. Me hizo sentir miserable.

Si ves la vida así, igual que haría una mujer, estoy con vencido de que todo te parecerá frívolo.

—Lo que dices sólo demuestra que has heredado lo peor de él. Hace tiempo te pregunté por Nao y, desde entonces, estoy esperando a que me digas algo. Te limitas a aparentar que no sabes nada, o a poner una excusa detrás de otra.

—Eres demasiado estricto al decir que aparento no saber nada, ¿no crees? Después de todo, no he tenido oportunidad de hablarte de ello. Tampoco necesidad.

—Has tenido oportunidad todos los días y quizás a ti no te haya parecido necesario, pero a mí sí. Por esa razón te pedí un favor especial.

Al decirlo, sentí como si me golpeara. Era un hecho cierto que desde el incidente había tratado de eludir un encuentro doloroso con él para hablar seriamente sobre Nao. Por ese motivo procuré desviar de nuevo la conversación.

—Si ya no confías en nuestros padres, tampoco confiarás en mí, su hijo. ¿No te parece que eso contradice abiertamente lo que me dijiste en Wakanoura?

—¿Qué? —dijo en un tono molesto.

—Deberías recordar que en aquella ocasión dijiste: «Confío en ti porque has heredado la integridad de padre, por eso te pido un favor tan delicado como este».

Lo puse contra las cuerdas. Me aproveché de la ventaja y añadí con especial énfasis:

—Como te aseguré entonces, no tengo el más mínimo problema en contarte todos los detalles sobre Nao, aquí y ahora. Para empezar, es ridículo que pienses que no tengo intención de hablar de ello a menos que surja la ocasión. Soy perfectamente consciente de que, aunque te cuente la historia completa, todo se puede resumir en unas cuantas palabras. Hasta ahora no parecías demasiado preocupado y, sencillamente, no me ha parecido que hubiera una urgencia especial en decir nada. Esa es la única razón por la que he guardado silencio hasta hoy. Pero si insistes en escuchar un informe por mi parte, como si fuera el de un funcionario enviado en misión oficial, ¿qué más puedo hacer? Te voy a decir en este momento lo que descubrí. Pero déjame que antes te prevenga. En mi informe no hay ninguna extraña fantasía como la que esperas escuchar, porque eso sólo está en tu cabeza. No existe en ningún otro lugar, y eso es un hecho objetivo.

Al escuchar mis palabras, no movió casi ningún músculo de la cara. Aparentaba tranquilidad con sus codos apoyados en la mesa y los ojos medio entornados. En esa postura, me resultaba imposible adivinar su expresión. Era un hombre de la razón, cierto, pero al mismo tiempo sentía una enorme debilidad por el hecho de que esa misma razón lo golpeara. Palideció y me di cuenta de que lo había derrotado al exponerle las cosas así.

Saqué un cigarrillo del paquete y acerqué una cerilla. Durante un momento, mi atención osciló entre el lívido humo azul que salía de mis

orificios nasales y la expresión de su cara.

—Jiro —dijo al fin sin mostrar enfado o tensión.

—Sí —contesté en un tono quizás un tanto altivo.

—A partir de ahora no volveré a preguntarte nada sobre Nao.

—Ya. Me parece que eso será mucho mejor para ti, para ella e incluso para padre. Sé un buen marido y ella será entonces una buena esposa —dije tratando de equilibrar la defensa de mi cuñada con una leve amonestación a mi hermano.

—¿Eres un estúpido! —gritó inesperadamente. El grito, que probablemente se había escuchado con toda claridad en la planta de abajo, me cogió por sorpresa—. Eres hijo de tu padre y quizás sepas cómo desenvolverte en este mundo, pero no tienes ni idea de lo que significa el trato entre caballeros. ¿Por qué debería yo escuchar de ti nada concerniente a Nao? Eres un frívolo.

Lo escuché, me levanté de la silla y me dirigí inconscientemente hacia la puerta.

—¿Cómo podría creer nada de lo que me dices después de escuchar una confesión tan falsa, tan falsa como las de padre?

Sentí la descarga de su ira en mi espalda. Cerré la puerta y salí a la oscuridad de las escaleras.

23

Durante una semana aproximadamente, no volví a coincidir con Ichiro excepto a la hora de la cena. Puesto que todo el mundo consideraba mi deber animar la conversación, mi inesperado silencio provocaba una situación un tanto sombría. Nos sentábamos a la mesa e incluso el agradable canto de los grillos parecía distante y frío.

En aquella desolada escena familiar, Osada-san continuaba sirviéndonos con aire ausente y con la bandeja apoyada en su regazo, como si para ella no hubiera nada más importante en el mundo que pensar en su boda. Padre, con una alegría de vivir nunca eclipsada por nada, seguía con sus historias como si tal cosa. Pero nadie reaccionaba con espontaneidad ni tampoco él parecía esperarlo, al menos en lo que a mí concernía.

Sólo Yoshie lograba hacernos reír algunas veces. Cada vez que la conversación llegaba a un punto muerto e incierto, madre se dirigía a ella con el pretexto de llamar nuestra atención y animar de nuevo la conversación. Su falta de naturalidad atacaba los nervios de Ichiro.

Nada más terminar de cenar, me levantaba de la mesa y me encerraba en mi cuarto donde me dedicaba a fumar y a dar profundos suspiros de alivio: «Es horrible, peor que un grupo de extraños cenando juntos. Me pregunto si todas las familias serán tan antipáticas como la mía».

Poco a poco me iba haciendo a la idea de marcharme de casa de una vez por todas. Cuando la atmósfera alrededor de la mesa se hacía irrespirable, Oshige me seguía hasta la habitación. A veces sollozaba sin decir palabra, otras me miraba amargamente como si me exigiera que le pidiera perdón a nuestro hermano.

Vivir en casa se me hacía insoportable. Yo era tan irascible como indeciso, pero al final me decidí a alquilar una habitación. Fui a contárselo a Misawa y a pedirle consejo.

—Todo esto ha pasado porque estuviste demasiado tiempo en el hospital en Osaka y al final no pudimos marcharnos juntos —le recriminé.

—Al contrario, es porque has estado rondando a Nao desde hace tiempo —replicó.

Desde que habíamos vuelto de Osaka, nos habíamos visto en numerosas ocasiones y ni una sola vez se me ocurrió decir una palabra acerca de Nao. Nunca antes llegué a mencionarla. Fue aquella la primera vez en la que lo oí mencionar su nombre. Con sus palabras parecía insinuar la existencia de una relación entre ella y yo, y por el tono en que lo había dicho, me lo podía tomar tanto en serio como en broma. Miré a Misawa sorprendido y con ojos de sospecha. Él, aparentemente molesto, dijo:

—Vamos, no te enfades conmigo. —Después añadió en un tono más conciliador—: Mi fantasía particular de ser amado por una demente, o incluso por una mujer muerta, es seguramente menos arriesgada que la tuya.

Permanecí en silencio y al momento me golpeó en el hombro amistosamente.

—¿Qué dices?

No estaba seguro de si hablaba en serio o en broma. En cualquier caso, no tenía ninguna gana de explicar o justificar nada. Al menos, me dio cierta información sobre un par de habitaciones disponibles y de regreso me detuve a echar un vistazo. Una vez en casa, llamé a Oshige antes que a nadie y le anuncié:

—He seguido tu consejo y al final me he decidido a mudarme.

Me miró con sorna. Por su expresión me di cuenta de que la noticia la había cogido medio prevenida y medio por sorpresa.

A pesar de ser hermanos no había mucha intimidad entre nosotros. La informé de mi intención de dejar la casa antes de decírselo a otro miembro de la familia y en realidad fue más por fastidiarla que por afecto. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Por favor, vete ya de casa. Me da igual con quien sea, pero yo voy a tratar de casarme lo antes posible. —No respondí nada. Ella continuó—. En cuanto te marches, ya no querrás volver. ¿Te vas a casar y a establecerte por tu cuenta, verdad?

—¡Claro que sí!

Sus lágrimas desbordaron sus ojos y empezaron a caer en el suelo.

—¿Por qué lloras de esa manera? —No esperaba en absoluto una reacción y mi pregunta fue en un tono amable.

—Porque me voy a quedar aquí sola...

Fue lo único que pude escuchar con claridad. El resto de sus palabras se enredaban y confundían entre las continuas sacudidas y sollozos. Encendí un cigarrillo y esperé a que se calmara. Al poco tiempo, se enjuagó las lágrimas con las mangas del quimono y se levantó dispuesta a marcharse. Al verla de espaldas, sentí mucha lástima por ella.

—Oshige, tú y yo siempre hemos discutido. A partir de ahora no habrá muchas oportunidades de pelearnos. ¿Por qué no nos damos la mano como amigos en señal de paz?

Extendí la mano pero ella, avergonzada, la rechazó. Pensé que había llegado el momento de informar a mis padres sobre mis intenciones y pedir su aprobación. En último lugar, tendría que ir a ver a Ichiro para darle la noticia y eso se me antojaba una tarea muy dolorosa.

Creo que fue al día siguiente cuando le expuse mis intenciones a madre. Pareció sorprendida ante mi inesperada decisión.

—Si te vas a marchar, creo que sería mejor que antes te buscaras una mujer. En fin, qué le vamos a hacer. —Me miró pensativa y, cuando ya me dirigía a la habitación de padre me llamó de nuevo—. Jiro, incluso después de que te marches de casa... —En ese momento, en su voz se apreció un titubeo, como si temiera mi reacción por lo que iba a decir. Pero su pregunta fue aparentemente irrelevante—. ¿Se lo has dicho ya a tu hermano?

—No. Todavía no.

—Es mejor que se lo digas tú mismo. Si se entera por tu padre, seguro que se ofende.

—No te preocupes. Ya lo había pensado. Quiero marcharme de la mejor manera posible.

Entré en el cuarto de padre y lo encontré escribiendo una larga carta.

—El otro día me llegó una nota de Okada desde Osaka en la que me pedía una información relativa a la boda de Osada. Quería responderle lo antes posible, pero no he podido hacerlo hasta hoy. Por cierto, ya que estás aquí aprovecho para decírtelo. Siempre que escribes *haikei*, el ideograma para saludar a alguien, lo haces mal y pones *kei*. Para simplificar, deberías hacerlo así.

Deslizaba la pluma sobre el papel. Una parte de la carta sobresalía por donde yo estaba sentado. Miraba y remiraba el ideograma y no era capaz de discernir cuál de los dos estaba bien escrito y cuál no. Padre continuaba con su escritura y aproveché para grabarme en la memoria la imagen de los crisantemos amarillos colocados en el *tokonoma* y de la pintura en rollo colgada justo detrás.

25

Finalmente dobló su larga misiva y preguntó:

—¿Qué puedo hacer por ti? ¿Otra vez quieres dinero? Si es eso lo que necesitas, sencillamente no tengo. —Escribió la dirección en la carta.

Le revelé mis intenciones brevemente y añadí con toda formalidad unas palabras de cortesía:

—Durante mucho tiempo he sido una carga para usted y le agradezco sus atenciones hacia mí, pero...

Padre se limitó a decir:

—¡Hum! Ya veo. —Pegó un sello en la esquina del sobre y dijo—: Toca el timbre para que venga la criada.

—Está bien, yo le daré la carta, no se preocupe.

—Deja tu nueva dirección a tu madre —ordenó. Después se entretuvo con no sé qué comentarios sobre la pintura que colgaba del *tokonoma*.

No había más que decir y salí de la habitación. Sólo me quedaba despedirme de Ichiro y Nao. Desde nuestro último incidente, apenas habíamos intercambiado unas cuantas palabras amistosas. Me faltó el valor para plantarme delante de él. Tendría que haberlo hecho el día que me insultó en su despacho. Pero yo no era un cobarde temeroso de recibir un

golpe por la espalda y en aquel momento mi resentimiento hacia él ya había desaparecido por completo. El día de nuestra pelea me retiré tan en silencio como pude, como si de la habitación saliera un fantasma y su presencia se la llevase el viento. Después, no fui capaz de volver a su estudio, llamar a su puerta y pedirle disculpas. Por eso, sólo veía su hosca cara a la hora de la cena.

Tampoco había hablado mucho últimamente con Nao. De hecho, sería más correcto decir que no cruzábamos una palabra desde nuestro regreso de Osaka. Tenía una habitación pequeña para ella sola, amueblada con un aparador, pero pocas veces tenía oportunidad de jugar allí con su hija, pues siempre estaba ayudando a madre con la costura o las rutinas diarias de la casa.

A la mañana siguiente de comunicar mi decisión a padre y a madre, me encontré con Nao en la galería que llevaba al baño.

—Jiro-san, he oído que te mudas a una casa de huéspedes. ¿Acaso no te gusta vivir en tu propia casa? —me preguntó inesperadamente. Madre ya la había puesto al corriente de todo.

—Claro que me gusta. Pero he decidido vivir fuera una temporada —contesté con cierta indiferencia.

—Parece razonable. Quizás así nos ahorremos algunos problemas —dijo mirándome a la cara como si esperase algo de mí. Me quedé callado—. Y ahora, pronto tendrás que casarte con alguien. —Nao seguía llevando las riendas de la conversación. Tampoco dije nada—. Y cuanto antes mejor. ¿Quieres que te busque a alguien?

—Te lo ruego —dije finalmente.

En la comisura de sus finos labios se dibujó una sonrisa apenas perceptible en la que había una parte de desdén y otra parte de burla. Se encaminó ruidosamente hacia la sala de estar.

Observé en silencio un gran cubo de cobre apoyado sobre el suelo de cemento entre el retrete y el baño. Tenía más de un metro de diámetro y era tan grande y pesado que no se podía levantar fácilmente. De pequeño imaginaba que estaba allí para que los adultos se bañasen y, por alguna razón, esa idea me fascinaba. Ahora el cubo estaba descuidado y tristemente oxidado. Tras la puerta de cristal, las begonias, otro recuerdo de mi infancia con sus colores de temporada, tenían un aspecto patético. De pie frente a ellas, recordé los otoños de antes, cuando golpeaba con Ichiro el azufaifo para hacer caer sus frutos. Tan joven como era, me daba cuenta de que

llevaba ya cargados a la espalda muchos recuerdos inocentes y me sentí abrumado por los cambios que habían tenido lugar. El contraste entre aquel cándido pasado y el presente se me hacía aún más doloroso ahora que, después de haber discutido amargamente con Ichiro, estaba a punto de marcharme de casa.

26

Un día al volver de la oficina, le pregunté a Oshige si Ichiro estaba en casa.

—Todavía no —respondió.

—¿Es hoy cuando sale para sus recados? —volví a preguntar.

—No estoy segura. ¿Quieres que vaya a su estudio a mirar su agenda?

Le pedí simplemente que me avisara cuando volviera y me encerré en mi habitación sin decir nada más. Ni siquiera me molesté en cambiarme los pantalones. Me tumbé tal cual estaba. Sin pretenderlo me dormí rápidamente y caí en un sueño intermitente. El sueño cambiaba tan deprisa y era tan enrevesado, que no sería capaz de explicar de qué se trataba. Fue Oshige quien me despertó.

—Ichiro ha vuelto a casa.

Me levanté de golpe con la mente todavía abotargada por el sueño que me perseguía. Oshige me observaba y dijo:

—Es mejor que te laves la cara antes de ir.

Tan confuso como estaba, ni siquiera se me había ocurrido que tal cosa fuera necesaria. Cuando entré en su estudio, Ichiro seguía con el traje puesto. Escuchó el chirrido de la puerta y miró inmediatamente hacia la entrada. En sus ojos había un brillo de anticipación. Era costumbre de Nao llevarle el quimono con Yoshie nada más llegar a casa. En una ocasión había escuchado a madre aconsejarle:

—Llévaselo, ¿lo harás?

A pesar de mi somnolencia, juraría que lo que esperaba en realidad era ver a su mujer e hija y no se preocupaba especialmente por el quimono. Precisamente, por estar medio dormido fui capaz de abrir la puerta de su estudio de una manera informal, sin tan siquiera molestarme en pedir permiso. Al verme allí parado en el umbral, en su gesto no aprecié el más mínimo rastro de enfado. Me miró despacio y no dio la más mínima señal de ir a decir nada.

—¿Puedo decirte algo? —dije finalmente para romper el hielo.

—¿Por qué no entras? —respondió con calma. Su voz sonó como si no albergara resentimiento alguno. Se tomó incluso la molestia de acercarme una silla y pedirme que me sentara.

La rechacé a propósito, pero apoyé las manos en el respaldo y le dije algo más o menos idéntico a lo que ya había anunciado a nuestros padres. Me escuchó con calma, con ese aire de respetable profesor universitario. Al terminar mi declaración de intenciones, dijo sin tristeza ni entusiasmo, como si estuviera tratando a alguien vagamente conocido:

—Está bien. Siéntate de todas formas. —Llevaba un traje oscuro y daba caladas a un cigarro que no desprendía muy buen aroma—. Desde luego, debes marcharte si crees que eso es lo apropiado. Ya tienes edad suficiente para establecerte por tu cuenta. —Se detuvo para dar unas caladas—. No quiero que nadie piense que he sido yo el que te ha echado.

—Por supuesto que no. Me voy por voluntad propia —lo tranquilicé.

Mi mente empañada por el sueño se despejaba gradualmente. Ansioso por quitarme del medio, miré hacia la entrada.

—Parece que Nao y Yoshie se están bañando. No nos va a interrumpir nadie, no te impacientes. Enciende la luz, tómate tu tiempo y habla.

Me levanté y accioné el interruptor de la luz. Le cogí un cigarro y lo encendí.

—Ocho céntimos cada uno. Poca cosa, ¿no crees?

27

—¿Cuándo tienes intención de marcharte?

—El próximo sábado, creo.

—Tú solo, supongo.

Al escuchar su extraña pregunta, me quedé estupefacto y lo miré sin decir nada. No podría asegurar si lo había dicho de forma deliberada, si había sido un sarcasmo, o si lo había soltado sin más, consecuencia de algún tipo de desorden mental pasajero. No sabía con qué carta quedarme.

Normalmente, su discurso estaba impregnado de ironía y sabía bien que era resultado de una inteligencia mucho más desarrollada de lo normal. No había malicia en sus palabras. Aún puedo escucharlas resonando en mis oídos. Allí estarán eternamente. Me miró a la cara y sonrió. En su gesto pude apreciar un destello de histeria.

—Tú solo, sin duda. No tienes necesidad de llevarte a nadie.

—Por supuesto que no. Lo único que pretendo es estar tranquilo y respirar un poco de aire fresco.

—¡Aire fresco! A mí también me gustaría disfrutar de eso. Pero en toda la extensión de Tokio no hay ni un solo lugar donde se pueda respirar tal cosa.

Sentía lástima por mi hermano y por su autoimpuesta soledad. Me compadecía al verlo sufrir tanto como consecuencia de sus nervios alterados.

—¿Por qué no viajas un poco? Eso te ayudaría —dije mientras sacaba el reloj del bolsillo de su chaleco.

—Todavía tenemos tiempo antes de la cena. —Se sentó de nuevo, escrutó mi cara y dijo—: A partir de ahora no tendremos muchas oportunidades de hablar. Vamos a tener una pequeña conversación tú y yo antes de que esté lista la cena.

—Por supuesto —contesté sin ningún entusiasmo ante semejante perspectiva. No tenía la más mínima idea de qué podíamos hablar.

Sin más dilación preguntó a bocajarro:

—¿Conoces la historia de amor de Paolo y Francesca?

Me sonaba vagamente familiar, pero no era capaz de situarla con exactitud. No le contesté de inmediato.

Ichiro me explicó que era la historia trágica de dos amantes, Francesca y su cuñado, Paolo, que vivieron su historia de amor a espaldas del marido de ella hasta que este los descubrió y los mató. Me dijo que la historia aparecía en la *Divina Comedia* de Dante e inmediatamente intuí su intención al contármela. Me observaba entre el apestoso humo de su tabaco mientras proseguía su historia italiana del siglo XIII o XIV. Yo trataba de calmar la desagradable sensación que me producía todo aquello. Al concluir, me lanzó una pregunta que me cogió totalmente desprevenido.

—Jiro, ¿por qué ha olvidado el mundo el nombre del injusto marido y sólo recuerda los de Paolo y Francesca? Me pregunto si puedes explicarme la razón.

—Supongo que pasa lo mismo que en el caso de Sankatsu y Hanshichi[62] —dije a regañadientes. Aparentemente mi inesperada respuesta lo dejó desconcertado.

—Es posible, pero para mí la explicación es la siguientes el amor natural de dos amantes es, después de todo, más sagrado que la relación convencional entre marido y mujer. Por tanto, a medida que pasa el tiempo

sólo nos queda una lejana voz que nos recuerda y nos obliga a admirar la inmensa ley natural que trasciende el rígido código moral impuesto por una sociedad con las miras muy estrechas. En un momento dado, todos nosotros nos ponemos del lado de la moralidad y acusamos a los amantes de adulterio para así sentirnos seguros. Sin embargo, eso sucede porque nuestro sentido de la moralidad sólo está ahí para regular el momento en el que tomamos conciencia del asunto. Es como un chubasco pasajero. Después, sólo queda el cielo azul y despejado, es decir, Paolo y Francesca. ¿No te parece?

28

A mi edad y con mi carácter, hubiera querido secundar con todo mi corazón a Ichiro en su teoría. Pero en realidad no sabía lo que pretendía decir. No entendía por qué motivo teníamos que hablar del amor de Paolo y Francesca, ni por qué me explicaba la razón de la fama inmortal de los dos amantes. Quizás por eso mi curiosidad innata se eclipsaba ante un sentimiento incómodo y desagradable. Escuchaba sus insinuaciones y me daban ganas de preguntarle: «¿Qué pretendes decir?».

—Jiro, esa es la razón por la cual quienes se sitúan del lado de la moralidad pueden parecer temporalmente victoriosos, pero en realidad son los perdedores para toda la eternidad. Al contrario, quienes siguen sus instintos naturales pueden parecer perdedores temporales, pero serán los eternos ganadores.

No dije nada.

—Yo ni siquiera soy un ganador temporal. Soy un perdedor para toda la eternidad, por supuesto.

Continué en silencio.

—Por muchos trucos que aprendas, siempre serás un mal luchador si lo que te falta en verdad es fuerza. Ni siquiera debes preocuparte por la forma. Si tienes fuerza, vencerás. Eso es seguro. Sí, estarás llamado a ganar. Todo lo que hay de misterioso en el arte de la lucha de sumo no son más que insignificantes trucos humanos. La fuerza física es el verdadero don natural...

Ichiro prosiguió con su discurso y su fútil filosofía. Fútil porque lo único que hacía era arremeter contra molinos de viento. Yo, allí sentado frente a él, estaba atrapado en la extraña e inquietante niebla de su

pensamiento. Me resultaba mucho más arduo y doloroso tratar de apartarla que romper una maroma a mordiscos.

—Jiro —dijo al fin—, tú serás ganador en el presente, en el futuro y a lo largo de toda la eternidad, ¿no crees?

Aunque fuera tan irascible como Ichiro, al menos no era tan imprudente. Lo primero que tenía que considerar antes de responderle era si estaba en su sano juicio, o si lo que decía era resultado de una extraordinaria crisis temporal. Probablemente sufriera algún tipo de enajenación mental y, sin lugar a dudas, a mí me considerarían el único responsable de su locura.

No me aventuré a darle ninguna respuesta y me limité a escuchar. Me preguntaba si en caso de divorciarse de la mujer de quien tantas dudas albergaba, eso supondría un verdadero alivio para él.

En ese momento Nao subía las escaleras con el quimono y Yoshie cogida de su mano. Al aparecer por la puerta, sus mejillas normalmente pálidas, estaban encantadoramente sonrojadas con un tono rosáceo consecuencia del baño que acababa de tomar. Su piel tenía un aspecto suave y seductor.

Me miró sin decir nada y saludó a Ichiro.

—Siento mucho venir tan tarde. Estarás muy incómodo. Nos estábamos bañando y no he podido subir antes a traerte el quimono. —Se dirigió a Yoshie y le dijo—: Dile hola a tu padre.

Yoshie obedeció:

—Hola.

Hacía tiempo que no veía a Nao prodigar tantas atenciones conyugales a su marido. Tampoco había vuelto a ver ese brillo en los ojos de Ichiro, como si el encanto de su esposa tuviese el efecto balsámico de dulcificar su ánimo. Sabía que en presencia de otras personas, Ichiro daba la impresión de ser alguien muy seguro de sí mismo, pero habíamos crecido juntos y me resultaba fácil adivinar lo que pasaba en realidad por su mente.

Disimulé mi alivio ante aquel inesperado rescate y aproveché para escabullirme de la habitación. Nao se inclinó ligeramente, como si saludase a un desconocido. Pocas veces me había tratado con tanta frialdad.

Dos o tres días después me marché de casa, de esa casa familiar cargada de historias y recuerdos en la que crecí con mis padres, con mi

hermana y mi hermano. A pesar de todo no sentí nada especial. Nada digno de lo que dar cuenta. Más bien al contrario, me molestó el semblante triste de mi madre y hermana lamentando mi partida. Me hacían sentir como si quisieran restringir mi libertad de movimientos. Únicamente Nao me regaló una de sus solitarias sonrisas.

—¿Ya estás listo para marcharte? Entonces, adiós, pero ven a visitarnos de vez en cuando —dijo.

Por alguna razón sus palabras de cortesía tuvieron el efecto de alentarme, especialmente al ver las caras apesadumbradas de mi madre y mi hermana.

Después de mudarme a mi nueva habitación, iba a la oficina en Yurakucho todos los días. Misawa me había encontrado allí un puesto. El director de la oficina era un tío de H (un compañero de mi hermano) y había pedido a Misawa referencias mías. Era un experto en su campo y había vivido mucho tiempo fuera. Tenía la rara costumbre de meter los dedos en su cabellera plateada y frotársela vigorosamente para quitarse la caspa. En ocasiones, si nos sentábamos con él cerca del brasero, nos molestaba ese extraño olor producido por la caspa al quemarse.

—¿A qué se dedica tu hermano actualmente? —me preguntaba a menudo. Yo me limitaba a darle una vaga respuesta:

—Bueno, está encerrado en su cuarto enfrascado en el estudio de algo.

Una mañana, cuando las paulonias habían perdido todas las hojas, me cogió por sorpresa y volvió a preguntarme:

—¿Qué tal está tu hermano últimamente?

A pesar de lo acostumbrado que estaba a sus preguntas, su ataque por sorpresa me cogió completamente desprevenido y no supe qué contestar.

—¿Cómo se encuentra de salud? —insistió.

—No parece que muy bien.

—Debería cuidarse un poco más. Trabajar tanto no le hace ningún bien. —En su gesto había un rastro de sincera preocupación.

Sólo había vuelto a casa en una ocasión después de mudarme. Aproveché para llamar a mi madre aparte y preguntarle por Ichiro.

—Últimamente tiene mejor aspecto —aseguró—. Incluso sale a veces al patio y columpia a Yoshie... —Sus palabras me tranquilizaron y a partir de entonces ni siquiera traté de ponerme en contacto con nadie en casa.

Un día a la hora del almuerzo, mientras comía un menú, el jefe, el señor B, volvió a preguntarme:

—¿Es cierto que has alquilado una habitación?

—Sí —me limité a responder.

—¿Por qué? ¿Acaso la casa de tus padres no era lo suficientemente grande?

Vacilé y sólo acerté a darle una respuesta un tanto evasiva. El trozo de pan que acababa de llevarme a la boca se me antojó seco y difícil de tragar.

—Viviendo solo estarás más a tu aire que en una casa todos apiñados... Por cierto, sigues soltero, ¿no? ¿Qué piensas sobre la posibilidad de casarte y establecerte por tu cuenta?

Ni siquiera a eso pude responder con la prontitud que era de esperar.

—No parece que hoy estés muy animado. —Tras hacer esa observación, el señor B comenzó una tonta e irrelevante conversación con los demás. Yo sólo escuchaba a medias las risotadas a mi alrededor y miraba en silencio las hojas de té flotando en la taza como si presagiasen algo. Me preguntaba si era yo él único que se sobresaltaba últimamente con tanta facilidad. Consideraba seriamente la posibilidad de que algo no funcionase bien en mi cabeza desde que había iniciado mi vida solitaria. Decidí que después del trabajo sería un buen momento para ir a visitar a Misawa.

30

Cuando entré en la habitación de Misawa, sentí envidia al verlo confortablemente sentado con las piernas cruzadas bajo una gran lámpara y junto al brasero, refugiándose del frío que ya anunciaba el invierno. De su aspecto y de su forma física se deducía que, al tiempo que el viento del otoño soplaba con más fuerza, su dolencia crónica del estómago mejoraba considerablemente. Verlo así de relajado, en clara oposición a mi inquietud, fue algo totalmente inesperado. Recordé los largos días pasados en el hospital de Osaka, cuando se pasaba las horas muertas mirando sin descanso el caluroso cielo de la ciudad. Sentí como si nuestros papeles se hubieran intercambiado.

Tras perder recientemente a su padre, Misawa había asumido el papel de señor de la casa. Incluso cuando el señor B le ofreció un puesto a través del señor H, se permitió el lujo de pasarme a mí la oferta, quizás con desinteresada buena voluntad o quizás por puro capricho.

Observé detenidamente la habitación bien iluminada y charlamos sobre los elegantes grabados y acuarelas que cubrían las paredes, pero en

apenas diez minutos ya no hubo nada más que decir al respecto. De pronto, Misawa dijo:

—Por cierto, tu hermano.

Al escuchar de nuevo el nombre de Ichiro, no pude contenerme y repuse de mala gana:

—¡Otra vez! ¿Qué pasa con él?

—Nada especial, pero... —Misawa me miró y relacioné sus palabras con las del señor B por la mañana.

—No me dejes a medias. Di lo que ibas a decir. ¿Qué tienes que decir sobre mi hermano? Precisamente esta mañana el señor B me hizo la misma pregunta y me dejó desconcertado.

Misawa me miró con atención y continuó:

—De acuerdo. Te lo diré. Supongo que al señor B, al igual que a mí, la historia le ha llegado por parte del señor H. Y la historia del señor H, por su parte, viene de sus estudiantes. Según cuentan, las clases de tu hermano normalmente son lúcidas, frescas y muy apreciadas por sus alumnos. Pero, con cierta frecuencia surgen algunas cuestiones poco importantes, más aún teniendo en cuenta el contexto. Si se da el caso de que los estudiantes le preguntan por ello, tu hermano, una persona por naturaleza honesta, trata de explicarlo una y otra vez sin lograr hacerse entender del todo. En una ocasión llegó incluso a darse por vencido y con la mano en la frente, en gesto de sufrimiento, confesó: «Últimamente hay algo que no funciona bien en mi cabeza». Después se quedó plantado en mitad del aula mirando con expresión vacía por la ventana. Los alumnos desistieron de escuchar su explicación y le dijeron que no se preocupara, que ya resolverían la duda la próxima vez. Parece ser que le ha sucedido en varias ocasiones. El señor H me dijo: «La próxima vez que veas a Jiro Nagano, díselo. Su hermano puede terminar sufriendo una crisis nerviosa». Había olvidado por completo comentártelo hasta ahora.

—¿Cuándo sucedió? —me impacienté.

—Más o menos cuando te mudaste, pero no recuerdo exactamente la fecha.

—¿Sigue comportándose así?

Misawa tensó el gesto y dijo a modo de consuelo:

—No, no. Parece que fue algo pasajero. Ahora está bien, como de costumbre. Eso al menos dijo el señor H hace un par de días. No te preocupes, pero...

Me acordé de la tensa conversación que había mantenido con Ichiro al marcharme de casa. Me sentí impotente, asustado. Me preguntaba si mi sospecha de aquel día no quedaba confirmada por sus problemas en la universidad.

Intenté olvidarme de Ichiro por todos los medios y me acordé de la chica demente de la que Misawa me había hablado cuando estaba ingresado en el hospital de Osaka.

—¿Llegaste a tiempo al funeral de la chica? —pregunté.

—Sí, justo a tiempo. Pero sus padres se comportaron de una manera muy poco apropiada, incluso desagradable —dijo como si blandiera el puño contra alguien. Me sorprendió su actitud y le pregunté la razón por la cual se ponía así.

Aquel día Misawa había acudido al mausoleo familiar en el templo de Honganji, en el barrio de Tsukiji, como representante de su familia. Después de la recitación de una larga serie de *sutras* en la oscura sala principal, Misawa se acercó como los demás a colocar incienso frente a la tablilla mortuoria. Nadie más, según él, se inclinó con tan sincera reverencia frente al alma de aquella hermosa muchacha.

—Sus padres y familiares se mostraron tan indiferentes y despectivos que parecían meros observadores. Yo fui el único que lloró de verdad.

Ver a Misawa tan enfurecido me provocó una sensación un tanto ridícula. A pesar de todo, asentí comprensivo.

—Si sólo hubiera sido eso no me habría enfadado, pero lo que vino después me ofendió de verdad.

Tras el ritual funerario los invitaron, como es costumbre en tales ocasiones, a un restaurante próximo al templo. Durante el almuerzo los padres de la chica comenzaron a lanzar taimadas insinuaciones. Al principio Misawa no se lo tomó a mal, pues no captaba el sentido, pero en el transcurso de la conversación se dio cuenta de adónde querían llegar.

—¿Se puede decir algo más absurdo? Lo que decían es que yo había sido la causa de la desgracia de la chica, incluso de su demencia. Es más, pensaban que el marido de quien se había divorciado estaba exento de responsabilidad en lo sucedido.

—¿Y por qué razón pensaban así? No tiene sentido. ¿No es posible que lo entendieras mal?

—¿Entenderlo mal? —gritó Misawa.

No me quedó más remedio que morderme la lengua. Misawa continuó enumerando lo que él consideraba verdaderas estupideces de los padres y acusando al exmarido de la mujer por su imperdonable frivolidad.

—¿Por qué no me permitieron desde un principio que me casara con ella? Simplemente por una cuestión de dinero, de estatus social...

—¿Pero llegaste a pedir su mano? —le interrumpí.

—No —contestó—. Fue después de que perdiera el juicio cuando sus ojos grandes y llorosos me conmovieron y me llegaron a lo más profundo del corazón. Fue después de que ella empezase a pedirme que volviera pronto a casa.

Al explicarlo, parecía como si siguiera viendo aquellos grandes y hermosos ojos. Su boca, tensa y sellada, denotaba una firme determinación; la determinación de superar cualquier dificultad en caso de que ella hubiera estado viva, de arrancarla de las garras de sus estúpidos padres y de su irresponsable marido, de rescatarla para siempre y acogerla entre sus brazos. Mi mente sustituyó los bellos ojos de aquella chica por la imagen del hermano del que trataba de olvidarme. El crudo relato de su terrible enfermedad mental tenía el efecto de aumentar mi preocupación por la suerte de mi propio hermano. Cuando en el tren de Wakayama habíamos hablado de esa historia de Misawa, me dijo que la chica seguramente lo amaba y se aventuró a explicar que, precisamente debido a su desorden mental, se había liberado de todo tipo de escrúpulos e inhibiciones. A lo mejor Ichiro deseaba que su propia mujer, Nao, sufriera una enfermedad semejante que la liberase también y le permitiese expresar sus más profundos sentimientos. Pero en caso de albergar semejantes esperanzas, él mismo se daba cuenta de que parecería un demente a ojos de los demás. Una mente como esa, desquiciada por algún tipo de neurastenia, sería muy capaz de ponerse a delirar en cualquier momento y a gritar todo tipo de barbaridades.

Inmerso en mis pensamientos ya no tenía tiempo de observar la cara de Misawa.

Prometí a madre ir a ver a Misawa en cuanto tuviese oportunidad y sondearle sobre la posibilidad de que contrajera matrimonio con Oshige. Aquella tarde, sin embargo, fui incapaz de cumplir su encargo. Ajeno por

completo a mis propósitos, fue él quien me urgió para casarme lo antes posible y se ofreció a presentarme alguna candidata en cuanto se diera la ocasión. No podía pensar con calma ni claridad y fui incapaz de responderle. Tan sólo acerté a decir algo impreciso y después salí de su casa. Fuera, el viento soplaba; en lo alto del cielo las estrellas parpadeaban como si concentrasen sus escasas fuerzas para resistir el vendaval. Coloqué mis manos sobre mi corazón desolado y volví a mi cuarto para deslizarme a toda prisa en el gélido futón.

Pasaron dos o tres días y seguía preocupado por Ichiro. Sentía como si mi cabeza no armonizase conmigo. Finalmente, fui a casa de mis padres pero rehusé enfrentarme a él cara a cara. Por esa razón no subí las escaleras. Hablé con madre y los demás con la misma amigable indiferencia que hubiera dispensado a cualquier invitado. El placer de estar con mi familia sin Ichiro rondando por ahí me hizo sentir finalmente relajado y cómodo.

Antes de irme, llamé a madre a la habitación contigua para preguntarle cómo se encontraba mi hermano. Estaba contenta porque su estado nervioso había mejorado considerablemente. A pesar de que sus palabras me tranquilizaron, me preocupó la posibilidad de que hubiera algo que se le escapaba. No fui capaz de reunir el valor necesario para ir personalmente a verlo y comprobar cómo se encontraba. Tampoco fui capaz de contarle a madre la historia de Misawa sobre sus lapsos temporales en clase.

No tenía nada más que decir. Me quedé de pie, ausente y con ánimo sombrío en la oscuridad reinante detrás del *fusuma*[63]. Madre tampoco se movía. Parecía inquieta, ansiosa por decirme algo.

—El otro día pilló un resfriado y cuando estaba adormilado por la fiebre dijo algo extraño.

—¿El qué?

No me contestó y ofreció a modo de justificación:

—Bueno, sería por la fiebre. No hay nada de lo que preocuparse.

—¿Tanta fiebre tuvo?

—Le subió hasta treinta y ocho o treinta y nueve. Pregunté al médico y me explicó que cuando uno sufre crisis nerviosas, incluso una fiebre no muy alta puede afectar al cerebro.

Mis conocimientos médicos eran muy rudimentarios y esa nueva información me aportó un nuevo motivo de inquietud. Gracias a la oscuridad reinante en la habitación, madre no fue capaz de ver mi gesto de extrañeza.

—Después de aplicarle hielo en la cabeza, la fiebre le bajó enseguida para alivio de todos.

Quería saber qué cosa extraña le había dicho en su delirio y me quedé allí plantado en el frío tras el *fusuma*.

La habitación contigua estaba muy iluminada y cada vez que padre le gastaba una broma a Yoshie, todo el mundo se reía a carcajadas. A través de las risas, escuché la voz de padre que me llamaba:

—¡Jiro! ¿Ya estás pidiendo dinero a tu madre otra vez? Esposa, no te dejes liar con sus historias.

—Nada de eso —le contesté en voz alta y clara.

—Entonces, ¿qué demonios estáis murmurando en plena oscuridad? Vamos, venid aquí donde os podamos ver.

Todo el mundo volvió reírse a carcajadas. Ante su insistencia no me quedó más remedio que decir:

—De acuerdo, ya vamos. —Cuando estuvimos frente a los demás, me di cuenta de que no había escuchado de boca de mi madre aquello que tanto me interesaba.

33

Durante un tiempo, cuando veía al señor B o visitaba a Misawa, el asunto de mi hermano dejó de ocupar nuestra conversación. Me sentía más tranquilo y poco a poco traté de olvidarme de mi familia. Pero el aburrimiento y la soledad que me producía vivir en una casa de huéspedes me abrumaba. Trataba de distraerme y por eso pasaba mucho tiempo con Misawa.

Nunca se cansaba de hablar de la chica demente. Cada vez que escuchaba su extraña historia de amor, no podía evitar pensar en mi hermano Ichiro y en Nao, ni sentir un cierto desagrado hacia mí mismo. De vez en cuando trataba de fingir hartazgo con mi actitud y con mis palabras, pero Misawa no se daba fácilmente por vencido.

—Cuéntame también tu historia, así podremos hacer un balance de pérdidas —decía para burlarse de mí. En alguna ocasión, incluso, llegamos a discutir en plena calle.

Misawa no conseguía liberarse de la alargada sombra de la chica y no me dejaba margen para hablarle de Oshige, como me había pedido madre. Oshige era una chica por encima de la media y eso que yo no era precisamente su más ferviente admirador. Pero, por desgracia, de lo que

contaba Misawa se deducía sin ningún género de duda que era muy distinta a la chica que tanto lo había cautivado.

Él no se andaba con reservas como yo y se permitía el lujo de recomendarme con toda la tranquilidad del mundo posibles candidatas:

—¿No te gustaría echarle un vistazo a esta uno de estos días? —llegó a ofrecermelo en una ocasión. A pesar de mi rechazo inicial, al final llegué a considerarlo seriamente. Después no hizo más que posponer la fecha una y otra vez aduciendo que no era el momento oportuno. Al final me desilusioné y me olvidé por completo del asunto.

Por otro lado, los planes de matrimonio de Osada-san se iban concretando. Ya tenía edad para casarse y, a pesar de ello, seguía siendo la más ingenua de la familia. No tenía unas dotes extraordinarias pero se sonrojaba a la mínima de cambio y eso le otorgaba un encanto muy peculiar.

Solía volver tarde a la habitación después de mis salidas nocturnas con Misawa y cuando me metía en el futón congelado, a veces me acordaba de Osada-san. Ella también se taparía hasta la cabeza con mantas heladas y seguro que entraba en calor gracias al cálido sueño de su futuro cercano. Quizás ocultase su sonrisa tras la cinta de terciopelo del embozo del edredón.

Dos o tres días antes de la boda, llegaron Okada y Sano a la estación de Shinbashi y bajaron tiritando del tren. Me habían enviado a recogerles. Al verme, Okada gritó:

—¡Eh!, Jiro-san, tiene el mismo aspecto despreocupado de siempre. — Como de costumbre, Okada parecía no darse cuenta de lo inoportuno de su desbordante jovialidad.

Al día siguiente, cuando fui a casa de mis padres, todo el mundo estaba muy animado y divertido gracias a las ocurrencias de Okada. Ichiro, haciendo probablemente una excepción, no tenía su habitual cara de amargura y se dejaba llevar por el torbellino.

—Jiro-san —me dijo—, es realmente absurdo que haya alquilado una habitación en este momento. Lo único que ha logrado es que la casa parezca más triste y solitaria, ¿no le parece, Nao-san?

Mi cuñada puso cara de extrañeza y no dijo nada. Yo tampoco supe qué decir. Ichiro, más tranquilo de lo habitual, pareció no prestarle atención. Okada ya estaba borracho y decía cualquier cosa sin la más mínima preocupación.

—No creo que usted, Ichiro-san, haga bien tampoco. ¿Qué sentido tiene estar todo el día encerrado en el despacho dedicado al estudio? Alguien con su formación no corre ningún riesgo de fracasar, créame. Tampoco Jiro, Nao-san o su madre tienen razón. Usted dice que no se preocupa de nada más que de sus estudios, pero ha bajado rápidamente nada más oírme llegar para pasar un buen rato. ¿No es así, Ichiro-san? —Okada miró a mi hermano que limitó su expresión a una sonrisa a medias—. ¿Qué dice usted, tía?

Madre también guardó silencio.

Parecía como si fuese a preguntar a cada uno de los miembros de la familia hasta obtener una respuesta favorable:

—¿Y tú, Oshige-san?

—Okada-san —se apresuró a contestar—. No importa lo viejo que se haga. Parece que nunca se va a curar de su enfermiza verborrea. ¡Qué bocazas es usted!

Todo el mundo se rio y yo me sentí aliviado.

34

—Tío, ¿puedes venir un momento? —Desde la habitación contigua Yoshie me llamaba con su diminuta mano. Me levanté.

—¿Qué sucede?

Arrastraba una enorme bolsa y decía orgullosa:

—Es de Osada-san. ¿Por qué no miras qué hay dentro? —Sacó una cajita cubierta de terciopelo del bolsillo exterior. Cogí un anillo con una perla y lo miré con curiosidad.

—Esta también —dijo Yoshie. En esa ocasión se trataba de una cajita granate. Dentro estaba el anillo de oro que le había regalado a Osada-san para agradecerle todas las atenciones que había tenido conmigo. Yoshie insistió—: ¡Esta también! —y levantó un monedero que parecía de satén, adornado con crisantemos dorados. Después continuó con una caja oblonga bastante grande hecha de madera de paulonia. Contenía una cinta decorativa para un *obi* adornada con hojas de hiedra cosidas con hilo dorado, cobre y plata. Por último, señaló un peine y un pasador ornamental para el pelo y dijo—: Es una imitación, no es de carey. La auténtica era muy cara y tuvo que renunciar. —Yo no había escuchado nunca la palabra «carey». Yoshie tampoco, pero como era chica parecía conocer más detalles—: Es la más barata. Más barata aún que *shihobari*[64]. Está pegada con huevo blanco.

—¿Cómo que está pegada con huevo blanco? —le pregunté.

—¡Yo qué sé! —contestó mientras arrastraba de nuevo el bolso a la habitación contigua.

Madre me enseñó el quimono que Osada-san llevaría el día de su boda. Era de seda azul tintada con un púrpura pálido. Tenía hojas de hiedra estampadas y estaba rematado con algunos dibujos de bambú.

—¿No es demasiado discreto para su edad? —pregunté.

—Cualquier otro sería demasiado caro —respondió—. Este ha costado veinticinco yenes. —Evidentemente, esa cantidad de dinero no fue suficiente para impresionar a un ignorante en la materia como yo.

Habían comprado tres grandes rollos de tela sin teñir a un sastre de Kioto que los había llevado personalmente la primavera pasada. Desde entonces estuvieron guardados en un aparador.

Osada-san se resistía a dejarse ver donde estábamos reunidos y pensé que se sentía incómoda. Deseaba ver personalmente su cara ruborizada y le pregunté a madre:

—¿Dónde está Osada-san?

En ese mismo instante Ichiro dijo:

—¡Vaya! Se me olvidaba decirle algo. —Nos miramos con extrañeza y en los finos labios de Nao se dibujó un mohín de desdén. Completamente ajeno a los demás, Ichiro le dijo a Okada—: ¿Me perdonas un momento? —y se marchó escaleras arriba.

Poco después de que el sonido de sus pasos se desvaneciera, Osada-san apareció en la puerta de la habitación y le hizo una educada reverencia a Okada. Okada la invitó a pasar, pero ella dijo:

—Tengo que subir al estudio. Vuelvo en un momento. —A pesar de su expresión de congoja, no sentimos lástima por ella y tampoco tratamos de detenerla.

Los pasos de Ichiro al subir la escalera no fueron especialmente ruidosos, pero sí escuchamos nítidamente el ruido que hizo al cerrar las puertas correderas. Quizás fuera porque Osada-san estaba descalza, o quizás por mantener su modestia femenina, lo cierto es que subió en completo silencio y no fui capaz de apreciar siquiera el deslizarse de la puerta al entrar y salir. Durante la media hora que duró su charla en el estudio, Nao, más relajada que de costumbre, habló y rio con ganas, desplegando su encanto natural. Sin embargo, yo apreciaba claramente que tras su máscara

sólo había un desesperado intento por disimular su disgusto. Okada, por su parte, seguía como siempre.

Cuando finalmente Osada-san pasó de nuevo frente a la habitación después de su charla con Ichiro, salí rápidamente al pasillo aparentando algo urgente que hacer. Cuando la encontré, vi su cara aún sonrojada, profundamente avergonzada. Bajó la vista, se escabulló de mí y al zafarse me pareció ver el destello de las lágrimas en sus ojos. Nunca averigüé de qué le habló Ichiro. Nadie en el mundo excepto ellos dos conoce los detalles de lo que allí se dijo.

35

Mis padres me pidieron que asistiera a la boda de Osada-san en calidad de pariente suyo. Fue un día lloviznoso, uno de esos días lúgubres y poco apropiados para una ceremonia. Me levanté antes de lo normal y cuando llegué a la casa familiar, el ajuar de la novia estaba completamente esparcido por la habitación de ocho tatamis.

Al salir del baño, eché un fugaz vistazo a través de las puertas correderas de la habitación donde la novia se vestía. Estaba allí maquillándose. Decía: «¡Por favor, no toques eso!». Supuse que Yoshie andaba enredando con algo. Me hubiera gustado entrar para enredar yo también con Yoshie, pero no me quedó más remedio que contenerme y volver al cuarto de estar.

Cuando regresé un poco más tarde, todas las mujeres ayudaban a Osada-san a ponerse el quimono de boda.

—Mira —gritaba Yoshie sin parar—, Osada-san también se ha pintado las manos. —Para todos nosotros que la conocíamos desde hacía tanto tiempo, era evidente que sus pies y manos eran de un rojo aún más intenso que el de su cara.

—¡Vaya, así que te has maquillado con polvo de arroz! No está bien engañar al novio —dijo padre bromeando.

—Me apuesto lo que quieras a que mañana por la mañana se llevará una gran sorpresa —dijo madre entre risas. Osada-san también sonrió ocultando su cara. Era la primera vez que se peinaba al estilo *shimada* y me sorprendió la frescura del resultado.

—Debe resultarle muy incómodo llevar todos esos adornos tan pesados en la cabeza —dije.

—No importa lo que pesen. Es una vez en la vida —repuso madre mientras se afanaba por colocar adecuadamente el cuello del quimono negro con el emblema de la familia y el cuello del quimono blanco que iba debajo. Nao se puso detrás de Osada-san para colocarle el *obi*.

Ichiro caminaba arriba y abajo a lo largo del *engawa* y fumaba uno de sus apestosos cigarrillos. De cuando en cuando, miraba al interior de la habitación donde estábamos todos. De su gesto no se podía deducir si se tomaba algún interés en la boda, o si seguía ejercitando internamente sus habituales críticas contra todo. Se detuvo frente a la puerta durante un segundo sin hacer el más mínimo intento de entrar y sin mostrarse tampoco especialmente impaciente. Vestía levita y sombrero de seda.

Llegó el momento de partir. Padre eligió el *rikisha* más limpio y ayudó a Osada-san a subir. La ceremonia estaba prevista a las once en punto y ya íbamos algo retrasados. Okada nos esperaba al pie de las escaleras del gran templo de Hibiya. Al entrar en el salón ceremonial encontramos al novio solo, sentado en una silla que más bien parecía una pieza ornamental dejada en empeño. Cuando se levantó y nos saludó uno por uno, miré a mi alrededor y me fijé en las mesas, en las alfombras, en el artesonado del techo de madera. De la parte más alejada del salón colgaba una malla ciega de bambú que ocultaba lo que había detrás. Justo enfrente había un par de biombos de hojas doradas decorados con pinturas tradicionales propiciatorias y motivos de grullas y otras aves de buen agüero.

Vino un hombre vestido con *haori* y *hakama*, y nos explicó el orden de entrada. En primer lugar debía ir la novia acompañada de la madrina; después el novio con su padrino y después los parientes. Pero Okane-san, la mujer de Okada-san, que debía hacer de madrina de la novia, no había venido y a Okada no le quedó más remedio que consultar a mi padre cómo resolver el inconveniente.

—Siento molestarlos —dijo Okada—, pero ¿no les importaría a Ichiro-san y a Nao-san cumplir con ese papel en esta ocasión?

Padre se limitó a contestar:

—Supongo que no hay problema.

Nao respondió:

—Como usted quiera.

—Pero es injusto para la novia y el novio tener a una pareja tan rara como nosotros haciendo de padrinos —puntualizó Ichiro.

—¿Injusto? Para ellos será un honor mucho mayor que si lo hago yo. ¿No le parece, Jiro-san? —dijo Okada con su habitual tono jocoso.

Ichiro pareció pensar que debía haber explicado mejor lo que quería decir, pero se limitó a asentir:

—De acuerdo. Asumiré esa responsabilidad por primera vez en mi vida, pero confieso que no tengo idea de en qué consiste.

—No te preocupes, te dirán exactamente lo que debes hacer. De hecho, está todo tan organizado que en realidad no tienes que hacer prácticamente nada —le explicó nuestro padre.

36

Al cruzar el puente que daba acceso al salón ceremonial nos detuvimos un momento. Parecía que delante de nosotros algo bloqueaba el paso. Aproveché la ocasión y tiré del abrigo de Okada.

—Realmente te tomas las cosas a la ligera —le dije.

—¿Qué quiere decir?

Ni siquiera parecía consciente de su error al no traer consigo a su mujer. Cuando se lo señalé, se limitó a contestar rascándose la cabeza:

—Lo cierto es que pensé traerla, pero me pareció que todo podría arreglarse...

Finalmente cruzamos el puente y llegamos a la entrada de la parte interior. Allí, sentada frente a una pared cubierta de espejos, la novia se lavaba las manos en un cuenco laqueado negro. Me puse de puntillas para mirarla y entonces comprendí el motivo de nuestra espera. Estuve a punto de soltar una carcajada. Le echaban agua bendecida sobre las manos y el líquido borraba irremediabilmente el maquillaje y les devolvía su color natural rojo oscuro.

A cada lado de la sala interior había una habitación. Ichiro, acompañado por Sano-san, entró en la de la derecha. Oshige, con Osada-san, lo hizo en la de la izquierda. Todos se sentaron. Ichiro y Nao tenían un semblante muy serio. El novio y la novia estaban situados solemnemente el uno frente al otro.

El resto de los invitados, acomodados en filas frente al altar en la parte posterior de la sala, mirábamos a las dos parejas que simbolizaban dos etapas tan distintas de la vida. También quedaban en nuestro ángulo de visión los tambores elegantemente decorados y la persiana de bambú que ocultaba algo.

Ichiro aparentaba vivir todo aquello con su habitual indiferencia. Nao, tranquila como siempre. Era una pareja que en los últimos años había vivido esa experiencia social tan determinante llamada matrimonio. Como parte de la historia humana, es probable que fuera algo excepcional, irrepetible. Sin embargo, al observarlos, no parecían precisamente la imagen del amor. ¿No existía el riesgo de que contagiaran su amargo destino a los recién casados convirtiéndolos así en otra pareja infeliz? Ichiro era profesor de universidad, un hombre acostumbrado a trabajar con el intelecto y al mismo tiempo un sentimental. Parecía como si todas las ideas que lo rondaban sin descanso se agolpasen tras su pálida frente. Quizás estuviese pensando en ese momento en profundos silogismos. O a lo mejor se limitaba a maldecir todos los matrimonios, y se mofaba de la comedia y tragedia de su papel de padrino, responsable de sostener las manos de los novios mientras realizaban sus promesas. En cualquier caso, ahí estaba; sentado frente a su mujer, frente a Sano y a Osada-san.

La ceremonia comenzó. Una de las sacerdotisas tuvo que retirarse por un inesperado dolor de estómago y fue sustituida por una ayudante.

—Es más silenciosa que la boda de nuestro hermano, ¿no crees? —me preguntó Oshige sentada junto a mí. Recordé aquella ocasión festiva entre notas de flautas de bambú y de tambores y de la algarabía en la procesión de sacerdotisas revoloteando como mariposas.

—Cuando te cases, procuraremos que sea una ceremonia tan feliz como aquella —le prometí a Oshige.

Se rio.

Cuando terminó la ceremonia y regresamos a la sala de los familiares, Osada-san se arrodilló, puso sus manos cuidadosamente sobre la alfombra y frente a todos nosotros, que aún estábamos en pie, se inclinó humildemente en una profunda reverencia de agradecimiento. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Nos dio las gracias por todas las atenciones y cuidados que le habíamos dispensado.

El novio y la novia partieron con Okada inmediatamente en el expreso de la noche a Osaka. Despedimos a la pareja, que se quedaría un par de días de luna de miel en Hakone, y después volví solo a mi habitación. En el camino de vuelta pensé en mi matrimonio. Llegaría inevitablemente, como llegan esos indescifrables misterios de la vida.

Después de la marcha de Osada-san, la casa conservó su atmósfera de siempre. Me daba cuenta de que Osada-san era probablemente la persona de trato más fácil de entre todos nosotros. Tras haber vivido diez años con la familia, satisfecha con su ingrato trabajo de interna, fregando, lavando y limpiando de la mañana a la noche sin rechistar y sin perder nunca la compostura, se marchó de Tokio con Sano-san en un deprimente día de lluvia. Sus pensamientos parecían tan claros y mecánicos como las constantes y repetidas coreografías de limpieza que realizaba en la casa. Incluso cuando en la mesa, a la hora de la cena, punto álgido de la armonía familiar, algo ensombrecía el ambiente, Osada-san continuaba sirviendo como si nada hubiera pasado; la bandeja siempre debidamente aprovisionada y lista. Poco antes del día de su boda, Ichiro la había llamado a su estudio. Salió de allí con la cara enrojecida y los ojos llorosos. No tenía la más mínima idea de lo que aquello podía significar en relación a su futuro pero, a juzgar por su manera de ser, el impacto no habría de durar mucho.

Tan pronto como se fue Osada-san, se marchó el invierno. Quizás sería más apropiado decir que el final de la estación llegó sin ningún acontecimiento relevante. Algunos lugares umbríos continuaban cubiertos de nieve; el viento agitaba las ramas secas de los árboles; el hielo taponaba las pilas de los lavabos. Todo pasó sin pena ni gloria, con la misma cadencia de siempre. La naturaleza mudaba su piel de frío y la casa de mis padres permanecía inerte. De alguna manera, sus habitantes lograban conservar sus viejas relaciones.

Tampoco en mí se produjo ningún cambio. Sólo Oshige me visitaba de vez en cuando, en parte por diversión, en parte para quejarse. Cuando venía solía decir:

—Me pregunto cómo le irá a Osada-san.

—¿Cómo que te lo preguntas? ¿Acaso no te ha escrito?

—Por supuesto que sí. —Descubrí que a pesar de eso, tenía poca información sobre la vida de casada de Osada-san.

Cada vez que iba a visitarme, aprovechaba para preguntarle por Ichiro:

—¿Qué tal está?

—¿Me preguntas qué tal está? La culpa es tuya si no lo sabes. Siempre que vienes a casa te marchas sin verlo.

—No intento evitarlo. Lo que pasa es que cada vez que voy está fuera. ¿Qué quieres que haga?

—No me cuentes historias, por favor. La última vez que viniste te escabulliste sin siquiera asomarte por su estudio, ¿ya no te acuerdas?

Oshige era más honesta que yo y solía ponerse roja al hablar. Desde nuestro último encontronazo, quise retomar una relación normal con Ichiro, pero me resultaba imposible, pues era una persona inaccesible. En el fondo era cierto lo que decía Oshige. Me marchaba siempre sin molestarme en verlo, incluso cuando tenía oportunidad de hacerlo.

Cuando planteaba las cosas así, Oshige me acorralaba. Yo me reía y me rendía sin oponer resistencia. Me retorció el bigote. Deliberadamente o no, encendía un cigarro tras otro para protegerme con un humo táctico.

En una ocasión Oshige me dijo:

—Verdaderamente es muy raro. Ahora entiendo perfectamente por qué te peleaste con él y te marchaste de casa.

Aunque me sorprendió su comentario, me alegré de comprobar que la había ganado para mi causa. Pero no era tan pueril como para comentar sus observaciones abiertamente y tampoco quería reprenderla. Después de marcharse, todo lo que bullía en mi cabeza se desató. Mi preocupación por el impacto que causaba el desorden mental de Ichiro en la gente que tenía a su alrededor crecía sin parar. Sentía más lástima que nunca por él. Comprobaba cómo se sumergía cada vez más en sus libros y cómo se separaba irremediabilmente de todas las cosas vivas.

Madre vino a verme en un par de ocasiones. La primera vez estuvo muy alegre y pareció interesada en escuchar todo tipo de informaciones de las que tampoco yo estaba muy al tanto: en qué facultad de Derecho trabajaba el licenciado de la habitación de al lado, a qué se dedicaba el de la de más allá, etc. Nunca dijo nada sobre cómo iban las cosas en casa. Simplemente comentó:

—Parece que hay una epidemia de gripe. Cuídate bien. Tu padre ha tenido la garganta irritada durante unos días y tiene que curarse con unos apósitos secos.

Después de prevenirme, se marchó y luego ya no tuve tiempo de volver a pensar en el problema de Ichiro y Nao. Llegué incluso a olvidarme de su existencia. Me di un buen baño y cené abundantemente.

Cuando vino por segunda vez, traía un ánimo muy distinto. Desde nuestro regreso de Osaka, especialmente desde que me había marchado de

casa, evitaba criticar a Nao en mi presencia. Yo, por mi parte, evitaba mencionar su nombre debido quizás a un sentimiento de culpabilidad. Sin embargo, a pesar de ser una persona extremadamente cautelosa preguntó:

—Jiro, entre tú y yo. ¿Nao es buena o mala persona? —
Inmediatamente supe que algo iba mal en casa como me había temido. Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

Desde que me había mudado nunca había dicho nada indebido o indiscreto sobre Ichiro y Nao. Mucho me temo que madre se marchó aquella vez sin escuchar nada que la satisficiera. Pero admito que no logré descubrir la razón que precipitó su abrupta pregunta.

—¿Ha pasado algo?

—No, nada especial, pero... —dijo y me miró.

Después de marcharse, comencé a inquietarme. Al poner en orden las circunstancias generales y recordar su actitud, llegué a la conclusión de que era difícil que hubiera sucedido algo nuevo. Sin duda, madre se preocupaba tanto que por esa razón cada vez le resultaba más difícil entender a Nao. Al pensar en todo ello tuve la impresión de estar atrapado en una pesadilla.

Oshige seguía visitándome, pero Nao nunca hasta ese momento se había dignado siquiera a entrar una sola vez, aunque sólo fuera para calentarse las manos en el brasero. En el fondo podía entender perfectamente la razón de que no lo hiciera. Un día, cuando fui a casa de mis padres, me dijo:

—He oído que vives en una casa de huéspedes de primera, que tienes un bonito *tokonoma* y un hermoso ciruelo en el patio —pero no dijo que vendría a verlo con sus propios ojos. Tampoco yo fui tan audaz como para invitarla. Debo admitir que el ciruelo al que hacía referencia era tan viejo que parecía como si lo hubieran arrancado del campo y abandonado allí mismo.

Quizás por la misma razón que su mujer, o por otra bien distinta, por allí nunca apareció Ichiro. Padre tampoco. Misawa venía de vez en cuando y, finalmente, tuve la ocasión de sondear su interés en la posibilidad de contraer matrimonio con mi hermana.

—Eso está bien. Ya está en edad de casarse y pronto tendrás que ocuparte de ello, ¿no? Lo mejor que puedes hacer es encontrarle un buen hombre y hacerla feliz.

Su desinterés me obligó a abandonar la idea.

Parecía que sucedían cosas, pero en realidad no pasaba nada. El invierno, aparentemente interminable aunque en realidad muy corto, las lloviznas, el deshielo y los vientos secos siguieron su curso predeterminado con monótona regularidad. Al final, desaparecieron.

ANGUSTIA

1

A medida que el lóbrego invierno se retiraba empujado por el viento de la primavera, veía el resplandeciente mundo a mi alrededor como si emergiera de un frío sótano. En mi interior bullía el sentimiento de que la realidad, al fin y al cabo, podía ser tan trivial y perecedera como el invierno que acababa de pasar, pero aún no era lo suficientemente viejo como para no sentir el estremecimiento de la fragancia primaveral que inundaba mis venas en cada respiración.

Si el tiempo templaba, abría las puertas correderas de la habitación y observaba la escena callejera. También miraba el cielo azul extendiéndose más allá del alero de la casa. Deseaba marcharme lejos. De haber seguido en la universidad, seguro que ya estaría listo para irme unos días de vacaciones. Pero esa libertad de movimientos de mi época de estudiante era impensable ahora, atado como estaba a las obligaciones de un trabajo. Incluso en los escasos domingos libres que disfrutaba, me levantaba pronto y me dedicaba a holgazanear encerrado en mi habitación, incapaz ni siquiera de tomar la decisión de salir a pasear.

En parte saludaba a la primavera y en parte la maldecía. Cuando volvía después del trabajo y terminaba la cena, me sentaba junto al brasero y fumaba con aire ausente tratando de imaginar mi futuro. En los hilos que tejían mi destino veía halagüeños y deslumbrantes colores parpadeando entre el humo del tabaco y las ascuas del carbón de cerezo que había traído recientemente para ayudarme a soportar los últimos rigores del frío. Pero esas halagüeñas señales se apagaban a veces, como les sucedía a las cenizas grises. En esos momentos me despertaba sobresaltado de mis ensoñaciones diurnas y, por alguna razón u otra, volvía en mí. De nuevo consciente, me preguntaba de qué forma se unirían el presente y el futuro.

Una tarde, antes de caer la noche, me calentaba las manos en el brasero y divagaba en ese espacio difuso situado entre la realidad y la fantasía. De pronto, la sirvienta me espabiló. Estaba tan absorto en mí mismo que ni siquiera había oído el ruido de sus pasos al acercarse por el pasillo. Abrió

inesperadamente la puerta y sólo al levantar la vista, tomé conciencia de su presencia.

—¿Ya está listo el baño? —le pregunté mecánicamente, pues no se me ocurría otra razón por la que pudiera venir a mi habitación a esas horas.

—No, señor —dijo con calma. Noté que en su gesto asomaba una cierta sonrisa, ese destello de placer femenino que aparece cuando logran desconcertar a un hombre.

—Entonces, ¿qué pasa? ¿Por qué estás ahí de pie? —dije en un tono áspero. La chica se arrodilló en el umbral de la puerta y prosiguió con un semblante más serio:

—Señor, tiene una visita.

—Será Misawa —supuse. Lo esperaba por unos asuntos.

—No señor. Es una dama.

—¿Una dama? —Arqueeé las cejas incrédulo y la miré. Ella no se inmutó.

—¿La hago pasar?

—¿Quién es?

—No lo sé, señor.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Pretendes traer alguien a mi cuarto sin siquiera saber quién es?

—No quiso decírmelo cuando se lo pregunté —contestó con la misma mirada burlona de antes. Retiré las manos del brasero, aparté a la criada que seguía en cuclillas y me dirigí a la entrada. Allí estaba Nao, de pie en un rincón de la fría entrada, con el abrigo todavía puesto.

2

El cielo había estado todo el día cubierto y el viento frío se había llevado la fugaz promesa del tiempo cálido. Al regresar de la oficina, me había subido el cuello del abrigo temeroso de que se pusiera a llover en cualquier momento. Justo a la hora de la cena comenzó a caer una fina llovizna.

—¡Qué sorpresa! Has elegido un día frío para venir.

—Sí —fue su única respuesta. Entramos en la habitación y le di la vuelta al cojín en el que había estado sentado hasta ese momento. Lo coloqué frente al *tokonoma* para que se sentara. Se sacó una después de otra las mangas del abrigo y dijo:

—No quiero que seas tan formal y me trates como si fuera una invitada.

La miré a la cara y llamé a la sirvienta para que viniera a limpiar el servicio de té. Me impresionó la palidez de sus mejillas, mucho más blancas de lo normal y entumecidas por el frío exterior. En sus hoyuelos al sonreír se reflejaba un matiz de soledad desconocido hasta entonces y su rastro siguió allí durante un tiempo.

—En cualquier caso, siéntate, por favor.

Ante mi insistencia se sentó en el cojín y colocó sus blancas manos sobre el brasero. Conformes a su figura, sus dedos poseían una belleza excepcional. De todos sus rasgos, la delicada forma de sus manos y de sus pies me había cautivado desde el principio.

—Jiro-san, acerca las manos tú también para calentarte.

Por una razón u otra me resistía a hacerlo. Escuché el desolado sonido de la lluvia a través de la ventana. El viento del noroeste amainó nada más empezar a llover y todo continuaba en absoluta calma, un silencio roto sólo a intervalos regulares por el repicar de las gotas de agua golpeando el canalón. Nao tenía el mismo aspecto sosegado de siempre. Observó la habitación y dijo:

—Es muy bonita. Ya me lo habían dicho. También muy tranquila.

—De noche tiene mejor aspecto. Si la vieras a plena luz del día, te darías cuenta de que está muy deteriorada.

Charlamos durante un rato. Confieso que mi cabeza no estaba tan tranquila como aparentaba mi tono de voz. Nunca hubiera podido imaginar que ella vendría a verme a mi cuarto, ni en la más ardiente de mis ensoñaciones. Estaba abrumado desde que la había visto en la entrada. En realidad, la sorpresa me creó más inquietud que alegría.

¿Qué la había traído aquí? ¿Qué la había traído aquí con un tiempo tan desapacible y, por encima de todo, tan entrada la noche? Las sospechas y suposiciones provocaban que las preguntas se me amontonaran, me sentía sometido a una constante presión a pesar de que hablábamos como de costumbre frente al brasero. Quizás por eso mis comentarios adolecían de una irritante vacuidad, igual que le sucedía a la expresión de mi cara. Me daba perfecta cuenta de mi afectación y ella también, pero no podía hacer nada para remediarlo.

—De repente hace mucho más frío —le dije. Después continué—: ¡Vaya día de lluvia que has elegido para venir! —Al poco rato pregunté—:

¿Qué te ha traído hasta aquí a estas horas?

A pesar de haber logrado llevar la conversación hasta ese punto, no me sentí aliviado en absoluto y, al darme cuenta, me encogí. No podía más que encogerme, hacerme cada vez más pequeño e insignificante frente a su inquietante sonrisa de Gioconda.

—Te has vuelto tan formal desde la última vez —señaló.

—De ninguna manera —repliqué.

—Sí, por supuesto que sí.

3

Me levanté y me puse detrás de ella. Estaba sentada de espaldas al *tokonoma* y como la habitación era tan angosta, su *obi* casi rozaba el pilar. Coloqué mi pierna entre su *obi* y la columna, y ella se echó hacia delante como si la incomodara. Preguntó:

—¿Qué haces?

Con una pierna suspendida en el aire, tiré de una caja lacada en negro situada al fondo del *tokonoma* y se la puse delante.

—¿Quieres uno?

Cuando estaba a punto de abrir la tapa sonrió. Dentro había unos *mochi*[65]. Por alguna razón, recordé que el día anterior había sido el equinoccio de primavera. La miré a la cara y le pregunté:

—¿No quieres probar uno? —Ella no pudo contener la risa.

—Realmente, eres una persona increíble. ¿Ni siquiera te has dado cuenta de que son los que te enviamos ayer?

No me quedó más remedio que sonreír al darme cuenta de mi despiste y mordí uno. Me sirvió té. Gracias al comentario del *mochi*, nuestra conversación fluyó con más naturalidad y supe, al fin, que venía de visitar a su familia y el templo donde descansaban sus antepasados. Por esa razón se había detenido a visitarme antes de volver a la casa de mis padres en Bancho.

—Hace tiempo que no voy por allí. Espero que las cosas sigan como siempre...

—Sí, nada extraordinario —fue todo lo que dijo con su habitual y taciturno semblante—. Ahora que lo dices, es cierto que hace mucho tiempo que no vienes —añadió lanzándome una penetrante mirada.

Era cierto, me mantenía alejado ex profeso de la casa familiar. Al principio, la distancia con la casa donde me había criado me generaba tanta

ansiedad que me sentía mal si no iba al menos una o dos veces por semana. Pero al cabo de un tiempo la ansiedad se transformó en hábito y me acostumbré a mantenerme fuera del círculo de mi familia y a observar las cosas desde la periferia. La ausencia de problemas cuando me limitaba a observarlo todo desde lejos, me llevó a pensar que tanta placidez se debía, precisamente, a la lejanía.

—¿Por qué no vienes de vez en cuando como hacías antes?

—Porque el trabajo me tiene muy ocupado.

—¿En serio? Esa no es la verdadera razón, ¿no es cierto?

No soportaba que Nao me acorralase de esa manera. No podía adivinar sus intenciones. Siempre había pensado que entre todos los miembros de la familia, ella era la única incapaz de presionarme hasta ese punto. Al final estuve a punto de decirle: «¡Qué osada eres!». Pero ella jugaba la baza de mi timidez. Me acobardaba, me sentía incapaz de enfrentarme a ella.

—Es cierto, estoy muy ocupado. De hecho, últimamente me he estado preparando para retomar mis estudios y no me dan ganas ni de salir. Estoy cansado y enfermo de malgastar el tiempo. He pensado leer algunos libros en cuanto tenga oportunidad y marcharme fuera.

—Marcharte fuera, ¿te refieres a Europa? —preguntó.

—Bueno, quizás sí.

—¿No es maravilloso? Tienes que ir pronto y pedir a tu padre que te ayude. ¿Quieres que hable yo con él?

Al escuchar su propuesta, negué con la cabeza. Era cierto que albergaba ese sueño desde hacía tiempo a pesar de ser consciente de que era irrealizable. Pensaba que nunca lo haría. Guardó silencio durante un momento y después dijo en tono melancólico:

—Vosotros, los hombres, realmente vivís sin preocupaciones.

—Nada más lejos de la realidad.

—Si no estáis contentos con algo, simplemente os marcháis donde os place.

Sin darme cuenta, mis manos se habían calentado al calor del brasero. Era un objeto alto y ancho, por tamaño no muy distinto a cualquier otro. Sentados frente a frente, nuestras caras quedaban casi demasiado cerca. Nao se inclinaba ligeramente sobre la cintura, como si estuviera un poco cargada de espaldas. No había nada que objetar en su forma de sentarse, pero me

obligaba a echar la cabeza hacia atrás. Nunca hasta ese momento había tenido oportunidad de observar tan de cerca y tan detenidamente los detalles de su cara, su frente con forma de monte Fuji. Sus pálidas mejillas refulgían en su lividez, me deslumbraban.

Manteniendo a duras penas tan incómoda postura, me contó que su relación con Ichiro no había hecho más que empeorar tras mi marcha. Antes, ella tenía por principio no decir nada de Ichiro a menos que le preguntase. Incluso si lo hacía, se limitaba a sonreír y a decir: «Como siempre», o «Nada de lo que preocuparse». Ahora que su actitud había cambiado y había empezado a referir los hechos concretos de su frustrante relación, me sentía un cobarde y me irritaba como si alguien me arrojase ácido por encima.

Pero una vez hallé esa puerta abierta, decidí no perder la oportunidad y le pregunté con todo detalle. Reacia a ese tipo de intercambio, no iba a dejar que me saliera tan fácilmente con la mía. Lo que contó, de eso estoy seguro, no fue más que un ápice de la desagradable realidad y, quizás por la profunda infelicidad que le producía, no dijo gran cosa. La presioné para que siguiera hablando, pero se limitaba a decir: «En realidad no sé por qué». Bien podía no saberlo, o bien podía haberse propuesto ocultarlo.

—Ya ves. Yo he nacido estúpida y eso no ayuda demasiado. No importa lo que pase, las cosas son como deben ser. Supongo que no existe otra manera. Si pienso así, al menos me resigno. Eso es.

Nao era de ese tipo de mujer que nace con la firme convicción de que no hay nada que temer cuando se trata del propio destino. De igual manera, tampoco parecía temer especialmente por el destino de los demás.

—Si los hombres no estáis contentos, os podéis marchar a otro lugar. Como tú. Pero, desde luego, las mujeres no podemos. En realidad, no soy mucho mejor que una planta en una maceta: una vez plantada por las manos de mis padres, ya no soy capaz de moverme ni un sólo centímetro a menos que venga alguien a ayudarme. No me queda más remedio que estar me quieta. Estarme quieta hasta que me marchite.

Me recorrió el cuerpo un escalofrío ante la inmensa fuerza femenina que había tras su grito de socorro. Me aterroricé al imaginar cómo afectaría esa fuerza a Ichiro.

—Ya veo, sigue de muy mal humor. ¿No hay ningún otro cambio aparte de eso?

—Eso es algo que no sabría decir. Después de todo es un ser humano. Nadie puede saber con exactitud qué clase de dolencia lo aflige tanto.

Sacó un pequeño reloj de su *obi*. En la habitación reinaba tal silencio que al cerrar la tapa el sonido retumbó en mis oídos. Me produjo la misma sensación que si me hubieran arañado la piel con una aguja.

—Debo marcharme. Siento mucho haberte contado cosas tan desagradables, pero nunca se lo había dicho a nadie hasta este momento, ni siquiera a mi propia familia.

Me di cuenta de que el farolillo del *rikisha* que la esperaba en la puerta llevaba el emblema de su familia.

5

Durante toda la noche no dejó de caer una lluvia silenciosa. Junto al sonido de las gotas que parecían golpear la almohada se me aparecía la imagen de Nao. Tan pronto como veía sus cejas y ojos negros, aparecían después su pálida frente y sus mejillas. Cada elemento nuevo se enmarcaba en el lugar preciso, como si todos ellos fueran hilos de acero atraídos sucesivamente por un imán. Cuando su imagen se desvanecía, al momento volvía a repetirse de nuevo el mismo ciclo. Al final, pude ver con asombrosa intensidad el color y la comisura de sus labios temblando imperceptiblemente, como si quisieran decir todas las palabras no dichas. En un instante, sus mejillas se tensaban y se plegaban sin llegar a formar sus encantadores hoyuelos. Ni tan siquiera dibujaban una pequeña arruga. Parecían querer ocultarse a la vista.

La veía con tal intensidad que su imagen cobraba vida. Fuera seguían cayendo gotas de lluvia y me asaltaron todo tipo de fantasías incoherentes que comenzaron a torturar mi mente. Mientras su relación continuara deteriorándose, yo no sería capaz de encontrar la paz por muy lejos que me marchara. Por mucho que quisiera conocer detalles concretos sobre su matrimonio, ella, al contrario de lo que habría hecho otra mujer, se negaba a contar lo que consideraba hechos insignificantes e ignoraba mis preguntas repetidamente como si estuvieran fuera de lugar. El único resultado de su visita fue crearme una mayor ansiedad.

Todo cuanto dijo fue oscuro e impreciso y, a pesar de ello, me atravesó el corazón con la velocidad de un relámpago. Llegué a preguntarme si Ichiro la violentaba como consecuencia de su reprimida petulancia. La palabra violencia asociada al castigo y al abuso, connota algo abominable y

cruel. Una mujer moderna, sin duda interpretaría la actitud de Ichiro desde esa perspectiva. Cuando le pregunté por la salud de mi hermano, se limitó a decir impávida que, siendo humano, podía sucumbir a cualquier dolencia en cualquier momento. Mi preocupación sobre su estado mental le resultaba obvia a Nao. Su respuesta, más fría de lo corriente, era como la voz de la venganza llegada desde el futuro. Una venganza por el chasquido de la fusta de su marido golpeando su carne tierna... Me asusté.

Decidí que lo primero que haría nada más despertarme sería ir a casa de mis padres en Bancho para sonsacar a madre sobre la verdad de la situación. Recordé, sin embargo, que Nao me había dicho que nadie sabía nada al respecto. Nadie lo sabía. Fue mi corazón el que ella había elegido para enterrar sus sombrías y relampagueantes confidencias aunque sólo lo hubiera hecho someramente.

¿Por qué Nao, tan taciturna como era, había confiado en mí? Habitualmente era una mujer equilibrada. Aquella noche se había comportado con total entereza. Me parecía inconcebible que hubiera venido hasta mí para hacer su llamamiento, como si no tuviera a nadie más a quien acudir. Ciertamente la palabra «llamamiento» no encajaba en absoluto con sus maneras; su declaración sólo tuvo el resultado, como ya he dicho anteriormente, de aumentar mi intriga.

Mientras nos calentábamos junto al brasero, me había mirado a la cara y me había preguntado: «¿Por qué eres tan estirado?». Le respondí negándolo rotundamente y ella insistió con una sonrisa: «Entonces, ¿por qué echas tanto la cabeza hacia atrás?». Su forma de decirlo resultaba tan natural, tan familiar que parecía ir a acercarse para darme un golpecito en la mejilla con uno de sus delicados dedos. También había pronunciado mi nombre y me había preguntado: «¿Qué? Sorprendido, ¿verdad?», como si su ocurrencia de venir a verme inesperadamente en un día frío y lluvioso hubiera sido de lo más oportuna.

Mi imaginación y los vividos recuerdos de su visita acompañados con las gotas de lluvia, continuaron desorientándome hasta bien entrada la noche.

Los días siguientes, atrapado sin remedio por el recuerdo de Nao, incluso cuando dibujaba planos sobre la mesa de trabajo, no encontré la forma de exorcizar esa especie de maldición. En una ocasión tuve que

trabajar todo el día con un compañero y su presencia sólo logró impacientarme aún más. Me preguntaba cómo era posible que quienes me rodeaban no sospecharan nada a pesar de verme tan decaído, a pesar de mis denodados y fallidos intentos por mantener las apariencias. La consecuencia inmediata fue que, durante una temporada, en la oficina dejaron de considerarme una compañía alegre y grata. Hablaba en raras ocasiones. Quizás eso explique por qué mis compañeros no se dieron cuenta del cambio experimentado en tan corto periodo de tiempo. La soledad me asediaba: la intensa soledad de alguien viviendo en completo aislamiento.

Durante esa época pude contemplar a Nao bajo distintas luces. Quizás desde el mismo día de su matrimonio estuvo más allá de lo que nosotros, los hombres, podemos alcanzar. Quizás nunca hubo obstáculo o barrera en su camino. Desde el primer momento bien pudo ser una mujer libre, sin ataduras y cada uno de sus actos no era sino una manifestación de esa inocencia innata, libre, no sujeta a nada. En otras ocasiones pensaba en ella como en alguien de fuerte carácter, que lo guardaba todo sin mostrar nunca su verdadero yo. Bajo esa luz, pasaba de largo el listón de una persona de fuerte personalidad. Su ecuanimidad, su dignidad, su carácter taciturno, no eran sino muestras de lo extraordinaria que era. Quizás demasiado. Es cierto; también podía ser atrevida hasta un límite sorprendente.

En otro momento, sin embargo, se me apareció como la imagen misma de la resistencia. Latente en esa resistencia, había un tipo de nobleza que no mostraba miedo. Sonreía en lugar de fruncir el ceño; se mantenía erguida en lugar de echarse a llorar, como si temiera que le devorasen las piernas. Su resistencia iba mucho más allá de lo que la palabra implica normalmente. Era parte indisociable de su naturaleza.

Nao se me seguía apareciendo con distintos disfraces y máscaras. Lo hacía bajo formas diversas en diferentes lugares; en la mesa de la oficina, en la mesa donde comía, en el tranvía que me llevaba de vuelta a casa, o rondando junto al brasero. A duras penas soportaba mi sufrimiento y nadie se daba cuenta de ello. A veces pensaba que lo más adecuado sería ir personalmente a casa de mis padres para hacerme una idea de la situación. Pero era demasiado cobarde para atreverme a tomar esa decisión. Me comportaba como una persona que, al ser consciente de la existencia de algo terrible justo frente a sus ojos, simplemente los cierra para no verlo.

Cinco días después de su visita, un sábado por la tarde, padre me llamó inesperadamente a la oficina.

—¿Eres tú, Jiro?

—Sí.

—¿Te importaría si fuera a verte mañana por la mañana?

—Bueno.

—Quizás no te convenga.

—No, no pasa nada.

—Entonces, espérame, ¿lo harás? ¿Estás seguro de que no hay inconveniente? Así que, mañana te veo.

Cuando colgó, me sentí completamente desconcertado. No tuve tiempo de descubrir qué quería y me lamenté de ello nada más colgar. Si quería algo de mí, no tenía más que haber mandado a alguien a buscarme. Su inminente visita sin precedentes me incomodó, más aún teniendo en cuenta el hecho de que pudiera tener relación con la reciente visita de Nao.

Cuando volví a casa, encontré sobre la mesa una postal de Okada enviada desde Osaka. Era un recuerdo del día que había pasado con su mujer en las afueras de la ciudad junto con Sano y Osada-san. Me senté y la contemplé durante mucho tiempo.

7

Tenía por costumbre quedarme los domingos en la cama hasta muy tarde, pero precisamente aquel día me levanté muy temprano. Después de desayunar, leí el periódico. No había nada interesante y enseguida me aburrí como quien lo hojea sin interés mientras espera el tren. Lo dejé a un lado. No pasaron ni cinco minutos y lo cogí de nuevo. Fumé un cigarrillo, limpié a conciencia las gafas y después me dediqué a todo tipo de rituales mientras esperaba ansioso la llegada de padre.

No apareció demasiado pronto. Era un madrugador nato y desde que era muy pequeño, estaba acostumbrado a su impaciencia. Cada vez me sentía más inquieto. Pensé incluso en llamarlo para confirmar si finalmente vendría. Tenía buena relación con madre, pero con él siempre había mantenido cierta reserva, aunque, para ser sincero, a la hora de la verdad a quien más temía realmente era a mi gentil madre. Cuando padre me regañaba o me aleccionaba, me sentía empequeñecer, por supuesto, pero siempre había algo en mi interior que me decía que él también era un hombre. En esa ocasión, sin embargo, mis sentimientos eran completamente distintos. No lo podía tratar con mi habitual ligereza y, por mucho que quisiera, no me atrevía a llamarlo.

Al final apareció a eso de las diez. Vestía con un aspecto muy formal con la *hakama* y el *haori*, pero a la vez se mostraba sorprendentemente amable. Me había criado con él y, gracias a ello, había desarrollado una habilidad innata para descifrar su estado de ánimo dependiendo de su aspecto.

—Lo he esperado un buen rato. Pensé que llegaría antes.

—Esperando en la cama, querrás decir. Es cierto que debería haber venido antes. Ya sabes que eso no representa ningún problema para mí, pero si me he retrasado ha sido precisamente para no molestarte.

Sorbió de la taza de té que le había servido y escrutó la habitación. Sólo había una mesa, una pequeña librería y un brasero.

—Es una buena habitación.

Tenía la costumbre de hacer esos comentarios de cortesía incluso con nosotros. A lo largo de su carrera se las había arreglado con esas frases hechas y trilladas, y después de jubilarse, las siguió usando con su familia. Un cumplido tan manido como aquel se me antojó vacío como un simple «buenos días».

Miró el cuadro colgado en el interior del *tokonoma* y dijo: «elección adecuada». Era una pintura mediana que le había pedido prestada expresamente para decorar la habitación. Recuerdo que me había dicho: «Está bien, puedes quedártela». En realidad era una pieza rara que no decía gran cosa. Tampoco se me antojaba la elección más apropiada. Le sonreí. El cuadro tenía una línea pintada en diagonal con tinta china y sobre ella, una frase: «Este palo no se mueve solo; si lo tocas, se moverá». En resumen, era una especie de insípido híbrido que no se podía tomar ni por pintura ni por escritura.

—Ríete si quieres, pero es una obra de muy buen gusto. Muy apropiada para decorar el *tokonoma* de una habitación de té.

—¿Quién es el artista?, si puedo preguntarlo.

—Eso no lo sé. Es posible que sea de la colección Daitoku-ji o quizás...

—Ya veo.

No quiso terminar el comentario sobre el cuadro. Sin embargo, dio todo tipo de detalles y contó todo tipo de anécdotas sobre cuestiones intrascendentes relacionadas con el templo Daitoku-ji, la secta Obaku y no sé qué más. Al final, empezó a fastidiarme con preguntas sin sentido:

—¿Qué crees que representa este cuadro?

Me llevó al museo Hyokeikan, en Ueno. Lo había acompañado en muchas ocasiones a lugares como ese y, por tanto, no me parecía razonable que se hubiera tomado la molestia de venir a buscarme sólo para que lo acompañase. Esperaba que en el camino a Ueno sacase a colación el verdadero motivo en cualquier momento. Yo no tenía la templanza suficiente para preguntarle directamente. En su presencia se me atragantaban los nombres de Ichiro y Nao como si fueran palabras prohibidas.

En el Hyokeikan se puso frente a una de las cartas de Rikyu[66] y lentamente descifró uno por uno los ideogramas prácticamente ilegibles como si de esa forma se asegurase realmente de lo que leía: «He venido hasta aquí, señor, para informarle...». Cuando llegó a los escritos de O-Gishi[67], de la colección imperial, pareció sinceramente impresionado y exclamó: «Sí, en efecto». Para mí aquellos escritos no tenían ningún valor. No pude contenerme y le dije:

—Ciertamente tranquilizador, pero ¿qué sentido tiene eso para la vida de la gente?

Él me devolvió la pregunta:

—¿Qué quieres decir?

Entramos juntos en la sala de arriba. Allí había una sucesión de unas diez piezas de Oukyo[68] que formaban una secuencia; en la primera, en el extremo derecho, se representaban tres grullas y en la otra, en el extremo izquierdo, sólo una pero con las alas extendidas. La distancia entre ambas estaba repleta de olas.

—Supongo que eran paneles de una puerta corredera y los han arrancado para colgarlos como si fueran pinturas en rollo.

Padre señalaba en cada una de las piezas las marcas producidas por el desgaste al estar colgadas, así como los puntos blancos de donde suponía habían retirado las sujeciones. Gracias a él, allí plantados en medio de la sala, aprendí a admirar a los antiguos maestros japoneses. Después bajamos a la segunda planta y allí me ilustró sobre la artesanía en jade, la loza y porcelana coreana y otras artes similares. Aprendí el nombre de Kakiemon[69] y llegué a la conclusión de que lo más inútil de todo eran las tazas de té de Nonko[70]. Agotados, salimos del museo. Anduvimos a lo largo de un camino despejado y a nuestra derecha nos sorprendió un pino

que sobrepasaba la parte central de la fachada. Seguía sin hacer mención a ningún asunto. En lugar de eso se limitó a decir:

—Pronto empezará todo a florecer.

—Sí —contesté.

Seguimos caminando y llegamos hasta el templo de Toshogu.

—¿Almorzamos en Seiyoken?

Mi reloj marcaba la una. Desde mi infancia, padre tenía por costumbre comer fuera cuando salíamos y así lo esperaba siendo ya adulto. Sin embargo, aquel día me dominaba la impaciencia y quería despedirme de él cuanto antes.

Aunque no lo advertimos en un principio, la entrada de Seiyoken estaba decorada con banderas de cinco colores que daban la bienvenida a grupos de invitados ataviados con sombreros de seda.

—Debe de haber algo hoy. Parece que está todo reservado.

—Sí, ya veo.

Se fijó en los vivos colores de las banderas, visibles incluso a través de los árboles, y preguntó, como si se hubiera acordado de repente:

—¿Hoy es veintitrés, no? —En efecto, era veintitrés, el día de la recepción celebrada con motivo de la boda de K, un amigo de Ichiro—. Me acabo de acordar. Hace una semana llegó una invitación para Ichiro y Nao.

—¿Todavía no se ha casado el señor K?

—No, aunque no estoy seguro. No creo que sea la segunda vez que se casa.

Bajamos la colina y entramos en un restaurante occidental.

—Desde aquí tenemos buena vista de la calle. Quizás pase Ichiro por aquí con su sombrero de seda.

—¿Irá con Nao?

—No estoy seguro.

Nos sentamos cerca de la ventana del segundo piso y observamos el bulevar Mihashi por encima de una jardinera repleta de flores.

Padre charló alegremente sin parar y, hasta que no hubo terminado el café, no hizo mención alguna al asunto. Al salir, se fijó en un gran edificio blanco que había justo enfrente y, aparentemente sorprendido, exclamó:

—No sabía que habían transformado el viejo bazar en un cine. Me pregunto cuándo habrá sido.

El letrero dorado de la fachada tenía un aspecto humilde y estaba flanqueado por innumerables banderas. Confieso que sentí vergüenza profesional ante semejante inmueble plantado ostentosamente en el centro de Tokio.

—Es asombroso ver cómo cambia todo tan rápido. Al darme cuenta de eso, me pregunto quién podría decirme cuanto tiempo me queda.

Era un domingo soleado. Las calles estaban atestadas de gente que disfrutaba de su día libre. A lo mejor por eso su comentario sonó fuera de lugar, en total disonancia con los colores brillantes, la multitud alegre y el desenfadado y vertiginoso ritmo que nos rodeaba. Llegamos a una bifurcación. Las calles se separaban, una en dirección a Bancho y la otra en dirección a mi habitación. Estuve a punto de despedirme de él.

—¿Tienes algo que hacer? —preguntó.

—Bueno, una especie de...

—Ven conmigo a casa.

Vacilé y me arreglé el ala del sombrero.

—Ven conmigo. Al fin y al cabo es tu propia casa. Deberías venir de vez en cuando.

Era consciente de la vergüenza reflejada en mi rostro. Al final, lo seguí. Al poco tiempo se giró hacia mí y dijo:

—Todo el mundo se pregunta en casa por qué razón no apareces últimamente. «¿Qué pasa con Jiro?» me preguntan Bueno, dicen que la discreción lleva al silencio, pero tu caso es aún peor, pues es al contrario, es la indiscreción la que te conduce al silencio.

—No se trata de eso...

—En cualquier caso, lo mejor es que vengas. Explícaselo a tu madre lo mejor que puedas. Yo todo lo que tengo que hacer es arrastrarte hasta allí. Ese es mi cometido.

Aceleró el paso. Me reí de mi actitud tan infantil y le seguí obediente y en silencio. Aquel día, al contrario del anterior, el sol nos castigaba con sus calurosos rayos como si hiciera gala de la recién estrenada primavera. Padre llevaba puesta una gruesa capa con cuello de nutria y yo un grueso abrigo. El paseo y el calor nos dejaron exhaustos. Fue una de esas raras ocasiones en las que pasamos medio día juntos caminando de acá para allá. No estaba seguro de cuántas veces más podríamos repetirlo.

A pesar de mi torpe ansiedad, también sentí una cierta alegría seguida de un sentimiento de fugacidad. Me perdoné a mí mismo por haberme

dejado atrapar tan inesperadamente por ese estado de ánimo y seguí caminando.

—Tu madre está muy extrañada de que no hayas contestado y ni siquiera te hayas tomado la molestia de devolverle la caja con *mochi* que te envió el día del equinoccio de primavera. No hay nada que justifique un comportamiento así.

No le respondí.

—Al menos, si hoy te llevo a casa, lograré contentar a todos. ¿No has visto a Ichiro últimamente?

—No desde nuestra despedida el día que me mudé.

—Precisamente hoy Ichiro no está. Es una lástima que me haya olvidado de la boda en Ueno.

Al final atravesé la puerta de la casa familiar en Bancho.

10

Entré en la habitación y madre al verme exclamó:

—¡Vaya, qué visita tan poco frecuente!

Padre me había arrastrado a casa a la fuerza y, de alguna manera, me sentía agradecido por ello. Sin embargo, nada más escuchar aquellas primeras palabras de recibimiento, mis expectativas se vinieron abajo. Sin consultar a nadie y por iniciativa propia, padre decidió prodigar sus favores con su desconsiderado hijo, pero los demás no. Oshige me miraba como a un perro huido de casa:

—Mira, el niño perdido vuelve al hogar —dijo.

—Bienvenido —fue el parco saludo de Nao, lacónica como de costumbre. Parecía haber olvidado por completo su reciente visita y pensé que, en presencia de los demás, lo mejor sería no decir nada al respecto. Padre, al contrario que el resto, estaba de buen humor. Se mofaba de cómo había logrado arrastrarme hasta allí. Cuando utilizó aquel verbo, «arrastrarme», me sonó pretencioso y cómico a un tiempo.

—Ahora que ha llegado la primavera debemos estar todos de buen humor. Si seguís tan callados y sombríos como últimamente, esto tendrá un aspecto muy deprimente, como si fuera una casa fantasma. Pero ¿por qué han construido una casa en la plaza de la Paulonia?

La plaza de la Paulonia era el nombre de un terreno cercano. El lugar había estado vacío y deshabitado hasta hacía poco tiempo. Según una antigua creencia popular, caería una maldición sobre quien osara instalarse allí. A pesar de ello, alguien había comprado la parcela y empezado a

construir una gran casa. Padre lo contaba en un tono animado, pero insinuaba un cierto temor a un supuesto contagio; temía que su propia casa se viera afectada por la maldición y se convirtiera en otro lugar maldito. En un día normal, al cabo de un rato se habría recluido en su estudio para dejarse ver después, cuando le hubiera parecido oportuno. Pero, extrañamente, aquel día, ni siquiera se quitó el *haori* y la *hakama*, y se sentó a charlar con nosotros.

Hacía tiempo que no volvía a la casa de mi infancia y eso me trajo a la memoria recuerdos largo tiempo olvidados. Cuando me mudé aún hacía frío. Las contraventanas ocultaban la mayoría de las ventanas del salón y el jardín estaba cubierto con una cruel escarcha que rasgaba el musgo del suelo. Ahora, sin embargo, todas las contraventanas estaban abiertas, igual que las puertas correderas del interior. El espacio exterior e interior de la casa se fundían en uno solo. Los árboles el musgo y las piedras daban la sensación de ser la naturaleza misma. Cada elemento del jardín, cada objeto de la casa tenía una apariencia distinta de la que recordaba cuando me marché. En su conjunto, la casa era el vivo contraste con mi triste habitación.

Sentado entre las reliquias del pasado después de tanto tiempo, hablé largo rato con mis padres, con mi hermana y con Nao. En la reunión familiar sólo faltaba Ichiro y, sin embargo, nadie mencionó en ningún momento su nombre. Padre había dicho que estaba invitado a la ceremonia del señor K, aunque no sabía si finalmente había acudido o no. Lo que era evidente era que Nao había rechazado la invitación. Me sentía incómodo al no escuchar a nadie mencionar su nombre y, al mismo tiempo, temía que lo hiciesen. Al darme cuenta, los miré uno a uno. No me pareció que allí hubiera una sola cara inocente.

Algo más tarde le dije a Oshige:

—Anda, enséñame ese cuarto del que tanto presumes.

—Y a mucha honra... Ve tú mismo y échale un vistazo.

Me levanté y me dirigí a mi antigua habitación, a la habitación que había ocupado hasta el día de mi partida. Como esperaba, Oshige me siguió.

La habitación no tenía tanto encanto como se deducía del presuntuoso tono de Oshige, pero al menos ya no estaba tan descuidada como cuando yo

la ocupaba. Había algo acogedor en ella. Me senté sobre un cojín de alegres estampados colocado frente a la mesa y eché un vistazo a mi alrededor.

—No se puede negar que tiene cierto encanto.

En la mesa había una imitación japonesa de un plato de mayólica. Una rosa artificial adornaba un jarrón de un solo tallo y parte de la pared estaba decorada con el tapiz de un lirio blanco.

—Muy elegante.

—Por supuesto que sí —respondió con aire triunfante.

Bromeamos un rato y después aproveché para preguntarle, tratando de fingir toda la despreocupación de la que fui capaz:

—¿Cómo está Ichiro últimamente?

—Está muy raro —dijo bajando el tono de voz instantáneamente. Su carácter era diametralmente opuesto al de Nao y en ocasiones eso resultaba de gran ayuda. Una vez empezó a hablar, ya no tuve necesidad de sonsacarle nada más. Lo hacía con franqueza y de cualquier cosa que se le pasara por la cabeza. Al final, su charla casi me resultaba molesta aunque me esforzaba por escucharla en silencio.

—Resumiendo, que apenas tiene trato con nadie en la familia.

—Eso es.

—Entonces, ¿la situación no ha mejorado desde que me marché?

—Me temo que no.

Me sentí decepcionado. Absorto en mis pensamientos, arrojé maquinalmente la ceniza del cigarro al plato de mayólica y Oshige puso cara de fastidio.

—Es una fuente, no un cenicero, ¿sabes?

Me di cuenta de que ya no podría sonsacarle mucho más de interés, pues no era una mujer tan perspicaz como Nao. Estaba a punto de volver con mis padres a la otra habitación, cuando me contó inesperadamente una historia extraña. Al parecer, Ichiro se dedicaba últimamente al estudio de la telepatía o algo por el estilo. En una ocasión la obligó a quedarse fuera de su estudio y él se pinchó en un punto concreto del brazo para preguntarle inmediatamente después si había sentido el pinchazo en ese mismo punto. Otra vez se tomó una taza de té y le preguntó: «Oshige, ¿no has sentido un borboteo en la garganta, como si estuvieras bebiendo algo?».

Estaba asombrada. Cada vez que empezaba con sus experimentos pensaba que estaba perdiendo el juicio, hasta que un día me lo explicó todo. Eran experimentos desarrollados por no sé qué científico francés y aseguró

que conmigo no funcionaban porque era demasiado lerda. La verdad es que su comentario en lugar de ofenderme me hizo sentir muy feliz.

—¿Por qué?

—Porque todas esas cosas tuyas me dan más miedo que el mismísimo cólera.

—¿En serio?

—Por supuesto. Es muy raro hacer esas cosas, aunque sea para experimentos o estudios, o vete a saber qué.

Oshige me divertía con su historia pero también me preocupaba. Volví al cuarto de estar y me di cuenta de que Nao ya no estaba allí. Padre hablaba con madre en voz baja. Ya no tenía el mismo aspecto alegre y dicharachero de antes. Al entrar, escuché en un susurro: «Así no conseguiremos nunca sacarlo adelante». Otro murmullo respondió: «Es una verdadera lástima».

12

Fue entonces cuando escuché por boca de ambos las novedades sobre el estado de Ichiro. Los hechos no añadían nada sustancialmente nuevo. Simplemente confirmaban lo que Oshige me había contado un momento antes. Pero en el aspecto y en las palabras de mis padres se manifestaba con toda la crudeza su profunda preocupación. Madre se quejaba de que por su culpa el ambiente familiar resultaba deprimente. Su queja era, si cabe, más amarga de lo normal. Ambos estaban convencidos de que se tomaban con él más molestias de lo que harían unos padres corrientes. Implícitamente decían que no merecían verse convertidos en unos miserables por culpa de su propio hijo. Yo estaba sentado frente a ellos. Sólo culpaban a Ichiro, a nadie más. Incluso madre, habitualmente muy poco complaciente con la forma en que Nao trataba a su marido, no lanzó ni un solo reproche contra ella.

Sus lamentos eran reflejo de una auténtica y profunda inquietud; estaban tan preocupados por su salud física como por su salud mental que, en gran medida, dependía de la física. En resumen, el futuro de Ichiro les parecía sumamente incierto.

«¿Qué deberíamos hacer?», fue la pregunta que más veces repitieron en el curso de la conversación. Era la misma pregunta que resonaba constantemente en sus cabezas cuando estaban solos y los asaltaban las dudas.

—Sí, es cierto que ha padecido esas rarezas y esos estados de ánimo tan sombríos muchas veces en el pasado y precisamente por eso se recuperaba con cierta rapidez. Pero en esta ocasión es algo verdaderamente desconcertante.

Sabían cómo tratarlo y animarlo desde que era un niño, pero últimamente el mutismo de Ichiro resultaba perturbador. Su depresión no daba tregua desde que me había mudado e iba de mal en peor a un ritmo constante.

Incluso a mí me pone las cosas muy difíciles —dijo madre mirándome con ojos de súplica—, y aunque me desespera y me enfada, no puedo dejar de sentir lástima por él.

Después de la conversación con mis padres, los tres decidimos que Ichiro necesitaba con urgencia marcharse de viaje. Ellos no creían ser los más indicados para hacerse cargo de esa tarea y les propuse hacerlo yo indirectamente a través de su amigo más íntimo, el señor H. Dieron su consentimiento inmediatamente. Acercarme al señor H era algo de mi entera responsabilidad. Faltaba una semana para que empezasen las vacaciones de primavera, pero las clases en la universidad ya habían terminado. Si le iba a pedir algo, debía actuar rápido; de otra forma, llevar a cabo el plan resultaría muy complicado.

—En dos o tres días le diré a Misawa que vaya a hablar con él o lo haré yo personalmente, dependiendo de la situación.

No estaba muy familiarizado con el señor H. Por eso preferí acercarme a él a través de Misawa, que había estado como *shoshei* en su casa mientras iba a la escuela y la había seguido frecuentando después de terminar, como si fuera uno más de la familia.

Estaba a punto de marcharme y me asomé a la habitación de Nao para despedirme. Jugaba con Yoshie. Ambas vestían una muñeca con un precioso quimono.

—¡Cómo has crecido, Yoshie!

Acaricié su cabeza mientras me levantaba. Al sentir la caricia de su tío, al que hacía tiempo que no veía, se avergonzó y movió apenas los labios para dibujar una extraña sonrisa. Cuando me marché, eran casi las cinco en punto. Ichiro aún no había regresado de Ueno. Padre me pidió que me quedase a cenar para compensar mi larga ausencia y así de paso esperar a que volviera, pero no podía seguir allí por más tiempo.

Al día siguiente fui a casa de Misawa nada más salir del trabajo. Estaba en la peluquería, pero decidí entrar y esperarlo.

—Hace mucho calor estos últimos días. Pronto empezará todo a florecer —dijo su madre con su habitual tono amanerado nada más entrar en la habitación donde lo esperaba. Estaba completamente cubierta de pinturas y bocetos. Apenas quedaba espacio libre. Algunos de ellos ni siquiera tenían marco y estaban clavados directamente en la pared.

—No tengo ni idea de lo que son —dijo la madre a modo de explicación—, pero está tan orgulloso de ellos que los cuelga por todas partes.

Me llamó especialmente la atención una pintura al óleo colocada sobre una balda al lado de un tarro. Era la cabeza de una mujer de grandes ojos negros. El esbozo ligero y tenuemente borroso de los ojos, le daba al lienzo una atmósfera como de penetrante ensoñación. Cuando se dio cuenta de mi interés, la mujer se inclinó con una sonrisa:

—Ese también lo pintó el otro día. Sólo por diversión.

Misawa era buen pintor. Debido a mi profesión, algo sabía de cómo manipular pigmentos, pero no podía compararme a él en talento artístico. El retrato me recordó la triste historia de Ofelia.

—Sí. Es muy interesante —dije.

—Lo copió de una fotografía, pero se quejaba de no ser capaz de captar su verdadera esencia. Dijo que tenía que haber capturado su gesto cuando aún estaba viva... ¡Qué poco afortunada fue! Murió hace dos o tres años. Después de todo lo que hicimos por ayudarla en su matrimonio, acabó divorciándose.

La modelo del cuadro era la joven divorciada, la chica demente de la que tanto hablaba Misawa. Su madre me dio detalles de ella sin que yo se lo hubiera pedido. Pero no dijo ni una sola palabra referente a la relación que mantenía con Misawa. Tampoco mencionó nada sobre su enfermedad, y yo no tenía ganas de preguntarle nada al respecto. Intenté cambiar de tema. De la mujer del retrato pasamos a hablar del matrimonio de Misawa. Pareció complacida.

—Sí, aquello nos provocó a todos mucha ansiedad, pero ahora al menos parece más tranquilo...

El día anterior había recibido una carta de Misawa en la que me anunciaba su visita para tratar algunos asuntos personales. El comentario de

su madre sobre el matrimonio fue lo que me dio la pista. La felicité con toda formalidad, y no podía dejar de preguntarme si su prometida tendría unos ojos tan grandes, negros y transparentes como los de la mujer del retrato. Me propuse descubrirlo.

Misawa no volvió tan pronto como esperaba y su madre dijo que quizás se hubiera entretenido de regreso en los baños públicos. Me ofreció enviar a alguien a buscarlo. Decliné su ofrecimiento y traté de mostrar interés en su conversación sin conseguirlo.

El tiempo pasaba para Oshige, mi hermana soltera, sobre quien había sondeado a Misawa. También pasaba para mí. Ichiro, por su parte, no se llevaba bien con su mujer a pesar de estar casado y establecido. Al sopesar y valorar la situación, no pude sentirme especialmente alegre.

14

Misawa volvió al fin. Últimamente tenía buen aspecto y más aún después de un corte de pelo y un buen baño. Cuando se sentó en el suelo junto a mí con las piernas cruzadas, irradiaba salud. Hablaba y se lo notaba pletórico. Estaba tan exultante que no me pareció oportuno sacar a colación en ese momento el asunto que me había llevado allí.

—¿Qué hay de nuevo contigo? —me preguntó cuando su madre nos dejó a solas. No me quedó más remedio que informarle sobre la situación de Ichiro e implorarle su mediación con el señor H para que le sugiriese a mi hermano la posibilidad de realizar un viaje.

—No puedo seguir al margen mientras mi padre y mi madre se preocupan tanto —dije a modo de conclusión. Él me escuchaba con los brazos cruzados y la mirada clavada en el suelo.

—Entonces, ¿por qué no vienes conmigo? Es mejor que ir yo solo. Juntos podremos darle más detalles y convencerlo más fácilmente.

Si Misawa estaba dispuesto a tomarse esa molestia por mí, resultaba de lo más conveniente. Salió de la habitación para cambiarse y pronto volvió a entrar.

—Como no es muy habitual que vengas, mi madre ha dicho que te quedes a cenar. Está preparando algo.

No estaba de humor para disfrutar de tanta hospitalidad, pero si rechazaba la invitación, tendría que cenar de todas formas en alguna parte. Acepté sin mucho entusiasmo. Me senté de nuevo, a pesar de que lo que

deseaba verdaderamente era marcharme lo antes posible. No podía dejar de mirar el retrato de la mujer colocado sobre la repisa.

—Siento mucho no poder ofrecerle nada más que estas pocas cosas que tenía a mano —dijo la madre de Misawa al entrar de nuevo en la habitación seguida de una sirvienta que llevaba una bandeja con unos antiguos vasos para sake de Kutani[71].

Era más temprano de lo que imaginaba cuando Misawa y yo salimos finalmente de la casa. Bajamos del tranvía y caminamos varias manzanas hasta llegar a casa del señor H. Cuando nos sentamos en su salón, me di cuenta de que eran las ocho en punto.

El señor H vestía un quimono de seda ceñido por un cinturón blanco de crepé y estaba sentado en una silla con las piernas cruzadas. Saludó a Misawa y exclamó:

—¡Anda, has traído una visita inesperada!

Con su cara y cabeza redonda y el pelo cortado a cepillo, tenía todo el aspecto de un venerable sabio chino. Hablaba despacio, como hubiera hecho ese supuesto sabio poco acostumbrado a la lengua japonesa. Cada vez que abría la boca, sus mejillas carnosas temblaban y daba la sensación de estar constantemente sonriendo. Su aspecto sugería un carácter bondadoso. Sentado en la temblorosa silla, lograba mantener la calma a pesar de una postura que a cualquier otra persona le habría resultado sumamente incómoda. Su apariencia y su temperamento, diametralmente opuestos a los de Ichiro, quizás daban la pista de por qué ambos tenían buena relación. Con él, una persona que parecía no oponerse a nada, probablemente Ichiro tampoco se opusiera. De hecho, nunca lo había escuchado hablar mal del señor H.

—¿Sigues estudiando tu hermano tanto como de costumbre? Me temo que tanto trabajo no le hace ningún bien —dijo con su característica calma mientras miraba el humo que desprendía su cigarrillo.

15

En cuanto Misawa mencionó el asunto, aproveché para explicar la razón principal de nuestra visita. El señor H inclinó su cabeza como si dudara.

—Es muy extraño. ¿Cómo puede ser?

No fingía. Al parecer, el día anterior había estado con Ichiro en la boda de K en Seiyoken. Se marcharon de allí juntos y pasearon un rato mientras

charlaban. Ichiro dijo que estaba cansado y el señor H lo invitó a su casa.

—Cenó aquí conmigo y no noté nada fuera de lo normal.

Como un niño malcriado, Ichiro siempre dejaba su cara más amarga para los de casa y guardaba la mejor para los de fuera. Pero su estado actual no se podía explicar simplemente por ese rasgo infantil de su carácter. Por eso traté de averiguar, con la mayor discreción posible, de qué habían hablado.

—Bueno, lo cierto es que no mencionó en ningún momento a su familia.

No mentía. El señor H tenía una excelente memoria y recordaba con precisión todos los detalles de su conversación. Explicó que mi hermano aludía constantemente al tema de la muerte. Al parecer, su interés por la vida después de la muerte estaba motivado por los cada vez más numerosos estudios que se realizaban en Inglaterra y Estados Unidos. Había leído mucho al respecto, pero ninguna de sus lecturas lo había satisfecho por completo. Recientemente, había caído en sus manos un artículo de Maeterlinck, pero lo deploraba, pues lo consideraba la misma clase de basura intelectual tan frecuente y abundante en el llamado espiritualismo.

Toda la información que nos dio sobre él estaba relacionada exclusivamente con el tema de sus estudios e investigaciones. El mismo señor H consideraba aquello parte de su interés académico. Lo escuchaba con atención, pero me sentía incapaz de separar al Ichiro profesor universitario, del Ichiro miembro de mi familia. A mi modo de ver, no eran personas independientes sino el resultado indivisible de una y otra.

—Es cierto que lo noté inquieto —admitió el señor H—, pero si el motivo tenía relación con la situación familiar, es algo que no podría decir. En cualquier caso, al menos una cosa es segura: intelectualmente está confuso e inquieto.

El señor H se refirió abiertamente a la neurosis que Ichiro últimamente ni siquiera se molestaba en disimular. Según dijo, siempre que estaban juntos se quejaba amargamente de ello.

—Sí, realmente le haría bien irse de viaje. Si se trata de eso, yo mismo se lo diré. Pero me pregunto si estará de acuerdo en salir de forma inmediata. No resulta fácil moverlo y sacarlo de sus rutinas. Mucho me temo que será complicado.

En sus palabras se vislumbraba una cierta desconfianza.

—Pero estoy seguro de que al menos lo escuchará.

—Yo no estoy tan seguro —dijo con una sonrisa amarga.

Eran casi las diez en punto cuando nos marchamos y, a pesar de ello, aún se veía gente paseando por aquella tranquila zona y se escuchaba el suave resonar de sus pasos. Las estrellas brillaban débilmente en lo alto del cielo como ojos somnolientos. Al regresar con Misawa por las calles pobremente iluminadas, sentí como si algo opaco me envolviese.

16

Esperé ansioso las noticias del señor H, pero una semana después, cuando los periódicos de la capital venían cargados de crónicas sobre la floración de los cerezos, aún no sabía nada de él. Estaba un tanto decepcionado, pero no quería llamar a casa para confirmar si había novedades. Tenía ganas de arrojar la toalla, asumir de una vez por todas que el asunto no me importaba nada, cuando apareció Misawa.

—Me he enterado de que las cosas no han salido como planeamos.

De hecho, habían ocurrido justo al contrario. Ichiro había rechazado de plano la sugerencia del señor H. Su negativa no le dejó ninguna opción y no le quedó más remedio que encargarle a Misawa que me lo dijera.

—¿Has venido sólo para eso?

—Sí.

—Gracias por tomarte tantas molestias. —No tenía ganas de decir nada más.

—Ya sabes cómo es el señor H. Cree que es el único responsable del fracaso. Lo ha sorprendido tanto la negativa de tu hermano que no sabe cómo tomárselo, pero me ha prometido que en las vacaciones de verano se lo llevará, pase lo que pase.

Miré a Misawa y le sonreí. Era lo menos que podía hacer por él después de haberse tomado la molestia de venir a consolarme. Para una persona tan despreocupada como el señor H, quizás no hubiese una gran diferencia entre las vacaciones de primavera y las de verano, pero para los que trabajábamos a la sombra de todo aquel asunto, el verano se nos antojaba aún muy lejano. Entre ese futuro remoto y el presente acechaba una gran incertidumbre.

—Bueno, supongo que no se puede hacer nada más. Lo cierto es que primero trazamos un plan a nuestra conveniencia y después tratamos de encajar en él a mi hermano.

No me quedó más remedio que conformarme. Misawa no dijo nada y se limitó a mirarme con resignación, con los codos apoyados en la mesa y la barbilla sujeta entre las manos.

—Por eso —dijo de pronto—, habría sido mejor hacerlo como yo te sugerí.

El día que volvíamos de casa del señor H, Misawa me sorprendió al preguntarme sin previo aviso en mitad de la calle: «¿No sería mejor que te cases tú en lugar de intentar ayudar tanto a tu hermano o empeñarte en que se vaya de viaje?».

No era la primera vez que insistía en que me casara y yo, como siempre, le contestaba que no tenía con quién. Me prometió que pronto me presentaría a alguien.

—De acuerdo. Lo que tú digas. ¿Pero es eso cierto?

—Por supuesto. Una buena esposa. Con la única condición de que me escuches.

Hablaba como si ya tuviera algo en mente. Quizás él mismo había encontrado ya una buena candidata y su expectativa de matrimonio fuese a realizarse pronto. No volvió a mencionar más a la chica demente de grandes ojos negros.

—¿Se parece tu futura mujer a ella?

—La verdad, no estoy seguro. Te la presentaré uno de estos días. Así podrás sacar la conclusión por ti mismo.

—¿Cuándo es la boda?

—Hemos tenido que posponerla hasta el próximo otoño.

Parecía eufórico, como si proyectara el lirismo de su pasado en su vida futura.

Abril pasó muy rápido. Los cerezos florecieron uno tras otro. Primero en Ueno, después en Mukojima y por último en Arakawa. Pasaba las horas muertas a pesar de la llegada de la tan ansiada primavera. Con el nuevo mes, los árboles se pusieron su traje de hojas verdes y volví la vista atrás con una profunda insatisfacción; al menos fui capaz de dejarlo correr, y eso me pareció motivo suficiente para sentirme agradecido.

No volví a casa de mis padres ni una sola vez. Tampoco vino nadie a verme. En una o dos ocasiones me llamaron madre y Oshige, pero sólo para preguntar cuestiones prácticas relacionadas con un nuevo quimono.

Tampoco vi a Misawa. Desde Osaka llegó otra postal de Okada en el momento álgido de la floración. Como la anterior, también estaba firmada por Osada-san y Okane-san.

Vivía la misma rutina maquinales de un animal, yendo todos los días a trabajar de casa a la oficina y de la oficina a casa. Hacia final de mayo, Misawa me envió una invitación. Me sorprendió. Pensé que se trataba de la invitación a su boda y rompí el sello de lacre. Era una invitación para asistir a un concierto en el conservatorio en Fujimicho. Decía: «Le rogamos nos complazca con su presencia en el recital que tendrá lugar a la una en punto la tarde del próximo dos de junio». No tenía la más mínima idea de por qué Misawa me la enviaba, pues nunca había mostrado un interés especial por la música. Al poco tiempo recibí otra carta suya en la que me urgía a asistir al concierto sin falta. Con ella mostraba que él no faltaría y, a la vista de su insistencia, me sentí obligado. Admito que el concierto no me hacía especial ilusión y mis expectativas eran más bien nulas. Sin embargo, al leer su posdata mi estado de ánimo cambió por completo: «El señor H no mentía. Ha convencido a tu hermano. Al parecer se han puesto de acuerdo para ir de viaje este próximo mes de junio, tan pronto como acabe con sus clases en la universidad».

Me alegré por mis padres y también por Ichiro. Si estaba lo suficientemente bien como para comprometerse con el señor H, eso quería decir que había mejorado notablemente. Ya no podría escudarse en nada ni nadie y, sin duda, cumpliría su promesa.

A pesar de todo, no llamé a casa para confirmar la noticia. Ni siquiera me tomé la molestia de hablar con el señor H. Lo único que quería era escuchar los detalles por boca de Misawa y por eso me impacienté ante la inminente llegada del dos de junio, aquella fecha ineludible.

Como era de esperar, ese día el tiempo estaba muy húmedo. A eso de las once en punto la lluvia dio una tregua, pero el cielo no clareó como de costumbre. Los transeúntes abrían y cerraban sus paraguas al ritmo de los caprichos del tiempo. Los sauces que bordeaban el exterior de Mitsuke, dejaban caer sus largas ramas como si fueran humo. Al pasar por debajo, me cayó encima del quimono polen blanco y una sustancia mohosa que no lograba eliminar.

Los *rikisha* se amontonaban en la puerta del conservatorio. Había también un par de carruajes pero no se veía ningún automóvil. En la entrada

le entregué el sombrero a un acomodador ataviado con un uniforme abotonado de arriba a abajo. Otro me condujo hasta mi asiento.

—Le ruego tome asiento —dijo antes de volver a su puesto. Los asientos estaban escasamente ocupados. Me senté en la parte trasera y traté de no llamar la atención.

18

Esperaba a Misawa pero no lo veía por ninguna parte. Las butacas rodeaban el escenario. Mi asiento estaba en la zona central, nada más girar a la izquierda desde la entrada, y luego a la derecha y hasta el final de un pasillo, después de pasar un biombo dorado y plegado. Frente a mí había dos o tres mujeres con quimono y con sus emblemas familiares. Detrás, dos oficiales con sus uniformes verde oscuro. Habría unas siete personas repartidas por distintos lugares de la sala.

Una pareja, sentada en la misma fila que yo, comentaba algo sobre el telón que ocultaba el escenario situado frente a j nosotros. Me fijé y me di cuenta de que los pliegues verticales estaban adornados con una enorme cantidad de pintorescos emblemas sin aparente relación con la sala de música.

—Fíjate, ese es el emblema de Oda Nobunaga. Todo empezó cuando Nobunaga, lamentando el declive de la casa imperial, regaló este telón. Desde entonces es una tradición colgarlo con el emblema de la saxífraga[72] impreso.

Me fijé en el telón y vi que en su parte superior e inferior había un dobladillo con una especie de volante púrpura y un arabesco dorado. Delante de la cortina había un *taiko* colocado en mitad del escenario. Estaba pintado en verde, rojo y dorado, y encastrado en un marco redondo. También había dos *koto*[73] y dos *shamisen*. Justo enfrente de los instrumentos habían colocado una alfombra azul para el baile. La estructura, como en los escenarios de *noh*, estaba totalmente separada de la galería excepto por un espacio abierto, de aproximadamente un metro y medio, que permitía el paso del aire y de la luz.

Observaba con curiosidad el escenario y a la gente que comenzaba a llenar la sala. Entre el público se encontraba el marqués N, a quien recordaba haber visto en otro concierto. «No ha podido venir hoy por la reunión de la Asociación para la Educación...», decía. Aparentemente, se refería a su mujer y se lo explicaba a un hombre pequeño y corpulento con

la cabeza afeitada que resultó ser el duque K, como más tarde me dijo Misawa.

En cuanto a Misawa, llegó vestido con levita tan sólo unos minutos antes de que comenzara la música. Se detuvo junto al biombo situado a la entrada y pareció vacilar mientras observaba la galería. En cuanto me vio, vino directamente y ocupó su asiento junto a mí. Casi pisándole los talones entró un hombre alto y apuesto acompañado de dos mujeres jóvenes. También vestía levita y las mujeres, quimono con los correspondientes emblemas familiares. El hombre y una de las mujeres tenían un notable parecido. No era difícil deducir que eran hermanos. Se intercambiaron saludos con Misawa a través de varias filas de asientos. El hombre sonrió y la mujer se sonrojó levemente. Misawa se levantó en un gesto de cortesía. Como la mayoría de los asientos de delante estaban ocupados por mujeres, no se acercaron a nosotros.

—Es mi futura esposa —dijo Misawa bajando la voz. Inmediatamente comparé a la chica demente de los grandes ojos negros con aquella radiante joven que acababa de sentarse a poca distancia de nosotros. Allí sentada, sólo alcanzaba a ver su pelo negro y su nuca blanca. No la distinguía claramente por la multitud que se interponía entre nosotros.

—Y la otra... —empezó a decir de nuevo Misawa en voz baja. Se calló de pronto y metió la mano en el bolsillo. Sacó un trozo de papel en blanco y una estilográfica, y se puso a escribir algo. Los músicos ya estaban sobre el escenario.

Los sombreros de los actores en escena eran tan peculiares que no era capaz de distinguir con claridad si se trataba de *zugin*[74]. Pero por lo que conocía de aquella canción *noh*, *El tambor del Fuji*, supuse que probablemente se trataba de los bailarines llamados «casco de ave». El resto de sus trajes, al igual que los sombreros, estaban totalmente pasados de moda. Tenían brocados ceremoniales e iban ceñidos alrededor de los hombros formando una ligera curva. Unido al remate blanco de cada manga, había una pieza de seda roja de unos nueve centímetros de ancho. Todos vestían *hakama* blanca acolchada y estaban sentados en el suelo con las piernas cruzadas.

Misawa arrugó el papel en el que había escrito algo apoyándose en su regazo. Miré el trozo de papel. No dijo nada más y se limitó a mirar de

frente. Detrás de la parte izquierda del telón aparecieron bailarinas portando alabardas y se situaron sobre la alfombra azul. Al igual que los músicos, llevaban *haoris* sin mangas hechos de algodón.

Esperé y esperé, pero Misawa no terminó su frase dejada a medias. Todo el mundo guardaba silencio. Nadie hablaba ni siquiera con su vecino. No me quedó más remedio que aguantar y no le pregunté nada más. Misawa parecía tranquilo, como si intentase no hacerse notar. Al igual que yo, era un extraño en ese lugar y en su actitud había cierta rigidez.

Frente a tan solemne audiencia, las bailarinas, de acuerdo con el orden determinado por el programa, procedieron con sus monótonas pero elegantes posturas. Cambiaban de traje en cada nueva pieza y desplegaban frente al público una enorme variedad de vestidos de gráciles colores de épocas antiguas. Algunas llevaban ramitas de cerezo en flor en sus tocados y lucían emblemas decorativos de vivos colores bajo sus grandes mangas de seda. Había también bailarines que blandían espadas doradas y otros que parecían cazadores envueltos en ricos brocados, en túnicas chinas sin mangas que los cubrían hasta las rodillas sobre togas bermellón ceñidas a la cintura. Otros vestían una especie de capa azul que se asemejaba a las antiguas de paja usadas para protegerse de la lluvia. Se cubrían la cabeza con sombreros de juncia azul que colgaba por los lados. La sensación general de la escena era como de una ensoñación. Tenía el mismo aspecto antiguo de las reliquias de los ancestros. El público asistía a la representación aparentemente admirado y Misawa y yo estuvimos todo el tiempo allí sentados un tanto perplejos.

Cuando llegó el intermedio y la música y la danza cesaron, una voz anunció que se servirían unos refrescos. Todos los que estaban a nuestro alrededor se levantaron de sus asientos y se dirigieron a una sala contigua. El hermano de la prometida de Misawa se acercó y habló con él con naturalidad. Parecía familiarizado con aquel ambiente y conocía a todos los asistentes. Misawa y yo aprendimos gracias a él los nombres de todas aquellas personas. Entre ellos había varios dobles, varios oficiales de alto rango y algunos famosos.

En la sala contigua se sirvió café, bizcocho de chocolate y algunos sándwiches. Al contrario que en las fiestas corrientes, no se apreciaban comportamientos descorteses, pero como el lugar estaba bastante concurrido, algunas damas decidieron no moverse de sus asientos. Misawa y su amigo llevaron una bandeja con dulces y café a las dos jóvenes que lo

acompañaban. Yo me quedé en la puerta luchando con el envoltorio de un bombón y, de vez en cuando, miraba a hurtadillas desde una prudente distancia.

La novia de Misawa le hizo una reverencia de agradecimiento y cogió únicamente una taza de café, sin tocar siquiera los pasteles. Su acompañante no se molestó ni tan siquiera en tomar café. Misawa, sujetando la bandeja, se quedó indeciso sin saber bien qué hacer. En la cara de la chica atisé una expresión de inocencia que antes me había pasado inadvertida. Era casi un gesto de tristeza.

20

Durante un tiempo escruté cuidadosamente la cara de la otra mujer. Seguramente mi curiosidad fue provocada por la actitud y el comportamiento de Misawa, pero al margen de eso, ella era tan hermosa y atractiva que atrapaba por sí misma toda mi atención. Durante la representación la observé de vez en cuando, y también aproveché para mirar a la prometida de Misawa. Estaban sentadas muy convenientemente frente a nosotros y las podía mirar con toda tranquilidad, sin necesidad de desviar la mirada.

Hasta ese momento, todo cuanto había podido ver habían sido sus nuca, pero ahora me encontraba en una posición mucho más cómoda y ventajosa que me daba la oportunidad de detenerme en la forma de sus caras. Me comí el bombón de chocolate y pensé que cabía la posibilidad de que me las presentasen, así que me preparé para aparentar naturalidad por si se daba el caso. Sin embargo, ni la otra mujer ni la prometida de Misawa se dieron la vuelta. Me tuve que contentar con aquella visión distante y parcial de sus rostros.

Al final, Misawa volvió a mi lado con la bandeja aún en las manos y, al pasar, sonrió y preguntó:

—Bueno, ¿qué dices?

Me limité a contestar:

—Bien hecho.

Detrás de él venía el hermano de su prometida.

—¿No le gustaría venir a fumar un cigarro a la habitación del fondo?

Su ofrecimiento interrumpió de nuevo la conversación que Misawa y yo estábamos a punto de comenzar. Nos dirigimos a la sala de fumadores, que estaba bastante animada y repleta de humo y hombres.

En una esquina vi una cara familiar. Era un hombre de ojos grandes miembro de una conocida familia de músicos. También formaba parte de una compañía teatral y en el escenario usaba sus grandes ojos con mucha habilidad. Hablaba con alguien en voz baja y profunda, como si estuviera actuando. Salió de la habitación casi en el mismo instante en que nosotros entrábamos.

—Por fin ha logrado hacerse una carrera de actor.

—¿Ganará mucho?

—Supongo.

—El otro día leí en un artículo del periódico que iba a actuar en no sé qué obra. ¿Se trata de la misma persona?

—Eso parece.

Los comentarios sobre el actor venían de tres hombres que estaban en el centro de la habitación. El amigo de Misawa los conocía y nos dijo sus nombres. Dos eran duques y el tercero un conde, todos descendientes de familias nobles de la corte. De sus comentarios se desprendía que ninguno de ellos conocía realmente el teatro ni se interesaba verdaderamente por él.

Volvimos a nuestros asientos y escuchamos dos o tres piezas de música occidental. A eso de las cinco de la tarde salimos de allí. Cuando estuvimos solos, Misawa empezó a hablar finalmente sobre la otra mujer. Contó justo lo que imaginaba.

—¿Qué? ¿No te ha gustado?

—Tiene una cara muy hermosa.

—¿Sólo la cara?

—Es lo único que he podido ver de ella, pero ¿no crees que tiene un aspecto un tanto anticuado? Parece muy reservada, como si pensara que ahí reside la verdadera cortesía.

—Supongo que se debe a su familia. Al menos es una mujer de la que siempre podrás estar seguro.

Caminamos a lo largo de la ribera del río. Los pinos, humedecidos por la lluvia, recortaban su negra silueta contra el azul del cielo.

Misawa y yo nunca nos cansábamos de hablar de mujeres. Por lo visto se iba a casar con la hija de un oficial relacionado con algún departamento de la Casa Imperial. Por consideración hacia mí se las ingenió para que la acompañase su mejor amiga. Me dio información detallada sobre su

familia, su estatus social, su educación. Pero tenía la sensación de estar empezando la casa por el tejado. Antes de acudir con Misawa al concierto, pensaba que lo más importante en ese momento era centrarme en el asunto del viaje de Ichiro y del señor H. Después de salir de la sala, era la última de mis preocupaciones. Sólo en el último momento, antes de separarme de Misawa, me detuve en una esquina de la calle y le dije:

—Creía que hoy hablaríamos de algunos detalles del viaje de mi hermano. Parece que las cosas han salido al final como decía el señor H.

—Respecto a eso no hay ninguna duda, no te inquietes. El señor H me mandó llamar sólo para decírmelo. Puedes confiar plenamente en él.

—Me pregunto dónde irán.

—No lo sé, pero no tiene importancia. Lo más importante es que se vayan.

Para Misawa, al fin y al cabo un observador lejano, la situación de Ichiro nunca había sido un asunto tan grave.

—Mejor dediquémonos a lo que verdaderamente nos importa, ¿no te parece?

Cuando volvía solo a mi habitación, no podía evitar pensar en Ichiro y en Nao. Más aún que en ellos, probablemente pensaba en la mujer que había visto aquel mismo día a pesar de no haber intercambiado ni una sola palabra con ella, a pesar incluso de no haber tenido oportunidad de escuchar su voz. Como no quería forzar la situación más de lo normal, Misawa se había limitado a facilitar el encuentro pero sin llegar a las presentaciones. De esa manera, trataba de evitarle una situación incómoda tanto a ella como a mí. Al menos eso es lo que me había explicado. La verdad es que su forma de proceder me resultó muy poco satisfactoria. Me hubiera gustado algo más. «No conocía tus intenciones», se disculpó. Tenía razón. Tampoco se podía hacer mucho más. Por el momento.

Los días posteriores al encuentro recordaba a veces su cara. Quizás por eso no me impacientaba ni sentía un ansia especial por verla de nuevo. Mientras mi entusiasmo de aquel primer encuentro se apagaba lentamente, en casa de mis padres la situación era cada vez más urgente. Probablemente fue consecuencia de sentir aún aquel aroma, por lo que había descuidado el asunto de Ichiro. En la oficina a menudo me pellizcaba las ásperas mejillas, como si con ese gesto quisiera espabilarme, pero para mi desesperación seguía muy perdido.

Una semana más tarde me llamó madre y me contó que el día anterior había ido el señor H a visitar a Ichiro. Nao estaba resfriada y fue ella quien se hizo cargo del invitado. Gracias a eso pudo escuchar la charla de ambos sobre el viaje. Estaba muy contenta y me dio las gracias de corazón. También me mandó recuerdos de padre.

—Me alegro mucho de que todo haya salido bien —le dije.

Por la noche se me amontonaban los pensamientos en la cabeza. Estaba convencido de que un viaje le sentaría bien al Ichiro y por eso me había atrevido a molestar al señor H con mi idea pero, francamente, lo que más me preocupaba era la opinión que mi hermano tenía de mí, qué sentía realmente por mí, hasta qué punto estaba resentido o sospechaba. Eso era lo que verdaderamente quería descubrir. Mi preocupación, por tanto, no era sólo por su futuro sino también por su presente. Hacía tiempo que no tenía oportunidad de hablar con él y no sabía cómo se encontraba.

22

Creí necesario ir a ver al señor H antes de su partida. También me sentía obligado a agradecerle el haber cumplido con mi petición tan diligentemente. Al salir de la oficina, aproveché para acercarme a su casa. Cuando me abrieron la puerta, entregué mi tarjeta. Tan pronto como me anunciaron, apareció su figura.

—Para ser sincero con usted, estaba preparando mi clase de mañana. Si no se trata de nada importante, le ruego me disculpe.

No sabía nada sobre su vida académica, y sus palabras me recordaron la rutina diaria de Ichiro. Su encierro no tenía por qué ser necesariamente resultado de una rebelión contra la familia y la sociedad. Le pregunté qué día le venía bien y prometí volver.

—Le pido disculpas de nuevo. Estoy tratando de terminar con mis clases lo antes posible, precisamente para marcharme de viaje con su hermano.

Le agradecí su cortesía con una silenciosa reverencia.

Unos días más tarde, en una mañana despejada después de la lluvia, volví de nuevo a su casa. El señor H, que estaba un poco metido en carnes, se quejaba del tiempo caluroso. Estaba sentado con la *yukata* abierta por el pecho casi hasta la cintura.

—Veamos... dónde vamos a ir. Aún no hemos decidido si iremos al mar o a la montaña. —Parecía muy propio de él no preocuparse lo más

mínimo por ese tipo de detalles. A mí, personalmente, me era completamente indiferente, pero...

—Me gustaría pedirle un favor.

En mi anterior visita con Misawa ya le había puesto al tanto sobre la situación general de la familia, pero no había mencionado nada sobre la peculiar relación entre Ichiro y yo. Era algo que no podía revelar abiertamente en un primer encuentro. Incluso Misawa, a pesar de lo íntimos que éramos, sabía muy poco al respecto más allá de sus propias conjeturas. Probablemente el señor H hubiera escuchado algo a través de él, pero cuánto sabía y de qué tipo de información disponía, era algo imposible de conocer a no ser que sacase yo mismo el tema.

Me preocupaba y me causaba mucha ansiedad conocer la opinión que Ichiro tenía de mí. Parecía lógico que si iba a pedir ayuda al señor H, le expusiera abiertamente todo el asunto. Cuando tomé la decisión de ir a verlo yo solo, dejando al margen a Misawa, y aun a riesgo de que pensara que lo engañaba, fue porque quería contarle la verdad tan fielmente como pudiera. Era cierto que, si no había sido capaz de contárselo a Misawa, tampoco podría hacerlo con el señor H. Por tanto, me sentí obligado a plantear el tema en los términos más generales de los que fui capaz.

—Me temo que esto pueda causarle muchas molestias, pero me pregunto si podría informarnos sobre cualquier aspecto que le llame la atención del comportamiento de mi hermano, sobre lo que dice, lo que piensa o siente mientras viajan juntos. Cualquier cosa que sirva para conocerlo mejor nos resultaría de gran ayuda y estoy seguro de que lo será, especialmente para mi familia que tiene que vivir con él día a día en casa.

—Bueno, no digo que sea imposible, pero desde luego va a resultar complicado, me temo. En primer lugar, no voy a tener mucho tiempo, como bien podrá usted imaginar, e incluso si disponemos de él, no creo que haya necesidad. ¿No preferiría usted mantener personalmente una larga charla con su hermano cuando estemos de regreso?

El señor H tenía razón. Durante unos instantes me quedé callado con expresión abatida. Al final no me quedó más remedio que mentirle:

—A decir verdad, mis padres están tan preocupados, que les gustaría estar informados sobre cualquier eventualidad que suceda durante el viaje.

—Puse gesto de preocupación y él empezó a reírse.

—No hay motivo para preocuparse tanto. Me haré cargo de todo; se lo aseguro.

—Es que ya son muy mayores...

—Es una verdadera molestia, por esa razón no me gusta la gente mayor. Vaya a casa y dígales que todo irá bien.

—¿No hay nada que pueda usted hacer, algo que no le resulte una molestia y aplaque la inquietud de mis padres?

El señor H se rio de nuevo.

—No me cree capaz de hacerme cargo, ¿verdad? Si insiste tanto, a ver qué le parece esto. Le escribiré si encuentro algo digno de mención. Si no sabe nada de mí, dé por hecho que todo va como de costumbre. Estoy seguro de que así será.

No podía pedirle nada más, ni esperar más de él.

—Me parece bien. Pero, por favor, le ruego que no se limite a lo que pueda parecerle a usted un simple contratiempo. Espero sus noticias si aprecia cualquier cosa extraña en su forma de actuar, de pensar o de sentir.

—Vaya, la cosa se está poniendo fea y complicada. Pero está bien, lo haré.

—Es probable que mi hermano también le hable de mí, de mi madre o de su familia. Le ruego que nos lo cuente sin ninguna reserva.

—De acuerdo, lo haré si me parece oportuno.

—Incluso si hay algo que a usted no le parece oportuno, espero que no le moleste decírmelo. En caso contrario, no veo cómo podremos solucionar este problema en casa.

El señor H se encendió un cigarro en silencio. En ese preciso instante comprendí que, siendo más joven que él, había ido demasiado lejos. Me di cuenta de mi torpeza. Él miraba a una esquina del jardín donde había cinco o seis ruibarbos traídos por él mismo desde Akita. El cielo de principios de verano se despejaba después de los chubascos e iluminaba infinitamente la tierra con sus rayos. Desde las penumbras los gruesos tallos se alzaban en toda su azul fresca.

—Sabe, de vez en cuando aparecen por aquí unos sapos enormes —dijo el señor H. Charlamos un rato más hasta que llegó el momento de marcharme antes de oscurecer.

—Por cierto, ¿qué ha pasado con su propuesta de matrimonio? El otro día estuvo aquí Misawa y parecía muy contento de haberle encontrado una buena chica.

—¡Ah, sí, es cierto! Misawa es muy servicial.

—¡Qué va, al contrario! No lo hace por ser servicial. ¿Por qué no se casa usted de una vez? Según me han dicho es una chica muy bien parecida. ¿Acaso no le gusta?

—No, no se trata de eso.

—¡Ya veo! Así que ¿le ha gustado? —dijo el señor H riendo.

Cuando salí de la casa, pensé que debía ocuparme también de aquel asunto por consideración hacia Misawa. Pero como el problema de Ichiro no mejoraba, apenas me dejaba margen para pensar en otra cosa. Me hubiera gustado que ella se enamorase de mí nada más verme.

24

Fui a visitar de nuevo a Misawa. No lo hice porque hubiera decidido algo, o porque ya supiera qué partido tomar. No quería dar un paso adelante y estaba muy indeciso; por eso le hablé de la mujer con cierta indiferencia.

—¿Qué vas a hacer ahora?

No fui capaz de responderle nada concreto. Misawa continuó:

—Puede que por mi profesión parezca una persona ociosa, pero como hombre de familia que soy, estoy consolidando mi posición de acuerdo con un plan predeterminado. Sin embargo, tú eres todo lo contrario. Si sale el tema de independizarte o de contraer matrimonio, automáticamente desaparece tu fuerza de voluntad, pero cuando se trata de tu profesión, todo lo solucionas de manera expeditiva y por eso ya te has establecido y tienes un buen puesto.

Curiosamente, hacía poco tiempo había recibido una carta de Okada desde Osaka en la que me informaba sobre un puesto vacante. Llevaba unos días valorando la posibilidad de dejar mi trabajo y mudarme.

—Pero si hasta hace poco estabas entusiasmado con la idea de viajar a Occidente. —Misawa insistía en exponer abiertamente mis contradicciones. Para mí era un momento de cambio, y no veía una gran diferencia entre Osaka y Occidente—: Si te comportas de una manera tan caprichosa, no hay ninguna esperanza para ti. Parece que soy el único que se toma en serio tu matrimonio y eso es ridículo. Mejor lo dejamos correr.

Misawa parecía bastante molesto. Yo también lo estaba.

—¿Qué ha dicho ella? Me culpas a mí solo, pero ¿cómo puedo saber lo que piensa?

—Es imposible saberlo. Aún no le he dicho nada.

Misawa se enfadó y supuse que con razón. Todavía no le había dicho una sola palabra de mí a su padre ni a su hermano y, por supuesto, tampoco a ella. Lo único que hizo fue facilitar un encuentro para que pudiéramos intercambiar miradas en una situación que no comprometiese su buen nombre. Estaba orgulloso de que su mediación no hubiera resultado inconveniente y de que las cosas se hubieran desarrollado de la forma más natural y adecuada.

—No hay nada que yo pueda hacer hasta que no ordenes tus ideas.

—Entonces, déjame que piense en ello.

Misawa parecía exasperado. Yo sentía un profundo desagrado hacia mí mismo.

Aproximadamente una semana después de haber ido a visitarlo, el señor H e Ichiro cogieron el tren y se marcharon de Tokio. No sabía la fecha ni la hora de su partida. Ni Misawa ni el propio señor H dijeron nada al respecto y sólo tuve noticia de ello gracias a una llamada de casa de mis padres. Sorprendentemente, fue Nao quien estaba al otro lado del teléfono.

—Tu hermano se ha marchado esta mañana. Te llamo porque tu padre me ha pedido que te informe —dijo en un tono levemente formal.

—¿Se ha ido con el señor H?

—Sí.

—¿Sabes adónde han ido?

—Al parecer se han ido de viaje por la costa de Izu.

—¿Quieres decir que han ido en barco?

—No, desde la estación de Shinbashi, como de costumbre...

25

Puede que mi comportamiento resultase demasiado obvio. Justo hasta el día anterior no me acercaba a casa de mis padres por temor a encontrarme con Ichiro y, nada más enterarme de su partida, me presenté allí al salir del trabajo, en lugar de ir directamente a mi cuarto. Tampoco me molestaba en ocultarlo. En realidad, no había nadie en la familia a quien necesitara decírselo.

Nao estaba en el cuarto de estar hojeando una revista.

—Gracias por llamar esta mañana.

—¡Jiro-san, qué sorpresa! ¡Eres tú! ¿Vienes ahora de la oficina desde Kyobashi?

—Sí. Hace calor, ¿verdad? —Saqué el pañuelo y me sequé la cara. Me quité la chaqueta y me tiré encima del tatami. Nao me acercó un abanico.

—¿Dónde está padre?

—No está. Parece que ha ido a Tsukiji.

—¿Quieres decir que ha ido a comer a Seiyoken?

—No, no creo. Creo que ha ido a una casa de té.

—¿Y madre?

—Se está bañando.

—¿Y Oshige?

—Oshige-san también... —Al fin sonrió.

—¿También se está bañando?

—No. No está.

La criada entró y me preguntó si quería poner en el *kakigouri*[75] sirope de limón o de fresa.

—¿Habéis empezado a usar hielo?

—Sí. Hace dos o tres días que usamos la fresquera.

Nao parecía un poco más consumida desde la última vez que la había visto. Sus mejillas tenían menos carne. Se apreciaba bajo la luz de la tarde cada vez que movía la cara. Estaba sentada y su mejilla izquierda miraba hacia el *engawa*.

—Bueno, parece que Ichiro se ha decidido finalmente a marcharse. Pensé que iba a posponerlo otra vez.

—No, no lo ha hecho —dijo bajando la mirada.

—Mi hermano es una persona con un fuerte sentido del deber y una vez se lo prometió al señor H, no le ha quedado más remedio que cumplir su palabra...

—No es exactamente por eso. No ha sido esa la razón de que no lo haya pospuesto —dijo en un tono más melancólico que de costumbre.

La miré boquiabierto.

—¿Entonces por qué no lo ha hecho?

—¿Por qué? Ya lo sabes, es obvio.

Realmente no entendía nada.

—No. No tengo ni idea.

—Tu hermano está harto de mí.

—¿Quieres decir que se ha ido de viaje por no estar contigo?

—No, por eso no. Quiero decir que está harto de mí, y por eso se ha ido de viaje. No piensa en mí como si fuera verdaderamente su esposa.

—Entonces...

—Entonces, como no se preocupa por mí se ha marchado.

Nao se calló. Yo tampoco dije nada. En ese momento madre salía de la bañera.

—¿Cuándo has venido? —Frunció el ceño al vernos sentados allí a los dos solos.

26

—Ya es hora de despertar a Yoshie de la siesta, si no, se volverá a pasar la noche en vela.

Nao se levantó en silencio.

—Y báñala tan pronto como se despierte.

—Sí.

Su figura se desvaneció en el pasillo.

—¿Está mala? ¿Por eso no se la oye?

—Hace un rato se sintió mal y empezó a llorar, pero luego se quedó dormida. De todas formas ya hay que despertarla. Son las cinco en punto... Madre parecía contrariada.

Esa noche compartimos mesa con ellos y cenamos los cinco juntos. Algo poco frecuente. Padre debía de seguir en el restaurante o en la casa de té de Tsukiji donde lo habían invitado y todavía no había vuelto. Oshige lo hizo justo a tiempo.

—Ven aquí rápido y siéntate. Estábamos esperando que salieras del baño —le dije. Se deslizó hasta el *engawa* y se abanicó para que el aire fresco entrara a través de la *yukata*.

—No me metas prisa. No te olvides de que eres tú, al fin y al cabo, quien se deja ver muy de vez en cuando. —Mi hermana puso cara de fastidio y se giró a propósito hacia la aralia del jardín, que estaba justo a su lado. Madre me miró y sonrió como si dijera: «Otra vez con el jueguecito de siempre». Su complicidad me animó y me seguí metiendo con Oshige.

—Si me vas a tratar como si fuera un invitado, te ruego, por favor que no me enseñes más tu enorme espalda y vengas rápido a sentarte a mi lado.

—No me molestes.

—¿Dónde estabas con este calor?

—Sea donde sea, no es asunto tuyo. «Dónde estabas», pero ¿qué manera tan vulgar de hablar es esa? Bueno, qué más da. Hoy he estado con Sakata-san y me ha contado todos tus secretos, querido hermano.

Oshige solía llamar siempre a Ichiro «hermano mayor». A mí simplemente «hermano». Durante una época había tenido la costumbre de llamarme «hermano pequeño», pero me molestaba enormemente y al final conseguí que, al menos, eliminase lo de «pequeño».

—¿No te importa que se lo cuente a todo el mundo, verdad? —Oshige giró hacia mí su cara lozana recién salida del baño. Le guiñé el ojo dos veces.

—Pero acabas de decir claramente que son mis secretos.

—Eso es, tus secretos.

—Pues no está bien si se trata de secretos, ¿no te parece?

—Al contrario, eso es precisamente lo que lo hace más divertido.

Me sentía muy incómodo porque no tenía ni idea de lo que podía relevar Oshige.

—Oshige, no tienes ni idea de lo que quiere decir contradicción en los términos, ¿verdad?

—No me preocupo lo más mínimo por esas palabras petulantes que utilizas. Como bien dices, no tengo ni idea.

—Ya está bien de tonterías. No eres una niña de quince años.

Al final madre se unió a la conversación y nos regañó a ambos por igual. Me aproveché de la circunstancia y di varias evasivas. Oshige dejó su abanico en el *engawa* y se sentó dócilmente a la mesa.

Una vez dejamos el asunto, ya no hubo oportunidad de revelar ningún secreto durante la cena. Tampoco madre o Nao dieron muestra alguna de tomárselo en serio. Por la parte de atrás de la casa apareció un hombre que se puso a regar el jardín hasta que madre le ordenó parar:

—Es suficiente. Todavía no está tan seco.

Me fui de la casa de Bancho cuando ya se habían encendido las primeras luces y después de hablar durante más de hora y media con mi familia. Todo ese tiempo me había sentido tranquilo y relajado hasta que después de la cena, Oshige insistió en revelar lo que ella llamaba mi secreto. Por fortuna, sólo se trataba del asunto del matrimonio, que para mí podía ser cualquier cosa menos un secreto.

—Madre, me han contado que hermano tuvo el otro día una entrevista secreta con su prometida.

—Fue cualquier cosa menos secreta, te lo aseguro —la interrumpí antes de que nuestra madre pudiera responder.

—Me lo ha dicho una fuente fiable. No está bien que disimules.

Cuando dijo una fuente fiable, no pude evitar reírme a carcajadas.

—Mira que eres tonta.

—¿Y eso a quién le importa?

Con su habitual labia empezó a contar a madre y a Nao lo Sucedido el pasado dos de junio. Me sorprendió la precisión y el detalle con que lo contaba y me picó la curiosidad por saber quién era su fuente. La interrogué para que lo desvelara, pero Oshige se negaba en redondo a dar semejante información. Con una sonrisa, se limitó a decir:

—Si no nos lo has contado antes, será porque había una buena razón para ocultarlo, ¿no es cierto?

No sólo se negaba a no satisfacer mi curiosidad, sino que encima se burlaba de mí.

—Bueno, di lo que quieras —contesté. Cuando madre me preguntó por los detalles del encuentro, me limité a contarle las cosas tal y como habían sucedido.

—Eso es todo lo que hay. Además, quiero que sepas que la otra parte no sabe nada de todo esto. No me importa si vais por ahí lanzando los cuartos al pregonero como Oshige, pero es posible que eso la pueda molestar.

Madre no veía ninguna razón por la que pudieran molestarse y continuó con una serie de preguntas prácticas acerca de la extensión de sus propiedades, de si tenían o no malas relaciones, si había alguna enfermedad hereditaria en la familia, etcétera. Sencillamente, no supe qué responder ante semejante interrogatorio. No sólo eso, al final me cansé de escucharla y eso fue, precisamente, lo que precipitó mi retirada.

Aquella tarde, mientras madre me asediaba, Nao apenas abrió la boca. Madre tampoco se molestó en pedirle opinión. Sus respectivas actitudes indicaban claramente sus diferentes temperamentos, aunque el contraste tampoco parecía deberse únicamente a la diferencia de carácter. Quizás para mantener su posición de persona ajena a los asuntos familiares, Nao sólo se empeñaba en prestar atención a Yoshie. La niña, que normalmente se acostaba antes de oscurecer, no se marchó a la cama hasta que me fui. La razón, por lo visto, era su persistente resfriado.

Volví a mi habitación y sentí en toda su crudeza el calor viciado de aquel lugar. Apagué la luz y me senté en la oscuridad. ¿Dónde estaría Ichiro en ese momento? ¿De qué estaría hablando con el señor H? La magnánima imagen de la cara del señor H volvió a mi mente, y también me figuré aquella extraña sonrisa de Ichiro enmarcada por sus mejillas hundidas.

28

A partir del día siguiente de la partida de Ichiro y del señor H, esperé impaciente recibir noticias suyas. Uno, dos, tres, contaba con los dedos de la mano los días pasados desde que habían partido. No había recibido ninguna carta, ni siquiera una postal y me sentía un tanto defraudado. El señor H no se tomaba las cosas a la ligera; por tanto, no podía considerar la posibilidad de que se hubiera olvidado de su promesa. Pero también era evidente la libertad con la que se tomaba el encargo. Cumpliría con su obligación, sin duda, pero no con la puntualidad que yo esperaba. Así es como yo, miembro honorario de la tribu de impacientes de la humanidad, me acordaba de él en la distancia.

Fue la tarde del undécimo día, cuando al fin recibí una larga y detallada carta. Su escritura respetaba escrupulosamente los renglones de la hoja de papel. Por el número de hojas se deducía que no era el tipo de carta escrita en un par de horas. Sentado e inmóvil, como un maniquí atado a la mesa, comencé a leer. Mis ojos brillaban con la fiera determinación de no perder ni un solo detalle de aquellas palabras escritas en diminutos caracteres negros. Mi mente estaba adherida a las páginas y se deslizaba por ellas con la misma suavidad que un trineo sobre la nieve. No soy consciente del tiempo que me llevó leerla desde la primera hasta la última línea.

Decía así:

Al igual que acepté su petición de invitar al señor Nagano a venir de viaje conmigo, también le prometí dar cuenta de ello. Pero al hacerlo temía que, una vez encarase la tarea, me resultaría muy difícil llevarla a cabo. Podría no ser necesario hacerlo y, en caso de que sí lo fuera, podría no resultar conveniente. Durante el primer y el segundo día de nuestro viaje, estos tres pensamientos se alternaban en mi mente de diversas formas y, por esa razón, cada vez estaba más convencido de que debía romper mi palabra. El tercer y cuarto día reconsideré el asunto, pero el quinto y sexto, al ir pasando lentamente el tiempo de nuestro viaje, llegué a la conclusión de que no necesitaba pensarlo tanto, sino escribirle como le había

prometido. La palabra «necesario», tiene un significado distinto para usted y para mí, pero no me parece oportuno explicárselo en este momento, pues lo irá descubriendo usted mismo cuando termine de leer la carta. En cuanto a mi sentimiento inicial de que no era ético acceder a su petición, no creo que me pueda desprender de él por mucho tiempo que pase. Por otra parte, el grado de necesidad ha aumentado claramente. Tan claramente que ha superado cualquier valoración ética. Probablemente no iba a encontrar el momento de ponerme a escribir. (Era la única preocupación que me obsesionaba allá donde fuera). Ambos dormimos en la misma habitación y también comemos juntos en la misma habitación. Juntos salimos a dar un paseo y después nos bañamos juntos. Si considero todas estas circunstancias, me doy cuenta de que el único momento en el que estamos separados es cuando vamos al excusado.

Con ello no quiero decir que estemos de charla del día a la noche. Hay ratos en los que cada uno de nosotros lee su propio libro e incluso nos tumbamos a descansar en silencio. Sin embargo, pretender ignorar la presencia de alguien para escribir sobre él y hacer confidencias a una tercera persona es algo que me resulta muy difícil. Por eso, y a pesar de sentir la necesidad de escribirle, me sigue pareciendo una ardua tarea. Una oportunidad como la que tengo ahora no se presenta muchas veces por mucho que lo desee. Pero la suerte se ha puesto de mi parte y me ha colocado al alcance de la mano la posibilidad de hacer algo que juzgo necesario. Trato de no aparentar demasiada preocupación por la presencia de su hermano. Así he comenzado a escribir esta carta y así espero terminarla.

Hace dos o tres días llegamos exhaustos al valle de Benigayatsu. Actualmente nos hospedamos en una pequeña casa de verano propiedad de un familiar mío. El propietario no puede dejar Tokio hasta el próximo mes de agosto y ha puesto a nuestra disposición este lugar mientras él no está para que lo disfrutemos todo el tiempo que deseemos.

Aunque decir casa de verano puede sonar muy respetable, lo cierto es que es un lugar estrecho y bastante deteriorado. Su aspecto no es mucho mejor que el de esas casuchas destartalladas de los funcionarios desperdigadas por las afueras de Tokio. Pero está en el campo y al menos

hay un poco de terreno y espacio libre alrededor. Un huerto o un sembrado, es difícil de decir, se extiende a sus pies y llega hasta la valla cubierta con los frutos dulces de la madreselva. Por encima del follaje sólo se acierta a ver más o menos un cuarto del tejado de paja de la casa de los vecinos.

Bajo el alero disfrutamos de la vista de una colina situada justo frente al lago. La colina pertenece a no sé qué conde y, de vez en cuando, tenemos oportunidad de atisbar entre los árboles unas yukatas de vivos colores, al tiempo que escuchamos voces de mujer que llegan desde la parte del acantilado. Justo en lo alto hay un pino que se alza contra el cielo. Lo miramos de la mañana a la noche como si fuera nuestra noble obligación.

De todas las zonas que hemos visitado hasta ahora, este lugar parecer ser el que más le ha gustado a su hermano. Ello puede deberse a varios motivos, pero el principal, a mi modo de ver, es el sentimiento de que nos hemos convertido en dueños y señores de una casa independiente, y eso le ofrece a su insociable hermano una cierta tranquilidad. No ha sido capaz de dormir bien en ninguno de los sitios que hemos visitado hasta ahora, y nada más llegar aquí, ha empezado a descansar sin problemas. De hecho, ahora, mientras escribo esta carta, él está profundamente dormido.

La suerte también me ha favorecido en el sentido de que no tenemos que amontonarnos en una misma habitación, ni sentarnos codo con codo como sucede habitualmente en los albergues y hostales. Pero la casa, como le acabo de decir, es bastante estrecha. En lo alto de la colina, a nuestra derecha, hay otra de estilo occidental construida por un millonario y, al compararla, la nuestra parece una simple caja de cerillas. Incluso así, es solitaria e independiente, está rodeada de vallas y completamente aislada del exterior. A pesar de ser tan estrecha, tiene cinco habitaciones y aquí, al contrario de lo que sucedía en los otros alojamientos, no tenemos necesidad de levantarnos al mismo tiempo. Uno puede despertarse mientras el otro duerme cuanto le parece oportuno. Puedo dejar a su hermano plácidamente dormido y sentarme en la mesa de la habitación de al lado. Lo mismo pasa durante el día: cuando nos cansamos de estar juntos, nos quitamos de en medio y nos dedicamos a hacer lo que nos place durante todo el tiempo necesario para regresar después sin más explicaciones.

Precisamente me aprovecho de esta situación y le escribo esta carta. Tiene suerte de que haya podido hacerlo, pero yo no, pues me veo obligado a no dejar pasar esta oportunidad de cumplir mi promesa.

Lo que le escribo no tiene el orden de un diario; tampoco ningún tipo de precisión científica. Sin embargo, me permito recordarle que es consecuencia de dos factores negativos, uno, inherente al propio viaje con sus trenes, rikisha y albergues, sin olvidar todas las pesadas tareas que ello acarrea; y, otro, la naturaleza misma de este deber mío que no puedo abordar con facilidad. Me sorprende el solo hecho de ser capaz de informarle como lo hago, por muy fragmentario que parezca mi relato. Todo se lo debo a la suerte.

A ninguno de los dos nos gusta especialmente viajar. Nuestro plan fue una puesta en común resultado de nuestras propias experiencias pasadas. Pensamos que el propósito sería justo y útil si visitáramos algunos lugares cercanos, como hacen muchos otros turistas. Con esa idea en mente, decidimos internarnos en primer lugar por los alrededores de Izu y Sagami.

Yo contaba con cierta ventaja respecto a su hermano, pues tenía una mínima idea de cómo eran y de cómo llegar hasta ellos, mientras que su hermano confunde geografía y direcciones. No sabe si Kozu está en este lado o después de Odawara. Quizás, simplemente no le importe. Lo que realmente me sorprende es que, al tiempo que se muestra extremadamente indiferente hacia ese tipo de detalles, es incapaz de adoptar una actitud imparcial hacia nada relacionado con las personas. Pero eso es al margen. Me resulta difícil volver al tema principal después de tantas digresiones y creo que en lo sucesivo, lo mejor será que me limite al tema principal de mi carta, en la medida de lo posible.

En un principio, nos pusimos de acuerdo para empezar nuestro recorrido en Zushi y tomarlo como punto de partida. Pero la mañana de nuestra partida, cuando nos dirigíamos a toda prisa a la estación de Shinbashi en el rikisha, tuve otra idea. Nuestro viaje no tenía nada de extraordinario y empezar por Zushi me pareció demasiado corriente como para resultar verdaderamente interesante. Se lo comenté a su hermano en la estación y le sugerí dar la vuelta al plan y empezar desde Numazu hasta Shuzenji y luego cruzar las montañas para bajar a Ito. Por supuesto, él no objetó nada, pues como ya le he dicho, no sabía si Odaivara estaba antes o después de Kozu. Compramos billetes para Numazu y cogimos el tren de Tokaido.

No hay nada interesante que decir del viaje en tren. Al llegar a nuestro destino y después de bañarnos, comer y tomar té, no sucedió nada que llamara especialmente mi atención. No hasta que aquella noche me di cuenta de que había algo que debía revelar a los suyos sobre su hermano.

Era muy pronto para acostarnos pero estábamos cansados de hablar. Me venció esa especie de hastío que todo viajero experimenta en algún momento. Me di cuenta de que había un pesado tablero de go junto al tokonoma e inmediatamente lo arrastré al centro de la habitación. Evidentemente, mi intención era jugar con él. No estoy seguro si lo sabe, pero mientras estudiábamos en la universidad solíamos jugar juntos al go. Al cabo de un tiempo lo dejamos, pero de pronto aquel tablero de go me pareció la forma ideal de pasar unas horas que se nos antojaban un tanto pesadas.

Su hermano miró el tablero y dijo:

—Prefiero no jugar.

—Venga, hombre —repuse con determinación—. No digas eso, vamos a echar una partida.

—No, no. Mejor no —volvió a repetir a pesar de mi insistencia. Cuando lo miré a la cara, vi una expresión peculiar en sus ojos, una expresión extraña en la que no se leía disgusto o indiferencia por el juego. No quise insistir, pero cogí las fichas y comencé a colocarlas sobre el tablero como si fuera a empezar una partida. Él miró un instante. Yo seguía jugando solo. Se levantó abruptamente y salió al pasillo. Pensé que iba al excusado y no le presté mayor atención.

31

Como esperaba, volvió de inmediato y, arrebatándome las piezas de la mano, dijo a regañadientes:

—Vamos a jugar.

Su actitud no me pareció nada extraordinario y me limité a contestar.

—De acuerdo.

Empezamos la partida de inmediato. Jugábamos tan mal que hicimos todos los movimientos rápidamente y terminamos en un santiamén. Jugábamos dos partidas a la hora, un ritmo que difícilmente podrían resistir unos espectadores o unos jugadores más serios. Pero su hermano decía que incluso esperar el desenlace de esas partidas rápidas le agotaba

los nervios. Al final, renunciamos a seguir y dejamos la partida a medias. Me preguntaba si se sentía mal, pero él sonreía.

Hasta que llegó el momento de acostarnos, no dijo ni una sola palabra. Parecía como si cualquier cosa que hiciera le produjera una infinita repugnancia, incluso jugar una simple partida de go. Pero no por ello podía evitar hacerlo. Su conflicto interno le resultaba muy doloroso y, probablemente, se angustiaba al darse cuenta de que no sería capaz de terminar la partida. La cuestión fue que no le quedó más remedio que enfrentarse al tablero y, tan pronto como lo hizo, perdió la paciencia. Al final, las fichas negras y blancas esparcidas por toda la superficie del tablero empezaron a parecerle monstruos que se dividían, se separaban y volvían a juntarse con el único propósito de torturar su cerebro. Lo que me dijo fue que, en un momento determinado, sintió la necesidad de jugar, para eliminar a todos aquellos monstruos del tablero. Al principio, cuando le insistía para que jugase conmigo, no me daba cuenta de nada, pero después me asusté y me arrepentí por haber sido tan desconsiderado.

—No, no se trata sólo del go —dijo como si quisiera aliviar mi metedura de pata. Después de eso comenzó a detallar una descripción de su día a día. Su actitud era muy calmada, incluso después de dejar la partida a medias. Es posible que ustedes en la familia no entiendan sus sentimientos, pues no reflejan nada anormal en la superficie. Para mí, esa conversación supuso un auténtico descubrimiento.

Ya estuviera leyendo, pensando, comiendo, caminando, realizando cualquier otra actividad a lo largo del día, nunca era capaz de encontrar la paz mental. No importa lo que hiciera, desde el primer momento sentía la condena de que no lo podría lograr.

—No hay nada más frustrante que hacer algo y tener siempre en mente que no sirve para nada, que no va a llegar a ninguna parte —me confesó.

—¿No te basta con pensar que lo que haces es simplemente un medio? —le pregunté.

—Sí, eso estaría bien. Pero sólo cuando hay una finalidad puedes contentarte con los medios.

Su hermano está frustrado porque tiene la sensación de que, haga lo que haga, no importa cómo, no llega a ninguna parte ni por el fin ni por los medios. Es una persona absolutamente insegura, y el resultado es que no está en paz consigo mismo. Se levanta porque no puede dormir tranquilo. Una vez se levanta, no se puede quedar sin hacer nada, así que se dedica a

caminar. Cuando camina, no se contenta con eso y, por tanto, se pone a correr y en cuanto empieza, ya no puede parar sin importarle dónde va. No sólo no se para en ningún sitio a descansar, sino que no puede dejar de acelerar en ningún momento y eso lo asusta, pues no imagina a qué y adónde le conducirá su esfuerzo. Se asusta tanto que un sudor frío le recorre el cuerpo. Eso es. Dice que está insoportablemente asustado.

32

La explicación de su hermano me dejó atónito. Nunca en mi vida había experimentado semejante inseguridad, pero puedo entenderlo perfectamente, aunque no lo comparta. Lo escuchaba como si yo fuera alguien que nunca ha padecido una jaqueca y a pesar de ello, debe consolar a otra persona que se queja constantemente de padecerlas. Cavilé un buen rato y mientras lo hacía atisbé vagamente el destino del hombre. Creí haber encontrado un consuelo adecuado para su hermano.

—Lo que llamas inseguridad, es la inseguridad total de la especie humana. No es algo peculiar tuyo. El fluir y el movimiento constante son nuestro sino.

No es que mi razonamiento fuera vago, sino absurdamente endeble. Era un argumento destinado a marchitarse bajo la afilada y desdeñosa mirada de su hermano. A pesar de todo, él contestó:

—La inseguridad humana es resultado del progreso de la ciencia. La ciencia, que jamás se detiene, nunca nos ha dado tregua. De caminar por nuestros propios medios al rikisha, del rikisha al carruaje, del carruaje al tren, del tren al automóvil, de ahí al dirigible, después al aeroplano y así sucesivamente. No importa lo lejos que vayamos, nunca tendremos un respiro. ¿Dónde nos llevará todo esto? Es algo que nadie puede saber con certeza. Es realmente aterrador.

—Sí, en efecto. Es aterrador —contesté. Él se rio.

—Si dices que es aterrador, es sólo porque te parece conveniente usar esa palabra. Eso no es el verdadero miedo. No es más que el miedo mental, el de la razón. El mío es bien diferente. El mío es el miedo del corazón, un miedo vivo que golpea en cada pulso.

En sus palabras no había ni un ápice de falsedad, se lo aseguro. Pero es cierto que no resulta fácil experimentar esa clase de angustia.

—Si ese es el destino de todos, no es necesario que tú seas el único asustado —le ofrecí a modo de consuelo.

—Es un hecho, no una necesidad —dijo antes de que pudiera seguir—. Es aterrador porque el inevitable destino al que la humanidad está condenada en el transcurso de unos siglos, debo soportarlo yo en el tiempo de mi vida y, además, debo hacerlo completamente solo. Una vida media representaría cierta ventaja, pero ya sea en ochenta años, en diez, en uno o incluso en un mes o una semana, yo tengo que soportar ese destino y eso es lo que me asusta. A lo mejor piensas que miento, pero déjame que te diga una cosa: coge un fragmento de mi vida, ya sea de una hora o de media; verás que está atravesada exactamente por ese destino. Esa es la razón por la que estoy asustado. Es como si en mí se reuniese toda la inseguridad de la especie humana, como si la destilase a cada momento. Esa es la clase de miedo que experimento.

—Eso no te hará ningún bien. Deberías tomarte las cosas un poco más a la ligera.

—No me hará ningún bien... Afortunadamente, al menos eso lo sé por mí mismo.

Fumaba tranquilamente frente a él. Deseaba, por encima de cualquier cosa, hacer algo para ayudarlo a aliviar su angustia. Me olvidé de todo lo demás. Mientras me debatía con esos pensamientos, me miró a la cara y dijo:

—Tú eres mejor hombre de lo que soy yo. —Yo estaba convencido de su superioridad intelectual y por eso sus palabras no me hicieron cambiar de opinión ni me adularon especialmente. Me limité afumar con calma mi cigarro y al cabo de un rato se tranquilizó. Después nos metimos bajo la mosquitera y nos fuimos a dormir.

Al día siguiente nos quedamos en el mismo lugar. Por la mañana, nada más salir de la cama, fuimos a dar un paseo por la playa. En ese momento su hermano miró al profundo y somnoliento océano y dijo: «Me gusta el mar así de tranquilo». Parecía anhelar cualquier cosa que estuviera en calma. Por eso, normalmente prefería las montañas al mar. Creo que esa preferencia suya difiere notablemente del gusto corriente de

la gente a la hora de disfrutar de la naturaleza. Así lo demostró su siguiente comentario:

—Por la forma en la que me he dejado crecer el bigote, por mi forma de vestir un traje o de sujetar el cigarro en la boca, puedo parecer un respetable caballero, pero en mi cabeza me siento como un mendigo sin techo que se dedica día y noche a rondar por ahí. Todo el tiempo me persiguen la inseguridad y la esperanza de descansar y, al final, pienso que en el mundo no hay un pobre diablo igual que yo. A menudo, cuando voy en el tranvía o caminando, alzo la vista para mirar alrededor y veo por casualidad la cara de alguien con un aspecto totalmente despreocupado. En el momento en que mis ojos se fijan en ese rostro inocente y virginal, siento cómo un profundo escalofrío de dicha me recorre el cuerpo de arriba abajo. Mi mente revive como los agostados tallos del arroz cuando reciben la lluvia. Al mismo tiempo, esa cara que no refleja ningún pensamiento ni tensión alguna, se me antoja como la imagen de la nobleza. Sí, me parece llena de nobleza, ya sean sus ojos oblicuos, su nariz plana o sus gestos sin gracia. Ante semejante cara me dan ganas de arrodillarme y expresar mi gratitud con un sentimiento de piedad próximo al religioso. Mi actitud hacia la naturaleza es exactamente la misma. Hace tiempo solía disfrutar de las cosas por el simple hecho que eran bellas, pero eso es algo que ya no me puedo permitir.

Me aseguró que yo entraba en esa categoría de caras sagradas como las que veía a veces en la calle. Rechacé ese honor no pretendido y dijo con expresión seria:

—Una o dos veces al día tu cara refleja abiertamente el estado natural de tu mente, y en ello no hay pérdida ni ganancia, ni siquiera preocupación por lo bueno o lo malo. Para mí ese momento es algo sagrado, sólo ese momento.

Probablemente en un intento de ofrecerme una prueba concreta de lo que decía, pues yo seguía teniendo mis dudas al respecto, hizo referencia a mi aspecto la noche anterior, cuando nos fuimos a dormir. Admitió que estaba demasiado agitado a consecuencia de nuestra charla, pero al mirarme a la cara, se fue calmando poco a poco. Si yo me daba cuenta o no de ello, era algo que a él no lo preocupaba lo más mínimo. Una cosa era cierta: me aseguró que bajo mi influencia favorable había sido capaz de escapar temporalmente de su agonizante inseguridad.

Ya me he referido a mi actitud en ese momento concreto. Fumaba tranquilamente. Nada más. Lo único que deseaba era ayudarlo para que no sintiese esa zozobra. Pero, por muchos deseos que tuviera, no parecía probable que pudieran comunicarse por sí mismos si yo no le decía nada. Sin embargo, en ellos había una sinceridad verdadera. ¿Fue esa sinceridad lo que percibió en mi cara?

Caminamos por la arena y pensé si no sería ese tipo de persona que no encuentra la paz hasta que no entra de lleno en la religión. Dicho más enfáticamente: ¿no estará sufriendo su hermano por convertirse en un hombre de fe?

34

—¿No has pensado últimamente en Dios? —le pregunté finalmente.

Puntualizo ese «últimamente» por el recuerdo de nuestros días de estudiantes. En aquella época aún éramos muy ingenuos y teníamos muchas ideas imprecisas sobre la vida. A pesar de todo, solíamos mantener serias discusiones sobre la existencia o no de Dios. Por cierto, incluso entonces su cabeza funcionaba de distinta forma a la de los demás. Podía estar caminando despreocupado y a menudo le sucedía que súbitamente tomaba conciencia del hecho de estar caminado y eso se convertía en un problema sin solución con el que debía luchar. Es indudable que caminamos si así lo decidimos pero ¿de dónde viene la voluntad y la fuerza para hacerlo? Para él esa era una gran pregunta.

Solíamos usar términos como Dios o primer movimiento. Ahora me doy cuenta de que hablábamos de todo eso sin un conocimiento verdadero. Incluso Dios, de quien tanto abusábamos verbalmente, llegó a convertirse en un asunto trillado. Luego nos quedábamos en silencio, como por un tácito acuerdo. Me preguntaba en ese momento cuántos años habrían pasado desde entonces. Fue en una mañana tranquila de verano, frente a ese vasto recipiente que acoge un color profundo llamado mar, cuando pronuncié de nuevo la palabra «Dios».

Su hermano la había olvidado por completo y no mostró ningún interés en recordarla. La única respuesta a mi pregunta fue el dibujo de una fugaz sonrisa en la comisura de sus labios. Yo no soy tan apocado como para dejarme intimidar por esa actitud. Tampoco hablábamos de un asunto delicado que nos obligara a retirarnos cautelosamente antes de expresar

abiertamente todo lo que teníamos en mente. Por eso me aventuré un paso más allá.

—Dices que la cara de un desconocido te hace feliz. Entonces te sentirías mil veces más feliz si fueras capaz de ver la cara de Dios y venerar su imagen perfecta, ¿no crees?

—¿Qué sentido tiene jugar con semejante lógica vacía de contenido y completamente alejada del asunto que nos importa? Si en lugar de tanto hablar de Dios, me lo traieras aquí, resultaría mucho más conveniente.

Su tono de voz y su ceño fruncido temblaban de impaciencia. De pronto, cogió una piedrecita que tenía clavada en el pie y se acercó al agua para arrojarla a una gran distancia. El mar la recibió con calma. Repitió el lanzamiento dos o tres veces como si lo molestaran sus inútiles esfuerzos. Le dio una patada a las algas de nombre desconocido que flotaban por allí. Es probable que fueran konbu o quizás wakame[76]. Después, volvió donde yo estaba.

—Prefiero al hombre vivo que al Dios muerto —dijo deteniéndose para tomar aire. Volvimos lentamente hacia el albergue.

—Ya sea un conductor de rikisha, un vagabundo o un ladrón, tenga la cara que tenga, desde el momento en que me llena de alegría, para mí es Dios. Las montañas, los ríos, el mar, la naturaleza, en fin, en el momento que me hacen sentir lo sublime, son Dios. ¿Qué otra clase de Dios puede existir?

—Sí —fue la única respuesta que fui capaz de ofrecerle. Durante un momento su aspecto fue el de un hombre verdaderamente satisfecho. Pero al cabo de un rato, algo en él me mostró que mis comentarios lo habían impresionado. A pesar de su desdén, me sentí halagado.

Nos quedamos en Numazu un par de días. Cuando le dije que debíamos aprovechar la oportunidad y acercarnos a Okitsu, se negó. No tenía la más mínima idea de por qué razón su hermano, que hasta ese momento había dejado el itinerario del viaje completamente en mis manos, rechazó la propuesta. Más tarde, cuando le pregunté el motivo, me explicó que no tenía ningún interés en aquellos lugares con nombres tan

rimbombantes como el Pinar de Miho o la Toga de Plumas de Ángel. Admito que su cerebro funciona de manera extraña.

Al final regresamos a Mishima. Hicimos trasbordo para coger la línea de Ohito y finalmente llegamos a Shuzenji. Desde el primer momento pareció entusiasmado con la idea de ir al famoso onsen. Pero tan pronto como llegamos, pareció decepcionado. Lo que realmente le gustaba era el nombre, Shuzenji, no el lugar en sí. Puede parecer un asunto trivial, pero es muy característico de su comportamiento y por eso aprovecho la ocasión para contárselo.

Como sabrá el onsen está en una ciudad situada en lo más profundo de un valle y completamente rodeada de montañas. Una vez allí, te rodean los verdes acantilados y te encierran por todas partes sin dejarte más remedio que mirar constantemente hacia arriba. Tan angosto es el lugar, que si uno camina mirando al suelo, difícilmente puede adivinar su color de lo oscuro que está. Su hermano, que prefería las montañas al mar, se sintió agobiado nada más llegar, y al final no me quedó más remedio que sacarle de allí. Donde debería haber una calle principal en una ciudad corriente, allí había el lecho de un río que descendía cargado de agua clara que rompía contra las rocas. Apenas había espacio para caminar con libertad. Le arrastré hasta las fuentes termales que emergían a borbotones de entre las aberturas de las rocas en mitad de la corriente. Había hombres y mujeres bañándose todos juntos y eso me resultó interesante por lo poco frecuente. Por desgracia, la suciedad no se podía obviar. Ni él ni yo tuvimos el coraje necesario para despojarnos de nuestras yukatas y saltar dentro de aquella sopa. En lugar de eso nos sentamos sobre una roca durante un tiempo considerable y observamos con curiosidad la masa negra de bañistas. Parecía encantado con el espectáculo. Al regresar por un precario puente de tablones situado entre las rocas y la orilla, murmuró «gente piadosa». Evidentemente no lo decía con ironía; parecía sentirlo de verdad.

La mañana siguiente estábamos en el baño del albergue y nos lavábamos los dientes cuando dijo:

—Tampoco he podido dormir esta noche.

Estaba convencido de que el insomnio le resultaba insoportable, especialmente durante el viaje. No me quedó más remedio que tomarlo en consideración. Le pregunté:

—Cuando no puedes dormir, lo deseas con todas tus fuerzas, ¿no es así?

—Exacto. Eso lo hace todavía más difícil.

—Dime, ¿te sientes culpable cuando te sucede?

Me miró confundido. Estaba sentado en el borde de un montón de piedras que conformaban el espacio de la bañera y se miraba las manos y la tripa. Su hermano no está precisamente rollizo, como usted bien sabrá.

—En ocasiones yo tampoco me puedo dormir, pero el insomnio me parece algo divertido —dije.

—¿Qué quieres decir con divertido? —En esa ocasión fue él quien preguntó. Citó el verso de un antiguo poeta que justo me había venido a la memoria: «Desvelado a la luz de la lámpara, consciente de la exquisita fragancia»[77]. Tu hermano sonrió.

—¡Un tipo como tú, y capaz de entenderlo! —dijo incrédulo.

36

Aquel mismo día le arrastré de nuevo y en esa ocasión subimos a la montaña. Cuando se mira hacia arriba se ven montañas para escalar, si se mira hacia abajo hay manantiales en los que sumergirse. No hay nada más que hacer. Así es aquel lugar.

Su hermano, con sus piernas delgadas y rápidas, caminaba con brío por un sendero estrecho. Parecía que se cansaría antes que los demás y yo le seguía a duras penas con toda mi obesidad a cuestas. Al final se sentó en la raíz de un árbol para tomar aire entrecortadamente. No es que me estuviera esperando, es que simplemente estaba al borde del colapso.

Cada vez que se detenía miraba los lirios salvajes florecidos entre los matorrales. En una ocasión señaló expresamente unos pétalos blancos y dijo:

—Esos me pertenecen.

No comprendí a qué se refería ni tampoco me atreví a preguntárselo. Al final, alcanzamos la cumbre. Mientras descansábamos y tomábamos té, mirábamos los bosques y las quebradas que se extendían a nuestros pies. Dijo otra vez:

—Estos también son míos.

Al escucharle me picó la curiosidad pero aún no he conseguido disipar mis dudas sobre lo que quería decir, pues su única respuesta fue una

sonrisa solitaria.

Después de tomar el té dormitamos un buen rato, muertos de cansancio. No tengo ni idea de lo que pensaría en todo ese tiempo. Yo lo único que hacía era mirar las nubes pasajeras viajando por el cielo azul. El sol me deslumbraba. Me preocupaba el calor del camino de regreso y le metí prisa para ponernos en marcha. Fue entonces cuando me cogió del hombro y me preguntó:

—¿Hasta dónde han llegado nuestras mentes y de dónde partían?

Me detuve y me sacudió el hombro dos o tres veces. Mi cuerpo y mi mente estaban embotados a partes iguales. Siempre le había considerado un pensador. Desde que emprendiéramos juntos el viaje, también había llegado a la conclusión de que era una persona que trataba de entrar en la religión, pero incapaz de encontrar la puerta de entrada. El impacto que me provocó su pregunta, se debió al asombro que me causó y a la posibilidad de que detrás se escondiera lo que yo me temía.

Mi naturaleza es un tanto indiferente a las cosas y también creo ser un poco torpe, pues no hay nada que me perturbe especialmente. Pero en relación a las peticiones que usted me hizo antes de salir de viaje, he tratado al menos de ser especialmente atento a todo lo relacionado con su hermano. Sin embargo, en aquel momento sentí que estaba a punto de perder mi habitual tranquilidad.

—Keine Brücke führt von Mensch zu Mensch. («No hay ningún puente que lleve de un hombre a otro»).

Utilicé como respuesta ese adagio alemán que se me vino a la cabeza por pura casualidad. Sin duda fue una oportuna escapatoria para evitar que el problema se complicara demasiado.

—Probablemente sea así —dijo—. ¿No puedes darme otra respuesta en este momento?

—¿Qué quieres decir?

—Si uno no es sincero consigo mismo, nunca podrá serlo con los demás.

No sabía a qué aspecto concreto de mi carácter hacía referencia su comentario.

—Estás de viaje conmigo como si fieras mi enfermera, ¿no? Te agradezco mucho tu buena voluntad, pero me parece que precisamente por eso tu comportamiento resulta muy hipócrita. Soy tu amigo y cada vez me siento más lejos de ti. Eso es todo.

Esa fue su declaración. Me dejó atrás y se precipitó sendero abajo sin esperarme. Le escuché que decía: Einsamkeit, du meine Heimat. Einsamkeit. («Soledad, tú mi patria, soledad»).

37

Regresé ansioso al albergue y lo encontré allí, tirado en medio de la habitación completamente pálido. Al verme no dijo nada, ni siquiera se movió. Lo dejé tal cual y traté de comportarme con naturalidad. Me senté a su lado y Jumé tranquilamente. Después cogí una toalla y me fui a dar un baño para quitarme de encima el desagradable sudor del día. Cuando me duchaba frente a la bañera, apareció para lavarse también él. Hablamos por primera vez desde que volvimos de la montaña:

—¿Cansado? —pregunté.

—Sí —se limitó a contestar.

A la hora del almuerzo recobró su humor. Mencionó la escena melodramática que había tenido lugar cuando bajábamos de la montaña. En un principio sonrió, pero luego se puso serio Y declaró que se sentía desconsoladamente solo. Por primera vez confesó que estaba solo, no únicamente en sociedad, sino también en su propia casa. Desconfiaba más de su familia que de mí, su amigo íntimo. A sus ojos, sus padres eran el epítome de la hipocresía, y eso era especialmente cierto en el caso de su mujer. Mencionó que hacía poco le había dado un golpe en la cabeza.

—La primera vez mantuvo la calma. La segunda, igual; y la tercera, esperaba cierta resistencia por su parte, pero no reaccionó. Nada. Cuantos más golpes, más digna y elegante se mostraba y eso tenía el efecto de hacerme parecer cada vez más villano y miserable. Es como si hubiera dado rienda suelta a mi cólera contra un cordero indefenso sólo para demostrar la degradación de mi carácter. ¿No es cruel por su parte usar mi cólera para demostrar así su superioridad? Las mujeres son infinitamente más crueles, porque a los hombres, al final, sólo nos queda el recurso de la fuerza. Me pregunto por qué diablos ni siquiera se levantó cuando le pegué. No necesitaba resistirse pero ¿por qué ni siquiera dijo una sola palabra?

Lo contaba, y su cara se contraía por el dolor. Es extraño, pero a pesar de describir tan gráficamente su inexcusable comportamiento, no mencionó en ningún momento qué lo había motivado. Insistía en que estaba asediado por la hipocresía, pero no lo ilustraba, no daba ningún ejemplo.

Me preguntaba por qué razón se excitaba tanto con esa palabra concreta, «hipocresía». Según él, mis estúpidas dudas se debían a que yo sólo conocía su significado por la definición del diccionario y me reprendió por ignorar su verdadero sentido. No lo quise obligar a explicármelo con más detalle. Por tanto, no tengo la más mínima idea de qué clase de problema es el que acucia a su familia. Lo dejé correr. En primer lugar, porque se trata de un tema en el que no me gustaría husmear. También porque se trata de algo de lo que no tengo por qué advertirlo, al ser usted miembro de la familia. Sin embargo, déjeme que le diga algo sólo para su información: mencionó a sus padres y a su mujer, aunque fuera de una manera muy abstracta, pero nunca pronunció su nombre, ni una sola vez. Tampoco dijo nada sobre su hermana, Oshige-san.

38

Fue la noche en que llegamos a Odawara desde Shuzenji cuando le hablé de Mallarmé. Es el nombre de un famoso poeta francés, y espero que no le moleste que se lo diga aunque esté fuera de lugar. Confieso que yo mismo no sé mucho más que su nombre. Lo que le dije, por tanto, no fue ninguna crítica hacia sus obras. El hecho es que antes de dejar Tokio leí una anécdota sobre él en una revista a la que estoy suscrito. Me pareció interesante y pensé que merecía la pena usarla en esa ocasión para que su hermano reflexionara sobre ello.

Al parecer, el tal Mallarmé contaba con un montón de jóvenes admiradores los cuales tenían por costumbre reunirse en su casa por la noche para escuchar al maestro. No importaba cuántos pudieran acudir a sus reuniones nocturnas, él siempre tenía reservado su sitio preferente en la mecedora frente a la lumbre. Poco a poco aquello se convirtió en una especie de acuerdo tácito que nadie se atrevía a romper. Una noche, sin embargo, acudió una nueva visita. Era un inglés llamado Symons, e ignoraba por completo aquella costumbre largo tiempo establecida. Probablemente pensó que todas las sillas eran la misma cosa y se sentó en la mecedora especial del maestro. Eso perturbó al poeta hasta tal punto que fue incapaz de concentrarse en su discurso. Como es natural, aquello malogró la velada.

—Eso es la auténtica rigidez —dije a modo de conclusión cuando terminé de contar la anécdota. Después me giré hacia él y le dije—, pero tu

rigidez es aún peor que la de Mallarmé.

Su hermano es una persona sensible. Desde el punto de vista estético, ético e intelectual, yo diría que es hipersensible. El resultado de su sensibilidad es que parece haber nacido con el único Propósito de torturarse. No tiene esa clase de inteligencia sin brillo pero liberadora que no aprecia diferencia entre A y B. Para él debe ser o A o B. Y en caso de que sea A, su forma, su grado y el tono de su color, deben coincidir exactamente con la idea que él tiene de ello. De otra forma no lo aceptará nunca. Su hermano camina por la vida a través de una senda tan precaria como el filo de una navaja y exige a los demás que caminen exactamente por el mismo sitio sin perder nunca el paso. Pero sería un error pensar que esa actitud emana de su egoísmo. Imagine un mundo que se comportara exactamente como su hermano pretende; evidentemente estaría más evolucionado que el que nosotros habitamos. Por tanto, detesta este mundo que no está ni estética, ni ética ni intelectualmente a su altura. Por eso no se trata exclusivamente de egoísmo. De hecho, tiene poco que ver con la rigidez mental de Mallarmé, tan confuso por perder su asiento. Pero es muy probable que su sufrimiento sea aún mucho mayor. Me gustaría sinceramente ser capaz de ayudarlo a encontrar alivio a su sufrimiento. Él apenas es capaz de soportarlo; lucha desesperadamente como haría alguien a punto de morir ahogado. Puedo sentir esa lucha interior, pero me pregunto si merece la pena anular su percepción de la vida tan aguda, producto de esa capacidad innata y de su prolongada formación, sólo por el beneficio de la paz que pueda encontrar. En caso afirmativo, ¿es humanamente posible llevar a buen término semejante empeño?

Lo sabía perfectamente. Sabía que su mente saturada de pensamientos se reflejaba en la palabra «religión» escrita con sangre y lágrimas.

—Morir, volverme loco o abrazar de lleno la religión. Esas son las tres únicas puertas abiertas para mí —declaró al fin. Cuando lo hizo parecía un hombre caminando al borde del abismo de la desesperación—. Y a pesar de todo, no creo que pueda abrazar la religión ni tampoco morir, pues estoy ligado a la vida. Eso sólo me deja una alternativa, la locura. Al margen de lo que pueda ocurrir en el futuro, ¿te parece que ahora estoy en mi sano

juicio? ¿No hay ya algo que no funciona dentro de mí? Realmente esa posibilidad me asusta.

Se levantó y salió al engawa. Se apoyó en la barandilla y miró el mar. Caminó un poco y volvió a entrar para sentarse.

—Bendito Mallarmé que perdió los nervios por una cosa tan tonta como una silla ocupada por un incauto. Yo lo he perdido prácticamente todo, incluso mi cuerpo, mis extremidades. Lo poco que me queda me delata sin piedad.

Sus palabras no eran vacíos lamentos. Su hermano tiene una gran capacidad de introspección y sufre por la coacción que le provoca pensar en exceso. No importa en qué proceso mental esté, no puede avanzar hasta no someter toda la acción a un detallado examen. Por eso, el flujo de su vida se interrumpe a cada instante. Debe de ser como si alguien llama por teléfono a cada minuto mientras uno come. Pero en su caso es su propia mente la que interrumpe y también la que es interrumpida. Está dominado por esas dos mentes que se acusan mutuamente de la mañana a la noche, igual que haría una nuera con su suegra. El resultado es que no disfruta ni de un momento de paz.

Por lo que me ha contado, ahora soy capaz de entender a qué se refiere cuando asegura ver la nobleza en la cara de alguien que no piensa en nada. Esa conclusión ha sido el resultado lógico de su pensamiento. Pero la consecuencia de esa forma de pensar es que es incapaz de participar de ese mismo estado. Se ha empeñado en el estudio de la felicidad con la esperanza de ser feliz. Pero da igual lo mucho que la estudie; la felicidad siempre lo evita.

Al final le mencioné una vez más la palabra «Dios» e, inesperadamente, me dio un golpe en la cabeza. Fue lo último digno de mencionar que sucedió en Odawara, pero antes de eso también ocurrió algo, así que permítame que me refiera a ello. Como he dicho antes, aunque nuestros campos profesionales son completamente distintos, lo que le escribo puede parecer a veces mera pedantería y fuera de lugar. Por tanto, cuando se me ocurre usar palabras extranjeras que pueden no significar nada para usted, dudo si hacerlo realmente. Trato de excluir esos términos estrafalarios, a menos que los considere imprescindibles y espero que lo entienda y lo lea sin prejuicios. Es posible que albergue algunos recelos sobre mi sinceridad respecto a lo que he escrito hasta ahora, y puede que piense que no sirve a ningún propósito.

Cuando estaba en la universidad, escuché la siguiente leyenda sobre Mahoma. Mahoma dijo que emplazaría a una gran montaña que estaba a lo lejos para que se acercara a él, e invitó a los interesados a presenciarlo en un día concreto.

40

El día llegó y la gente se congregó en torno a él. Mahoma cumplió su palabra y llamó a la montaña para que se acercara. Pero no se movió ni un centímetro. Aún sereno, Mahoma volvió a llamarla. La montaña seguía exactamente en el mismo lugar y a Mahoma no le quedó más remedio que llamarla una tercera vez. Al ver que tras las sucesivas llamadas la montaña no mostraba la más mínima intención de moverse gritó a la multitud: «Mantengo mi promesa y emplazo a la montaña para que venga, pero en vista de que no lo hace, no me queda más remedio que ir yo a ella». Así habló y caminó rápidamente hasta allí.

Yo era muy joven cuando leí esta historia y en aquella época me pareció que tan sólo se trataba de una ingeniosa ocurrencia y se la conté a varias personas. Entre ellos había un estudiante de último curso y, mientras todos los demás se rieron, él comentó con toda seriedad:

—Es una gran historia. Ahí reside la verdadera esencia de una religión. Lo contiene todo.

Escuché atentamente su comentario aunque, reconozco, estaba más allá de mi comprensión. Muchos años después le volví a contar la misma historia a su hermano en Odawara. Sí, exactamente la misma, y con ello no pretendía hacer una broma.

—¿Por qué no caminar hacia la montaña?

Cuando se lo pregunté, se quedó callado. Temí haberme explicado mal:

—Tú eres el tipo de persona que reclama a la montaña que se acerque y que se enerva si no lo hace. La clase de persona que da una patada al suelo desilusionada y sólo se preocupa en criticar a la montaña. ¿Por qué no caminar hacia ella?

—¿Y si es su deber venir hacia mí?

—Tenga el deber o no, sólo tienes que ir si lo necesitas.

—¿Por qué debo hacerlo, si el deber no me corresponde a mí?

—Entonces, ve para obtener la felicidad si no quieres hacerlo por la obligación.

Se sumió de nuevo en el silencio. Entendía perfectamente a dónde quería llegar, pero no podía vivir sin erigir en el centro mismo de su vida sus propias y nobles normas, esas normas que había construido meticulosamente a lo largo del tiempo, hechas a base de distinciones entre lo bueno y lo malo, entre la belleza y la fealdad. No se tomaba la molestia de renunciar a ellas aunque sólo fuera para tratar de hallar la felicidad. Al contrario, seguía literalmente pegado a ellas y se desesperaba por no alcanzar esa tan ansiada felicidad. Al mismo tiempo era capaz de reconocer la enorme contradicción en la que andaba enredado.

—Si dejaras de considerarte el eje y centro de la vida y lo tirases todo por la borda, te sentirías mucho mejor. Créeme.

—Entonces, ¿cuál sería el eje alrededor del cual debería girar yo? —preguntó.

—Dios —le contesté.

—¿Qué es Dios?

Llegado a este punto debo confesar algo. Al leer el tipo de conversación que manteníamos, es probable que usted piense en mí como en un hombre religioso, en alguien empeñado en empujar a su hermano al camino de la fe. Pero no soy más que un mortal corriente y moliente, que nada tiene que ver con Cristo, Mahoma o quien sea. Soy una criatura de la naturaleza que ha crecido sin más, sin sentir en ningún momento la más mínima necesidad de religión. Si nuestras conversaciones gravitaban en torno a ella, se debía exclusivamente al hecho de que estaba tratando con una persona en conflicto permanente.

Es precisamente esa la razón por la que me dio un golpe. Aunque no sé nada de Dios, me atrevo a mencionar su nombre. Si me preguntaba algo al respecto, todo lo que alcanzaba a contestar eran vagas imprecisiones sobre el cielo o el destino. Pero las circunstancias no toleraban semejante explicación. Nuestra conversación, según recuerdo, se desarrolló de la siguiente forma:

—Desde el momento en que hay cosas en el mundo que no suceden como a ti te gustaría, debes admitir que hay un trabajo, una voluntad ajena

a la tuya.

—Sí.

—Más aún. Esa voluntad es mucho mayor que la tuya, ¿no es cierto?

—Quizás, pues me siento golpeado. Pero esa voluntad no es tan buena, tan bella y tan verdadera como la mía. No hay razón alguna por la que deba golpearme y a pesar de todo lo hace. Es desesperante.

—Estás hablando de la lucha fútil entre hombre y hombre. Pero no es eso de lo que yo estoy hablando. Yo me refiero a algo mucho más grande.

—¿Dónde hay algo tan impreciso como eso?

—Si lo niegas, no habrá forma de que te salves. Eso es todo.

—Entonces, supongamos por un momento que...

—Deja en sus manos todo y deja que haga lo que quiera. Ahora fíjate: cuando coges un rikisha, ¿puedes confiar plenamente en que el conductor no te tirará y luego se irá a dormir plácidamente?

—No conozco ningún ser superior o divinidad en el que se pueda confiar tanto como en un conductor de rikisha. Tú tampoco. Lo único que estás haciendo es construir un sermón a mi medida. No es religión lo que estás predicando, ¿verdad?

—Por supuesto que lo es.

—Entonces, ¿has renunciado a tu ego por completo?

—Bueno, sí. De alguna forma.

—Eso es. Se trate de vida o muerte, ¿estás tú en paz porque ese Dios se hará cargo de todo según le plazca?

—Pues sí.

Cuanto más me presionaba, más inseguro me sentía. Pero estaba a merced de las circunstancias, así que no podía hacer gran cosa. Fue justo en ese momento cuando levantó la mano y me dio una bofetada. Soy una persona poco sensible por naturaleza, como bien puede usted comprobar, y eso me ha permitido sobrevivir sin meterme en grandes problemas con los demás, ni convertirme en objeto de su ira. No recuerdo que mis padres me pegasen nunca. Al menos hasta que crecí. Por eso, cuando por primera vez en mi vida, me dieron una bofetada no pude evitar sentirme ofendido.

—Pero ¿qué estás haciendo?

—Ahora lo sabes.

No entendía qué quería decir con eso.

—Esto es vergonzoso.

—Ahora lo sabes. No crees en Dios en absoluto. Te enfadas exactamente igual que los demás. Pierdes la templanza en las riñas. Tu paz se ha alterado.

No le respondí. Tampoco habría sabido cómo hacerlo. En ese mismo instante se levantó y todo cuanto pude escuchar fueron sus pasos bajando las escaleras.

42

Llamé a la camarera y le pregunté por él.

—Ha salido. Probablemente haya ido a la playa, señor.

Su respuesta coincidía con mi sospecha. Dejé a un lado mi enfado y mis preocupaciones y bajé. Vi que su sombrero de verano estaba colgado al fondo del vestidor. Eso es. Había salido a toda prisa a pleno sol sin él. Para usted, tan preocupado por todo lo concerniente a su hermano, mi actitud de echarme todo a la espalda puede parecerle frívola. Sin duda tiene razón, y se debe a mi torpeza. Pero creo que ello implica algo que merece la pena señalar, algo que va más allá de mis propias limitaciones mentales; por eso, permítame que me demore un poco en la explicación.

Confío en la inteligencia de su hermano. Creo ciegamente en su enorme capacidad de comprensión. Una y otra vez se embarca en disquisiciones incomprensibles para la mayor parte de los mortales. Para quienes no lo conocen o tienen una educación limitada, todo eso les puede parecer extraño, como el sonido de una campana rota, pero quienes sí lo conocen reciben sus comentarios y observaciones con agrado. Es en ellos donde yo compruebo su originalidad. Por ese motivo no tuve problema en afirmar en un principio y con toda rotundidad, que no había nada de lo que preocuparse. Después estaba el asunto del viaje y hasta ahora he tratado de describir con exactitud cómo se había comportado desde que salimos de Tokio. Precisamente por todo lo que he aprendido de él durante este tiempo, me he visto obligado a reconsiderar mi opinión inicial.

Que la mente de su hermano está mejor dotada y ordenada que la mía, es algo fuera de toda duda. Como ser humano, sin embargo, está confuso, sobre todo si lo comparo con el que solía ser antes. Si pienso en la causa de ello, creo que se debe precisamente al trabajo preciso y ordenado de su mente. Por mi parte, prefiero admirar su inteligencia y guardar ciertas reservas sobre su desordenado espíritu. Él, por su parte, piensa que su

mente desordenada es lo mismo que su espíritu en conflicto. Eso es lo que me confunde: es capaz de pensar con claridad, pero hay algo que falla y no encaja en su forma de sentir. Se puede confiar en él y al tiempo hay que desconfiar. Si digo esto, ¿lo aceptará como un informe satisfactorio? No tengo ni idea de qué otra forma encarar este asunto y en ese sentido me siento completamente desorientado.

Lo dejé que se marchase escaleras abajo y me tumbé. Más tarde bajaría yo. Estaba tranquilo. Había salido bajo un calor sofocante y no dudaba de que no tardaría en volver. Pero no sucedió así y no regresó tan pronto como yo esperaba. No podía continuar allí acosado por las dudas. Me levanté finalmente.

Cuando llegué a la playa, el sol se ponía detrás de las nubes. El cielo estaba cubierto y plomizo y la costa y el mar, teñidos de gris, tenían un aspecto melancólico. El viento tibio traía un olor salobre. Un punto blanco en mitad de aquella extensión gris resultó ser él sentado en cuclillas. Me acerqué despacio y lo llamé. Se levantó inmediatamente y me dijo:

—Siento mucho lo de antes.

Me contó que, después de haber vagado sin rumbo un buen rato, se había agotado y por eso se sentó a descansar.

—Vayamos a las montañas. Estoy harto de este lugar. Vayamos a las montañas. —Parecía dispuesto a marcharse en ese mismo instante.

43

Aquella misma noche decidimos continuar nuestro viaje hacia las montañas. El único lugar al que podíamos llegar con cierta facilidad desde Odawara era Hakone. Una vez allí, llevé a su poco mundano hermano a aquel muy mundano onsen. Desde el primer momento me advirtió que tal vez aquel lugar le resultaría muy ruidoso, pero aseguró que se quedaría sin problemas un par de días sólo por el hecho de que estaba en la montaña.

—¡Qué desperdicio ir a un onsen y limitarse exclusivamente a soportarlo!

Fue otro de sus característicos comentarios y lo hizo en un tono socarrón. Como esperábamos, la primera noche, nada más llegar, nos vimos sometidos a los caprichos de un cliente escandaloso alojado en la habitación contigua. No pudimos determinar si era de Tokio o de Yokohama, pero por su forma de hablar dedujimos que era comerciante,

contratista, corredor de bolsa o algo así. A cada momento alzaba su voz como un rebuzno sin preocuparse lo más mínimo por el resto de los clientes. Incluso a mí, que no suelo molestarme demasiado por ese tipo de cosas, me resultaba insoportable. Por culpa de ese energúmeno decidimos que nos marcharíamos de allí sin necesidad de tener que ponernos de acuerdo. El individuo de la puerta de al lado hacía un ruido tan diabólico que resultaba inviable cualquier cosa parecida al descanso.

A la mañana siguiente, cuando le pregunté si había podido dormir, agitó la cabeza y dijo:

—Ni un momento. ¡Cómo te envidio!

Por lo visto, mientras él pasaba la noche en vela, yo roncaba como un bendito.

Al amanecer lloviznaba; pero a eso de las diez en punto la tímida lluvia se convirtió en un verdadero chaparrón. Alrededor de mediodía empezó a formarse una tormenta. De pronto, su hermano se levantó, se arremangó los bajos de la yukata y anunció que se iba a dar una vuelta por la montaña. Dijo que quería hacer un poco de ejercicio y no le importaba nada, ni los derrumbamientos ni los precipicios. «¡Vaya ocurrencia!», pensé. Sabía que me causaría menos problemas acompañarlo que intentar disuadirlo y al final dije:

—De acuerdo —y me puse yo también la yukata.

Enseguida nos envolvieron las garras de aquel viento demoledor. Su hermano brincaba como una pelota de goma en medio de los indescriptibles estallidos y reverberaciones, azotado por cortinas de agua o por los estruendos desgarradores caídos del cielo. Gritaba y gritaba, con tanta violencia que parecía como si le fueran a estallar las venas. Su voz era mil veces más violenta que las voces de nuestro vecino de la noche anterior. Parecía más el alarido de una bestia salvaje que la voz de un ser humano. En cuanto los gritos salían de su boca, se los llevaban las ráfagas de viento y los golpeaban hasta hacerlos mil pedazos contra la persistente lluvia.

Al cabo de un rato, se calló pero continuó deambulando. Siguió así hasta quedarse sin aliento.

Volvimos al albergue dos horas después, completamente empapados. Se me había metido el frío en los huesos y a él los labios le habían cambiado completamente de color. Mientras tratábamos de entrar en calor metidos hasta el cuello en la bañera, él repetía sin cesar: «¡Espléndido!».

Es posible que para él la experiencia de dejarse conquistar por una naturaleza contra la que no albergaba ningún tipo de hostilidad fuera realmente espléndida.

—¡Vaya entretenimiento que nos hemos buscado! —me limité a decir, encantado de estirar cómodamente mis piernas en el agua caliente.

Al contrario de lo que esperábamos, esa noche la habitación de al lado permaneció en silencio como una tumba. La camarera nos dijo que el inquilino causaba tantos problemas que lo habían invitado a marcharse. Fue precisamente esa misma noche cuando, para mi sorpresa, escuché sus ideas sobre la religión. Me quedé perplejo.

44

Usted es un hombre joven y probablemente no le tenga mucha simpatía a esa palabra tan gastada. Me gustaría haber podido llevar todo este asunto sin necesidad de recurrir a un tema tan espinoso. Pero para comprender a su hermano, no nos queda más remedio que hacerlo. Puede que le parezca aburrido si no sorprendente, pero si se empeña en evitarlo, no llegará a comprenderlo y seguirá siendo un enigma para usted. Le pido un poco de paciencia y espero que lea todo esto sin saltarse una sola línea. Sólo en ese caso le aseguro que lo comprenderá. Por favor, léalo, entiéndalo y después explíquese a sus padres para su consuelo. Siento verdadera lástima por ellos y por su preocupación hacia su hijo. Pero lo cierto es que usted es el único medio a través del cual puedo explicarle a su familia cómo es él realmente. Espero que preste atención a lo que voy a contarle a pesar de lo extraño que le pueda parecer. Evidentemente, mi intención no es ponerme a escribir sobre semejante asunto por pura diversión. Yo no puedo ayudar gran cosa. El problema es una parte inherente a su hermano. Si lo separa de él, ya no tendrá un hermano de carne y hueso.

Él detesta aceptar otra autoridad que no sea la suya propia. No importa si le viene de Dios, de Buda o de quien sea. (Utilizo la palabra «aceptar» al igual que hace él). Tampoco tiene nada que ver con la aserción nietzscheana del ego.

—Dios soy yo —dice su hermano. Si un extraño escuchase semejante afirmación, pensaría con toda probabilidad que no está en su sano juicio.

De hecho habla de una forma tan violenta que quizás resulte difícil pensar otra cosa.

—Bueno, eso no es lo mismo que decir que eres absoluto —le dije como contrapunto a su afirmación. Pero él no se movió ni un ápice de su posición.

—Yo soy absoluto.

Cuanto más hablábamos, más peculiar resultaba su tono. Y no sólo su tono en realidad, sino también todo lo que decía, que cada vez estaba más fuera de lo común. Si hubiera hablado de esa manera con alguien que no fuera yo, lo habrían considerado con toda seguridad un caso evidente de demencia. Sin embargo, yo no me lo tomé con tanta ligereza y al final lo pude llevar al límite.

Lo que él llamaba absoluto resultó no ser una simple abstracción filosófica deducida después de un largo proceso mental. Era algo puramente psicológico, un estado que uno puede experimentar personalmente.

Él sostenía que alguien que ha alcanzado la paz espiritual pura debe ser capaz de entrar de forma natural en ese estado sin necesidad de buscarlo. Una vez ahí dentro, el universo, todas las criaturas y cualquier objeto imaginable, se desvanecerán fundidos en uno solo. Es en ese preciso instante cuando uno existirá y al tiempo no existirá. Imposible determinar con exactitud. Es algo inmenso y a la vez diminuto. Algo más allá de cualquier descripción: en resumen, el absoluto. Y si sucede que algún partícipe de ese absoluto escucha el sonido, por ejemplo, de una campana alertando de un incendio, él mismo será ese sonido. En otras palabras, el absoluto se convierte en el propio relativo. Por tanto, no merece la pena seguir preocupándose por proyectar unas cosas y objetivar otras aparte de uno mismo; ni siquiera hay que temer esa posibilidad.

—El principio fundamental será el mismo, ya sea en la vida o la en muerte. De otra manera nunca se logrará la paz espiritual. Alguien inteligente podría decir: «Sobreponerse a los tiempos por todos los medios». Yo creo que uno debe sobreponerse a la vida y a la muerte también.

Eso es lo que dijo con las mandíbulas en tensión.

Debo admitir que también en este caso su hermano estuvo por encima de mí. Jamás se me habría ocurrido que fuese humanamente posible alcanzar ese estado al que hacía referencia. Al escuchar sus argumentos y su conclusión, a la que había llegado con tanta precisión lógica, pensé que tal era su caso. Pero también pensé que no tenía por qué serlo en absoluto. De cualquier forma, no me atreví a preguntárselo. Enfrentado a sus vehementes palabras, sólo fui capaz de continuar allí sentado en silencio. En ese momento su actitud cambió. Mi silencio tomó la misma forma de su argumento, aunque todo sucedió por pura casualidad. Inteligente como es, seguro que se daba cuenta de que si no decía nada, era porque tenía algún propósito. Es posible que mi torpeza mental se convirtiese finalmente en una ventaja.

—No me tomes por un charlatán —continuó, mientras ponía inesperadamente las manos en el suelo. Me estaba obligando a darle una respuesta—. Es posible que para alguien tan serio como tú, pueda dar esa impresión. Pero soy impaciente por naturaleza y lo que pretendo es practicar lo que predico. No dejo de pensarlo día y noche. Sí, pienso continuamente que no puedo vivir por más tiempo sin hacerlo.

Yo seguía perdido sin saber qué decir.

—Dime, ¿te parece que mis ideas están equivocadas?

—No, no lo creo.

—¿O piensas que no son suficientemente rigurosas?

—Me parecen bien fundamentadas —le respondí.

—Pero ¿cómo puedo dejar de ser una persona meramente especulativa y pasar a ser un hombre de acción?

—Eso está más allá de mi comprensión y de mi alcance —dije retrocediendo atemorizado ante el giro inesperado de su conversación.

—Sí puedes. Eres un hombre nacido con espíritu práctico. Por eso eres feliz. Esa es la razón por la que siempre estás tan tranquilo.

Era evidente que hablaba en serio. Me giré hacia él para decirle:

—En inteligencia eres muy superior a mí y es cierto que no está en mis manos salvarte. Sólo puedo rozar tu inteligencia con una torpe como la mía, por eso no puedo influirte de ninguna manera. En otras palabras, tú has nacido alto y delgado, y yo pequeño y rechoncho. Si quieres ser como yo, no te queda más remedio que cortarte en dos.

Empezaron a caerle lágrimas de los ojos y dijo:

—Estoy de acuerdo totalmente con lo que dices, pero cuanto más se define mi cosmovisión, más se aleja de mí el absoluto. Es como si hubiera nacido para explorar la topografía de un terreno sólo sobre el mapa y, sin embargo, siempre he sentido una gran ansiedad por tener las mismas experiencias que tiene un hombre práctico ataviado con sus polainas y que recorre valles y colinas con sus instrumentos de medición. Soy un estúpido y un incoherente. Conozco mi estupidez y mi incoherencia, y a pesar de todo continúo luchando. Soy un insensato. Como hombre, tú eres infinitamente más maduro que yo.

Una vez más, sentado en el suelo, puso sus manos en el tatami frente a mí y con un gesto de disculpa agachó la cabeza. Las lágrimas continuaban saltando de sus ojos. Yo estaba abrumado.

46

Cuando dejamos Hakone, dijo:

—No quiero volver a un lugar como este nunca más.

De todos los sitios donde estuvimos, en realidad no hubo ninguno que le gustara. Supongo que es la clase de persona que se cansa pronto, sin importarle dónde vaya ni con quién. Es normal que sea así, pues, para empezar, ni siquiera está a gusto consigo mismo. Hablaba de su cuerpo y de su espíritu como si fueran traidores de la peor ralea. Sin duda, era una broma disparatada comprensible después de pasar con él todos esos días. Estoy seguro de que también usted lo entiende así gracias a sus propias experiencias.

Se preguntará cómo es posible que su hermano, en ese estado, y yo pudiéramos viajar juntos. Yo mismo me maravillo cuando lo pienso. Una vez mi cabeza estuvo llena con toda la información que acabo de referirle, es cierto que podría resultar difícil tratar con él incluso para mí, por muy estúpido que yo pueda ser. Pero lo cierto es que no me resultaba tan doloroso convivir con él. De hecho, me resultaba mucho más sencillo de lo que cualquiera pueda imaginar y, aunque me pregunte la razón, no soy capaz de encontrar la respuesta. ¿No le sucede a usted lo mismo? Si no es así, pensará que yo, un perfecto extraño, he logrado intimar más con él de lo que lo ha hecho usted. Cuando digo intimar, no me refiero a simple amistad. Me refiero a que, de alguna forma, ambos compartimos las únicas

naturalezas capaces de armonizar en una unidad, y eso es lo que nos permite estar juntos.

Desde el momento en que emprendimos el viaje, dije e hice cosas que hirieron sus sentimientos. En una ocasión incluso llegó a pegarme en la cabeza. Pero con eso y con todo, creo que me puedo plantar delante de su familia y declarar que todavía no me he cansado de sus buenas cualidades. Al mismo tiempo, no tengo la más mínima duda del amor y del respeto que siento por él en lo más profundo de mi corazón a pesar de sus debilidades.

Su hermano es un hombre recto. Lo suficientemente recto como para agachar la cabeza y romper a llorar delante de un hombre corriente como yo. Tiene el coraje de atreverse a hacerlo. Es un hombre de principios, capaz de darse cuenta de que resulta adecuado hacerlo. Tiene una mente despejada y clarividente, y por eso trata de llevarla siempre más allá de sus límites, aunque él mismo se quede atrás. Sufre porque todos los demás instrumentos de su mente fallan a la hora de seguir el paso de su intelecto. En cuanto a su carácter, eso es una imperfección; en cuanto al éxito de que logre sobreponerse a todas sus dificultades, representa un gran peligro. Al mismo tiempo que me lamento por ese conflicto que tanto lo aflige y achaco toda la culpa a su excesiva inteligencia, no puedo dejar de sentir un genuino respeto hacia esa misma inteligencia. Mientras lo sigan considerando una persona difícil de complacer y un egoísta, no existirá la oportunidad de acercarse a él. En ese caso, no quedará más remedio que dar por perdida para siempre la oportunidad de aplacar su sufrimiento, aunque sólo sea levemente.

Dejamos Hakone, como ya he dicho, y vinimos directos a esta casa de verano en Benigayatsu. Tenía intención de pasar antes por Kozu, pero decidí no mencionarlo para que ni siquiera lo tuviera en consideración. Temía su negativa a ir a semejante lugar. Además, desde que supo de la existencia de esta casa quiso venir cuanto antes a descansar.

En este momento, nada parece entusiasmarlo fácilmente y, sin embargo, tampoco creo que pudiera soportar ningún tipo de entusiasmo. Esta casa veraniega de ermitaño es lo más apropiado para él. A veces mira los pinos que bordean el acantilado desde la tranquilidad de su habitación y dice «Precioso». Después se sienta en silencio.

—Los pinos también son tuyos. —Se lo digo para tratar de consolarlo y por eso imito su forma de hablar. Recuerdo sus palabras que no fui capaz de entender cuando estuvimos en Shuzenji: «estas azaleas son mías» o «esta montaña y sus quebradas también son mías».

De la casa se ha ocupado hasta ahora un hombre mayor que se volvió a instalar con los suyos al llegar nosotros. Sigue viniendo todas las mañanas para barrer, limpiar y sacar agua del pozo. Como no cocinamos, nos arreglamos con él para que encargue nuestras tres comidas diarias a un albergue cercano. La casa tiene electricidad, así que al menos no tenemos que molestarnos en encender los carburos por la noche. Todas nuestras obligaciones domésticas en el momento de levantarnos se limitan a hacer las camas y a quitar las mosquiteras.

—Realmente es más fácil y relajado que cocinar —dice su hermano a menudo. Este lugar es, sin duda, el más tranquilo de todos en cuantos hemos estado hasta ahora. A veces sucede que estamos en silencio y no oímos ni el ruido de una hoja a nuestro alrededor. El único sonido ocasional es el crujir de la rueda del pozo situado bajo la sombra de los viburnos y, por extraño que parezca, a su hermano no lo molesta en absoluto. Cada día está más sereno. Debería haberlo traído mucho antes.

En el patio hay un pequeño huerto plantado con berenjenas y maíz, pero no recogemos la cosecha, pues resultaría demasiado laborioso. El maíz aún no ha madurado y no se puede comer. En la parte trasera, cerca del pozo, crecen tomates y esos sí nos los comemos por la mañana, cuando salimos a lavarnos la cara. Con el calor del día, su hermano baja a menudo hasta esa porción de terreno y se pone en cuclillas. Ahí agachado, huele las lenguas de dragón que, como bien sabe, no tienen fragancia y las primulas de la mañana. El día de nuestra llegada, por ejemplo, se fue a la zona donde están las gramíneas que limitan con la propiedad del millonario y se sentó inmóvil durante mucho rato. Lo miraba desde la habitación. Estuvo así tanto tiempo que al final me puse los zuecos y me acerqué hasta allí. Entre nuestra casa y la del vecino hay un terraplén de unos dos metros de altura completamente cubierto de gramíneas. Al acercarme, me miró por encima del hombro y señaló las raíces de las hierbas. Por allí se arrastraba un cangrejo no mayor que el tamaño de la uña del pulgar. No era el único. Al observar más atentamente, vi que había un segundo, un tercero hasta que al final salió un auténtico enjambre.

—Fíjate, algunos son capaces de caminar sobre las hojas de la hierba —observó sin hacer el más mínimo movimiento. Lo dejé allí y volví a la casa.

Me hacía inmensamente feliz verlo absorto en esa clase de nimiedades, que lo ayudaban a olvidarse de sí mismo y, por fin, sentí que había merecido la pena pasar todas esas penalidades para llegar hasta allí. Esa misma noche traté de explicárselo.

48

—Hace un rato poseías todos esos cangrejos, ¿no?

Al escuchar mi inesperada pregunta, sorprendentemente sonrió. Desde que estuvimos en Shuzenji, usaba a menudo el término «poseer» en un sentido que él siempre se tomaba a broma. Debía de parecerle gracioso. En cualquier caso, es mucho mejor divertir a alguien que enfadarlo. Pero lo cierto es que le hablaba muy en serio.

—Sí. Una posesión absoluta —puntualicé. En esta ocasión no se rio. Tampoco dijo nada. Me tocó a mí decirlo de nuevo—. El otro día tuvimos una agria discusión sobre lo que llamas absoluto, pero no llego a entender cuál es la razón de tener que alcanzar ese estado. No deberías tener mayores problemas si eres capaz de concentrarte hasta ese punto en la simple contemplación de unos cangrejos. Primero, ser consciente de lo absoluto, luego, aprovechar el momento cuando se transforma en relativo y de ese modo buscar su unidad, ¿no resulta complicado? Pero me parece más problemático, incluso, saber si es humanamente posible lograrlo.

Me escuchó sin interrumpir. Parecía más calmado de lo normal. Me aventuré un paso más allá:

—¿No resultaría más sencillo hacerlo al contrario?

—¿Al contrario? —Sus ojos desprendían gravedad.

—Sí, quiero decir, dejarte absorber por los cangrejos y olvidarte así de ti mismo. Si lograses armonizar perfectamente con el objeto, llegarías al estado del que estamos hablando.

—En efecto —respondió un tanto inseguro.

—¿En efecto? Lo estás haciendo, ¿acaso no te das cuenta?

—Ya veo.

Su respuesta fue muy vaga. En ese momento me dio la sensación de que todo lo que decía era innecesario. A decir verdad, no tenía la más

mínima idea de lo que era el absoluto. Nunca me había dedicado a pensar en ello, ni siquiera recordaba que se me hubiera pasado por la cabeza una sola vez. Gracias a mi educación, lo único que había aprendido era a guardar un cauteloso silencio en las ocasiones en que se trataba un tema desconocido para mí. Sin embargo, como hombre era más estable que él. Digo eso pero no quiero que se lo tome como si estuviera diciendo que me siento superior a él. Lo diré mejor así: mi estado mental está mucho más cerca de la media que el suyo. Lo que como amigo estoy tratando de hacer es justamente eso, que vuelva a esa posición de persona media. Para decirlo de otra forma, me refiero a la vergonzante tarea de convertir lo extraordinario en ordinario. Para alguien que sufre una angustia como la de su hermano, no tiene sentido discutir constantemente con una persona como yo. Su hermano es honesto. Si no entiende, me presiona para que le dé una respuesta y es precisamente esa presión la que me impide darle una respuesta. Peor aún, me temo que con ese tipo de discurso su hermano, que se está convirtiendo en un hombre práctico, vuelva a esa actitud anterior que tanto daño le hacía. Eso es lo que más temo de todo. Me gustaría ofrecerle algo que atrape su mente por completo, de una forma tan total que no deje espacio a su actitud inquisitiva, algo tan voluminoso como, por ejemplo, todas las obras de arte, todas las montañas elevadas de la Tierra, todos los ríos impetuosos y también, por qué no, todas las mujeres hermosas de este mundo. Me gustaría someterlo durante un año completo a ese embrujo. Después de todo, su deseo últimamente no es poseer las cosas, sino ser poseído por ellas. Para lograrlo, hay que poseerlas absolutamente. Sólo entonces encontrará la paz de espíritu en este mundo, ya que no cree en Dios.

Anoche salimos a dar un paseo por la playa. Está a unos quinientos metros de la casa. Hay que seguir un sendero estrecho hasta la carretera y cruzarla para tener una hermosa vista del mar. Aún faltaba un rato para que se levantara la luna. Las olas se movían en la oscuridad y el límite entre la playa y el agua era inapreciable, al menos hasta que los ojos se adaptaban a la oscuridad. Su hermano caminaba con sorprendente soltura a pesar de la ausencia total de luz. De vez en cuando, me mojaba los pies

con el agua tibia. Tras romper en la orilla, las olas se extendían hasta una distancia inesperada, como una torta de arroz aplastada.

—¿No se te han mojado los zuecos? —le pregunté desde detrás.

—Átalos en la yukata —me respondió. Él ya lo había hecho y estaba listo para mojarse sin problemas. Estaba tan oscuro que no me había dado cuenta, a pesar de que tan sólo estábamos a unos pasos de distancia. Era la mejor época del año para disfrutar de aquel lugar y probablemente por eso caminábamos entre gente que, invariablemente, buscaba a tientas su camino. No se los distinguía hasta casi chocar con ellos y, cuando lo hacía, aprovechaba para mirarlos y comprobar si, efectivamente, eran las parejas de jóvenes con las que me cruzaba a menudo.

Fue esa noche cuando mencionó por primera vez a una tal Osada-san. Al parecer, hacía poco que se había casado y trasladado a la ciudad de Osaka. Por alguna razón, esas parejas de jóvenes se la recordaron vestida con su quimono de boda.

Para él Osada-san era una buena persona, la menos egoísta de toda la familia. Había nacido feliz y él la envidiaba por eso y deseaba haber tenido su mismo carácter. Yo no la conocía y no podía sino limitarme a asentir con un simple «entiendo».

—Ello es como tú pero en mujer —dijo. Se detuvo en la arena. Yo también.

Frente a nosotros vimos una luz débil. Durante el día se veía en esa dirección entre los árboles un edificio rojo y, probablemente, la luz viniera de esa casa de estilo occidental. Solitaria en las espesas sombras de la noche, reverberaba como las estrellas. Yo la miraba y él observaba el mar rompiente.

En ese momento llegaron hasta nosotros las notas de un piano. La casa estaba situada tras un muro de piedra a unos dos metros de altura sobre el nivel de la playa. Desde el final del muro salía un camino de piedra que la conectaba directamente con el jardín. Subimos por él.

La luz de la casa alumbraba el jardín. El suelo estaba completamente cubierto de una hierba iluminada por el tenue resplandor. Por todas partes había flores que no era capaz de distinguir en la penumbra y que parecían estar en plena floración. Las notas del piano llegaban desde una habitación bien iluminada situada en el frente del edificio.

—Parece la casa de verano de un extranjero.

—Probablemente lo sea.

Nos sentamos en la parte más alta de las escaleras. Las notas del piano apenas llegaban hasta nosotros de vez en cuando. Nos quedamos allí en silencio. Regularmente, su cigarrillo se ponía al rojo vivo.

Estaba convencido de que diría algo más sobre Osada-san y esperaba pacientemente. Pero estaba absorto en su cigarro y se limitaba a dar una calada de vez en cuando sin decir palabra. Cuando tiró la colilla al suelo, pensé que volvería a sacar el tema. Estaba confundido porque sus pensamientos no parecían ocuparse de ella en ese momento. Tampoco parecían tener conexión alguna con las notas del piano, ni con la amplia pradera de hierba, ni con aquella hermosa casa de verano, ni con el viaje ni nada de lo que nos rodeaba en ese preciso instante. En lugar de eso, pensaba en un antiguo bonzo budista.

Me acuerdo de que el nombre del bonzo era Kyogen[78]. Se decía de él que era tan inteligente y sagaz que una palabra suya era suficiente para expresar todo un pensamiento. Pero su inteligencia obstaculizó durante mucho tiempo su iluminación espiritual, según explicó su hermano. Para él debía de ser algo dolorosamente evidente, pues también luchaba contra la pesada carga de su propio cerebro.

—El origen de todos sus problemas era, de hecho, su erudición —dijo categórico.

Durante varios años el bonzo había estudiado y practicado el budismo zen bajo la atenta mirada de su maestro Hyakujo. Pero el maestro murió antes de que su discípulo obtuviese los resultados deseados. Después se marchó con Isan. Este lo denunció y dijo que no había esperanza para él, pues alardeaba orgulloso de sus enseñanzas. Al parecer Isan le ordenó que regresase a su anterior forma, a la forma anterior incluso a la de la existencia de sus padres. El bonzo Kyogen regresó a su celda. Tras revisar todo lo que había aprendido hasta entonces en los libros, se dio cuenta de que todo aquello no servía para aplacar el hambre. Los quemó todos.

—Renuncio a todo. A partir de ahora sólo viviré a base de gachas.

En lo sucesivo dejó incluso de pensar en la palabra zen. Se liberó de lo bueno y de lo malo, de la forma de su existencia anterior a sus padres, de todo, absolutamente de todo. Escogió un lugar tranquilo y se construyó un pequeño refugio. Cortó la hierba del terreno, arrancó las cepas, rebajó las

piedras hasta el nivel del suelo. Sucedió entonces que una de las piedras que arrojó a un lado cayó en un matorral de bambú cercano y produjo un ruido sordo. Ese sonido le abrió la puerta de la iluminación.

—Un simple ruido ha acabado con todos mis conocimientos — exclamó lleno de júbilo.

—Me gustaría ser como Kyogen —dijo su hermano. Creo que lo que pretendía decir está meridianamente claro, incluso para usted. Desea liberarse de toda carga y no tiene ningún dios a quien confiársela. Por tanto, quiere abandonarla, tirarla al cubo de la basura. En inteligencia, se parece mucho a Kyogen y por esa razón lo envidia tanto.

Su historia, por tanto, nada tenía que ver con aquella casa de verano de estilo occidental, ni con el instrumento musical. Por qué motivo eligió aquel lugar inundado de olor a salitre para contarme esa historia, es algo que no sabría decir. Pero en cuanto terminó de contármela, las notas del piano dejaron de escucharse. La marea alta y la humedad de la noche habían empapado nuestras yukatas. Le dije que regresáramos. Al pasar por una calle del pueblo cercano me detuve en una tienda y me compré unos manju[79]. Me los comí mientras volvíamos a la tranquilidad de nuestra casa en la oscuridad de la noche. El hijo del guardés, al que habíamos pedido que vigilase la casa en nuestra ausencia, se había quedado dormido a pesar de los mosquitos. Le di los manju que me sobraban y le dije que se volviera a casa.

51

Ayer, mientras desayunábamos, cogí el cuenco de su hermano y le serví el primer arroz de la mañana. En ese momento mencionó de nuevo el nombre de Osada-san. Según entendí, ella solía servirle cada mañana como hacía yo. La noche anterior comparó mi carácter con el suyo y ahora lo hacía con mi forma de servirle. Eso me animó a preguntarle:

—¿Crees que serías feliz si vivieras con esa tal Osada-san?

Levantó cuidadosamente los palillos hasta la boca. Por su actitud deduje que rehusaba darme una respuesta y no lo presioné más.

Después de repetir el mismo gesto dos o tres veces, dijo de pronto:

—Te dije que Osada-san ha nacido para ser feliz, no que pueda hacerme feliz.

Su contestación era lógica, firme y muy directa. Sin embargo, en sus oscuras profundidades albergaba una cierta inconsistencia. Una vez me dijo claramente que se regocijaba al ver una cara que no mostraba preocupación por nada. ¿No era eso lo mismo que decir que alguien que ha nacido para ser feliz puede hacer feliz a los demás? Sonreí. Una afirmación tan rotunda no puede dejar a uno sin castigo, lo golpea sin pensárselo dos veces.

—Quiero decir exactamente lo que he dicho y no quiero que lo dudes ni por un instante. Puedes estar seguro de que lo que quería decir, lo he dicho y lo que no quería decir no lo he dicho.

No quería contradecirlo, pero me divertía comprobar cómo, tan clarividente como era, no ponía reparos a la hora de usar en su beneficio los silogismos que siempre despreciaba. Le expuse abiertamente la contradicción en la que había caído.

Siguió sin decir palabra y se llevó un par de veces más los palillos cargados de arroz a la boca. Su cuenco se vació y como la olla seguía a mi lado, lejos de su alcance, estiré la mano para acercarla y servirle de nuevo. En esta ocasión no aceptó mi ofrecimiento y tuve que alcanzarle la olla entera para que pudiera servirse él mismo. La empujé, cogió el cucharón y se llenó el cuenco. Después lo puso en la mesa y me preguntó sin siquiera hacer el gesto de coger los palillos:

—¿Tú crees que una mujer sigue siendo la misma después de casarse?

No fui capaz de responderle. Normalmente no me dedico a pensar en esa clase de cosas. Me concentré en llenarme la boca de arroz mientras esperaba más detalles sobre lo que quería decir.

—Osada-son soltera era completamente distinta de Osada-san casada. Te aseguro que la persona que es ahora se ha echado a perder completamente por culpa de su marido.

—¿Con qué clase de tipo se ha casado?

—En cuanto una mujer se casa, se pervierte por culpa de su marido. No importa de quién se trate. Lo digo y no soy capaz de imaginarme hasta qué punto yo mismo he corrompido a mi propia mujer. ¿No es demasiado esperar recibir felicidad precisamente de la persona a quien has malogrado? La felicidad es algo que sólo le puedes exigir a una mujer que todavía no ha sido destruida por el matrimonio.

Dijo eso, cogió su cuenco y dio buena cuenta de él.

Creo que por el momento he descrito tan detalladamente como he podido el comportamiento de su hermano desde que iniciamos nuestro viaje. Parece que fue ayer cuando salimos de Tokio, aunque en realidad ya va a hacer más de diez días. Me temo que quizás para sus padres y para usted, que esperaban ansiosos esta carta, estos diez días hayan parecido demasiado largos. Lo entiendo. Pero en las circunstancias que explicaba al principio, no he tenido oportunidad de coger la pluma y ponerme a escribir hasta que llegamos a este lugar de descanso. Eso explica mi retraso. Sin embargo, en mi descripción no me he saltado ni uno solo de todos estos días. Me he tomado especial molestia en describir su estado a lo largo de todos y cada uno de ellos. Esa es mi excusa y esa es también mi satisfacción. Por eso llego al final de esta carta con la confianza de haber cumplido con mi deber mejor de lo que preveía en un principio.

No puedo calcular el tiempo que le he dedicado, pues es el tipo de labor que no se puede medir con el reloj. En cualquier caso, ha sido una tarea ardua y concienzuda. Es la primera vez en mi vida que escribo una carta tan larga. No podría haberlo hecho de una sola vez, ni tampoco en un solo día. He robado momentos para sentarme a la mesa a escribir justo en el punto donde lo había dejado anteriormente. Pero eso no significa nada. Si con ello he conseguido reflejar a su hermano en estas líneas exactamente como lo he observado yo, y como creo haberlo comprendido, no me importaría tomarme la molestia de ponerme a ello de nuevo con todas mis fuerzas tantas veces como fuera necesario.

Escribo esta carta por el bien de su hermano, de quien me estoy ocupando. También por el suyo, por quien también me preocupo. Finalmente, lo hago por sus queridos padres. La persona que yo me he encontrado puede que sea un tanto distinta de la persona que es para su familia. Si mi carta merece este esfuerzo, su valor, y quiero que eso lo tenga en mente, reside precisamente en eso. Su valor reside en el distinto reflejo que he recibido al mirar a la misma persona desde otro ángulo. Quiero que anote bien eso y lo use en su beneficio.

Puede que su deseo Juera despejar algunas dudas sobre el futuro, pero yo no soy profeta y no tengo ningún derecho a inmiscuirme en esos terrenos. Si el cielo está cubierto, existe la posibilidad de que llueva o de que no caiga una sola gota. Al menos una cosa es segura: hasta que no se

despeje no podremos disfrutar del sol. Toda su familia parece achacar la culpa a su hermano por hacer infelices a quienes lo rodean. Yo no creo que una persona que no es capaz de ser feliz consigo misma tenga la capacidad de hacer felices a los demás. Si le exigimos un sol cálido a un cielo cubierto, sencillamente estamos pidiendo algo imposible. Mientras yo estoy aquí con su hermano, trato de disipar esas nubes. Antes de esperar que él sea ese cálido sol, sería mejor desterrar primero las nubes negras que cubren su cabeza. En el caso de que no lo logren, a su familia podría ocurrirle algo desafortunado. Para su hermano sería un motivo aún mayor de tristeza y, yo mismo al declarar esto, también me sentiría profundamente afectado llegado el caso.

He descrito a su hermano según su comportamiento durante los últimos diez días. La pregunta ahora es cómo se comportará y cómo será en los próximos diez. Es una pregunta que nadie puede responder. Pero suponga por un momento que yo pudiera hacerlo. En ese caso, ¿quién lo haría el mes siguiente? ¿Y a los seis meses? Todo lo que he escrito es el relato fiel de estos últimos días y lo he hecho, a pesar de mis limitaciones, de una sola vez, sin releerlo. Es posible que adolezca de ciertas inconsistencias. Por eso, por la forma de expresarse que tiene su hermano, por su comportamiento errático, es posible que observe algunas incongruencias que no he sabido aclarar. Sin embargo, declaro lo siguiente con total rotundidad: su hermano es una persona seria, no intenta desconcertarme. Yo, por mi parte, también me considero honesto y no tengo ninguna intención de engañarlo a usted.

Cuando comencé a escribirle esta carta, su hermano roncaba a pleno pulmón. Ahora, cuando la termino, hace exactamente lo mismo. Es extraño que empezase a escribirla mientras dormía y termine cuando también duerme. Me doy cuenta de lo feliz que sería si nunca despertase de ese sueño, pero al mismo tiempo, también me doy cuenta de que se sentiría profundamente triste si nadie lo despertara.

GLOSARIO DE TÉRMINOS JAPONESES

BON: época en que se celebran las ceremonias en memoria de los difuntos, del 13 al 15 de agosto.

Doma: parte no entarimada de la casa situada en la entrada.

Engawa: pasillo exterior de madera que da acceso a las distintas estancias de la casa. Suele discurrir paralelo al jardín.

Furoshiki: pañuelo para envolver distintas cosas.

Fusuma: puerta corredera de papel.

Geisha: muchacha instruida para la danza, la música y la ceremonia del té, que se contrata para animar ciertas reuniones masculinas.

Geta: sandalias de madera.

Gidayu: música que acompaña a las representaciones del teatro *yoruri*.

Go: juego de mesa japonés similar a las damas.

Hakama: pantalón de pernera ancha con pliegues delanteros para quimono de hombre.

Haori: prenda de vestir amplia y corta que se pone sobre el quimono.

Ikebana: arte floral japonés.

Ichogaeshi: peinado que empezó a llevarse al final de la época Edo (1603-1868), pero que durante la época Meiji (1868-1912) adoptaron las mujeres casadas.

Joruri: teatro de títeres.

Kagekiyo: nombre de una canción tradicional de *utai* que hace referencia al samurái del mismo nombre que perdió la vista después de la caída del clan Heike (1185).

Kakigouri: hielo picado que se come en verano al que se le añaden distintos sabores.

Konbu: tipo de alga comestible.

Kamigata: estilo de construcción típico de las ciudades de Kioto y Osaka.

Koto: arpa japonesa de número de cuerdas variable que se coloca horizontalmente en el suelo al tocarla.

Manju: pastel azucarado relleno de pasta de judía.

Mochi: torta de arroz muy blanda, típica de Año Nuevo y que puede ir rellena de mermelada de alubia.

Noh: teatro tradicional de máscaras.

Obi: fajín ancho de tela fuerte que se ciñe sobre el quimono.

Onsen: balnearios de aguas termales.

Rikisha: coche tirado por un hombre.

Salce: bebida alcohólica obtenida por fermentación del arroz.

San: sufijo de cortesía que se añade a los nombres.

Sansui: estilo pictórico que reproduce escenas de la naturaleza.

Sashimi: pescado crudo.

Shakuhachi: flauta de bambú.

Shamisen: Instrumento musical de tres cuerdas de caja cuadrada cubierta por una piel y que se toca con una cuña.

Shihobari: copia de Carey hecha a base de clara de huevo.

Shimada: estilo de peinado tradicional que solían llevar las mujeres solteras.

Shimenawa: cuerda sagrada de paja de arroz que purifica los lugares sagrados del sintoísmo.

Shogi: Juego de estrategia similar al ajedrez.

Shoshei: pupilo. Estudiante que se empleaba en las tareas domésticas de una familia para costearse los estudios.

Sumo: lucha tradicional japonesa que tiene lugar dentro de un círculo.

Tabi: calcetines diseñados para llevar con sandalias.

Taiko: tambor.

Tokonoma: espacio sagrado en la sala principal de las casas japonesas.

Tofu: queso de soja.

Utai: texto recitado del teatro Noh, similar a una canción.

Wakame: tipo de alga comestible.

Wasabi: rábano picante.

Yukata: quimono ligero de algodón.

Zukin: capucha.



NATSUME SŌSEKI, seudónimo literario de Natsume Kinnosuke, nació en 1867 cerca de Edo (la actual Tokio). Descendiente de una familia de samuráis venida a menos, fue el menor de seis hermanos.

Cuando tenía dos años, sus padres lo entregaron en adopción a uno de sus sirvientes y a su mujer, con quienes viviría hasta los nueve años. En 1884, instado por su familia, se matriculó en la Universidad Imperial de Tokio para cursar Arquitectura, aunque acaba estudiando Lengua Inglesa. En 1886 traba amistad con el poeta Masaoka Shiki, que le inicia en el arte de la composición de haikus. Será entonces cuando adopte el *nom de plume* de Sōseki (que en chino significa «terco»).

Tras graduarse en 1893, Sōseki empieza a trabajar como profesor en la Escuela Normal de Tokio, pero pronto, en 1895, es destinado a la lejana Escuela Secundaria de Matsuyama, en la isla de Shikoku. Parte de sus experiencias en esta remota escuela rural serán recogidas en su novela *Botchan*, que publicará en 1906. Apenas un año después de haber llegado a Matsuyama, dimite de su puesto y comienza a enseñar en un instituto de la ciudad de Kumamoto, en donde conocerá a su mujer.

En 1900 se le concede a Sōseki una exigua beca del gobierno japonés y se le envía a Inglaterra. En este país pasará los años más tristes de su vida, leyendo libros sin parar, deambulando por las calles y pasando miserias sin cuento. Parte de sus sombrías reflexiones sobre la vida inglesa serán publicadas años después en el diario japonés *Asahi*. Regresa a Japón en 1902, con un contrato de cuatro años para enseñar en la Universidad Imperial de Tokio, donde sucederá al escritor norteamericano Lafcadio Hearn como profesor de Literatura Inglesa. La carrera literaria de Sōseki se abre propiamente en 1903, cuando comienza a publicar haikus y pequeñas piezas literarias en revistas como *Hototogisu*. Pero la fama le llegará con la publicación en 1905 de *Wagahai wa neko de aru* (*Soy un gato*). Ese mismo año publica *Rondon to* (*La torre de Londres*), y en 1906 aparecerá *Botchan*, que le catapulta al éxito y que se convierte automáticamente en un *best-seller* y en una de las novelas más leídas por los japoneses durante décadas. Sōseki escribió catorce novelas a lo largo de su vida, culminando en *Kokoro*, su obra maestra. Natsume Sōseki murió en Tokio en 1916 a los 49 años de edad a causa de una úlcera de estómago. En 1984, y en homenaje a su fama y trascendencia, el gobierno japonés decidió poner su efigie en los billetes de mil yenes.

Notas

[1] LAS obras de Soseki publicadas en español en los últimos diez años han sido: *Kokoro* (Madrid, Gredos, 2005 y 2009), *Botchan* (Madrid, Impedimenta, 2008), *Kusamakura. Almohada de hierbas* (Buenos Aires, Kaicron, 2007), *Sanshiro* (Madrid, Impedimenta, 2009), *Yo, el gato* (Madrid, Trotta, 2001 y 2010), también publicada como *Soy un gato* (Impedimenta, 2010), *Y entonces* (Impedimenta, 2011). En 1991 se había publicado *Mon, la puerta* (Madrid, Miraguano), pero no desde el japonés. El primer traductor de Soseki al español fue Jesús González Vallés en sendas traducciones de *Botchan* y *Yo, el gato*, en 1969 y 1974 respectivamente. <<

[2] Sobre ese periodo, véase la obra de W. G. Beasley, *La restauración Meiji*, Gijón, Satori, 2007. <<

[3] C. Totman, *A History of Japan*, Oxford, Blackwell, 2000, pág. 302. <<

[4] *My individualism and The Philosophical Foundations of Literature*, ed. de S. Tsunematsu, Tokio, Tuttle, 2004, pág. 15. El segundo ensayo de este libro es el referido más adelante por su título japonés de *Bungakuron*, de 1907. <<

[5] Senuma Shigeki, *Natsume Sōseki*, Tokio, Tokio Daigaku Shuppankai, 1970, pág. 28 y sigs. <<

[6] D. Richie, *Japanese Literature Reviewed*, Nueva York, ICG Muse, 2003, págs. 193 y 194. Más sobre las desdichas y conflictos interculturales de Soseki en Londres en el prólogo de *Kokoro*, obra cit., pág. 33 y sigs. Información complementaria sobre Soseki, en *Claves y textos de la literatura japonesa*, del autor de esta Introducción, Madrid, Cátedra, 2007, págs. 624-654. <<

[7] E. McClellan, *Two Japanese Novelists: Soseki and Toson*, Chicago, University of Chicago, 1969, pág. 14. <<

[8] Véase Janet A. Walker, «Reflections on the Entrance of Fiction into the Meiji literary canon», en *New Directions in the Study of Meiji Japan*, ed. de H. Hardacre con A. L. Kern, Leiden Brill, 1997, págs. 42 y sigs. <<

[9] «The Romantic Triangle in Meiji Literature», en *New Directions...*, obra citada, págs. 229-245. <<

- [10] Senuma, *Sōseki*, obra cit., pág. 202. <<
- [11] *My individualism...*, obra cit., pág. 54. <<
- [12] *El elogio de la sombra*, Madrid, Siruela, 2007, pág. 18. <<
- [13] Esta sagaz comparación es del traductor y prologuista de la versión inglesa de esta obra, Beongcheon Yu (*The Wayfarer*, Detroit, Wayne State University, 1967, pág. 24). <<
- [14] Coche tirado por un hombre. <<
- [15] Provincia cercana a Osaka. <<
- [16] Al estilo del construido en Kioto. <<
- [17] Seudónimo del pintor Gekkei Matsumura de la era Edo. <<
- [18] Pupilo. Estudiantes que se empleaban en las tareas domésticas de una familia para costearse los estudios. <<
- [19] Ciudad situada al suroeste de la provincia de Fukuoka, en la isla de Kiushu. <<
- [20] Quimono ligero de algodón. <<
- [21] Línea de transporte circular de Tokio. <<
- [22] Pescado crudo. <<
- [23] Rábano picante. <<
- [24] Pasillo exterior de madera que da acceso a las distintas estancias de la casa. Suele discurrir paralelo al jardín. <<
- [25] Faja ancha de tela fuerte que se ciñe sobre el quimono.
<<
- [26] Juego de tablero japonés similar al ajedrez. <<
- [27] Prenda de vestir amplia y corta que se pone sobre el quimono. <<
- [28] Teatro de títeres. <<
- [29] Música que acompaña a las representaciones del teatro *joruri*. <<
- [30] Balnearios de aguas termales. Muy numerosos y populares entre los japoneses, que los disfrutaban muy a menudo. <<
- [31] Lucha tradicional japonesa que tiene lugar dentro de un círculo.
<<
- [32] Denominación moderna del teatro de títeres o *joruri*, especialmente en la ciudad de Osaka. <<
- [33] Queso de soja. <<
- [34] Flauta de bambú. <<
- [35] Estilo de peinado tradicional que solían llevar las mujeres solteras, en contraposición al estilo *ichogaeshi*, otro peinado que empezó a

llevarse al final de la época Edo (1603-1868), pero que durante la época Meiji (1868-1912) adoptaron las mujeres casadas. <<

[36] Pantalón para quimono de hombre. <<

[37] Se refiere al estilo utilizado en las representaciones del Buda Amida. <<

[38] Juego japonés similar a las damas. <<

[39] Apodo cariñoso. <<

[40] Sufijo de cortesía que se añade a los nombres. <<

[41] Se refiere a la novela china [Al borde del agua], escrita por Si Tai An en el siglo XV, época Ming. <<

[42] Se refiere al estilo de Kioto-Osaka, la región de Kanto. <<

[43] Hace referencia a una escena de la obra de teatro de guiñol, *Sanyusan gendō munagi noyurai*, en la que aparece un pino junto a una casa próxima a un acantilado. <<

[44] Sandalias de madera. <<

[45] Localidad al sur de la provincia de Hyogo. <<

[46] Cuerda sagrada de paja de arroz que purifica los lugares sagrados del sintoísmo. <<

[47] Calcetines apropiados para llevar con sandalias. <<

[48] Espacio sagrado en la sala principal de las casas japonesas. <<

[49] Instrumento de tres cuerdas, de caja cuadrada cubierta por una piel y que se toca con una cuña. <<

[50] Parte no entarimada de la casa situada en la entrada. <<

[51] Arte del arreglo floral japonés. <<

[52] Del 13 al 15 de agosto, cuando se celebran las ceremonias en memoria de los difuntos. <<

[53] Estilo pictórico que reproduce escenas de la naturaleza. <<

[54] Teatro de máscaras. <<

[55] Tambor. <<

[56] Tanyu Kano, pintor del comienzo de la era Edo (1603-1867). <<

[57] Nombre de una canción tradicional de *utai* que hace referencia al samurái del mismo nombre que perdió la vista después de la caída del clan Heike (1185). <<

[58] Escena del comienzo de la obra que relata la historia de Kagekiyo. <<

[59] Antigua familia samurái del final de la época Heian. <<

[60] Época de los enfrentamientos entre los clanes Genji y Heike (1180-1185) cuando se desarrolla *Kagekiyo*. <<

[61] Pañuelo para envolver distintas cosas. <<

[62] Pareja de enamorados que cometieron doble suicidio. <<

[63] Puerta corredera de papel. <<

[64] Copia de carey hecho a base de clara de huevo. <<

[65] Torta de arroz muy blanda, típica de Año Nuevo y que puede ir rellena de mermelada de alubia. <<

[66] Se refiere al creador de la ceremonia del té, Sen no Rikyu. <<

[67] Escritor chino de la época Sin (1522-1591). <<

[68] Maruyama Oukyo, pintor japonés (1733-1795) famoso por sus rollos y biombos con paisajes y fondos dorados, para cuya realización utilizó apuntes tomados directamente de la naturaleza. Creó un estilo propio que combinaba diversas técnicas e influencias, desde la china hasta la occidental, que conoció a través de grabados holandeses.^[b] <<

[69] Ceramista de la provincia de Saga. <<

[70] Seudónimo de Kichizaemon, artista que moldeaba la loza a mano. <<

[71] Ciudad de la provincia de Ishikawa célebre por su cerámica. <<

[72] Emblema de la familia Oda. <<

[73] Arpa japonesa de distinto número de cuerdas que se coloca horizontalmente en el suelo al tocarla. <<

[74] Capucha. <<

[75] Hielo picado que se come en verano al que se le añaden distintos sabores. <<

[76] Tanto *konbu* como *wakame* se refieren a tipos de algas comestibles. <<

[77] Cita del poeta chino Du Fu (712-770). <<

[78] Monje chino de la escuela zen que del que se desconocen tanto la fecha de nacimiento como la de su muerte. <<

[79] Pastel azucarado relleno de pasta de judía. <<

^[a] El original opta por un muy poco estético «voluminoso». (*Nota del editor digital*). <<

^[b] El original explica erróneamente: «Templo de la provincia de Hyogo». (*Nota del editor digital*). <<